

CONFÍA EN MI

SILVANIA

ARRIESGADA, APASIONADA, DESTERNILLANTE...



ANAIS DEBEBEBA



CONFÍA EN MÍ

SILVANIA

 ANAIS DEBEBA



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Confa en mí, Sylvania

©Anais Debeba, 2016

Diseño de portada: Chick Book

Imagen de portada: Pixabay

Encuadernación: Chick Book

Corrección: Chick Book

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Cádiz.

Esta novela fue registrada en SafeCreative el 31 de enero de 2016.

Código de registro: 1601316379218

Esta novela fue autopublicada en Amazon marzo de 2016

CreateSpace.

ISBN—13: 978-1530270507

ISBN—10: 1530270502

*Para mi marido,
que me ha apoyado en esta loca idea desde el principio.*

*Y para mi hijo,
que aunque es aún muy pequeño, espero que algún día entienda que, aunque los caminos no siempre son fáciles, al final, el que la sigue, la consigue.*

Argumento

El destino es poderoso. Tanto, que puede llegar a guiarte por los caminos más inesperados de la vida. Pero algunas personas no creen demasiado en esas cosas, ya que piensan que la vida les ha dado la espalda por completo. Una de esas personas es Sylvania, una atractiva treintañera, con carácter, independiente y trabajadora... ¿No está mal, verdad? Cualquier mujer podría encajar en esta descripción. Está bien, probemos de nuevo. En realidad podríamos afirmar que la vida de Silvana es un auténtico desastre en potencia. Tanto, que podríamos adjudicarle el título de presidenta, del selecto y exclusivo club MVEUM: Mi Vida Es Una Mierda.

Si a un matrimonio ilusorio, donde su marido se largó con otra, desvaneciéndose como el humo, dejándola plantada, sola y con la autoestima por los suelos, se le suma una madre insufrible que, lejos de ser un apoyo, es una pesadilla que la machaca y la desquicia hasta decir basta; un trabajo detestable y aburrido; que la nevera se ha convertido en su mejor aliada y que su vida sexual es prácticamente inexistente desde hace meses... nuestra querida protagonista, tiene todos los ingredientes para fabricar una bomba depresiva a punto de estallar. Pero, en ocasiones, la peor de las decepciones, puede ser una pista de despegue hacia un mundo desconocido.

El destino está dispuesto a cambiar su rumbo, haciendo que su desordenada vida se tambalee por completo, al poner a Lucas en su camino. Un hombre capaz de hacer temblar las piernas de cualquier mujer y que, conseguirá despertar la fiera interior que tenía dormida... Aunque las piedras que fueron echando en su camino, la harán desconfiar hasta de su sombra y se planteará muy seriamente, calzarse una armadura antimachos.

¿Podrá Lucas devolverle la estabilidad? ¿Será Sylvania capaz de confiar y disfrutar de las nuevas oportunidades que la vida tiene preparadas para ella? ¿O por el contrario terminará volviéndose loca de remate?

Descubre la disparatada vida de Sylvania.

Capítulo 1

Abro los ojos, pero no veo nada.

Miro hacia la ventana, buscando entre la apertura de las cortinas ese atisbo de luz que me indique que ya ha amanecido, sin embargo, no consigo ver nada más que la sutil luz parpadeante de la farola más cercana. Me percató entonces de que sigue siendo de noche.

¡Mierda! Otra vez igual.

Me giro en dirección a la mesita de noche buscando entre la oscuridad el tenue destello del reloj digital.

No puedo creerlo. Las seis menos diez de la mañana.

No importa a la hora que me acueste, ni lo cansada que pueda estar. Lo único cierto, es que últimamente mi cuerpo y mi mente parecen haberse puesto de acuerdo para joderme mis no muy placenteros descansos nocturnos, y siempre sobre la misma hora.

Cierro de nuevo los ojos con la esperanza de volver a conciliar el sueño, pero en lugar de eso, emergen toda una serie de imágenes. Recuerdos que desearía enterrar definitivamente, pero al parecer mi cerebro no está muy por la labor.

Adolfo, risas, música, coche, rubia, playa...

¡No! Tienes que dormir. Tienes que dormir...

Me revuelvo inquieta en la cama durante unos minutos que parecen eternos, mientras me repito una y otra vez ese mantra. Nada. El mensaje hipnótico que intento que mi cerebro reciba no surte efecto.

—¡Dios! Esto es desesperante. Me rindo.

Vuelvo a abrir los ojos y observo el techo un poco más iluminado que antes, irritada y molesta con el gen despertador de mi reloj interno que no me permite descansar y, también conmigo misma, o más bien con mi cerebro, que no consiente que olvide y no cesa de darle vueltas a un tema que ya no tiene solución.

O quizá sí.

No; no la tiene. No sé ni por qué sigo replanteándomelo siquiera. ¿Acaso no es obvio?

Ya me da igual. O no. Bueno, en parte, sí, pero es que... ¡me jode tanto!

En ocasiones, creo que en vez de tener cabeza, tengo una lavadora en constante proceso de centrifugado, sin programa de lavado ni aclarado. Los conceptos se enturbian más y más cada vez que entran en el bombo y me siento aún peor. Encima, me hacen perder el sueño y estoy agotada.

Ya no recuerdo el tiempo que hace que no disfruto de un sueño reparador. Uno de esos que hacen que lo malo se vea medio bueno y lo bueno, exageradamente mejor.

Entre mi fracaso matrimonial, mi trabajo y, las críticas incansables de mi madre, el día menos pensado mi cabeza va a explotar como un globo cuando lo pinchan con una aguja.

Lo peor de todo, es que mi madre, en vez de velar por mi descanso eterno, compungida por la pérdida, se plantaría frente a mi lápida a echarme la bronca, indignada por cómo le he dejado el piso... Estampado de salpicaduras, con un reguero de sangre por el suelo, esquirlas de cráneo incrustados en los muebles y trozos de masa cerebral que más tarde tendría que limpiar ella.

Probablemente mi epitafio sería...

†

Aquí yace

Silvania William Gil

Amada hija y amiga.

Nunca te olvidaremos.

Estarás siempre presente...

Presente en las paredes.

Descanse en paz.

Como si lo estuviera viendo.

Una pequeña mueca divertida se dibuja en mi cara.

Me río por no llorar. Desde luego la falta de sueño me afecta demasiado.

Miro de nuevo el despertador. Las siete en punto de la mañana.

¿En serio? Llevo más de una hora dando vueltas en la cama. ¡Pero si parece que solo han pasado diez minutos! ¡Maldita sea!

Definitivamente mi reloj interno se ha estropeado por completo.

Será mejor que me levante. Al fin y al cabo, religada entre las sábanas no voy a hacer nada más que seguir cabreándome por no lograr conciliar el sueño.

Salgo de la cama con la intención de hacer algo de provecho. Me coloco las zapatillas de andar por casa y una bata de punto gris perla. Casi es verano, pero aún refresca durante las primeras horas de la mañana.

Camino en dirección al baño y cuando llego a la altura del lavabo, veo reflejada en el espejo una cara similar a la mía, pero que apenas reconozco. Bajo los ojos azules como el cielo más despejado, se deja ver la oscuridad de unas enormes ojeras hinchadas por la falta de sueño.

—¡Qué desastre de cara!

Parece que me he tirado toda la noche boxeando y me hubiesen obsequiado con un par de ojos morados. Muevo la cabeza refunfuñando.

Mi pelo tampoco acompaña la estampa enmarcada. Es una mezcla entre haber metido los dedos en un enchufe de alto voltaje y haber estado expuesta a la expulsión de aire huracanado del turborreactor de un avión. Y, por último, para rematar la jugada, al pasear la mirada por el reflejo, advierto que toda yo, he debido engordar quince kilos como mínimo en los últimos meses.

No me gusta nada lo que veo, pero es peor reconocer, que no me extraña, en absoluto, lo que estoy viendo.

La culpa de todo la tiene el capullo de Adolfo.

Hace ocho meses que Adolfo me dejó. No suelo culpabilizar a nadie de las cosas que suceden, es más, suelo buscar alguna excusa para autoinculparme, pero esta vez no había justificaciones. Definitivamente, el único responsable fue él. Mi marido. O el que aún sigue siendo mi marido a efectos legales, claro. Aunque, he rebautizado a mi ex, con un cariñoso nombre que lo describe a la perfección... «El engendro baboso».

Nadie me puede reprochar que le tengo un poco de inquina. Al contrario. Si yo se lo he puesto con todo el cariño que, ese imbécil que me dejó tirada literalmente en la cuneta de una carretera, se merece.

Sí, lo sé, parece de locos, pero por cada día que pasa soy más consciente de que le faltaba algún tornillo. O más bien, le faltaban braguetas en el pantalón para cerrárselas.

Aquel día paseábamos en su Mini Roadster descapotable en dirección a la playa. Hacía un espléndido y soleado día. A pesar de que ya era septiembre, aún hacía calor y la sombra que nos regalaban los escarpados salientes verticales de roca y los frondosos árboles que enmarcaban la pequeña carretera por la que íbamos se agradecía.

Él, iba vestido con una camisa de manga corta de color aguamarina, unos pantalones cortos blancos y unos náuticos azules. A donde fuera que fuésemos, le gustaba vestir arreglado y, hay que reconocer que lo hacía bien. Siempre decía, que nunca se sabía lo que te podía deparar el día y que había que ir preparado para cualquier circunstancia. Era peor que una mujer. Hasta para ir a comprar el pan se emperifollaba. Y eso sin contar, la cantidad de ropa de recambio que siempre se llevaba a nuestros viajes y excursiones; era horroroso. Y en esta ocasión no iba a ser menos; se había pasado de lo lindo con la gigantesca maleta que llevaba en el maletero.

—¿Para qué tanta maleta? —le pregunté—. Ni que llevaras un muerto.

—No es para tanto, mujer. Es por si acaso.

—Por si acaso... ¿Por si acaso, qué? Si parece que te has traído medio armario.

—Es por si nos quedamos en un hotel. Yo siempre pienso en todo —me dijo.

¡Y una mierda!

¡Valiente hijo de puta!

Ahora entiendo para qué la llevaba. Y claro, todo era suyo. El muy sinvergüenza aprovechó mis horas de trabajo intensivo para prepararlo todo sin que me diese cuenta de nada. ¿Cómo pude ser tan ingenua?

Yo, un poco más atrevida e informal —teniendo en cuenta que iba acompañada de don perfecto—, decidí ponerme una camisola de media manga, que me llegaba hasta la mitad de los muslos, de color blanco con capucha y decorada con un bordado negro por los filos del cuello.

Me encantaba. Era mi blusa favorita. Me sentía supersexi con ella... pero ahora no hay quien se la ponga.

Hago un mohín, disgustada.

Mis pies calzaban unas sandalias de esparto negras, y llevaba una pabela de ala ancha para protegerme del sol, que amenazaba con quemar mi delicada piel.

En la radio se escuchaba *All about that bass* de Megan Trainor. Podía percibir una sonrisa socarrona escondida entre la barba, en apariencia de cuatro o cinco días —aunque perfectamente cuidada—, cuando Adolfo me miraba de vez en cuando a través de sus gafas de sol, mientras hacía una burlesca interpretación de la canción.

Él siempre me decía que le encantaba escucharme cantar porque tenía una bonita voz, aunque supongo que disfrutaba más cuando a la vez hacía un poco el payaso.

¿Y cuándo no lo hago?

Quizá debí haber estudiado arte dramático e interpretación, o algo así. Suelo perder la vergüenza cuando escucho música.

El día estaba resultando una gozada, disfrutábamos del clima, de las vistas y de nuestra mutua compañía. Todo era perfecto.

Al cabo de un rato, divisamos un coche a lo lejos parado en el margen derecho de la carretera. Un Jeep amarillo que no paraba de echar humo.

A no más de diez metros, una despampanante rubia que parecía haber salido de un calendario de Miss Bikini 2015, se definió entre la humareda, haciendo señales un tanto desesperada junto al coche. Y no lo digo solo porque tuviese un cuerpazo de infarto, sino porque iba vestida como si lo fuera; con unos mini shorts vaqueros llenos de lentejuelas, al más estilo «choni», y con lo que podría llamarse un «bikini» rosa fluorescente.

Aunque, para ser sincera, los triángulos del top eran tan minúsculos, que si los juntase y cosiera los bordes, no valdrían ni para funda de móvil.

Claro está, Adolfo sin pensárselo dos veces —o posiblemente ni una sola vez—, detuvo el coche justo detrás del suyo. Se quitó el cinturón de seguridad y se dispuso a bajar del Mini, no sin antes aclararme con una sonrisa de inocente ética moral, que en situaciones como esa, siempre había que ofrecer ayuda.

Ahora sé yo la ayuda que el muy mamón le quería ofrecer.

Seguramente la mirada asesina que le eché, le habría convertido literalmente en piedra si yo encarnara a la mismísima Medusa. O incluso haberlo fulminado con un rayo de fuego o algo por el estilo.

Un sonoro bufido irascible se me escapa al recordarlo.

Qué pena no haber tenido alguno de esos poderes u otro peor, así tendría presente que conmigo no se juega y no hubiese pasado tan olímpicamente de mi cara y de lo que yo podría opinar al respecto.

Con su masculina elegancia de buenos modales, se acercó al vehículo delantero como perro en celo tanteando el terreno. Yo, por supuesto, sumamente molesta y con gesto de pocos amigos, salí también del coche a toda prisa para vigilar muy de cerca cada uno de sus movimientos. Vamos, que me convertí como quien dice en su sombra, intentando marcar territorio y, dejando ver y entender, que él era mi hombre y de nadie más, y que por supuesto, no tenía intención de compartirlo con nadie. Pero ni que decir tiene, que en ese momento, sentí que me había convertido en una sombra. En realidad, parecía más un fantasma; un espectro completamente transparente para el ojo humano deambulando por los alrededores.

—Posiblemente el radiador haya muerto señorita —le comunicó mi marido tras sacar su cabeza del humeante capó y sin quitarle los ojos de encima a la rubia de bote.

—Oh, vaya. Qué fastidio.

Su voz de pija tonta y melosa me taladró el oído con solo pronunciar esas palabras, aunque mi marido parecía estar hechizado por sus encantos de veinteañera mimada.

—¿Y qué puedo hacer ahora?

—Bueno, debería llamar a la grúa y llevarlo a un taller para ver si pueden arreglarlo.

A ver, yo no entiendo mucho de coches, pero era obvio, creo yo.

—El problema...

Ya empezamos.

—Es que el coche no es mío. Es de mi hermano. Él me lo ha dejado para poder ir a la playa con unos amigos que me están esperando allí y ahora me he quedado aquí tirada.

¡Ajá! Me la estaba viendo venir.

Te aseguro que como sigas por ese camino, la que te va a tirar de los pelos voy a ser yo.

—Bueno, pues llámeles por teléfono y que vengan a recogerla o a echarle una mano con el coche —le dije, revelando mi mirada asesina, que definitivamente no servía para nada.

Bueno, sí. De algo sí que sirvió, porque los dos pegaron un respingo al darse cuenta de mi cercana presencia que, hasta ese momento, parecía ser imperceptible.

—Eso sería lo ideal —me respondió—. Pero es que no tengo teléfono.

—Oh, no hay problema.

Regalándole una sonrisa irónica, me acerqué al Mini bajo la mirada atónita de Adolfo y de la rubia oxigenada. Cogí mi bolso del asiento e introduje la mano buscando mi móvil. Cuando por fin lo encontré, lo saqué y se lo ofrecí.

—Llame desde el mío.

Los dos me observaron estupefactos, como si le estuviese entregando una granada de mano, o algo peor.

—Bien, se lo agradezco, —hizo el amago de mirar a Adolfo de reojo de forma fugaz—, pero...

Ya estamos otra vez con los «pero».

—Es que cuando vamos a la playa no solemos llevar los teléfonos encima —me comentó un poco nerviosa—. No tenemos donde guardarlos.

Su risita de falsa inocencia me exasperaba.

¡Venga ya! No hacía falta que me lo juraras, aunque con mucho gusto te indicaría un buen sitio por dónde metértelo.

Me estaba empezando a hervir la sangre y eso no era nada bueno.

En ese momento miré a mi marido y me di cuenta de que sus labios se abrieron con la intención de decir algo. Algo que posiblemente no me iba a hacer ninguna gracia. Fruncí el ceño y permanecí atenta.

—Bueno... pues si necesitas que la ayude, yo solo puedo ofrecerme para llevarla hasta la playa —expuso tan pancho.

Espera... ¡¿QUÉ?!

Mis ojos se salieron de las órbitas. Mi boca se abrió automáticamente haciendo que mi mandíbula se desencajara. Había pasado de ser un fantasma, a convertirme en partículas de polvo imperceptibles pululando por el aire. Al parecer, a mi marido le importaba un comino lo que yo pensase al respecto.

—¿Qué? —le pregunté claramente indignada por su respuesta.

—A ver, cariño, no podemos dejarla aquí sola —me contestó con cara de cachorro desvalido, mientras la rubia zorrona le sonreía y empezaba a jugar con un mechón de su larga melena—. Además, solo sería acercarla a la playa con su familia y sus amigos, eso es todo.

¿Me lo está diciendo en serio? No doy crédito

—Adolfo, te recuerdo que el coche solo tiene dos asientos. El del piloto, que eres tú, y el del acompañante —y recalcando lo de acompañante le ofrecí mi sonrisa más cáustica—, que soy yo.

—Vamos, cariño, no seas así. Sólo la acercaré un momento y vuelvo enseguida a por ti.

¿Que no sea así? ¿Pero qué me está contando?

¿Es que este imbécil se cree que yo me chupo el dedo? O sea, ¿que a ella no la puede dejar aquí sola, pero a mí sí?

Cerré los ojos y apreté mis dientes y puños con fuerza. Creo que mi cara se tuvo que poner de un rojo escarlata, porque estaba notando un enorme calor infernal, que me recorría todo el cuerpo debido al cabreo que estaba empezando a emerger de lo más profundo de mi ser. Si no echaba humo por las orejas, era porque sabía que era prácticamente imposible, aunque no lo descartaba en absoluto. Respiré hondo preparada para pegar un grito descomunal y acabar con esta absurda tontería, cuando de pronto escuché el motor del Mini ponerse en marcha. Abrí los ojos y observé, entre pasmada y frenética, la imagen del descapotable azul alejándose con mi marido al volante y la rubia Barbie Malibú a su lado.

Tras despertar del ensimismamiento que me ocasionó el ver la escena que acababa de ocurrir frente a mis ojos, empecé a maldecir al traidor de Adolfo y a la veinteañera melosa roba-maridos durante más de treinta minutos. Luego, me quedé sentada en el coche de la señorita usurpadora, intentando aplacar mi ira mientras esperaba que Adolfo volviese a recogerme, haciendo una minuciosa lista de lo que quería hacerle y decirle en ese momento. La verdad es que castrarlo era lo más suave que se me ocurría.

Unas dos horas después, empecé a pensar que la playa más cercana estaba a veinte kilómetros de distancia y, que con todo el tiempo que llevaba esperando, ya habría tenido tiempo de ir y volver dos o tres veces.

Cogí el teléfono de mala gana y marqué su número. Los tonos iban sonando, pero no había respuesta. Volví a llamarlo y nada, seguía sin contestar. Si ya estaba cabreada antes, más exacerbada me estaba poniendo. Le mandé decenas de mensajes y de ninguno obtenía respuesta.

Mi mente entró en periodo de alerta. Miles de situaciones pasaban por mi cabeza. ¿Le habrá pasado algo?... ¿Habrá tenido un accidente?... ¿Le habrán atracado?... ¿Estará herido?

Los minutos iban pasando uno tras otro y él, seguía sin aparecer. Le volví a llamar...

Coge el teléfono Adolfo, ¡por Dios!

Nada.

Joder; ¿estará bien?

Estaba nerviosa. No dejaba de mirar el reloj. Las manos me sudaban y no paraba de darle vueltas a la cabeza... y al Jeep.

Pero si me dijo que solo sería un momento. Que la acercaría y volvería enseguida a por mí. ¿Dónde coño está?

Venga, Silvania, no le des más vueltas. Seguro que está conduciendo y por eso no lo coge. No hay que preocuparse.

Volví a sentarme en el coche y dejé caer mi cabeza hacia atrás. Cerré mis ojos e intenté tranquilizarme y dejar de pensar en catástrofes.

Pasado un rato, un coche paró junto a mí. Al principio no me percaté de su presencia, hasta que el claxon me sobresaltó. Un hombre de cincuenta y muchos, o sesenta y pocos años, estaba sentado en el asiento del conductor y me miraba con cara de desconcierto. Se bajó del coche para prestarme su ayuda, con la intención de revisar el Jeep y ver si podría arreglarlo.

Al parecer, Adolfo no era el único que tenía ética moral.

Le dije que no se preocupara, que estaban a punto de venir a recogerme, pero él insistió. Mientras revisaba todo el mecanismo, me comentó que había tenido suerte, porque por aquella carretera había poca circulación de vehículos en esa época del año y, aún menos desde que abrieron la autovía nueva que da acceso directo a la playa. Él, pasaba por allí porque se equivocó de salida y decidió coger el camino que ya conocía antes de perderse de nuevo.

—Pues yo no veo nada raro. ¿Está segura de que no arranca?

—¿Cómo que no? ¿Pero si echaba humo?

—Pues le aseguro que todo está en su sitio.

No lo entiendo. Yo misma vi con mis propios ojos la fumarada.

—Aquí hay una bolita plateada un poco chamuscada, pero no corresponde a ninguna pieza del coche. A ver, dele al contacto.

¿Al contacto? Si yo no tengo llave.

Comencé a buscar por todos los recovecos que se me ocurrían y... ¡Eureka!

Al bajar el parasol una llave calló en mi regazo. Había que ser estúpida. Mira que dejar un coche abandonado con una llave de repuesto.

La metí en el contacto y me dispuse a arrancarlo. El coche vibró y el motor bramó de repente como si le hubiesen puesto uno nuevo. Entonces me di cuenta. Algo en mi interior me avisaba de la obviedad desde el principio, pero yo no quería hacerle caso. Mi marido no iba a volver a recogerme.

¿Me ha abandonado?

No. No puede ser. Seguro que se ha entretenido por el camino.

Continué arañando posibilidades.

Él, no haría algo así. ¿O sí?

Ahí fue cuando me derrumbé. Mi castillo, nuestro castillo que con tanto amor construimos —o eso pensaba—, se venía abajo y yo no podía hacer nada para que no se desmoronara.

Todo ese nerviosismo, mi ira, mi furia y ese arrebató que tenía en mis entrañas, se desvanecieron dejando mi cuerpo débil; frágil. El dolor y la desesperanza llegaron en ese momento a mi corazón, haciendo que una punzada lo atravesara como si me clavarán una daga envenenada. Mis ojos se inundaron de lágrimas, me escocían y ya no aguanté más.

Comencé a llorar desconsoladamente bajo la mirada atónita de aquel hombre. El sufrimiento que sentía en mi interior solo me permitía acurrucarme en el asiento del Jeep, con las piernas flexionadas, envueltas entre mis brazos y mi cabeza oculta entre las rodillas.

¿Por qué? ¿Por qué me hace esto? ¿Qué le he hecho yo para que me abandone de esta manera? ¿Es que ya no me quiere?

Por más preguntas que me hacía, no encontraba respuesta alguna —y él, tampoco estaba para contestarlas—. Otra punzada me atravesó despertando mis miedos más profundos.

Quizá es que nunca lo ha hecho. Nadie es capaz de abandonar a alguien que quiere. Qué estúpida he sido.

Mi marido me había dejado. Me había cambiado por una muñeca plástica de cuerpo perfecto y curvas de vértigo, teñida y más joven que yo.

Recordé entonces la canción de Megan Trainor, cuando decía que no hay que preocuparse del físico, que a los hombres les gustan las mujeres con volumen para abrazarlas por las noches y no las de silicona. Y que si era eso lo que ellos buscaban, que se marcharan porque cada centímetro que tenía era perfecto.

Mi llanto no cesaba, pero esta vez, lo hacía con rabia y ojeriza. Las lágrimas que recorrían mi cara eran de coraje e impotencia. Megan llevaba razón. Sí, la llevaba; y he aquí el resultado.

Jamás tuve una talla treinta y ocho y, con el paso del tiempo, aprendí a apreciar lo que tenía, a quererme por cómo era y no dejarme llevar por los estereotipos. No obstante, al final todos los hombres son iguales, y siempre habrá una Barbie que se cruzará en sus caminos y preferirán tocar cada centímetro de su cuerpo escultural.

¿Cómo competir con eso? ¡Qué asco!

El pobre hombre, realmente preocupado y desconcertado, me preguntó qué era lo que me ocurría. Cuando le comenté las circunstancias, intentando no dar muchos detalles del porqué estaba allí, se compadeció de mí y tuvo la amabilidad de devolverme a mi casa.

Podría haber vuelto en el Jeep, pero no me seducía la idea, de que me detuvieran y me acusaran por el robo de un vehículo. Si se lo querían llevar, que lo hiciera otro.

La verdad es que el trayecto fue tranquilo y en silencio, lo que agradecí mucho. No estaba de ánimos para charlas empáticas, aunque a pesar de mi aire taciturno y conducta poco amable, él no pareció molestarse.

Me sentía dolida, abandonada y hundida. Desde entonces no soy yo misma. Ni por dentro, ni por fuera. Mi ánimo cayó en picado, como si se hubiese tirado desde lo más alto de un rascacielos, y, aunque parezca mentira, aún no sé si ha llegado a tocar el suelo.

Quizá haya amortiguado la caída cuando llegó y no me he dado cuenta. O quizá abrió el paracaídas a tiempo, salvándome del espachurramiento final. En tal caso, he de reconocer que día tras día me encuentro un poco mejor, pero sigo sin estar bien del todo.

A causa de todo aquello, entré en un agujero negro que engullía mi fuerza vital, y claro, toda depresión conlleva un inconveniente. En mi caso y resumiendo, la nevera tiembla nada más verme aparecer por la cocina.

Lo único que me relaja y me anima un poco es comer. Y si es chocolate, aún más. Para mí, ya es un hábito. Si el agujero negro me engulle a mí, yo engullo el chocolate. Bueno, ya se sabe que es el quitapenas universal, así que desde que estoy sola, es mi nuevo amante, mi compañero de juergas y mi paño de lágrimas.

El reflejo del espejo sigue devolviendo una imagen de una persona que nunca fui. Triste, desaliñada y rechoncha. Por más que me miro y me remiro, la imagen no cambia y sigue sin gustarme.

Solo tengo treinta años y siento que me he abandonado por completo. Parece como si el cosmos me hubiese puesto una prueba incoherente, que debo pasar día tras día sin tener ningún premio al que optar, y claro, sin recompensa... ¿Para qué seguir gastando energía?

No merece la pena.

Y si no gasto energía, ni calorías... ¿Cuál es el resultado?

Reconozco que Adolfo siempre fue un golfo y me podía esperar cualquier cosa de él, pero nunca pensé que me dejaría tan tocada como para descuidarme a mí misma de esta manera.

¿Si no me gusto yo, cómo voy a gustarles a los demás?

Como siga así, voy a terminar vieja, sola, rodeada de gatos y llena de pelos por toda la ropa.

Suspiro abatida, sin ánimos.

¿Qué estoy haciendo con mi vida?

No sé lo que quiero y no me apetece hacer nada. En definitiva, he dejado de tener el control sobre mi existencia.

Bueno, quizá haya mentido un poco al decir que no sé lo que quiero, ya que no es del todo cierto que no lo sepa; sí lo sé, o más bien, es mi cuerpo el que lo sabe. Lo anhela. Ansía algo que lleva ocho meses sin probar y ya me lo implora.

¡Dios, cómo echo de menos el sexo con Adolfo!

No... No, no, no. En realidad echo de menos el sexo en general.

¡Al infierno con Adolfo!

Sí, era mi marido, y sigue siéndolo por el momento, pero en la cama no era precisamente un experto. Por no decir que era una mierda de amante —y puedo asegurar que no habla el rencor que habita en mí, y o solo digo la verdad—, así que mirándolo de esa manera, se puede decir que me he quitado un gran peso de encima.

Aún me pregunto cómo ha tenido siempre tanto éxito el cabrón con las mujeres, teniendo en cuenta que entre las sábanas era un auténtico desastre. En fin, no se puede tener todo en esta vida.

El caso es que estoy tan necesitada de sexo que ya casi no puedo pensar en otra cosa. Bueno sí, pienso en sexo y en mi maldita nevera. Así que mi febril cerebro ha trazado una extraña relación entre los hombres y la comida, y de un tiempo a esta parte me dedico a observarlos como si de *cupcakes* se tratara. Los miro y los remiro, revisando sus formas, sus aromas y coberturas y, he llegado a una conclusión: el único que merece la pena de todos los especímenes que pululan a mi alrededor es Mateo, un chico de mi trabajo que no está nada mal.

Bueno, mejor dicho, está como un tren.

Cara cincelada, cuerpo escultural y con unos abdominales de miedo. Un auténtico modelo de catálogo.

Uf, solo de pensarlo me pongo cachonda.

La verdad es que me llevo bien con él. Es muy simpático y divertido. Hablamos de vez en cuando del tiempo, cuestiones laborales y poco más... No es que tenga muchos temas de conversación, más que de sus juergas universitarias, de partidos de fútbol y de los increíbles ligues que se busca cada fin de semana —es un crápula de cuidado—, pero es lógico; no se le puede pedir mucho a un chico de veinte años.

Se le ve un poco inmaduro y superficial... pero es que, ¡está tan bueno!

Lo peor de todo, es que solo tiene ojos para chicas modelos con medidas de 90–60–90. Otro al que le van las *barbies*. ¿Cómo no? Rubias o morenas, plásticas de arriba abajo y con cerebro de mosquito.

Obviamente yo, solo tengo de muñeca, las uñas postizas que me pongo cuando me arreglo para una fiesta. Y eso sin contar, que podrían confundirme con una

hinchable por mis innumerables michelines... Aunque esas tienen más suerte que yo. Por lo menos tienen sexo.

Aunque Mat está tremendo, y seguramente me quitaría las penas de un plumazo si tuviera la oportunidad, sé que lo nuestro no llegaría a ninguna parte. No tenemos nada en común. Así que ni me lo planteo en serio.

—¿Pero se puede saber en qué coño estás pensando, Sylvania?

No puede ser. Esto ya me está empezando a preocupar un poco. ¿Tan necesitada estoy que he empezado a fijarme en hombres imberbes recién salidos de la pubertad?

Aunque, éste de inexperto, no tiene nada.

No, para. Puñetas... ¿Tan tocada me he quedado?

Será mejor que me tome un café y organice un poco mis ideas. Creo que estoy empezando a caminar por terreno peligroso.

Capítulo 2

Son prácticamente las ocho de la mañana. Estoy esperando a que la cafetera termine de realizar la función para la que fue inventada, mientras acabo mi plato de huevos revueltos con queso y una tostada con mantequilla. Finalizo de un trago el zumo de naranja y listo. Recojo y friego en un momento todo lo que he usado para el desayuno y regreso a mi habitación.

El despertador comienza a sonar. Lo apago sin darle mayor importancia a la hora. Hoy voy sobrada de tiempo.

Abro el armario y cojo lo primero que encuentro. Unos vaqueros, una camiseta básica negra de manga corta y mis Converse a juego.

Todos mis compañeros de tienda, visten el uniforme corporativo, pero teniendo en cuenta que mi cara de pandereta no suele estar expuesta al público, me permiten ir a mi antojo. Además, hoy me apetece ir cómoda y pasar desapercibida.

Cojo del tocador la ropa interior y paso al baño dispuesta a darme una ducha rápida.

Abro el grifo y dejo correr el agua hasta que sale caliente. Cuando está a la temperatura ideal, me coloco bajo la cascada purificadora e intento relajarme durante unos minutos.

¡Ay... qué gusto!

Es una sensación exquisita y placentera. Me encanta disfrutar de ella y olvidarme del resto del mundo.

Salgo de la ducha, dando por finalizado el momento zen y me seco rápidamente.

Mierda... Creo que he estado en mi Spa particular más tiempo del que debería. Si no acelero voy a llegar tarde.

Vestirse a la velocidad de la luz, no es nuevo para mí —casi siempre llego a los sitios con la hora pegada en el culo—. Apenas le doy importancia a como se ajusta la ropa a mi cuerpo, total, no voy a conseguir de ninguna de las maneras, que el flotador que me sobra en la cintura desaparezca. Al terminar de anudarme las zapatillas, me coloco de nuevo delante del espejo.

¡Puñetas! Mis ojeras siguen siendo visibles.

Paso mis dedos por debajo de los ojos, intentando masajear la zona oscurecida con la esperanza de mitigar la inflamación.

Nada, no hay manera. Me parece que hoy serán visibles para todo el mundo... Y yo que quería pasar inadvertida.

Si no me hubiese distraído tanto en mi relajación matutina, quizá podría invertir algo de tiempo en maquillarme un poco. Pero va a ser que no.

Seco mi melena color castaña rojiza lo más rápido que el aire caliente que expulsa el secador me lo permite. Intento domar, sin éxito, el encrespamiento que yo misma he ocasionado y me desespero.

—¡Esto es imposible!

Entorno los ojos y sigo cepillando una y otra vez, reconociendo, muy a mi pesar, que es tiempo perdido porque es incontrolable. Observo con frustración mi reflejo al ver la gran maraña llena de electricidad estática que tengo en la cabeza.

¡Estupendo! Si salgo así a la calle, los *hipsters ochenteros*, me confundirán con la Bruja Avería, y alguno, incluso, me pedirá que le firme la camiseta.

—Pero ¿es que el universo entero se ha puesto en mi contra?

Gruño a la vez que continúo enfrascada en la tarea y finalmente, me rindo. No me queda más remedio que recogerme el pelo en un moño. Ni siquiera una coleta conseguiría arreglar este desastre.

Al salir del baño miro el reloj. Las nueve y diez de la mañana.

Bien, no voy tan mal de tiempo. Al final tanto apremio me ha obsequiado con unos minutos que creía perdidos, aunque no es plan de dormirse en los laureles. Debo darme prisa.

Cojo mi bolso bandolera y meto el Smartphone, la agenda y la cartera. Me dirijo a la cocina, pillo el termo de acero inoxidable de la estantería que está encima del fregadero, lo relleno de café, lo cierro cerciorándome de que no se sale ni una sola gota y lo guardo también en el bolso.

—¡Lista!

Tomo las llaves de la cesta que hay encima de la mesa de la entrada y salgo apresuradamente del apartamento.

Por lo general, suelo irme a trabajar con Christian. Él, aparte de ser mi compañero de trabajo, es mi vecino de al lado y uno de mis mejores amigos. Tiene treinta y dos años, casi treinta y tres; los cumple dentro de un mes, aunque no le gusta que se lo recuerden. No le emociona especialmente envejecer.

Se cuida mucho. Demasiado, diría yo. Y es por eso que en ocasiones me desquicia, sobre todo cuando, en días de bajón, me encuentra dándole buena cuenta a alguna tarrina de helado. Él me comprende mejor que nadie, pero cuando se pone en modo nutricionista, no hay quien lo soporte.

Hay que reconocer que tantos cuidados merecen la pena; más aún si logran alegrarme la vista. Es mi *David* de Miguel Ángel personal. Rubio, con el pelo rizado a lo Bisbal, ojos verdes, piel bronceada de un tono tostado dorado y un cuerpo escultural y musculoso. Es fabuloso en todos los sentidos, aunque, todo lo que aparenta ser perfecto, siempre tiene oculto algún hándicap y, en el caso de Chris, existe un inconveniente muy característico... Es más gay que Matt Bomer.

¡Qué desdicha para el género femenino!

La alarma del móvil, me avisa de que son las nueve y media. Si consigo coger el bus, llegaré a la oficina cinco minutos antes. Si no, me va a tocar correr como una liebre.

Acelero el paso. Aún es temprano y hay poca gente por la calle, lo cual me permite andar con bastante margen y poca obstaculización. Aunque hay algún que otro madrugador dando un paseo y un par de estudiantes despistados que llega tarde a clase, la mayoría, son personas que van camino de sus trabajos o de compras matinales, pensando en sus problemas y sus quehaceres sin importarles el resto del mundo.

Consigo llegar a la parada justo para poder tomar el autobús, subo la pequeña escalerilla que separa la cabina de la calle, abono el tique y busco un asiento libre junto a la ventanilla. Saco del bolso los auriculares, los acoplo al móvil y conecto la radio. Escucho atenta mi programa favorito de música y mientras me deleito con la canción *Just the way you are* de Bruno Mars, me distraigo contemplando las vistas durante el recorrido y, fantaseando con que, algún día, alguien me diga las mismas palabras.

Cuando llego a mi parada, solo tengo que cruzar la calle y caminar unos diez metros. Miro el reloj del móvil antes de quitarme los auriculares y volverlos a guardar en el bolso.

No me equivoqué demasiado. Aún me quedan diez minutos.

Trabajo en una empresa dedicada a la venta de electrodomésticos, informática y electrónica. Concretamente en la sección de atención al cliente. Vamos, que soy la que responde al teléfono cuando alguien tiene alguna queja o duda referente a televisores, ordenadores o móviles, entre otras tantas cosas. Una voz al otro lado del aparato telefónico, que se come todas las broncas y los malos humos de los clientes cuando les surge alguna incidencia, o cuando tengo que dar instrucciones a tías, intentando arreglar algo que no suelo tener delante de mis ojos y no lo consigo. Según ellos, es mi principal responsabilidad. Entonces, tras disculparme hasta la saciedad, mando a un técnico experto cuando mis habilidades como bruja *arreglalotodo* por cable no funcionan.

Hablando en plata, soy una de las cabezas de turco de la compañía, pero creo que mis cotas no cubren para nada mis necesidades psicológicas. Menos mal que Christian suele ser mi apoyo moral y laboral. Trabaja conmigo en la oficina, pero hoy no está, así que me voy a comer todo el marrón yo solita.

Aprovechando que mañana es fin de semana, se ha pedido el día libre para ir a visitar a su madre que se ha puesto enferma. Solo tiene un simple resfriado, pero Christian tiene complejo de enfermera, y más, cuando se trata de alguien de su familia o de alguien que de verdad le importa. Me llena de orgullo decir que estoy dentro de ese pequeño círculo de gente que *de verdad le importa*, ya que dice quererme como la hermana que nunca tuvo, y yo, como es lógico, siento lo mismo que él. No sé qué hubiera sido de mí, si no hubiese estado a mi lado cuando pasó lo de Adolfo.

Al entrar en el enorme edificio de acero y hormigón, doy un paso tras otro atravesando los numerosos pasillos de la tienda. Algunos de mis compañeros son muy agradables, pero hay otros como Jade, la insoportable y petulante rubia de telecomunicaciones, a la que me encantaría estampar más de una vez contra la pared cuando se pone a hablar con aires de, «yo valgo más que tú». No sé. Quizá será que desde el año pasado no aguanto a las rubias. Y menos aún si son presumidas, engreídas y presuntuosas. O quizá sea toda ella, que es realmente fastidiosa.

Cuando llego a la sección de personal, saco la cartera del bolso y cojo la tarjeta de control de horarios. La introduzco en la máquina para picar la hora de mi entrada y la vuelvo a guardar en su sitio. Justo entonces escucho una voz tras de mí que me llama la atención.

—Buenos días, Sylvania —me saluda Mateo con una sonrisa de oreja a oreja.

¡Ay, Dios mío, qué guapo es!

—Buenos días Mat. ¿Qué tal estás? —le contesto devolviéndole la sonrisa, mientras vuelvo a introducir la cartera en mi bolso.

—Bien. Aunque deseando que llegue la hora de salir.

—Pues, me parece que te queda un buen rato —me burlo—. Acabamos de empezar Mat y aún te quedan unas ocho horas por delante. Y eso sin contar el tiempo del almuerzo.

—No me lo recuerdes. Odio los viernes. Esto de trabajar el día completo, no me va —contesta haciéndome un mohín.

—A ver cómo te lo vas a montar cuando trabajes de reportero.

—Eso es distinto. Haré algo que me gusta, pero ya me las apañaré para escaquearme un poco.

Éste es capaz de ligarse a la jefa de sección para sacar tajada. Me lo puedo imaginar.

Muevo la cabeza de un lado a otro mientras me río.

—¿Tienes algún plan interesante este fin de semana?

—Uhm sí, creo que el fin de semana se presenta atrayente. —Su sonrisa pícaro le delata.

—¡Huy, qué peligro! Miedo me da preguntar.

—He quedado con la diosa de todas las diosas.

—Venga ya Mat, eso dices de todas las que te ligas.

—De verdad, Sylvania, no te miento. Ésta le da mil vueltas a cualquiera de las otras. Es incomparable, está tremenda. ¡Qué ojos! ¡Qué cara! ¡Qué boca! ¡Qué cuerpo! ¡Qué piernas! Mmm... ¡Qué culo!

Pongo los ojos en blanco.

—Vale, vale, ya entendí, no hace falta que especifiques. ¿Y dónde la piensas llevar?

—A lo seguro, la llevaré donde siempre conquistó a mis ligues. La Pizzería Verona es la mejor de la ciudad. Y su pizza Vikinga con extra de queso y picante es la mejor.

—Eres el paradigma del romanticismo, ¿lo sabías?

—¿Verdad que sí?

¿De verdad se lo cree? ¡Ay, por Dios! Este niño necesita un curso intensivo.

—Menos mal que hago suficiente deporte y quemo todo lo que como, porque si no, sería difícil mantener este cuerpazo.

Se levanta la camiseta, mostrando sus perfectos abdominales. Trago saliva.

¡Dios! Esa tableta de chocolate sí que me la comía con mucho gusto.

¡Sylvania, para! Céntrate. Tienes que dejar de pensar de esa manera con respecto a Mateo. Es un crío. Cualquiera que lea esos pensamientos pecaminosos tuyos, va a pensar que eres una *asaltacunas*.

Aunque, pensándolo bien, no es tan crío... Este yogurín, ya es mayor de edad y, tampoco habría nada de malo en que él y yo... yo y él...

¡SILVANIA! ¡NO!

Carraspeo.

—Mat cariño, bájate la camiseta por favor. No soy de piedra, por si no te habías dado cuenta todavía.

Se la coloca en su sitio brindándome una sonrisa sardónica.

—Sí, así mejor —mi voz sale entre complacida y triste por haberme privado de la escultural visión—. Bueno, será mejor que me marche, ya nos hemos entretenido bastante.

—Sí, habrá que hacer algo, no sea que el jefe nos vea, se le crucen los cables y nos eche a patadas por pensar que estamos teniendo relaciones interdepartamentales.

Y no queremos eso, ¿verdad preciosa?

¿Preciosa? ¿Relaciones interdepartamentales? ¿Está intentando ligar conmigo? Porque si es así, yo me dejo con mucho gusto.

¡Sylvania, por el amor de Dios! Quién te ha visto y quién te ve. ¿Tan desesperada estás?

—No. Yo seguro que no —le digo.

—No. Ni yo.

—Espero que el día que te toque invitarme a cenar, cambies de restaurante y te lo curres un poco más. Yo tengo unos gustos mucho más sofisticados.

Las palabras han salido solas, como si mi mente saturada las hubiese vomitado. ¿Pero, qué coño digo?

—¿Qué?

Mateo me mira un poco pasmado; y no me extraña. Se ha puesto blanco como la cal y yo cada vez me noto más sofocada. Ríete, Sylvania. Haz que parezca una broma, ríete.

Intento plasmar una sonrisa guasona en mi cara, pero al percatarme de forma consciente de su estado, tan helado y atónico, no puedo resistirlo y comienzo a reírme, pero de verdad. Entonces Mat se relaja y cae en la cuenta de que estaba bromeando —en teoría—, y los dos estallamos en divertidas carcajadas.

—Vale, vale, lo tendré en cuenta. Hasta luego, Sylvania.

—Hasta luego, Mateo. Que tengas un buen día.

—Lo mismo te digo.

Se da la vuelta y se aleja en dirección a la tienda, aún con la diversión plasmada en su cara.

Me dirijo a las escaleras, mirando de reojo hacia la tienda para deleitarme con el panorama un poco más. Me acaricio el labio inferior, mientras jugueteo con el dedo índice entre mis dientes y suspiro resignada.

No lo puedo evitar... está buenísimo.

Joder, Sylvania; se te va la olla. Menos mal que lo has arreglado. Tienes que aprender a cerrar la bocaza de vez en cuando.

¿Qué habrá pensado de mí al escuchar tremenda chorrada? Porque es una chorrada. ¿Cómo voy a salir con él? Pero si tengo diez años más... ¡Ay, pero está tan bueno! Es un quesito con piernas y un culito perfecto.

¡Que no! Podría ser su madre. Bueno su madre no, quizá su hermana. A unas malas, su tía... Pero no lo soy. Solo... solo soy una compañera. Valdría la pena, por una vez, echar una canita al aire y darle el gusto a mi desamparado cuerpo.

¡Basta ya, Silvania! Tú, a lo tuyo y deja de imaginar tonterías.

Cuando llego a la oficina, veo al jefe tras la ventana de la puerta de su despacho hablando por teléfono y al resto de mis compañeros ya sentados en sus asientos. Menos Christian, claro.

El despacho del jefe es el único independiente en toda la estancia. Roberto Arjona es el gerente de nuestra empresa en Almería, aunque, en ocasiones parece el dueño de la compañía. Supertrajeado y con aires de comerse el mundo, a veces llega a ser un tanto inaguantable.

Supongo que su intención es optar por un cargo superior y quiere aunar méritos para ello, aunque creo que sería capaz de pisotear a todo el que se interpusiese en su camino para conseguirlo. Incluso de pasar por encima de su abuela si fuese necesario. En el hipotético caso de que ella trabajara aquí.

Los demás tenemos nuestras mesas independientes, pero estamos separados por simples mamparas de cristal, así que todos nos vemos las caras y no hay secretos para nadie.

Andrea es la secretaria de Roberto y la encargada del departamento financiero. Es la única rubia que, de momento, me cae bien. Supongo que es porque la conozco desde hace tres años y el roce laboral termina surtiendo efecto en el ámbito personal.

Nos hemos hecho muy buenas amigas y salimos de vez en cuando a tomarnos unas copas, aunque menos de lo que me gustaría. Es una chica formal, tímida, reservada y muy casera, así que eso de salir... no va demasiado con ella.

Le tengo mucho cariño, aunque me da un poco de lástima, porque estoy casi segura de que está enamorada de Nico, el encargado pelirrojo de la sección de administración.

El chaval es un crack en su trabajo, lo suele tener todo supercontrolado. Y superordenado también, solo hay que ver su escritorio. Lo suyo ya es obsesión. Hasta los lápices los tiene perfectamente alineados, por tamaños y colores.

No me quiero imaginar cómo debe estar su casa. Si entra en la mía se muere, fijo.

Muchas veces, he pillado a Andrea observando de reojo a Nico cuando está concentrado en la pantalla del ordenador, realizando su trabajo de adquisición de productos, control de stock o expedición, pero en el momento en que él mueve cualquier músculo de su cuerpo, ella automáticamente cambia su mirada de trayectoria y se pone a remover papeles como loca, intentando aparentar que está trabajando.

Debe ser frustrante y agotador querer a alguien en secreto y ver que, para esa persona, eres completamente invisible.

En ocasiones me entran ganas de cogerlos a los dos, ponerlos uno frente al otro y exponer la situación. Darle ese pequeño empujón que Andrea necesita y abrirle los ojos al ciego de Nico. Es un secreto a voces para todos, menos para él, que parece ser ajeno a los encantos de mi amiga.

Luego tenemos a Lindsay. Es la encargada de *Marketing* y una especialista en informática. Es la que más destaca, y no precisamente por su cerebritito —que también—, pero creo que eso queda en segundo plano. No es mala chica, pero de primera impresión da un poco de miedo. Si alguien se la encontrara por la noche en la calle, apostaría lo que fuera, a que saldría corriendo nada más topársela.

Su estilismo es un tanto peculiar. Digamos que es un poco... No, qué va. La palabra «poco», se quedaría corta en su descripción. Definitivamente es bastante gótica.

Por lo general, suele venir a trabajar con botas altas, medias de rejilla o rasgadas, minifaldas y corsé ajustadísimos, o camisetas al más estilo renacentista o de la época victoriana —con tendencia moderna según ella, por supuesto—, y obviamente todo dentro del más riguroso color negro. De su cara mejor ni hablar, porque ni siquiera sé cómo es verdaderamente detrás de tanto maquillaje pálido y fuliginoso. La verdad es que nunca se sabe cómo va a aparecer por la oficina.

Si así viene a trabajar, no quiero saber cómo se prepara para dormir. Me la imagino como a la niña de la película *The ring*, con un camisón largo y toda su larga melena azabache cayéndole por la cara. La imagen que recrea mi mente es tan espeluznante, que un escalofrío me recorre la columna vertebral. Creo que me lo replantearía unas cincuenta veces antes de ir al baño.

Pero lo que me provoca más repelucos de ella, es el cariño que le tiene a las arañas. Cuando lo normal es tener de mascota un perro o un gato, llega ella y rompe el molde de lo cotidiano. Chris me contó que tiene una habitación en su casa repleta de tarántulas de diferentes especies. Urnas atestadas de arácnidos peludos de ocho patas y ojos saltones...

Uf... solo de pensarlo, me descompongo. Tendré que hacer una nota mental. Si hay que celebrar su cumpleaños algún día, mejor que sea en un bar. Prohibido pisar la *Lindsay's House*.

Y por último, tenemos a Jordi de recursos humanos. Es la estupidez personificada. Un capullo con cerebro de adolescente jactancioso, dentro de un cuerpo de hombre maduro. Encima está casado con Jade —recién casados—, así que no hay mucho más que decir. Los J-J, como Christian y yo los llamamos, a cuál más gilipollas. Dios los cría y ellos se juntan. Aunque creo que de esa relación no puede salir nada bueno.

Ahora que lo pienso, creo que pisaría la habitación de las amiguitas de Lindsay, únicamente para meter a esos dos en una de las urnas. Sí, creo que me quedaría muy a gusto y mi alma descansaría tranquila.

Suena la alarma de llamada entrante —temprano empezamos—. Me coloco los cascos y, con mi tono amable y complaciente listo para el primer round del día, descuelgo el teléfono.

—Sunshine Market, buenos días. Le atiende Silvania. ¿En qué puedo ayudarle?

Capítulo 3

Introduzco las llaves en la cerradura, abro la puerta y las dejo en la cesta, como cada día. Descuelgo el bolso del hombro y lo engancho en el perchero de la entrada.

—¡Por fin en casa! Hogar, dulce hogar.

Hoy ha sido un día agotador. ¡Maldita sea! Christian no imagina la suerte que ha tenido al haberse escaqueado. La mañana ha estado bastante tranquila, en cambio la tarde... no he tenido tiempo ni de ir al baño. ¡Por Dios, no me han dado ni un respiro! Cuarenta y cinco llamadas en total, sin contar las que seguramente se hayan perdido al no poder atenderlas por haber estado sola. La mayoría proveniente de clientes descontentos, por las innumerables incidencias con un nuevo terminal de última generación, que la compañía ha ofertado esta semana con marca propia. Cuando no es porque la batería se calienta demasiado, es porque los móviles se apagan sin previo aviso y sin motivo aparente.

Segunda nota mental del día... No comprar el nuevo modelo de Sunshine R8 Revolution High resolution. Demasiado revolucionario y poco fiable. Después de tantas llamadas, doy fe de ello.

El reloj del salón marca las ocho y media de la tarde. La verdad es que estoy hambrienta, pero no me apetece cocinar nada. Abro la nevera. Leche, huevos, queso, un poco de chorizo y un par de paquetes de salchichas Frankfurt. Hago un mohín de desagrado. No hay mucho para elegir. Mañana tendré que ir al supermercado, ya resulta indispensable hacer la compra.

Cierro la puerta del refrigerador y abro el congelador esperando tener más suerte. Tras inspeccionar varios *tupperware* llenos de sobras y sacar un par de paquetes de croquetas, encuentro una pizza de jamón y queso. Es lo más cómodo de preparar, así que me decido por ella.

Mientras se hace la cena, aprovecho para ir a refrescarme un poco y cambiarme de ropa.

Al salir del baño, me endoso el pantalón de algodón del pijama de cuadros azules de mi ex y una camiseta de tirantes. Algo bueno he sacado de mi separación con Adolfo. Bueno, dos cosas buenas. Como no da señales de vida, me he quedado con la poca ropa que no se llevó en su huida y he hecho lo que me ha dado la gana con ella. Algunas camisas y camisetas se las he pasado a Christian, que, aunque no tenían exactamente el mismo cuerpo, sí la misma talla, y le sientan increíblemente bien. Incluso mejor, que a su legítimo dueño. Más quisiera tener Adolfo el cuerpo que tiene Christian. Ni en sus mejores sueños.

Las prendas más cómodas y anchas, que a él ya le estaban un poco grandes, me las he quedado yo para dormir. Y el resto... las he donado.

Si detrás de otra se te van los cojones, al final, pierdes la ropa y los calzones. ¡Hala y que te den! Ahora tengo mucho más espacio en el armario. Sonríe astuta. ¡Todo para mí!

Me acerco al salón, enciendo la televisión y comienzo a cambiar los canales con el mando a distancia buscando algo interesante. Nada. Cómo se nota que es viernes. Es algo que no entiendo y creo que nunca entenderé. ¿Cómo es posible que todos los canales emitan programas absurdos un viernes por la noche? Entre los *realities*, programas dedicados a la prensa del corazón y los *dating shows*, a veces entran ganas de tirar el televisor por la ventana. ¡Qué asco! Creo que lo hacen a propósito para que nadie se quede en casa.

Regreso a la cocina, saca la pizza del horno y me siento en el sofá. Vuelvo a coger el mando y doy otro pase a toda la programación. Finalmente encuentro *Castle* en una de las emisoras. ¡Menos mal! Algo interesante y entretenido.

Cuando acaba el episodio, ya he terminado de cenar. Miro el reloj. Marca las nueve y media de la noche. Aún es temprano y siguen sin echar nada bueno en la tele. ¡Qué aburrimiento!

Cojo mi Smartphone y lo reviso. Ni un solo mensaje. ¿Nadie se acuerda de mí? Me recuesto en el sofá. Esto es deprimente. Si Chris estuviera aquí, ya me hubiese obligado a vestirme para salir. Lo echo de menos. No sé nada de él desde ayer. ¿Irà todo bien? Decido llamarle, suponiendo que aún esté despierto. Marco su número y espero... Un tono, dos tonos, tres tonos...

—¡Silvania! Nena, cómo me alegra tu llamada.

En cuanto escucho su voz, noto en mi interior una punzada de desasosiego. Algo no va bien.

—¿Qué te ocurre Christian? Te noto alterado.

—¿Alterado? No querida, estoy que trepo por las paredes. Esta mujer me saca de quicio, no hay manera con ella.

—¿Pero tu madre está bien, verdad?

—Sí, sí. Está mejor que tú y que yo.

Su respuesta me asombra bastante.

—No te entiendo. ¿No se supone que está con un trancazo de mil demonios?

—Exactamente, eso era lo que se suponía. Pero después de llevarme todo el día tras ella intentando darle la medicación sin conseguirlo y, de que increíblemente no tuviese síntoma alguno, me confiesa hace una hora, que en realidad no está enferma.

—¿Ah no? —Levanto una ceja, intrigada.

Esto se pone interesante. De doña Inés, te puedes esperar cualquier cosa.

—Pues no... Me mintió porque quería ir a Madrid este fin de semana con sus amigas, para darse una vueltecita por los casinos y hacer un poco de turismo... Ya será menos.

—¿Qué dices?

Mi asombro es aún mayor.

Sí, cualquier cosa. Doña Inés, es única.

No puedo refrenar la sonrisa que se dibuja en mi cara y me pongo la mano en la boca intentando ocultarla.

—Lo que te cuento. Y para que no me enterase, se inventó lo del resfriado. Lo que no se esperaba, era que yo apareciera por aquí. Y cuando sus dos amigas asomaron por la puerta de la casa con las maletas preparadas, se vio acorralada y no tuvo más remedio que confesarme sus verdaderos propósitos.

—¿En serio?

—Tan en serio, como que ha sacado del armario su maleta y se ha largado hace poco más de quince minutos. Y para colmo, se ha ido dejándome con la palabra en la boca. Ahora, qué me va a oír cuando vuelva.

Al terminar de hablar no puedo aguantar más la risa.

—No te rías, Silvania. No tiene gracia.

No, qué va. Anda que no.

—Oh, vamos Christian, sí que la tiene, no lo niegues. Ojalá me dijera a mí la mía que se va a Madrid un fin de semana. O a Las Vegas mejor, que está más lejos y así me tomaría una buena temporada de relax.

Oh... eso sería ideal. O podría irme yo. Necesito unas vacaciones. Me regodeo una y otra vez en las imágenes de mis ensoñaciones. No obstante, estoy convencida de que eso no va a pasar. No tendré tanta suerte. Menos mal que soñar es gratis.

—¡Me ha tomado el pelo!

—Sí, completamente.

No hace falta que lo jures.

—Ésta no se la perdono.

—Eso dices ahora, pero dentro de unos meses cuando te acuerdes, te reirás seguro.

—No, ni de coña. Me ha mentido en mi propia cara. A mí. A su propio hijo. —Su alteración va creciendo.

—Venga Christian, piénsalo un segundo. ¿Si tu madre te hubiese dicho que se iba a ir de parranda al casino con sus amigas, qué le hubieses dicho? No puedes ser tan controlador. Es tu madre, y ya es mayorcita.

Diga lo que diga, sé que no va a servir de nada.

—Precisamente porque es suficientemente mayor, ya no tiene edad de hacer ese tipo de cosas. ¿Y qué se le ha perdido en Madrid?

—Pues no sé. Madrid es muy grande. Tiene muchos museos para visitar, la Plaza Mayor, el Parque del Retiro... A lo mejor quiere ir a ver al Rey Felipe VI. Con lo guapo que es, no querrá perderse detalle. Esa «percha real», no se ve todos los días.

—¡Qué no! Que esas tres no salen del casino, seguro. Si las conoceré yo.

—Pues entonces, quizá quiera probar suerte en la ruleta, o echar una partida de Black Jack.

Espero que se relaje un poco con la broma, pero no hay forma. No entiendo por qué se toma la situación tan en serio. No debería preocuparle tanto; es su madre, no su hija. En ocasiones se pasa de protector.

—Pues ya le hubiese traído yo una baraja de cartas y unas cuantas galletitas saladas a falta de fichas.

Me está estresando, pero a la vez, también germinan las ganas de picarlo un poquito. ¿Lo hago? Lo puedo matar de un disgusto. O peor... Me puede matar a mí. Ay, pero es que no me puedo resistir. Me lo está poniendo a huevo.

—Por cierto Chris... ¿Solo iba con las amigas?

—Sí. ¿Por qué?

—No, por nada.

—Silvania... ¿Qué insinúas?

—Nada, nada. Es que, ha venido a mi mente, solo por casualidad, que tu madre le ha cogido el gustillo a eso de internet y no sé... quizá haya conocido a alguien.

Verás.

—¿Otra amiga?

Sí. Una amiga calva, con bigote y una tercera pierna.

—Bueno, es que con esto de hablar de los casinos y demás... acabo de recordar que hay un sitio en Madrid al más estilo Las Vegas, donde hay un tío vestido de Elvis en una capilla y bueno... —Comencé a reírme de nuevo.

—No me toques las narices Silvania, ya bastante calentito estoy por haberme mentido, para que ahora me digas eso.

Te pillé. Qué me gusta hacerle sufrir un poco de vez en cuando.

—Vale, perdona. Era una broma.

—Pues no tiene gracia.

—Si tú lo dices... En fin, ¿qué vas a hacer ahora?

—Pues pensaba quedarme a dormir aquí esta noche y volver mañana a primera hora, pero ahora puede que cambie de idea... me lo estoy pensando.

Vuelvo a reír sin contención.

Este hombre es increíble.

—Vamos Christian, no seas ridículo. Deja respirar a tu madre. Solo ha salido a divertirse un poco. Es algo alocada, pero no es estúpida.

—No sé yo qué decirte. Bueno, ya decidiré que hacer cuando me despierte mañana. ¿Y tú qué te cuentas? ¿Ha pasado algo interesante hoy?

—Poca cosa. Aunque me has cargado con todo el muerto. Casi cincuenta llamadas, y la mayoría, por no decir todas, de clientes reclamando incidencias por sus flamantes móviles nuevos.

—¡Wow! Eso es un record.

—Sí, deduzco que se recogerán todos para revisarlos y hacer un estudio exhaustivo. Lo que no comprendo, es cómo pasaron los controles de calidad.

—Vete tú a saber. Esto se veía venir. Han intentado ser pioneros en el mercado con ese nuevo sistema operativo, y no han prestado demasiada atención al producto final. Se han dado con todo el morro en el suelo. Pero, ¿qué le vamos a hacer? Nos tocará a nosotros, seguir aguantando chaparrones por culpa de los ineptos de telecomunicaciones. ¿Algo más?

—Lo de siempre. Roberto estaba hoy que trinaba.

—¡Qué novedad! —valora con sarcasmo.

—Sí. Lo gracioso, ha sido que Andrea le llevaba el café que le prepara todas las mañanas, pero como estaba más pendiente de Nico que de lo que había en el suelo, no se percató de que Jordi había puesto un maletín junto a las patas de su mesa. Tropezó y derramó todo el café encima de Roberto, que pasaba por allí en ese momento.

Pobrecita, lo que no le pase a ella... Si es que Nico la trae loca.

Christian arrancó a reírse divertido, mientras yo proseguía contándole la historia.

—Roberto montó en cólera y tuvo que ir a cambiarse de ropa. Jordi, que ya sabes que aprovecha cualquier situación para mofarse del que tenga delante, comenzó a reír a carcajada limpia y Andrea, se puso colorada como un tomate. Estaba muerta de vergüenza y no podía dejar de mirar al suelo.

—La pobre, qué mala suerte.

—Pero atención, que aquí llega lo más interesante.

—Ah, ¿pero hay más?

Hay un bombazo. Te vas a quedar a cuadros.

—¿A qué no sabes quién salió en su defensa?

—¡Nooooo! —me dijo alucinado e intuyendo cuál sería la respuesta.

—Sí.

—¿En serio?

—De verdad.

—No me lo puedo creer. Al parecer, sí que vamos a tener temita en la oficina.

Ojalá. Ya tengo yo ganas de que estos se espabilen.

—Pues créetelo, pero no corras tanto. De momento no ha pasado de ahí, pero me huelo que la semana que viene tendremos noticias frescas.

—Yo no puedo esperarme hasta la semana que viene. Mañana por la noche salimos.

—¿Pero no decías que te ibas a quedar allí para esperar a tu madre?

—Mi madre sabe cuidarse sola. Además, no llegará hasta el lunes por la noche y sé que no me va a contar nada de lo que haga allí... Lo que pasa en los casinos, se queda en los casinos...

—Me parece que la frase no es así —digo entre risas.

—Bueno, cómo sea, pero esto no me lo puedo perder. En cuanto llegue, llamamos a Andrea y nos vamos a tomar algo. Me muero por saber que ha pasado con Nico.

—¡Cotilla! —le digo poniendo los ojos en blanco.

—Siempre. Parece que no me conoces.

—Sí, demasiado bien. Pero no creo que obtengas mucha información. Ya sabes que ella no suele soltar prenda.

—Eso déjame a mí. Sabes que siempre consigo lo que quiero.

Te deseo suerte.

—Ya lo veremos, esta vez lo tienes difícil.

Aunque después el puñetero, siempre lo logra. Tiene una boquita de oro. Con razón liga tanto.

—Bueno, te dejo para que descanses y pienses en el interrogatorio que vas a hacerle a la pobre Andrea. Además, tienes que hacer un largo camino y quiero que llegues entero. Mañana te invito a comer.

Tengo que ir sin falta de compras.

—Perfecto. Entonces nos vemos mañana. Buenas noches, Silvania.

—Buenas noches, Christian.

Al colgar, vuelvo a mirar el reloj. Las diez en punto. Hago una mueca de desánimo.

Hubiera estado horas hablando con Chris, pero debe descansar para su viaje de regreso.

Vuelvo a hacer un poco de *zapping*. Aún sigue siendo temprano para dormir y, para variar, siguen sin echar nada bueno en la televisión. Suspiro irritada.

Esto es para morirse.

—¡ME ABURRO!

Me desplomo en el sofá, rendida.

Mañana es sábado, no trabajo y puedo acostarme tarde. Sin embargo, con la divertida composición de programas que están emitiendo a través de la pantalla, no descarto que me quede dormida en menos de dos minutos.

Pego un salto del sofá, me acerco a la estantería y paso mi dedo índice por cada una de las carátulas de DVD. Cuando llego a la de *Por siempre jamás* de Drew Barrymore, la cojo e introduzco el disco en el reproductor.

La historia de Andrea y Nico me ha puesto melancólica. Soy superromántica, no lo puedo evitar. ¡Quién pudiese tener un poco de esa sensación de enamoramiento ahora!

Quiero amor, necesito romance... Necesito volver a enamorarme de nuevo. Necesito unos brazos fuertes que me envuelvan y note que me protegen. Suspiro.

Me acaba de dar el bajón. Ahora necesito helado, chocolate y palomitas para la peli. Y pañuelos, muchos pañuelos...

Capítulo 4

El sol calienta mi piel. Mi cara agradece cada rayo de sol. Abro los ojos y veo un extraordinario paisaje. Unas preciosas lagunas, asediadas por pequeños torrentes, cuyas aguas adquieren tonalidades que van desde el verde grisáceo al azul más intenso, rodeado por una frondosa vegetación y grandes formaciones rocosas, con finas cascadas que caen en las maravillosas aguas cristalinas. Huele a hierba, a humedad, a primavera. Huele a naturaleza viva.

Noto unos brazos que me envuelven y que arrullan mi cuerpo desnudo. Tras de mí, percibo su respiración y como su nariz acaricia mi cuello con suma delicadeza hasta llegar al lóbulo de mi oreja. Luego, vuelve a bajar lentamente dejando en su recorrido un reguero de tiernos y húmedos besos. Mis labios esbozan una sonrisa de placer. Lo noto en mi cara, lo noto en mi respiración, lo noto en lo más profundo de mi ser.

—Sé que he estado ciego. —Una tenue voz comienza a salir de su boca, mientras sigue recorriendo mi espalda—. Que no he visto lo que tenía delante de mis ojos, hasta ahora. He comprendido que eres la pieza que faltaba en mi vida. Has conseguido pintar mi mundo de colores y es algo que te agradezco, al igual que agradezco cada caricia tuya, cada beso, cada abrazo... Cada momento que pasamos juntos.

¿Qué está pasando? Quiero girarme, pero no lo consigo. Necesito verle la cara al hombre que me abraza, que me regala estas hermosas palabras y hace que me sienta en las nubes. Mi cuerpo se retuerce entre sensaciones de pasión y lujuria, pero él me abraza con más fuerza y me empuja suavemente hacia su cuerpo, impidiendo que me gire. No cesa de susurrar palabras impregnadas de sentimientos, mientras continúa recorriendo toda mi espalda; pasando por el borde de mi omóplato hasta llegar al cuello y de nuevo a mi oreja. Un escalofrío me recorre de arriba abajo.

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Llegar a formar una familia y estar siempre juntos. Yo no me conformo con pasar solo un rato a tu lado, necesito disfrutar de cada momento contigo.

¿Oh Dios mío, quién es este maravilloso hombre?! Yo te voy a dar lo que tú quieras.

—Me encanta sorprenderte cuando te beso, notar cómo te estremeces cuando te acaricio, o cuando te abrazo. Me gusta tomarte de la mano cuando caminamos por la calle y poder hablar de cualquier cosa. Disfruto picándote y peleándome contigo, porque sé que al final, terminamos arreglándolo donde mejor sabemos hacerlo. Y yo consigo lo que más me gusta de ti. Tu cuerpo; tu piel.

Mi corazón se dispara, va a mil por hora, al mismo compás que mi respiración agitada. Noto como mi sangre caliente circula por todo mi cuerpo. Madre mía. Me estoy encendiendo con solo escuchar sus palabras. La excitación me vuelve loca. Quiero girarme y besarlo, lo necesito, pero sigue sin permitir que lo haga. Me oprime con más fuerza y comienza a rozar con sus largos y expertos dedos mi vientre, mis caderas... Deambula lentamente por la parte externa de mi muslo y poco a poco cambia su trayectoria hacia el interior. Un ardiente e intenso deseo me invade. Mi parte más profunda se tensa y noto un cosquilleo placentero. El placer es tan exquisitamente dulce y agudo que no consigo permanecer por más tiempo con los ojos abiertos. Sube paulatinamente hasta llegar a mi sexo. Lo acaricia con sumo cuidado y yo me excito aún más. Gimo, echo mi cabeza hacia atrás, arqueo mi espalda y expongo mis senos, que él toma sin pensarlo con la mano que me sujetaba con firmeza.

Ahora que estoy un poco más liberada, podría girarme y mirarlo a la cara, pero no puedo. Mi cuerpo no me lo permite; no responde. Me tiene donde él desea tenerme.

—No puedes imaginar lo mucho que te deseo, Silvania. Lo mucho que te amo —me susurra—. Quiero estar contigo en los malos y en los buenos momentos. Pasar a tu lado minutos de placer, horas de interminable deseo, días de excitantes y dulces caricias, meses de lujuriosas miradas furtivas y años de amor incondicional. Regalarte miles de flores que nunca jamás conseguirán eclipsar tu belleza. Deseo hacerte feliz y estoy dispuesto a conseguirlo, te lo aseguro.

¿Me lo está diciendo en serio?

—Confía en mí. No quiero que temas nada. No importa lo que pase, no importa el día, ni la hora, no importa lo que esté haciendo, lo dejaré todo y siempre estaré para ti, para lo que necesites. Siempre estaré contigo.

¿Puede ser de verdad? ¿Puede haber un hombre que haga todo eso por mí? ¿Quién eres?

Sus dedos se desplazan hacia abajo introduciéndose en mi húmedo interior, mientras que con el pulgar, sigue acariciándome el clítoris dibujando círculos alrededor de él. Crea en toda mi erógena zona un continuo movimiento rítmico y lento, pero sin pausa alguna. Paso mi lengua por los labios intentando hidratar la sequedad que producen mis acelerados jadeos. Los muerdo deseando controlar la ardiente sensación de desenfreno. Con su otra mano, acaricia mis senos y pellizca suavemente los pezones. Noto como se endurecen con el simple roce de sus manos. Una punzada eléctrica, recorre todo mi cuerpo hasta llegar a mi punto más sensible y un nuevo escalofrío vuelve a recorrer mi espalda. Él sigue besando mi cuello, intercalándolo con pequeñas succiones y placenteros mordiscos. Hace un leve movimiento para acercarse un poco más a mí y entonces, noto su erección contra mis nalgas. Mi cuerpo refleja una leve convulsión, mis sentidos se dislocan, estoy fuera de mí y solo puedo dejarme llevar.

—Déjate ir nena. Deja que te lleve al paraíso. Te aseguro que me encargaré de que nunca falte amor en tu vida, porque eres lo más valioso de la mía. Tú eres mi debilidad y te voy a cuidar como nunca nadie lo ha hecho jamás.

¡Dios mío! Me estoy derritiendo con sus halagos. ¿Quién es este hombre tan maravilloso?

—¿Y sabes qué?

—No.

Mi respiración entrecortada no me permite contestar con mucha claridad, pero intento que entienda mis palabras entre mis ronroneos de excitación. Estoy a punto de llegar al precipicio. Todo mi ser se contrae y tiembla esperando con ansia el inmenso orgasmo y sé, que con solo una palabra más que salga de su boca, hará que llegue al éxtasis.

Oh... por favor, lo necesito, dámelo.

Mis gemidos no paran de suplicarlo.

—¿Qué? —respondo ansiosa.

—Mamá te llama. Mamá te llama. Mamá te llama...

¿Qué?! Mi cuerpo se congela. Me quedo inmóvil, extrañada y exhausta por la excitación desterrada y entonces, me giro. Solo consigo ver unos ojos color miel, tan brillantes como el ámbar más puro, justo antes de que se difuminen a mi alrededor. Todo comienza a girar como partículas arenosas en un remolino que desaparece en la nada, hasta que todo se queda oscuro, pero sigo escuchando esa última frase. «Mamá te llama, mamá te llama, mamá te llama...»

Abro los ojos, la luz del día me ciega, estoy completamente desubicada, pero no dejo de escuchar esa irritante frase. Entonces caigo en la cuenta de que estoy en mi habitación, que todo ha sido un sueño. —¡Y menudo sueño!— Estaba pasando el mejor momento de mi vida, hasta que a la graciosa de mi madre le ha dado por llamarme y destrozarme la única experiencia erótica que tengo desde hace meses. Qué oportuna es siempre.

Intento girarme, pero no puedo, la sábana está liada alrededor de mi cuerpo y no me permite realizar muchos movimientos. Ahora entiendo porqué no conseguía revolverme entre esos supuestos brazos tan fuertes. A duras penas, consigo sacar un brazo, estiro la mano en dirección a la mesilla de noche y cojo mi móvil. Con irritante deseo de silenciar el sonido perturbador del tono de llamada de mi madre, descuelgo y le contesto con tono cortante y frío.

—¿Qué quieres, mamá? —mi voz sale con la ronquera de un recién despertar.

—Yo también me alegro de oírte cariño. ¿Qué haces? ¿Aún estabas durmiendo?

—Sí, mamá, es sábado, no tengo necesidad de levantarme temprano los fines de semana. Te recuerdo que no trabajo.

—No deberías de pasarte el día tumbada en la cama, hace una mañana maravillosa.

Maravilloso era el sueño que estaba teniendo y que me ha fastidiado ella con su inoportuna llamada, que, me juego el cuello y seguro que no lo pierdo, que no será para nada más que para fastidiar.

—Venga cariño, levántate. Tienes que vivir la vida, no puedes quedarte encerrada en casa, sal a la calle, conoce gente nueva, relaciónate con el mundo, apúntate al gimnasio y pierde esos kilos que no paran de aumentar.

Ya estamos como siempre.

—¿Cómo pretendes conocer a algún hombre si pasas todo el día encerrada y comiéndote todas las porquerías que encuentras en el supermercado?

—No sobrevivo a base de porquerías, como de todo. Y que sepas que ya conozco a muchos hombres, mamá.

—¿Lo dices por tu amigo gay? ¿O por los compañeros de tu oficina? ¿O quizá por el adolescente guapísimo de la tienda?

—Pero... ¡¿Qué?! ¿Y tú, cómo sabes eso?

Me incorporo como puedo y me siento en la cama alucinando con las palabras que acaba de escupir mi madre por la boca. No me lo puedo creer. ¿Ahora se dedica a espiarme? Lo que me faltaba.

—Yo lo sé todo, mi niña. Te recuerdo que fui yo, la que te llevé durante nueve meses en mi útero y luego te parí tras doce horas de insufribles dolores de parto.

—¿Para qué me has llamado, mamá? ¿Tienes ganas de echarme en cara tu interminable sufrimiento de hace treinta años? ¿O es que te aburres sola en casa y necesitas desquitarte de alguna manera? Ya mi vida es lo bastante desastrosa por sí sola, para que tú me llares y me la hundas un poco más a primera hora de la mañana.

Como siempre hace.

—No me hables así, que soy tu madre. Me merezco un poquito de respeto por tu parte.

Entorno la mirada.

—Además, son más de las once, no es tan temprano. ¿También te despertabas a estas horas cuando vivías con Adolfo? Seguro que sí. Claro, entre que te levantas tarde y que tu casa está siempre patas arriba, no me extraña nada que te dejase por otra.

—¡¡¡Mamá!!! ¿Y tú me hablas de respeto?

Esto ya es el colmo. Me llama para darme el coñazo y encima me refriega que mi marido me abandonó. Bueno, mi exmarido. Y para variar, la culpa encima es mía, cómo no. Pues no. Esta vez no se lo pienso permitir. Bastante molesta estoy ya por haberme despertado, para que ahora tenga que soportar sus vilipendios.

—Mira, te voy a dejar, porque no tengo ganas de seguir escuchando más tonterías.

—¿Insinúas que digo tonterías?

—No lo insinúo, lo afirmo. Y esta conversación la doy por zanjada. Si no quieres nada más, voy a levantarme y hacer algo con mi funesta y ahora, un poco más hundida vida.

—No te enfades, Sylvania, simplemente te expongo en voz alta lo que otros pueden pensar.

—Si por otros, te refieres a ti misma, me doy por enterada. El que no quiera verme, que cierre los ojos. Gracias por tu maravillosa y amorosa forma de despertarme, qué tengas un buen día.

Aún más irritada de lo que estaba antes, cuelgo el teléfono y lo tiro con furia en algún lugar de la cama. Saco como puedo mi otro brazo de entre las sábanas y apoyo mis manos en mi cara.

No me lo puedo creer. Es una pesadilla. ¿En serio se piensa que con esa forma de tratarme me ayuda en algo? Ojalá se diese cuenta, que en ocasiones, es mejor callarse. Aunque teniendo en cuenta cómo es ella, mejor sería que se quedara muda. Me irrita hasta decir basta. El día que diga algo agradable de mí, le pongo una estatua conmemorativa en la plaza mayor de su urbanización.

A patadas logro desprenderme del resto de la sábana, me levanto y me dirijo al baño refunfuñando. Me topo conmigo misma al entrar; estoy tan pálida y me siento tan poco atractiva, que la insidiosa conversación con la víbora de mi madre, se vuelve a repetir en mi mente. Frunzo el ceño. Si continúo observando mi imagen en el espejo, el reflejo terminará optando por levantar el dedo corazón y regalarme una peineta.

Por una parte lleva razón. Siempre la lleva. Pero es que, las formas que utiliza para exponer sus pensamientos hacia mí, son las que me sacan de quicio. Y encima me ha jodido el fabuloso sueño con el que estaba gozando. Para una vez que duermo bien... Cierro los ojos y me estremezco de solo pensarlo. Mmm... Esas manos acariciándome suavemente. Esos labios besando cada centímetro de mi piel. Esos fuertes brazos abrazándome con fuerza. Esa dulce voz declarándome su amor... Abro de nuevo los ojos y vuelvo a la realidad. En fin, fue bonito mientras duró.

Me miro nuevamente en el espejo y sé, que de nada sirve enfurecerme tanto. Fue solo un sueño, nada era real; mi subconsciente solo anhela lo que no tiene, pero en mi interior, no deja de emerger un deseo sexual, mezclado con un deseo asesino por haberme frustrado la oportunidad de llegar a mi explosión de éxtasis matutino.

Creo que entre el tema de Andrea y la sesión de cine romántico que me tragué anoche, mi mente me ha jugado una mala pasada... o buena, según se mire. Sonríe al recordar la escena e inmediatamente caigo en la cuenta. Esos ojos... ¿de quién podrían ser? No conozco a nadie con los ojos de color miel —al menos, que yo recuerde—. Y en el repertorio de películas de ayer, ningún protagonista los tiene... Me muerdo las uñas mientras pienso, intentando ubicar esa mirada en algún sitio... en algún hombre que se encuentre dentro de mi círculo social, hasta que vuelvo a encontrarme con mi reflejo en el espejo. Suspiro y me dedico una sonrisa desesperada. Muevo la cabeza de un lado a otro, deseando desprenderme de mis pensamientos absurdos.

—Déjalo ya, Sylvania, es un sueño, solo eso.

Me visto con algo cómodo, un pantalón de chándal viejo y una camiseta extragrande, me coloco las zapatillas y me hago una coleta. Recojo de los pies de la cama el móvil y me lo meto en el bolsillo. Voy a la cocina, me preparo un café bien cargado, cojo la taza, las llaves de casa y salgo en dirección a la azotea de mi edificio.

Christian y yo solemos subir a desayunar a la azotea cuando hace buen tiempo, pero como aún no ha llegado, subiré yo sola. Me apetece despejarme un rato. Aun así, no puedo entretenerme mucho; tengo que ir de compras y no sé aún qué preparar para el almuerzo. Cuando llegue al súper, ojearé por encima hasta que se me ocurra algo.

Cuando termino de tomar el café, coloco la taza en el suelo junto a mí, apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos intentando relajarme, y absorber toda la vitamina D que proporcionan los rayos del sol, disfrutando de la agradable y tibia brisa. Sosegada, tranquila...

Cuando más calmada me siento, el móvil comienza a vibrar inesperadamente en el bolsillo y doy un respingo. Lo saco para ver quién me está llamando, pero se me resbala de las manos y va a parar a la cornisa exterior del edificio.

—¡Mierda! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!...

Me levanto rápidamente y me asomo por la barandilla. Miro con la cara desencajada el lugar donde ha caído el teléfono y luego, empiezo a mirar a mi alrededor buscando, sin éxito, algo que pueda utilizar para recuperarlo.

Un palo... No. Una barra de metal... No. Una cuerda... ¿Una cuerda, Sylvania? Ni que estuvieras en el Rodeo. ¿No hay nada? ¡Maldita sea! Desolada, vuelvo a mirar hacia la cornisa y comprendo que soy la única opción para recuperarlo.

—Vale, Sylvania, sin miedo. No hay vértigo —me digo a mí misma en voz alta para darme más seguridad, mientras miro con angustia el tramo que tengo que atravesar.

Trago saliva, apoyo mis manos en la barandilla de madera, levanto una pierna y la coloco encima, pego un pequeño saltito para poder encaramarme a horcajadas y con mucho cuidado, la sobrepaso agarrándome con todas mis fuerzas. Dejo caer mis piernas hacia el otro lado y me voy soltando lentamente hasta notar que mis pies se posan en el saliente. Me doy la vuelta con sumo cuidado y miro hacia abajo.

¡Mierda! No debí haber hecho eso. Todo comienza a moverse bajo mis pies, todo gira.

Respira, Silvania. Respira. Cierro los ojos y me aferro con más fuerza a la madera de la parte superior de la barandilla. Muy despacio voy resbalando mi espalda por el cristal de la parte inferior, hasta que consigo sentarme en la cornisa. Estoy aterrada. Respiro tan rápido y profundo, que creo que voy a empezar a hiperventilar. Me estoy mareando. Abro los ojos con dificultad e intento no volver a mirar más allá del tramo de cemento.

—Bueno, valiente, ya has hecho lo más complicado. Ahora solo tienes que alargar la mano, coger el móvil y volver. No es tan difícil —me vuelvo a decir en voz alta.

Estiro el brazo, mientras que con la otra mano me aferro a un pequeño hueco que hay entre lámina y lámina de la pared de cristal de la barandilla que tengo a mi espalda. Intento alcanzarlo, pero estoy bastante lejos y lo único que consigo es tocarlo con las puntas de los dedos, así que suelto con gran pesar mi punto de anclaje, e inclino mi cuerpo un poco más hacia delante hasta que por fin consigo cogerlo. Rápidamente, me echo hacia atrás recuperando mi posición inicial. Respiro hondo pretendiendo aliviar la tensión y el pánico, aunque sin demasiado éxito. Meto mi Smartphone recién recuperado en el bolsillo del chándal y me pongo en pie sin prisa, pero sin pausa.

—¡Eh, no lo hagas!

Una voz masculina me sobresalta y casi pierdo el equilibrio. No sé ni cómo consigo aferrarme a la barandilla de nuevo.

—¡No lo hagas, por favor!

—¡No me grites, que me voy a caer! —es lo único que se me ocurre decir.

—¡Gírate lentamente hacia mí, no cometas esa locura!

¿Por qué me sigue gritando? ¿Es qué está sordo? Vuelvo a mirar hacia abajo sin querer y todo empieza a dar vueltas de nuevo, cierro los ojos antes de entrar en pánico de nuevo. El pecho se comprime y no puedo respirar. Me aferro aún más fuerte a la barandilla, inspiro y respiro un par de veces de forma profunda, vuelvo a abrir los ojos e intento centrar mi mirada en un punto fijo, algo que me estabilice. Consigo encontrar un nido de golondrinas en el edificio de enfrente y me enfoco en él. Por un momento, me da la sensación de que las golondrinas están a la expectativa de lo que está ocurriendo frente a ellas. Vuelvo a respirar profundamente, ahora un poco mejor que antes, sin embargo, comienzo a notar como los nervios se apoderan otra vez de mí y entonces, vuelvo a escuchar su voz.

—¿Estás bien?

¿Este tío es tonto? ¿No me está viendo?

—No, no estoy bien; estoy muerta de miedo. —le digo gritando porque él sigue haciéndolo también.

—Bueno, tranquila, gírate lentamente y no mires hacia abajo.

Me lo has dicho un poco tarde, chaval.

—Vale, pero no me grites más, me pones histérica —le repito.

Suelto una de mis manos del cilindro de madera, estoy temblando, me giro con mucho cuidado y vuelvo a engancharme a la barandilla con fuerza, ahora con mi cuerpo mirando hacia el interior. Algunos mechones se me han salido del recogido y bailan suavemente con la brisa, mientras que mis ojos solo pueden mirar hacia las plaquetas de terracota del suelo de la azotea. Ya no tengo vértigo, pero sé que es lo que dejo a mi espalda. Regresa el pánico de nuevo y no consigo mover ni un solo músculo más; todo mi cuerpo se ha quedado completamente rígido. El estómago me duele, lo noto revuelto y solo tengo ganas de vomitar. No sé si podré hacerlo de nuevo.

—Bien, ya has hecho lo más difícil. Ahora mírame.

—No. No puedo.

Si mi cuerpo se mueve un solo milímetro, me caigo seguro.

—Vale, escúchame, te voy a agarrar por los brazos y...

—¡No te acerques! —Vocifero antes de dejarle terminar.

—Mira, voy a llamar a los bomberos.

—¿Qué? ¡No! —le vuelvo a gritar.

—Sí, así pondrán una colchoneta o una lona por donde podrás deslizarte y entonces...

—No llames a los bomberos. No... No llames a nadie —respiro hondo de nuevo—. Está bien, haré lo que me digas, pero por favor, sácame de aquí.

Levanto un poco la vista y veo un bulto desenfocado con colores mitad gris, mitad azul. Es un cuerpo que, aunque está a pocos metros de mí, no consigo visualizar con claridad por culpa del pánico. Está inmóvil, indeciso. Frunzo el ceño. ¿A qué espera? ¿Pretende que las golondrinas vengan en mi auxilio y me saquen volando de aquí?

—Bueno, qué... ¿me ayudas o no? Mira que si me caigo la culpa será tuya.

—Eh...sí, sí, sí. Bien, vale, voy a acercarme muy lentamente. Cuando te sujete por los brazos, tú subes un poco y cuando estés arriba deja que tire de ti.

¿Entendiste?

—Sí.

A ver, que no tengo problemas mentales. Aunque la situación merece que esa cuestión quede en duda.

Él se acerca, pasa sus brazos por debajo de los míos y me agarra por la espalda. Dejo caer mi barbilla en su hombro, así que lo único que consigo ver es la pared blanca de la fachada de la azotea, aunque sigo sin poder enfocar.

—Ya te tengo sujeta. ¿Confías en mí? —me susurra.

Al escuchar esa pregunta, tan sencilla, pero a la vez tan complicada de efectuar, noto un escalofrío recorrerme desde la columna, pasando por las piernas, los brazos, los dedos y la cabeza... Incluso, creo que ha recorrido cada cabello de mi despeinada coleta, y luego, ha retornado de nuevo el camino por cada extremidad de mi cuerpo, concentrando su energía en una especie de punzada que ha llegado hasta mi corazón, pero esta vez, no de dolor.

Ese susurro, se ha introducido por mi oído y ha recorrido todo mi cuerpo; expandiéndose por cada vena; por cada arteria; por cada músculo; por cada órgano... haciendo desaparecer mis miedos en cuestión de milésimas de segundo. Es extraño, ¿cómo puede ser, que una simple frase pueda darme tanta tranquilidad? Me siento segura entre sus brazos y, a pesar de que sé que nuestros cuerpos están separados por una lámina de cristal, puedo notar su calor; puedo notar su abrazo protector.

Sin atreverme a mirarlo aún, le contesto moviendo la cabeza en señal de afirmación.

—Cierra los ojos y deja que te ayude. ¿Preparada?

—Sí —contesto mientras vuelvo a afirmar moviendo de nuevo la cabeza y hago lo que dice.

—Bien, suelta la barandilla y agárrate a mi cuello. —Lo hago a duras penas, aunque mi cuerpo se está dejando llevar sin ningún tipo de problema por el hipnótico sonido de su voz—. Tú solo debes dar un salto hacia mí, luego tiraré de ti. Una; dos; tres...

Pego un salto y noto la fuerza de sus manos en mi espalda y la tensión de sus brazos cuando tira de mí. El cilindro de madera al que me aferraba antes, se clava ahora por cada centímetro de mi cuerpo a medida que me arrastra hacia delante. Cuando por fin creo haber conseguido sobrepasar la acristalada barandilla, escucho justo debajo de mí un fuerte golpe seco. Todo se detiene, todo está en silencio excepto por el ruido del tráfico y un sonido rítmico palpitante. Entonces abro los ojos y, tras conseguir enfocar la vista, percibo el suelo un poco más bajo de mi línea de visión. Ahora más alto y de nuevo más bajo.

¿Me estoy moviendo? Caigo en la cuenta de donde estoy. Levanto un poco la vista y veo que me encuentro encima de él. Busco su cara con la intención de preguntarle si está bien y entonces la veo.

Siento una descarga eléctrica en lo más profundo de mi ser. Esa mirada, esos ojos cristalinos tan intensos, tan puros como la miel. ¡Dios mío, es la misma! Todo a mi alrededor parece haberse detenido de repente. Mis sentidos no perciben nada más que esa mirada penetrante. Solo existen esos ojos tan brillantes como el ámbar, que me miran a través de unas pestañas increíblemente largas. No puedo dejar de mirarlo, me tiene completamente hechizada.

Entonces, como un susurro lejano, percibo una voz. Mis sentidos salen del ensimismamiento y vuelven de nuevo a trabajar en alto rendimiento. Todos los ruidos de la calle rebotan en mis oídos de forma amplificada y, mi olfato, nota el aroma de un perfume cuando comienzo de nuevo a respirar. —Ni siquiera me había percatado

de que hubiese dejado de hacerlo—. Sus ojos no cesan de escrutar los míos, como si intentara descubrir mis pensamientos más ocultos.

—¿Estás bien? —me dice dulcemente pero con un poco de dificultad.

Me doy cuenta que aún seguimos tirados en el suelo y yo, estoy encima, ap lastándolo.

—Sí, sí...

Me levanto apresuradamente para quitarle mi peso muerto de encima y doy un par de pasos hacia atrás para darle espacio. —Joder... ¡Qué pedazo de cuerpo!— Solo veo los resultantes bíceps de sus brazos, que salen de las mangas de su camiseta gris oscura, pero teniendo en cuenta lo bien marcados y formados que se ven, puedo llegar a imaginarme el resto del cuerpo.

—Eh... Perdona. ¿Y tú?

—Ahora sí —responde con alivio.

Al escuchar sus palabras, empiezo a notar un enorme sofoco en la cara. Seguro que me he puesto roja como un tomate. Qué vergüenza. Me muerdo el labio y bajo la mirada intentando ocultar mi sonrojo temerosa de lo que pueda pensar de mí. ¡Mierda! Al mirarme los pies, me doy cuenta de la pinta que tengo, voy echa un desastre. Despeinada, mal vestida y sin maquillar... ¡Genial! Quizá sea imposible, pero creo que el rojo de mi cara aún se ha vuelto más intenso.

—Eh... —Alza una mano y me la coloca bajo el mentón levantando cuidadosamente mi cara; nuestros ojos se vuelven a encontrar—. ¿De verdad que estás bien?

Mi vientre se tensa al notar el contacto de sus dedos.

¿En qué momento se ha acercado a mí? Un cosquilleo me invade por dentro. Trago saliva y me quedo mirándolo, cautivada. Su cara es perfecta. Sus facciones parecen haber sido esculpidas al detalle. Es atractivo, muy atractivo. Y está buenísimo. Pero su penetrante y jalea mirada es la que me tiene por completo seducida. En la azotea parece hacer mucho más calor que antes. O quizá sea yo.

—Sí, de verdad. —Mi voz sale temblorosa.

—¿Y por qué querías suicidarte? —me pregunta, esta vez, con una mirada de reproche.

¿Qué? ¿Suicidarme? ¿Eso es lo que suponía que estaba haciendo en la cornisa?

—Yo no quería suicidarme.

—¿Ah, no? —pregunta desconcertado.

—No. Al menos no era esa mi intención.

—Entonces, ¿qué coño hacías encaramada al saliente? —me recrimina.

Ahora la desconcertada soy yo.

Esto no me cuadra. ¿Por qué me habla así?

—Se... Se me cayó el móvil y no tuve más opciones.

Ha conseguido que me sienta como una niña pequeña que debe dar explicaciones cuando hace algo malo.

—Me has dado un buen susto.

¿Que yo se lo he dado?

—Creo que el susto me lo he llevado yo cuando comenzaste a gritarme, ¿sabes?

—No vuelvas a hacer esa estupidez. Podrías haberte matado. —Su tono de voz se va endureciendo cada vez más.

Frunzo el ceño y doy un paso hacia atrás.

¿Por qué coño me está regañando? Ni que fuera mi padre, para darme un sermón por desobediente y por no tener dos dedos de frente. Se está pasando.

—Bueno, no me he muerto, como puedes comprobar. —Mi entonación se torna cortante—. Supongo que debo darte las gracias por haberme salvado. Así que, gracias.

Sus formas rústicas me molestan y, para dejarlo patente, me expreso en un tono poco amistoso. No sé quién es. Ni siquiera lo conozco, ni él tampoco me conoce a mí para hablarme de esa manera.

—Y tú, ¿quién eres? ¿De dónde has salido?

Alza las cejas y me mira con expresión seria, dura, con labios fruncidos y unos ojos ámbar que me observan fríamente. Puede que esté un tanto ofendido por mi manera de hablarle, pero es lo que hay. Él ha sido el que ha empezado y no pienso quedarme calladita. ¡Ni hablar!

De repente me arden las mejillas, aunque no sé si es por el cabreo o por esa mirada color miel que no deja de otearme y me está quemando por dentro. Cierra los ojos como si estuviese pensando —cosa que me viene genial para intentar tranquilizarme y bajar un poco la temperatura de mi cuerpo—, respira hondo —al igual que yo—, y cuando vuelve a abrir los párpados, su expresión ha cambiado por completo. Ahora es más suave, más amable. Es como tener delante de mis narices la representación en persona del doctor Jekyll y Mr. Hyde.

—Digamos que soy tu ángel de la guarda —me contesta encogiéndose de hombros.

Levanto una ceja. ¿Mi ángel de la guarda? ¿En serio? ¿Pero qué clase de réplica es esa? Lo que menos me podía esperar, era esa respuesta. Me ha cogido tan de sorpresa, que creo que mi cara ha reflejado el asombro como un libro abierto y él, lo ha tenido que notar, porque sus increíbles labios se curvan regalándome una sonrisa sutil; aparentemente de burla triunfal.

El sofoco vuelve a emerger desde mi pecho. Me falta el aliento y estoy cada vez más nerviosa. Si ya era guapo antes, ahora lo es mucho más... ¿Qué me está pasando?

No le mires la boca, Silvania... Concéntrate; concéntrate.

Trago saliva y alzo la mirada en dirección a los ojos. Entrecierro los míos, intentando leer sus intenciones, aunque no sé que me desconcierta más.

Tras esa expresión invicta, percibo, quizá, como si de alguna forma, quisiera solucionar la metedura de pata, aunque no está muy seguro de conseguirlo... O tal vez, pretende hacerme jaque... descolocarme por completo con esa excelsa cara, para que baje la guardia y así se lleve el mérito del salvamento, mientras que yo, quedo como la tonta y subnormal que se arrepintió en el último segundo de su fallido suicidio, y para colmo, necesitada de su ayuda. Pues va a ser que no. Por ahí no paso. No te creas ganador todavía, chaval; yo también se jugar.

—Claro... Y ahora me dirás que llegaste volando —le suelto aún un poco reticente.

—Puede ser.

—¿Y las alas? ¿Las has perdido por el camino?

—Shhhhhh... —Me silencia poniéndose un dedo en los labios y hablándome en susurros—. No lo digas tan alto... podría oírte alguien.

¿En serio? ¿Es que tengo cara de estúpida?

—Las tengo guardadas bajo la camiseta. No es muy inteligente salir a la calle con ellas a la vista. Todo el mundo se quedaría mirándome y créeme, no es muy agradable ser el centro de atención.

Me sonrío divertido. Frunzo los labios y me muerdo el carrillo. Aunque intento reprimir mi sonrisa y aparentar que sigo molesta, no lo consigo. Mi boca se arquea y me río entre dientes por la ridícula respuesta.

—Eso está mejor. Hubiese sido una pena que el mundo perdiese la oportunidad de ver esa bonita sonrisa.

Ahora sí que me ha dejado descolocada. ¿Le gusta mi sonrisa? Jaque mate.

—Menos mal que he llegado justo a tiempo. ¿No crees?

—Eh... Pues... la verdad, no creo demasiado en los ángeles —respondo un poco más serena, pero, sobre todo, más azorada.

Con un movimiento lateral, apenas perceptible de su cabeza, me confiesa que él tampoco.

Suspiro. ¿A qué está jugando? ¿Quién es este hombre que es capaz de entrar en mis sueños y qué aparece de la nada para salvarme y ponerme tan... excitable?

—Bueno, será mejor que me vaya, se me hace tarde.

Su voz es increíblemente apacible... Sus ojos no dejan de mirarme y yo no dejo de mirarle a él. Nuestros ojos son los que hablan mientras que nuestras bocas

permanecen cerradas, silenciadas sin saber muy bien qué decir. Me siento embelesada y no sé porqué. Esa mirada... es como un imán que ejerce una inmensa fuerza de atracción sobre mí. Un Embrujo. Pero, es tan versátil... En ocasiones agradable y encantador y, otras veces, estúpido y prepotente. ¿Qué tiene que tanto me atrae? ¿Qué se supone que debo hacer?

—Sí. A mí también.

—Ten cuidado y no te metas en más líos. Recuerda que el único que tiene alas soy yo.

Me guiña un ojo y el calor irrumpe de nuevo en mí. Miro hacia el suelo y me humedezco los labios, nerviosa. Me recojo un mechón de pelo por detrás de la oreja y juego con él, nerviosa, mientras acerco la uña del dedo corazón hacia mi boca, la cual, comienzo a mordisquear antes de volver a levantar la mirada, pero cuando lo hago, percibo de nuevo su cara de reproche.

—¿Qué? —pregunto intrigada.

Frunce el ceño y entrecierra los ojos.

—Nada.

Lo noto respirar irritado. Gira en sus talones y sale con paso firme por la puerta en dirección a la escalera.

Entonces desaparece —otra vez—, dejándome allí plantada, sola y perpleja.

¿Qué demonios ha pasado?

Capítulo 5

El fin de semana se me ha hecho eterno; han sido los dos días más aburridos de todos los que recuerdo. Al final me quedé en casa tragándome un repertorio completo de series televisivas y una lista interminable de películas.

Christian me llamó el sábado, pero como no lo cogí gracias a mi actuación aparentemente suicida, dejó un mensaje en el buzón de voz.

Silvania, no sé si estarás durmiendo o si te he pillado en la ducha, así que te dejo el mensajito. No me esperes para comer, mi coche ha muerto esta mañana, llamé a la grúa y me lo han llevado al taller. He tenido la suerte de encontrarme a un... digámosle... amigo de la infancia, y me va a hacerme el favor de conseguir una batería nueva hoy mismo, pero hasta última hora de la tarde no lo tendrán listo, así que he decidido quedarme. Ya sabes que no me gusta conducir de noche. Bueno, y también aprovecharé para invitar a Erick a cenar por haberme hecho el favor. Ya te contaré. Te quiero, guapa.

En el momento en el que escuché «digámosle», no dudé ni por un segundo del tipo de relación de amigo de la infancia que tenía con ese tal Erick.

Anoche llegó a las tantas de la madrugada. Para que luego me diga que no le gusta conducir de noche. Claro... Menos lobos, Caperucita. Pero lo comprendo. Yo en su lugar, hubiese llegado directamente por la mañana. La cuestión es, que hoy se ha quedado dormido, así que esta mañana hemos salido a toda prisa de casa y no le he dado tiempo a contarme nada. Y a mí tampoco. Aunque estoy dudando un poco si contarle el suceso del otro día... la bronca que me puede caer conociéndole, no será precisamente liviana.

No he vuelto a saber nada del señor ojos bonitos. Ni siquiera sé que hacía en la azotea aquel día. Y ahora que lo pienso... ¿Cómo es que estaba en la azotea? No conozco a todos los vecinos del bloque, pero obviamente, me habría fijado en él si me lo hubiese cruzado por las escaleras o en el ascensor. Jamás lo había visto antes, ni siquiera en el vestíbulo de la entrada o sacando la basura... no, nada, ni un solo recuerdo de su cara... ni de su cuerpo.

Suspiro un poco excitada. ¿Sería de verdad mi ángel de la guarda? ¡No digas tonterías Silvania! Sacudo la cabeza respondiéndome a mí misma la pregunta que acabo de formular. En ocasiones, mi imaginación se encarga de colar en mi mente alguna que otra tontería sin sentido.

—¿Silvania? —Al escuchar mi nombre, miro en dirección a Nico, que me ha sacado de mi ensimismamiento.

—Dime.

—¿Estás ocupada?

—Ahora mismo no, ¿por qué?

Por el rabillo del ojo, compruebo como nos observa Andrea desde su mesa, con su peculiar manera de remover el papeleo mientras Nico habla conmigo. Me pregunto si habrá pasado algo este fin de semana entre estos dos, aunque viendo la cara de mi amiga, posiblemente no. Tengo que hablar con ella muy seriamente. Alguna manera habrá de que ella dé el primer paso, porque si no, se va a terminar quedando para vestir santos.

—¿Me harías un favor? Necesito todos los cuadrantes de pedidos de cada sección, pero tengo que terminar una cosa que estoy haciendo y que es muy urgente. ¿Te importaría bajar a información y traérmelos, por favor?

—Claro, sin problema.

Me levanto de la mesa y salgo de la oficina en dirección a la tienda. Cuando llego al mostrador de información que hay junto a la puerta de la entrada, encuentro a Mateo tras él.

—Buenos días Mat.

—Buenos días, preciosa. ¿En qué puedo servirte?

Su empalagosa teatralidad consigue hacerme sonreír.

—Nico me ha enviado a por los cuadrantes de pedidos de la semana pasada. ¿Puedes mirar, a ver si están por ahí, por favor?

—Claro, sus deseos son órdenes para mí —me dice con una sonrisa seductora.

Ay, si tú fueras mi genio de la lámpara y yo realmente mandara, no malgastaría contigo el tiempo pidiéndote los cuadrantes...

¿Qué estoy diciendo? Joder, Silvania, es que no aprendes. Ahora mismo no estoy del todo segura, si es mi cuerpo el que demanda o mi mente pecaminosa; definitivamente necesito un buen polvo de forma urgente, o me voy a terminar volviendo una depredadora sexual juvenil.

—Anda, no seas tan peliculero. Oye, por cierto... ¿Qué tal tu cita de la otra noche?

—¡Aagh! Ni me lo recuerdes.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ha pasado que no quiero ver a esa mujer más en mi vida.

—Pero si se suponía que era la diosa de todas las diosas —bromeo, repitiendo de forma literal sus encantadoras palabras—. ¿Qué es lo que ha podido ocurrir para que reniegues de sus celestiales encantos?

—Sí, era una diosa, pero la diosa del disfraz. —Me acabo de quedar completamente desubicada con su respuesta—. Y sobre los encantos que tenía, se volatilizaron a medida que le iba quitando la ropa.

¿Cómo?!

—Me he perdido.

—La llevé a cenar, luego tomamos unas copas y, cuando la cosa empezaba a ponerse interesante, nos fuimos a su casa. No nos dio tiempo a llegar al dormitorio, la cogí de sopetón en el pasillo y comencé a besarla. En un arrebato la agarré del pelo y al tirar de él, me traje unas extensiones que tenía puestas.

Una sonrisa se ha dibujado de forma descarada en mi cara, y tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no soltar una carcajada.

—Bueno, eso es normal. Casi todas las mujeres hoy en día llevan extensiones.

—Lo sé. Y en realidad no me importó, pero créeme si te digo, que ese fue el principio de la catastrófica noche... qué digo, «catastrófica» es poco; fue el principio de la hecatombe.

—Venga, no pudo ser tan mala.

Mat me mira con cara de «créeme que sí».

—Luego tomé entre mis manos su cara mientras la besaba.

Le miro enigmática tras su pausa.

—¿Te puedes creer que me las apartó, diciendo que le estaba aplastando el bótox?

¿Qué? ¿Está de coña?

—¿Bótox? —levanto las cejas impresionada e incrédula—. ¿Pero no es de tu edad?

—Sí, eso pensaba yo, o por lo menos que tenía unos pocos años más, pero después de todo, me confesó que tenía treinta y dos.

—¿Qué?

Oh, Dios mío. ¿Eso es lo que me espera a mí? ¿Solo me quedan dos años para dejar de ser joven y tener que ocultar las arrugas con bótox? Pues vaya mierda.

—Sí, pero espérate, que ahí no queda la cosa. Cuando comencé a desnudarla, me agarró tan fuerte de los brazos, que saltaron por los aires un par de uñas postizas.

No quiero reírme, pero es que me lo está poniendo en bandeja. Me muerdo los carrillos aguantando, sobre todo, por educación y respeto.

—Al desabrocharle el sujetador, se cayeron de las copas dos rellenos de silicona y, al quitarle las bragas, me di cuenta que la forma redondeada de su hermoso trasero, se había quedado incrustada en ellas.

—O sea, ¿que todo era postizo? —intento decir ocultando las ganas de reír.

—¿Te lo puedes creer? En fin, quise hacerme el loco e ignorar un poco lo que acababa de ver, así que fui un segundo a la cocina a traer algo de beber, a ver si de esa manera, pasaba mejor el mal trago, pero lo único que encontré fue zumo de manzana. Sin más opciones, lo cogí y me lo llevé a la habitación. Se me ocurrió que sería divertido jugar un poco y seguí con mis seductoras formas de conquista. Recogí su zapato de tacón del suelo y lo rellené de zumo con la intención de tomármelo.

¡Puagh, qué asco! Se me revuelve el estómago solo de imaginarlo.

—Y, ¿qué pasó?

—Pues que por poco me muero.

—¿Cómo?!

—Cuando introduje de un trago el zumo en mi boca, me tragué, sin querer, una miniplantilla de silicona que había dentro y casi me ahogo.

Por más que quiero contenerme, no puedo más; exploto en una carcajada silenciosa. Soy consciente de donde estoy y no quiero llamar la atención, pero no aguantaba más. Las lágrimas brotan sin remedio y Mateo me observa un poco molesto por reírme en toda su cara. Aun así, no puedo parar. La situación es de lo más cómica.

—Lo siento Mat, pero es que tiene mucha gracia.

—Sí, lo sé. Mis amigos de la facultad se tiraron al suelo descojonados de la risa cuando se lo conté. Me sorprende que tú no hagas lo mismo.

Intento calmar mis convulsiones divertidas. Me compongo un poco y aclaro la garganta con intención de ponerme seria nuevamente, aunque me cuesta mucho trabajo.

—¿Y al final qué hiciste?

—¿Qué voy a hacer? Pues me vestí al más estilo «Flash» y me fui de allí lo más rápido que pude.

—Perdóname. Lo siento, de verdad. No debí reírme. Tuvo que ser raro —digo secándome el resto de las últimas lágrimas de la cara.

—¿Raro? Pues no sé qué decirte... no creo que «raro» lo defina lo suficiente. Más bien, espeluznante.

—Anda que lo que no te pase a ti —le contesto intentando aguantar de nuevo mis ganas de reír, aunque, al final, consigo ponerme seria—. ¿Me permites que te dé un consejo?

—¿Cuál? —contesta algo taciturno.

—Sé que tienes que aprender mucho todavía y que con tu edad lo único que importa es vivir el momento. Pero deberías buscarte una chica «normal», con un cuerpo «normal». No digo que los bellezones con las que te codeas no lo sean, pero yo no tengo el cuerpazo que tienen tus ligues y aun así, soy una mujer... un poco más voluminosa, pero también valgo.

Mateo me mira con cara de estar alucinando en colores, y no me extraña, si parece que me estoy declarando en toda regla.

—Quiero decir —reacciono rápidamente—, que hay más mujeres en el mundo que valen mucho. Que el físico no lo es todo... Sé que es divertido estar de flor en flor semana tras semana, pero, ¿sabes?, creo que deberías sentar la cabeza un poco; cambiar el chip. Buscarte una novia que te dure un poco más que un rollo de una noche, que aprenda a comprenderte y a quererte por lo que eres y tal como eres. Una persona especial que congenie contigo y tú con ella. No digo que la cosa cuaje con la primera que te entre por los ojos, es más, habrá muchas pruebas fallidas, te lo aseguro, pero cuando menos te lo esperes, llegará la definitiva y entonces, descubrirás que has elegido a la idónea, y que ella te ha elegido a ti. Algún día aprenderás, que es el amor lo que debe importar, no el físico. Es lo único que te quedará en el futuro.

Pero que profunda me he puesto de repente, como se nota que estoy faltota de todo. El pobre, si no ha desconectado ya del tostón de charla que le estoy dando, tiene que pensar que soy una plasta. Y con razón.

—Eso..., o te deseo toda la suerte del mundo para que te hagas millonario, porque si pretendes que tu mujer sea la perfecta modelo de catálogo de una revista de ropa interior, te va a costar muy caro hacerle un Photoshop quirúrgico —le señalo divertida, intentando sazonar el momento.

—No te burlas —contesta con gesto decepcionado, aunque sé que es puro teatro.

Le guiño un ojo y le devuelvo una sonrisa cómplice. No es tonto, al contrario, es un niño muy inteligente, aunque con mucho por aprender en la vida.

Y yo también.

¿Será muy caro lo del bótox? Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Uf, solo de pensar en todos los pinchazos que me tendrían que dar... ¿Y para qué? ¿Para tener más rechoncha la cara? Mejor no, gracias. Además, yo ya tengo bótox propio. El día que tenga que rellenarme una arruga, me lo quito del culo, que tengo para regalar.

—¿Has encontrado los cuadrantes?

—Sí, perdona. Aquí los tienes.

Deja caer sobre el mostrador un montoncito de papeles con una cuadrícula impresa en ellos, donde se apuntan los códigos de los productos y la cantidad para completar el stock.

Reviso uno por uno cada folio, asegurándome que estén todas las secciones de la tienda. De repente, escucho a Mateo hablar; no le hago mucho caso ya que, es evidente, por su muestra de cortesía, que el saludo va dirigido a un cliente, así que decido continuar concentrada en mi tarea.

—Buenos días, caballero. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría echarles un vistazo a las batidoras de vaso extraíble.

Me paro en seco y hasta dejo de respirar por un momento.

Esa voz... ¿De qué me suena a mí esa voz? Alzo la vista... y en menos de una fracción de segundo, me quedo completamente atrapada en la descarada mirada color ámbar que me observa a escasos dos metros de mí. Casi me da un ataque. Pero... ¿Qué coño hace él aquí?

—Vaya, qué sorpresa. —Por su mirada intensa y divertida, creo que se está mofando de mi estúpido rostro ojiplático.

No sé cómo, consigo cerrar la boca mientras recupero las funciones básicas que permiten reanimar mis pulmones.

—Buenos días —murmuro, porque no logro que salga más que un hilo de voz.

Vuelve a mirar hacia Mateo, pero esta vez con el ceño fruncido y expresión seria, quizá con un poco de hostilidad. Yo, como tonta, me quedo mirándolo unos segundos más. Va vestido elegante pero informal, con un polito celeste que deja ver sus increíbles bíceps, vaqueros ajustados y mocasines acordonados de gamuza en azul oscuro. Noto como mi corazón bombea a un ritmo frenético y la respiración lo acompaña de forma entrecortada. Su presencia inesperada, ha provocado que me ardan las mejillas y las orejas.

¡Wou! No es que sea guapo, es que de verdad está tremendo. Y ese conjunto le sienta divinamente... Muevo la cabeza intentando bajar de las nubes. A duras penas consigo volver a conectar con el resto de mi cuerpo, y es entonces, cuando mi mente reacciona. Instantáneamente, regresan las imágenes de nuestro primer encuentro y, sin poderlo evitar, me armo con la armadura de guerra, posicionándome en modo de ataque y defensa. Además de regañarme y tantear el terreno soltándome una mamarrachada de historia, encima va, y se marcha sin decir ni adiós. ¿Quién coño se cree que es? Ni que él fuese de la realeza y yo una sirvienta del tiempo de Maricastaña. Tengo que mantener la mente fría; tenerle vigilado. No sé por dónde me va a salir, y este es mi territorio.

—Las batidoras se encuentran en el tercer pasillo a la derecha.

Frunzo el ceño y lo observo con mirada impasible.

—No te preocupes Mat, yo lo atenderé —informo sin dejar de clavarle la mirada—. Acompáñeme, por favor.

Intento que mi voz sea lo más firme posible, mostrando mi profesionalidad tras tantos años en la empresa, aunque no sé si llegó a ser convincente del todo. Al fin y al cabo, aunque recorro diariamente los pasillos y conozco casi todos los productos que tenemos expuestos, no tengo mucha experiencia en ventas. Y para ser sincera, ahora mismo lo que menos me interesa es vender nada.

—Te sigo —me dice y creo detectar el esbozo de una sonrisa en su expresión.

Levanto una ceja abrumada. ¿Cómo que *te sigo*? Me parece a mí, que el *angelito de la guarda* se ha empezado a tomar demasiadas confianzas. Aunque... por otra parte, he de reconocer que me divierte un poco el hecho de que me siga, no suelo tener a los hombres así. Aprieto los labios, intentando aguantar la sonrisa contenida.

Comienzo a caminar a través de la moqueta roja del suelo en dirección al pasillo tres. Intento parecer despreocupada, pensar que es un cliente cualquiera, pero la verdad es que estoy haciendo un esfuerzo enorme por no desplomarme delante de él. De repente mis piernas se han convertido en pura gelatina, solo consigo dar pasitos cortos y tengo que concentrarme al máximo para llevar el ritmo. Uno y luego otro, Silvania. Izquierdo, derecho..., y otra vez igual. Espero no tropezarme, porque como lo haga, dudo mucho que mis reflejos funcionen y, seguramente, terminaré comiéndome la fibra de la moqueta. Miro de reojo y le veo tras de mí, siguiéndome como una sombra que no me quita los ojos de encima. Menos mal que hoy me he puesto las bailarinas, creo que ha sido la decisión acertada, al igual que haberme puesto mis nuevos vaqueros negros, porque al menos, tengo mis carnes bien recogidas y en su sitio.

La situación ha perdido toda la gracia; ahora estoy mucho más nerviosa. ¿Qué está haciendo aquí? Ha dicho que buscaba una batidora, aunque en lo más profundo, desearía que eso no fuera cierto y que hubiese venido a verme. Pero, ¿qué digo? ¡Eso es imposible! No tiene sentido ninguno. ¿Para qué iba a venir a verme, a mí? ¿En qué cabeza cabe? Me ruborizo solo de pensar en las tonterías que pasan por mi cabeza e intento quitármelas de ella con una sacudida. Espero que no se dé cuenta.

Cuando llegamos a la zona de batidoras, en la sección de electrodomésticos del hogar, me giro, lo miro y me arrepiento de haberlo hecho. Es tan atractivo... Y ese pelo castaño y ondulado, algo despeinado, lo eleva a la categoría de impresionante. Trago saliva. Intenta calmarte, Silvania.

—Tenemos batidoras de diferentes modelos y tamaños. Desde las más normalitas y clásicas, que normalmente suelen elegir las amas de casa, a las más sofisticadas y futuristas, elegidas principalmente por las nuevas generaciones —mi voz sale temblorosa, pero la consigo dominar.

—Interesante —dice con tono burlón, lo que hace que me ponga más nerviosa y me moleste a la vez—. ¿Tú qué harías?

¿Me sigue tuteando? Está bien; a decir verdad, lo prefiero. Ya puestos, me tomaré las mismas libertades.

—¿Quién, yo? ¿Con qué?

—Con las batidoras. No tengo demasiada experiencia con ellas, no sé a qué grupo pertenezco.

—Yo tampoco.

—Bueno, pensaba que podrías etiquetarme tú.

Perdona, ¿qué? Me estoy perdiendo. ¿Estamos hablando de lo mismo?

—Quiero decir —carraspeo—, que yo tampoco tengo mucha experiencia con las batidoras. Con lo patosa que soy, tendría que utilizar una muy sencilla, si pretendo no rebanarme algún dedo y mezclarlo con el batido de fresa.

Pero, ¿qué chorradas digo? Concéntrate.

Su sonrisa es ahora más visible... ¡Y es increíble! Noto una punzada en el vientre y comienzo a sentirme acalorada.

—Entonces... ¿Crees que lo simple, es lo más seguro?

¿Está jugando conmigo?

—Esto... yo no he dicho eso. Bueno, a ver, lo que quería decir es que, para mí, sería la mejor opción; es lo que tiene ser torpe...

¡Para ya! Más que vender una batidora, parece como si me estuviese vendiendo a mí misma, y para colmo, de la peor manera posible. Así no hay quien me compre.

—Pero, para ti... eso depende de la maña que te des con... —sin saber porqué, me fijo en sus brazos, sus bíceps, su torso... El tío está macizorro total—, los electrodomésticos. No sé cómo te desenvuelves en... —¿la cama?—, la cocina; así que no querría pecar de vanidosa.

Vuelvo a mover la cabeza para deshacerme de esos pensamientos. Esto no es profesional, Silvania.

Cuando subo la mirada, me lo encuentro tocándose la barbilla con los largos dedos y, rozando, con el índice, sus increíbles labios carnosos, mientras procesa mi respuesta y piensa en su siguiente movimiento.

¡Por Dios, deja de hacer eso! Frunzo el ceño e intento centrarme.

—En realidad, hasta ahora he estado levantando las claras... a mano —me dice sonriendo.

Su voz es cálida y seductora y, por alguna extraña razón, tengo la sensación de que las respuestas que me ofrece, no tienen nada que ver ni con la cocina ni con la batidora. No entiendo el tono; no entiendo la mirada. En definitiva, ¿no entiendo nada? O mejor, no quiero entender. ¿De qué estamos hablando exactamente?

De repente, mi mente refleja la imagen de sus manos moviendo de forma enérgica, una cosa completamente diferente a una varilla de cocina.

¡Dios, qué calor!

—¿Estás bien? —se acerca a mí y coloca una mano en mi hombro.

El corazón se me dispara, el vientre se tensa junto a mi zona más íntima y las piernas tiemblan como Blandiblu, haciendo que mis rodillas flaqueen por un instante.

No

—Sí. ¿Por qué? —tengo que disimular, plasmando una falsa sonrisa en mi cara.

—Estás muy roja.

¿Tanto se me nota?

—Estoy bien. No pasa nada. Es que tengo calor, eso es todo —titubeo a medida que me separo un poco de sus atenciones—.

—¿Seguro?

No; pero, ¿qué te digo?

No me pasa nada, simplemente que mi cochina mente me juega malas pasadas de vez en cuando y filtra imágenes que no debería y, de las que no tengo constancia de que sea así —aún no lo he visto, la verdad—, pero, por cierto, tu pene es ideal...

¿Aún? Venga, si quizá no le vaya a ver en mi vida.

—Y tanto. Esto... ¿Por dónde íbamos?

—Por la batida a mano.

No, por ahí nooooo.

—Valla... qué curioso. ¿A punto de nieve? ¿Sin... que se caiga del bol al darle la vuelta? —Le pregunto más agitada que antes.

¿Por qué no paro de decir tonterías?

—Sí, siempre.

Es desconcertante y esa actitud me exalta. Lo que no llevo a entender, es por qué me estoy excitando tanto mientras hablamos de comida; si es que es de eso de lo que estamos hablando. Trago saliva, busco la calma que se me ha perdido en algún punto de la conversación e intento proseguir.

—Eso es... genial... no todo el mundo tiene tan extraordinaria habilidad —humedezco mis labios, tomo aire y lo suelto lentamente por la nariz sin deshacer mi sonrisa inquieta—. Aunque si lo que buscas es una batidora para montar claras, tengo una, que creo, será la idónea. Es un poco más grande que las normales; bueno, es bastante más voluminosa, pero sería la mejor adquisición.

Me giro, lo guío hasta el final del pasillo y se la enseño, pero en vez de echar un vistazo al aparato, es a mí a la que no pierde de vista. Mi nerviosismo va aumentando a cada minuto que paso frente a él, y eso ya es difícil, porque creo que estoy llegando a mi nivel máximo.

—Es una batidora amasadora —comienzo a explicar, mientras él me desarma con sus increíbles ojos—, con un... potente motor y un mecanismo especialmente... robusto —¡ay, madre!—; posee un brazo basculante, que te permitirá acoplar distintos... accesorios para realizar múltiples funciones en su bol de acero con tapa —oh, sí; muchas, muchísimas funciones—; e incluye también, un vaso medidor, que hace la acción de batidora convencional —¿realmente está sonando tan erótico como creo, o soy yo? Virgen santísima, esto no me había pasado en la vida.

Mi mente absurda, sigue reproduciendo imágenes, y esta vez, me sorprende con la de un *dildo* giratorio. Sin poderlo evitar, me vuelvo a sonrojar de manera ostensible. ¿Por qué tiene este efecto sobre mí? Él sigue sin apartar su mirada y yo, no sé dónde meterme. Mi corazón sigue bombeando a un ritmo descomunal y el

sofoco está empezando a hacer estragos. No creo que aguante mucho más.

—No sé si es lo que buscabas, o si te gusta...

O si te gusto yo, porque, chico, me vas a gastar de tanto observarme. De aquí, me voy flechada al pasillo de los ventiladores.

—Tengo gustos muy diversos y exclusivos, no suelo centrarme en lo convencional.

¿Y eso qué significa?

—Entonces... ¿te gusta?

—Bastante. Debe montar las claras de miedo —responde con una sonrisa seductora.

Un nudo se concentra en mi garganta solo de pensar en lo que se puede hacer con el merengue que prepare la dichosa maquina. Trago saliva como puedo.

—¿La has probado alguna vez?

—En mi casa, no —me suelta guiñándome un ojo.

¡¿Qué?! Una de dos, o me estoy volviendo loca, o definitivamente no estamos hablando de lo mismo... o quizá sí. ¡Qué calor! Y más. Y más... Me estoy mareando.

—Yo... tampoco; digo... que yo tampoco la he probado. —¿Estoy perdiendo la capacidad verbal? —A ver, que supongo que será buena.

—¿Supones? —me pregunta extrañado, aunque, por otra parte, me da la sensación de que se está divirtiendo a mi costa.

—Sí, supongo. Esta... esta no es mi sección. —Dudo por un momento—. Yo no suelo estar de cara al público; ofrezco atención telefónica.

—¿En el departamento de reclamaciones? —pregunta esbozando otra sonrisa divertida.

¿Otra vez ese tonito de burla? Empieza a ser cargante. La sofocación ha sido reemplazada en segundos, por un gélido contraste, cuando me percaté de repente, de la nueva estrategia que ha utilizado para descolocarme. Ya lo decía yo. ¿Y qué es tan divertido, a ver? Yo no le encuentro la gracia. Es un buen trabajo... Mal pagado, pero un trabajo al fin y al cabo, que tal y como están las cosas en el ámbito laboral, me puedo dar con un canto en los dientes.

—Eres muy perspicaz —me limito a contestarle un poco lacónica.

Sé que la ironía no es la mejor manera de hacer una venta, pero yo no sé vender, así que tengo excusa. ¿Y se puede saber por qué estoy a la defensiva? Prácticamente no lo conozco, me debería dar igual lo que piense. ¿Qué me pasa?

«Pues que te va a pasar... que te mueres por sus huesos, tonta»; me suelta una mini yo sabelotodo, que, sin previo aviso, como otras tantas veces, ha aparecido en mi cabeza como si tal cosa, limándose las uñas, la muy cretina.

¿Qué? No, ni de coña.

—A ratos, como todos... como tú. —contesta subiendo una ceja desafiante.

Esta conversación no va a ninguna parte. Muevo la nariz, en un gesto al más estilo Samantha de *Bewitched*, y cedo terreno retirando la mirada, confusa e indecisa. Quiero saber, necesito preguntarle claramente para qué ha venido y quiero una respuesta sincera; pero no sé si es buena idea.

«No, preciosa, tú lo que quieres es que te confiese que ha venido a por ti, y te coja a lo Richard Gere, igual que en la película *Oficial y Caballero*».

Mi mini yo, siempre tan ocurrente, hace que se me suban los colores de nuevo. ¡No digas tonterías! Suspiro. Nueva nota mental: dejar de hablar sola, y dejar de ver películas románticas ochenteras.

Recupero el valor para volver a mirarlo y compruebo, que sigue observándome, impasible. Los latidos se me disparan. Al final el corazón saltará de mi boca y le dará, él mismo, el morreo que me pide el cuerpo... Por cierto, ¿qué coño le pasa al puñetero sistema centralizado de aire acondicionado? ¿Cómo puede hacer tanto calor en esta tienda? Me arden hasta las orejas, aunque por lo visto la única con sofocaciones soy yo, porque este pedazo de *espécimen*, no parece afectarle demasiado.

¿Y por qué me desconcierta tanto? Quizás sea ese encanto de chico malo y engreído... ¿Y desde cuándo me atraen a mí los chicos malos y engreídos? No, no... No puede ser. Nos terminaríamos tirando los trastos a la cabeza. He de reconocer, muy a mi pesar, que soy de mecha corta, así que estaríamos continuamente entre guerras y batallas, y la verdad, no es que me entusiasme tratar con alguien con el que tenga que estar continuamente en guardia y descargando mi artillería.

¡Ay, pero si es que es demasiado perfecto! Esa mirada es tan hechizante, intensa y seductora, que cuesta hasta trabajo no sucumbir; ese aroma a perfume varonil selecto; su cuerpo sin excesos ni defectos... ¡Virgen del Carmen, si es que el colega lo tiene todo... pero todo, todo...! Igualito a un dios del Olimpo, que ha descendido de su templo celestial, para darse un garbeo entre las indefensas humanas, esperando que pierdan el oremus y transpiren feromonas, o se enciendan sin yesca ni fuente de calor directa.

¿Tendrá razón mi pequeña mini yo? Sé que hay algo de él que me descoloca y eso no es normal en mí. Se supone que soy yo la cuerda, la racional que le acaba de dar a Mateo un consejo lógico y maduro. No puedo hacer lo contrario y dejarme llevar solo por el físico... Aunque lo estoy deseando con todas mis ganas.

Silvania, de verdad, estás realmente mal. Suspiro un poco irritada conmigo misma. Ojalá supiera lo que está pensando... Pero no me pienso quedar con la duda. Me armo de valor y le suelto la bomba.

—A ver... ¿Qué haces aquí?

Se sorprende.

—¿Comprar una batidora?

—Sabes batir a mano... es evidente. —Respondo señalando sus brazos y claro, se le escapa una sonora carcajada.

—Es práctica —dice sonriendo.

Dudo un momento.

—Eso también es incuestionable —Le dará un ataque de tanto reír; pero yo he puesto la sexta y si reduzco saltará la caja de cambio por los aires—. No me estarás siguiendo, ¿verdad? —musito, para que los clientes que se encuentran en el pasillo no me escuchen.

Este no me engaña, algo se trae entre manos.

—¡¿Qué?!

Alza las cejas y me observa de arriba abajo con cara de asombro, aunque en cuestión de segundos cambia esa expresión por otra más fría. Frunce sus perfectos labios; parece que le ha disgustado la acusación.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión tan descabellada? —formula con tono displicente.

Boqueo igual que un pez en un dedo de agua, y por instinto, retrocedo unos pasos, entre avergonzada y atemorizada. ¡Ostras!, creo que he metido la pata. Quizá, sí que estaba hablando de batidoras al fin y al cabo; incluso, era verdad que venía por una. De repente me siento incómoda y me encantaría que me tragara la tierra ahora mismo. Vuelvo a notar un nudo en la garganta, pero esta vez, no me permite apenas respirar. Intento tragar saliva con la esperanza de bajar esa angustiada sensación, pero me cuesta muchísimo conseguirlo.

—Bueno...

Parpadeo, no sé qué decir. Bajo la mirada.

«Intenta tranquilizarte. No te va a comer». Me aconseja mi mini yo, cruzándose de brazos y negando con la cabeza.

—La verdad..., pensé que...

—Aunque no lo creas, tengo mejores cosas que hacer, que seguir a alguien sin motivo aparente. Simplemente he venido a echar un vistazo —prosigue de forma acusatoria.

Sí, la he metido hasta el fondo. Tengo que decir algo, tengo que intentar solucionar esto de alguna manera. No quiero darle opción de que se vaya. Así no; no por mi culpa. Lo que he dicho, dicho queda, ya no hay vuelta atrás. Pero sí puedo intentar enmendar un poco mi metedura de pata.

—Que nos hayamos encontrado aquí, ha sido una coincidencia, nada más que eso —me suelta antes de dejarme pronunciar palabra.

Me está haciendo pasar un ratito de vergüenza e incomodidad, de los que cuesta olvidar. No hay manera de disimularlo y para rematar la faena, se está acercando... mucho. ¿Qué piensa hacer? Lo miro por una fracción de segundo, y percibo, como su rostro ha vuelto a cambiar, acercándose a modo de empático consuelo. Su cercanía me altera demasiado, otra vez. Esto no es bueno. Estoy convencida de que, de ser un perro, estaría acariciándome el lomo y yo le dejaría hacerlo... Mira que llevo a ser

triste.

—Disculpa mi brusquedad —se excusa susurrando, aunque esta vez con un tono más dulce.

Cierro los ojos al escuchar su ronroneo. El calor me está asfixiando. No puede ser que me esté pasando esto.

—No... no suelo creer en esas cosas —le digo casi entre jadeos de excitación.

Mierda, estoy perdiendo el control y mi boca está escupiendo en voz alta mis pensamientos. ¿Qué me pasa? Levanto un poco la mirada para intentar ver su expresión, pero inmediatamente la vuelvo a bajar. No puedo mirarlo, no me atrevo. Me siento completamente reprimida tras esa mirada ardiente y penetrante. Me desnuda y es... agradable.

—¿En qué?

—En las coincidencias.

—Pues entonces... échelos la culpa al destino —dice acercándose más a mi oído y creo percibir el dibujo de una sonrisa de fingido triunfo en su cara.

Y el fuego se apodera de mí. ¿Qué destino ni que ocho cuartos? ¿A caso es el destino el que quiere que pierda los papeles y me abalance encima de él ahora mismo? Como te acerques más, ardo en llamas. A la mierda con morir explotando como un globo... mi fin será, calcinada como una chuleta olvidada en la barbacoa. El corazón, va a terminar haciéndome un agujero en el pecho con tanto bombeo extra. Tengo que cambiar de tema cómo sea, porque esto se me está yendo de las manos. De nuevo estoy en situación de Jaque. No está jugando limpio y lo sabe. Entre su voz aterciopelada y su mirada seductora, voy a terminar perdiendo la batalla —otra vez—, y yo, necesito recuperar el control de mí misma y enfrentarme a la situación, o al final, va a conseguir que mi cuerpo actúe por sí solo y voy a arrepentirme, seguro.

Levanto la mirada, respiro hondo animándome a mí misma, puedo hacerlo. Intento calmar mis nervios y mis deseos irracionales cómo puedo, aunque sin mucho éxito. Mi madre siempre dice que es mejor pedir perdón, que permiso... Así le va conmigo. Aunque en estos momentos, quizá sea la mejor opción de cambiar de tema y arreglarlo al mismo tiempo.

Reafirmo mi posición profesional, cuadrando los hombros y mostrando seguridad. Al fin y al cabo, ya estoy acostumbrada a pedir disculpas a los clientes. Comienzo a hablar de nuevo lo más pausada posible, para intentar controlar mi voz y que no me juegue una mala pasada.

—Mira... lo siento... te he malinterpretado. Parece que hemos tenido un comienzo bastante... —pienso un segundo la palabra correcta—, complicado, así que... ¿Qué te parece si olvidamos todo lo que ha pasado y comenzamos de cero?

Parece sorprendido, levanta una de sus perfectas cejas y yo, para no perder color, subo el tono del rojo de las mejillas. Espero su respuesta mientras permanezco expuesta a su mirada enigmática e impenetrable. Tengo la sensación de ser un pequeño ratón indefenso a punto de ser cazado por un águila imperial, pero inexplicablemente mi interior contesta de manera diferente. El cosquilleo de mi estómago comienza de nuevo a dar la cara y el calor vuelve a avivarse solo, sobre todo por el cuello, donde creo que al final va a salirme un sarpullido que ya comienza a picar. Entonces noto como su expresión se relaja y esboza una media sonrisa frunciendo a la vez sus sensuales labios esculpidos. Se los humedece con su lengua y me derrito al verle.

Es realmente cautivador. Daría lo que fuera por poder succionarlos hasta que los míos se inflamaran.

«¡No le mires la boca Sylvania, que te desconcentras!», me advierte mi mini yo. Haciéndole caso a esa vocecilla interna, bajo la mirada, que se desplaza a los vaqueros ajustados que lleva puestos. Me ruborizo otra vez al pensar en la varilla de cocina. ¡Joder, que pensamientos más indecentes! Cierro los ojos y los aprieto con fuerza para apartar la tentación de mi cabeza. Debería haber mirado hacia otro sitio; no sé que es peor.

—Me parece bien —responde de nuevo con voz cálida y amable.

Vuelvo a mirarlo. Parece divertido, aunque no podría asegurarlo. ¿Se habrá dado cuenta? Puñetas, no tengo remedio. Ni siquiera me he percatado de lo que me ha dicho. ¿Ha dicho que sí? Su expresión es tranquila y afable, así que interpreto que la respuesta ha sido afirmativa. Al parecer el cambio de táctica ha surtido efecto. Mi cuerpo se relaja y suelto todo el aire que mis pulmones estaban conteniendo. Menos mal. Al menos mis métodos de disculpas siguen siendo válidos para todas las circunstancias.

—Mi nombre es Sylvania... Sylvania William. —Consigo decirle extendiéndole la mano.

—Yo soy Lucas Serra —me responde estrechándomela.

Una corriente eléctrica repentina me recorre el cuerpo, como si hubiese tocado un cable pelado. Una chispa salta entre nuestras manos con el simple roce y, rápidamente, la retiro al mismo tiempo que suelto involuntariamente un suspiro doloroso. ¿Qué ha sido eso? ¿Electricidad estática?

—Parece que nuestros cuerpos han hecho conexión.

Delinea su media sonrisa canalla, la cual empieza a volverme loca y me convierte en vulnerable. Creo entender por su comentario, que él, ha debido de notar lo mismo que yo. Entreabro los labios para dejar escapar el hálito retenido. Paso la lengua por mis labios resecaos y, en un acto reflejo, retiro el flequillo pasándolo por detrás de la oreja, acariciando la mejilla púrpura al dejar caer mi mano.

No era un movimiento medido, sin embargo, parece no haberle pasado desapercibido. Su rostro vuelve a tensarse. Distingo de nuevo una mirada escrutadora y pensativa, incluso, creo percibir que la luminosidad del ámbar de sus ojos se ha oscurecido y sus pupilas se han dilatado levemente, aunque las luces pueden ser la causa de ello. Por más que lo intento, no consigo adivinar qué pensamientos estarán recorriendo su cabeza y es algo que me desconcierta. Con esa cara de Póker, seguro que podría ganar cualquier partida de cartas.

Creo que será mejor que me vaya, no sé si es buena idea que me quede aquí mucho más tiempo. Aunque, por otra parte, me encantaría irme de aquí, pero con él. Para, Sylvania. No seas estúpida.

—Me... me están esperando —le digo titubeante—. Si necesitas ayuda con las batidoras, avisaré a algún compañero para que te atienda como te mereces.

—No será necesario. —Su tono es distante y frío, como antes.

Pero bueno, ¿otra vez? ¿Y ahora qué?

—Ya me pasará otro día con más tiempo. No me corre prisa.

—Vale. —Mi voz sale, sin remedio, casi una octava más aguda de lo normal. Esta vez no me he concentrado lo suficiente.

—Encantado de conocerla... de forma oficial.

—Sí... Igualmente.

—Un placer, Sylvania —me dice en forma de despedida.

—Ha sido mutuo; gracias por venir —contesto.

Lucas gira sobre sus pasos y se dirige con grandes zancadas hacia la puerta de salida. Como si tuviese prisa por escapar del establecimiento. Pasa junto al mostrador de información y creo diferenciar cómo se despide de Mateo con un movimiento de cabeza. Atraviesa la puerta acristalada automática y se pierde entre la multitud de la calle. Y aquí me quedo yo, envuelta en un mar de enloquecidas hormonas femeninas.

Observo la puerta, impávida, deseando que vuelva a entrar, pero no lo hace. Doy un pequeño suspiro de relajación y quizá, también de desilusión. Cuando vuelvo a conectarme al mundo real, tengo a Mateo mirándome pasmado desde detrás del mostrador. Me acerco para coger los folios de Nico y salir de allí pitando, pero Mat me bloquea el paso en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta.

—¿El qué?

—No te hagas la tonta.

—No sé a qué te refieres, Mateo.

—Yo creo que sí, Sylvania. —Me mira con cara burlona.

¿Me está intentando provocar un crío de veinte años? Lo que me faltaba.

—Tú ya lo conocías... no lo niegues.

—Bueno, más o menos. Digamos, que nos hemos visto un par de veces.

—¡Te gusta! Te has puesto colorada como un tomate.

Mierda, ¿tanto se ha notado?

—¡Menuda novedad! Soy de rubor alérgico, aquí hace mucho calor —intento dar una excusa.

—Venga ya, cuéntamelo.

¿Qué pretende que le diga... que me gusta? Pues sí; ya está. Me gusta, lo admito. No puedo ocultarlo, eso sería mentirme a mí misma; pero ni de coña se lo pienso confesar a Mateo. Además, no merece la pena. Es una causa perdida, sin lógica ninguna. Es imposible, ¿verdad?... Suspiro con pesar. ¿O quizá no? Ojalá sea no.

—No hay nada que contar. Simplemente me ayudó el otro día con un... pequeño imprevisto que no podía solventar yo sola.

—¿Y ese imprevisto, trata de tema de faldas?

—Mat, ¿te han dicho alguna vez, que eres más cotilla que una vieja maruja? Creo que esa habilidad te va a ir genial cuando empieces a trabajar en la prensa. Deberías juntarte con Christian. Hacéis muy buena pareja.

—A mí no me van los hombres.

—¿Y quién ha hablado de eso? Tengo que irme —le digo, a la vez que me desmarco de su barrera enredadora.

—Sí, huye... El que algo oculta, necesita esconderse.

—No huyo. Y no me escondo. Tengo que trabajar, al igual que tú.

—Sí, claro, claro...

Me humedezco los labios y me descubro a mí misma sonriendo a modo de adolescente enamorada. Frunzo los labios aguantando la risa floja, cojo los papeles del mostrador, viro 180° y enfilo el pasillo central en dirección a la oficina, despidiéndome de mi compañero en la distancia.

Capítulo 6

Vaya bronca me he llevado esta mañana por haber dejado mi puesto tanto tiempo abandonado. Lo que no sé, es por qué Roberto se ha puesto así. Parecía un verdadero perro infectado de rabia; si solo le ha faltado echar espuma por la boca... En fin, yo creo que no ha sido para tanto, total, solo ha llamado una persona mientras estaba ausente, y la llamada la ha cogido Christian. Aunque me parece que lo que más le ha molestado, ha sido la razón de mi tardanza. Según mi querido jefe, no estoy cualificada para trabajar como vendedora, y la verdad, creo que lleva toda la razón, porque al final, yo me he quedado colgada, con la batidora en la estantería y un cliente insatisfecho... o no. Ay, no sé. Ha sido todo tan extraño. No llego a comprender qué es lo que le pasa a este hombre. Lo cierto es que estoy completamente perdida. Con él, y con todo lo que ocurre cuando lo tengo delante.

Nos hemos cruzado en dos ocasiones y en el breve lapsus compartido, ha mostrado más caras que un poliedro. Pasa de ser simpático, amable, dulce y encantador... a ofrecer justo el otro extremo. Aunque con lo atractivo que es, toda la mentecatería se le termina perdonando... Sí, sé que suena muy superficial, pero es que hay que reconocer que está tremendo, la verdad. Y tiene una boca que me pone frenética. Y esos ojos... esos impresionantes ojos cárabe, que cuando los miro, consiguen dejarme embobada, embelesada, extasiada, pasmada, atontada... hechizada por algún tipo de embrujo; un encanto oculto que solo él tiene. Es como si absorbiera y extrajera toda mi fuerza y control. Es todo eso lo que me pierde y me atrae... Ay, pero es que me siento tan estúpida cuando lo tengo cerca. Consigue que pierda el gobierno de mí misma. No sé ni cómo consigo templarme y sobreponerme al notarle tan cerca. Tengo que reconocer que ejerce un poder extrañamente hipnótico sobre mí, lo cual, no me gusta... o sí... no lo sé. Estoy demasiado confusa.

Esto no es normal. Me cautivó desde un sueño sin ni siquiera conocerlo y, desde que lo conozco, consigue hacer que todo mi ser se contraiga y se estremezca a su antojo. Corta mi respiración súbitamente con solo pasear su mirada en la distancia. Es capaz de acariciar todo mi cuerpo sin tan siquiera tocarme; pero cuando sucede, cuando surge ese leve roce, literalmente saltan chispas entre nosotros. Son sensaciones extrañas. Sensaciones encontradas, placenteras y excitantes, que se entreveran con la extraña tranquilidad que siento al verle. Nunca había percibido nada parecido. Jamás. Ni siquiera con Adolfo había notado algo similar a esto... aunque haciendo honor a la verdad, Adolfo no era un dechado de virtudes; comparar a Lucas con él, es lo mismo que buscar parecido entre un perfume de 200 euros y una flatulencia garbancera.

Pero lo que hace que me chirrien los dientes, es ese cambio de actitud instantánea que lo transforma en un tío frío, impávido, apático... Cambia el chip cuando menos lo esperas y sin motivo aparente... Tampoco es que conozca sus circunstancias personales para entender más allá, sin embargo, esa conducta me desinfla por completo y ¡pum!, la magia desaparece de sopetón. Es superfrustrante y me vuelve loca. No hay actitud que más me desespere que esa; no estoy para aguantar bipolaridades; con las mías, ya me basto y me sobro. Consigue sacarme de mis casillas y que me entren ganas de dejarle sordo a berridos. Pero lo peor de todo, es que, en la mayoría de los casos, estos histerismos llegan a tal punto de hacerme sentir insignificante y con ganas de esconderme en el primer hoyo que encuentre bajo tierra, al más estilo avestruz, y que solo consigo disgregar a base de gritos. Supongo que es mi modo de protegerme de alguna manera, cuando me siento atacada en cierto sentido; aunque con él, soy incapaz de hacerlo. —Con lo fácil que me resulta con mi madre, ¡puñetas!—. Pero, ¿por qué? ¿Qué me está pasando? ¿Por qué me siento así? Y sobre todo, ¿por qué me ataca? Si yo no le he hecho nada.

—Tierra llamando a Silvania. Tierra llamando a Silvania. Por favor, responda. ¿Sylvania?

La voz de Christian me distrae del monólogo íntimo, absurdo y autodestructivo.

—¿Qué?

—Eso digo yo, ¿qué? ¿Se puede saber qué te ocurre? Estás en la inopia, más callada que de costumbre y eso no es normal en ti —me escruta con mirada de intriga, mientras sostiene el tenedor con un trozo de lechuga pinchada.

—Estoy bien, Chris; no me pasa nada —contesto, intentando aparentar normalidad.

—A mí no me engañas —suelta el tenedor en el plato y se pone en plan interrogatorio de «maruja del 4ºB»—. Sé que algo te pasa y no me lo quieres contar. Además, prácticamente no has tocado tu almuerzo y eso es raro... muy raro. Sin contar, que llevo hablando más de quince minutos con el convoy de aliños, porque lo que eres tú... estás en otro mundo y ni me escuchas, chata.

—Lo siento, Christian; no me había dado cuenta.

—¿Qué es? ¿Es algo malo? ¿Estás enferma?

A pesar de lo curioso que suele ser Christian, esta vez noto un hilo de preocupación en sus palabras.

¿Qué te cuento, mi querido amigo? ¿Qué puedo decir? ¿Que estoy colgada por un completo extraño? ¿que lo conocí en un sueño? ¿que me salvó la vida el otro día? ¿que hoy nos encontramos por casualidad? Bueno... por casualidad... al menos él lo ha llamado así; ¿que me he comportado como una imbécil? ¿que él, a ratos, es más imbécil que yo? ¿que al final nos hemos disculpado? ¿que ahora me siento aún más imbécil que al principio? ¿que ahora ya no es tan imbécil, porque no me importa que lo sea? No sé por dónde empezar, la verdad. Son demasiadas cosas. Demasiadas *casualidades*. ¿Casualidades? ¿Existen realmente las casualidades? Ya no lo sé. Se supone que todo en esta vida pasa por algo, aunque ocurra por *casualidad*.

Quizá sí sea el destino, como dijo mi dios Apolo, digo Lucas, bueno el Sr. Serra. ¡Ay, ya no sé lo que digo! En fin, que en realidad es lo que más sentido tiene, ¿no? Al fin y al cabo dicen que el destino está escrito, ¿no? Y si el destino está escrito, y nosotros nos hemos conocido... ¿Nuestro destino es estar juntos?

Muevo la cabeza, con la intención de despejarla de tremendas estupideces. Déjala ya, Silvania; soñar es gratis, aunque no sirve para nada.

—No digas tonterías. No es nada —le digo con una sonrisa—. No tengo demasiada hambre, eso es todo. Seguramente ha sido el café que me tomé a las once y media; me ha tenido que quitar el apetito. La próxima vez recuérdame que no me lo tome tan tarde.

Me mira con ojos escrutadores. Parece un inquisidor, buscando respuestas entre líneas. Sé que la respuesta no le satisface, no obstante, de momento, es la única que le pienso dar.

Coge el tenedor de nuevo y se mete la lechuga en la boca. He de sacar otro tema de conversación que desvíe su atención sobre mí, y así, desalojar mi mente de macizos casuales también.

—Aquí, el que tiene que soltar por esa boquita eres tú.

—¿Yo? —me dice sorprendido y balbuceando.

—Sí, tú. Llevas toda la mañana con cara de idiota y eso solo puede significar una cosa.

—O eres una estupenda pitonisa, o es que definitivamente me conoces demasiado bien.

¡Aja, te pillé!

—Chris, soy tu mejor amiga... bueno, soy más que una amiga, soy como una hermana, y tú lo eres para mí. Si no te conozco yo... ¿quién va a hacerlo?

Los dos sonreímos cómplices. Él sabe que llevo razón. Nos conocemos desde hace años y ya, prácticamente, no nos hace falta hablar para saber que algo nos pasa, ya sea bueno o malo, nuestra intuición del uno hacia el otro ya casi roza la perfección y, al igual que él sabe que algo oculto, yo sé que él, ha triunfado este fin de semana.

—¿Y bien? —le pregunto de forma burlona, levantando una ceja—. ¿Quién es ese tal Erick?

—Es solo un amigo —contesta evasivo.

—Sí, claro; y yo soy María Teresa de Calcuta.

—Vale, vale, te lo cuento. Pero no te burlas —con una mueca de obviedad, le aclaro que con esos temas siempre soy discreta—. Lo que tú digas María Teresa —

me rebate—. Bueno, pues como te dije en el mensaje, me quedé tirado; pero tirado como una colilla. Abandonado a mi suerte.

—Qué exagerado eres.

—Sí, sí... ¿Tú que vas a decir, que estás aburrida? Tendrías que haber visto como mi leoncito, no hacía ni el amago de rugir. Estaba más tieso que una mojama. Aunque ahora, teniendo en cuenta las circunstancias, estoy por restaurarlo y conservarlo como pieza de museo en agradecimiento por estropearse en el lugar preciso, y en el momento adecuado —dice con una sonrisa socarrona.

—Quizá deberías mandarle una nota y hacerle un regalito de agradecimiento —me mira extrañado, sin entender el chiste—. Con cariño para mi querido Peugeot 207, el que hizo que me cambiara la vida cuando me dejó tirado una mañana de mayo. Espero que te guste la lata de aceite de alta calidad. Es el oro líquido que todo coche quisiera poseer. Seguro que todos te enviarán —añado, simulando escribir una nota en la palma de mi mano.

—Idiota.

Me da un toque en el brazo disgustado, pero sé, que en el fondo le ha hecho gracia.

—¡Ay!

—¿Ves lo qué te digo? Disfrutas metiéndote conmigo.

Pues, ¿no lo sabe ya?

—Sí, es verdad; pero me gusta más hacerte reír —le contesto con una sonrisa que, automáticamente, es correspondida con la suya. Ahí he estado rápida.

—¿Puedo seguir o tienes otro chiste bajo la manga?

—No, no... Continúa.

—En fin, la cuestión es, que cuando llegué al taller, me encontré con Erick en el mostrador. Fue mi mejor amigo de la infancia, hasta que llegamos al instituto, así que me dio muchísima alegría verlo de nuevo... Y a él también de verme a mí. La verdad es que me vinieron en ese momento muy buenos recuerdos.

Supongo que no se estará dando cuenta, pero una gran sonrisa se ha dibujado en su cara y se la está iluminando por completo.

—Le expuse mi problema y él hizo un par de llamadas, hasta que consiguió encontrar una batería para mi coche y traérmela el mismo día.

—A eso se le llama servicio exprés.

—¿Quieres que te lo cuente o no?

—Sí, sí, perdona. Continúa.

Qué susceptible.

Tras terminar su ensalada, Christian me mira y yo le ofrezco toda mi atención.

—Como agradecimiento, le invité a cenar. La velada fue perfecta. Estuvimos hablando de cómo nos habían ido las cosas desde que...

Su cara cambia en un segundo, como si un recuerdo amargo estuviese desolando toda la felicidad que irradiaba hace un momento.

—Bueno... desde que se marchó.

¿Se fue? ¿Otro abandono? Pues sí que estamos buenos.

—Se mudó con su familia a Inglaterra y perdimos el contacto.

Ah, entonces fue una pérdida obligada. Eso es aún más penoso.

—¿Y por qué no os llamasteis o simplemente os escribáis? Por esa época, tener internet en casa era difícil, pero existía el correo convencional, ¿sabes?

—Sus padres le prohibieron volver a tener contacto conmigo y nunca supe su dirección.

—¿Por qué harían algo así? Quiero decir, ¿qué hay de malo en que dos buenos amigos mantengan el contacto?

—No hay nada de malo, pero la culpa de que se marchara la tuve yo.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? Levanto una ceja extrañada, mientras que él, baja la mirada un poco... ¿culpable?

—Un día, estando en su habitación, mientras hacíamos un trabajo de literatura, le confesé que me gustaban los chicos y que estaba enamorado de él. Que lo había estado guardando en secreto por no perderlo, ni hacerle daño, pero que como quedaba poco tiempo para terminar el instituto y, seguramente, él se marcharía a la universidad, quería que lo supiese. Me jugué la última carta que me quedaba, sabiendo que podía perder la partida, pero no me importaba.

—Y... ¿Cómo reaccionó?

—Pues como menos me podía imaginar —vuelve a mirarme y plasma una sonrisa, aunque un tanto amarga—. Él me besó.

—¿En serio? Vaya, eso sí que es inesperado.

—Fue nuestro primer beso; para ambos. Jamás habíamos besado antes a nadie. Fue un momento increíble, mágico. Fue el mejor beso de mi vida...

Un sentimiento de ternura comienza a apoderarse de mí, al verle recordar ese instante. ¡Qué bonito!

—Pero la felicidad nos duró poco. Su madre entró en el dormitorio sin llamar y nos pilló de pleno.

—Dios, qué putada. Tuvo que ser un shock para todos.

—Sí. Aunque ahora me río, en aquel momento fue un poco incómodo.

—Me lo imagino.

Anda que de pasarme eso a mí, termino pegándome chocazos [1] contra las paredes.

—Nos separamos y nos levantamos de la cama de un brinco, nos quedamos mirando a su madre completamente cuajados, mientras que ella, nos miraba atónita desde el umbral de la puerta. Completamente pálida, blanca más bien. Creo que la pared y ella tenían el mismo color —comienza a reírse sin más—. Parecía que había visto un fantasma.

—No te burles —le riño—. Pobre mujer. Tuvo que ser muy duro para ella encontrarse con tremendo panorama.

—Si le hubieses visto su cara, seguramente tú también te estarías descojonando.

—Si yo hubiese estado allí, ahora mismo, me estaría metiendo contigo.

—¡Eh...! Con amigas como tú...

Para de sopetón el carcajeo y me mira con el ceño fruncido. No puedo evitar reirme.

—Qué poco aguante tienes. Anda sigue.

—A raíz de aquello, Erick dejó de ir al instituto durante semanas. Solo aparecía para los exámenes finales y solía evitarme la mayoría del tiempo, hasta que un día, lo acorralé en el baño y le obligué a hablar conmigo. Me comentó que sus padres habían decidido irse de España. Lo ingresarían en una escuela militar en el extranjero para formarlo como un hombre hecho y derecho, mientras que seguía con sus estudios. Y que ya nunca volveríamos a vernos.

Su voz vuelve a tornarse triste. Al parecer, aún le afecta, a pesar de todo el tiempo que ha pasado. Ya de por sí, perder al primer amor es duro para todo el mundo, pero si te lo arrebatan a la fuerza, debe ser horrible. Tuvo que ser muy doloroso para él... o para ambos. Me muerdo el labio. El verlo tan desolado me parte el alma.

—¿No aprobaban vuestra relación?

—Ni la aprobaban, ni la aceptaban. Sus padres eran de mentalidad muy cerrada y demasiado chapados a la antigua. Por mucho que Erick intentó convencerlos, ellos no podían, o más bien, no querían creer el hecho de que su hijo se hubiese besado con otro chico; ni replantearse si quiera de que fuese gay. Eso era una vergüenza...

Vuelve a mirarse los nudillos y se queda en silencio unos segundos. Supongo que buscando las fuerzas para continuar contándome la historia.

—Pocos meses después de que Erick cumpliera los veintitrés años, lo llamaron un día a la base y le informaron de que sus padres habían tenido un accidente de coche y que habían fallecido.

Inspiro sorprendida. La verdad es que no sé muy bien qué decir. Me esperaba la típica batallita de Christian con sus ligues; una historia de sexo desenfrenado, pero no esto.

—Él, se salió de la academia y se aisló por completo del mundo. Al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que allí no había nada ni nadie que lo atara. Decidió vender la casa de sus padres y volverse de nuevo a España.

—¿Y por qué no contactó de nuevo contigo?

—No lo sé. Quizá sí lo hizo, pero por esa época, yo ya me había ido de Granada y mi madre se mudó de casa, así que, por mucho que lo intentara, no habría podido dar conmigo.

—¿Y qué pasó?

—Estuvo trabajando en algunos bares y discotecas de la zona céntrica. Era un trabajo fácil de encontrar y bien pagado. Una noche, le presentaron a una chica, se estuvieron conociendo, empezaron a salir y poco tiempo después, se casaron.

Pero ¿no es gay? Qué barbaridad, esto parece un auténtico culebrón.

—¿Se quedó embarazada?

—Pues la verdad, no lo especificó, es lo único que me dijo. Lo que sí sé, es que tuvieron dos hijos y, al parecer, todo les iba muy bien; incluso dejó de trabajar en la noche y encontró trabajo en el taller donde está ahora. Eran muy felices, o al menos eso es lo que él creía. Fueron pasando los años, viviendo una vida en familia aparentemente normal y ejemplar. Apenas discutían, se apoyaban el uno al otro, ejercían de padres lo mejor que sabían... Pero un día, su mujer llegó a casa con una actitud más extraña de lo normal. Él le preguntó si pasaba algo, pero ella lo negó. Siempre que le preguntaba, le contestaba que todo iba bien, pero su actitud cada vez era más fría y distante. Comenzaron a discutir con más frecuencia y Erick, trabajaba más horas por tal de no llegar a casa y encontrarse con una nueva discusión... Hasta hace seis meses. Erick libraba ese día. Se levantó temprano como cada mañana y, al llegar a la cocina, se encontró a su mujer sentada en la mesa tomando un café. Le dio los buenos días y al acercarse a ella, se percató que encima de la mesa había una carpeta. Miró a su mujer y sin prácticamente decirle ni una sola palabra, Erick dedujo su contenido.

—¿Le pidió el divorcio? —pregunto realmente sorprendida.

—Sí.

¡Hija de puta!

—Pero no lo entiendo. Si se suponía que todo estaba bien, que su familia era perfecta. Bueno, la monotonía hace estragos en las relaciones, pero todas las parejas discuten. Es ley de vida.

—Ella conoció a otro hombre.

—¿Qué? —El corazón me da un brinco al escuchar esas palabras.

Lo reitero: ¡Hija de puta!

Mi mente se llena de repente de imágenes de Adolfo alejándose en su coche con aquella despampanante chica, mientras que yo me quedo de pie en aquella carretera. Si antes tenía poco apetito, ahora se me ha terminado de quitar.

—¿Quieres que pare? —pregunta Christian con cara de saber lo que estoy pensando.

—No se te escapa una, ¿verdad? No, estoy bien; ha sido un lapsus. La verdad es que ya apenas me afecta, pero jode.

—Lo sé. Fue un auténtico imbécil.

Le sonrío agradecida por sus palabras, pero me doy cuenta de que, lo que acabo de decir, es realmente cierto. Después de tanto tiempo, sufriendo por un abandono injustificado del engendro baboso, mi recuerdo ya no me afecta como lo hacía antes. Ha pasado por mi mente y, me ha revuelto un poco el estómago, pero ya no duele. ¡No duele! ¿Cuándo ha dejado de hacerlo?

—Entonces... ¿sigo?

—Sí —contesto afirmando con la cabeza y dejando el tema para más tarde. Ya reflexionaré sobre el momento Sylvania. Ahora toca momento Christian—. Pero lo que no llego a comprender aún, es que tiene que ver toda esta historia, con la patética cara de felicidad que llevas paseando durante todo el día por la oficina. Lo único bueno que de momento he escuchado, es que os habéis vuelto a encontrar.

—Eres de lo más impaciente.

—Perdona, solo preguntaba —le expreso de forma divertida—. Venga, sigue.

—Cuando terminamos de cenar, me invitó a tomarme una copa en su casa; aunque al final fueron más de una. Supongo que el alcohol le afectó más de la cuenta y de buenas a primeras se puso a llorar. Fue entonces cuando me contó la historia de su mujer.

A llorar... ¿en serio? Y yo que creía que los hombres no lloraban... ¡Qué mono! De verdad que esto es un drama con letras mayúsculas.

—No paraba de decir que esa zorra infiel le había destrozado la vida, que, al fin y al cabo, le daba igual ella y su amante, pero que el hecho de separarse de sus hijos, era lo que más le estaba afectando. Que se sentía desgraciado. Que su vida no tenía sentido desde hacía tiempo; más del que yo me imaginaba.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco lo entendí en un principio. Le contesté lo primero que se me ocurrió al verlo en tan tremendo estado: Que era una etapa que había terminado y que debía pasarla con la mayor fuerza posible; por sus hijos.

—Chico, que frío eres cuando quieres.

—Es que me pilló con la guardia baja —dice entre risas en tono de escusa—. Todo iba genial, hasta que se puso a llorar de repente. No me lo esperaba ¿Qué podía decirle?

—Pues no sé... un «lo siento» estaría bien. Suele ayudar, no mucho... pero algo sí que ayuda. ¿Y él, qué te dijo?

—Sé acercó a mí... y se apoyó en mi pecho. Le rodeé con mis brazos con la intención de tranquilizarlo un poco y cuando estuvo más calmado, comenzó a decirme que me había echado de menos, que sentía mucho cómo me había tratado y cómo me habían tratado sus padres. Que yo fui su mejor amigo, pero que siempre sintió algo más por mí y nunca se atrevió a admitirlo por miedo al rechazo. Cuando yo le confesé mis sentimientos, vio el cielo abierto y no quiso desaprovechar la oportunidad. Por eso me besó.

Ay, por Dios... voy a llorar.

—Sus padres le condenaron a una vida bacía y llena de órdenes que acataba por darles el gusto de tener un hijo «normal», dentro de sus creencias, solo y únicamente para que se sintiesen orgullosos de él, pero, en el fondo, se sentía solo y hundido. Llegó un momento, que hasta creyó que sus padres consiguieron hacerle cambiar de gustos cuando conoció a su mujer, pero luego se dio cuenta que seguía rondándole en su cabeza, en sus recuerdos y, aunque, en parte, era feliz con su familia, seguía sin sentirse completo.

Me quedo atónita con lo que me está diciendo. ¿En serio le dijo eso? Joder, si eso me lo dicen a mí, me tiro encima del que sea, lo atrapo y no lo suelto.

—Aquellas palabras, hicieron que mi corazón se estremeciera, me llenaron tanto de vida... Una vida que creí perdida en la infancia. Para mí, fue realmente duro perderlo y me costó mucho tiempo reponerme de aquella pérdida, pero en aquel momento, esos sentimientos volvieron a renacer de nuevo. Fue como encontrar agua en pleno desierto. Un momento increíble que consiguió hacer que se me saltaran las lágrimas. Entonces levantó la mirada y no pude resistirlo. Lo besé... Y él me correspondió.

Su cara de nuevo iluminada por la felicidad, me mira sonriente. Oh... Me encantan los finales felices.

—El resto te lo puedes imaginar.

—Sí, no hace falta que me especifiques. La charla sexual ya la tuve con mi madre a los quince años —le contesto de forma burlona, intentando en buena parte descargar un poco el ambiente.

Acerco mi mano a la suya y se la aprieto con fuerza.

—Me alegro mucho por ti, Christian; de verdad.

—Lo sé —contesta con una sonrisa amable.

—Lo que yo no sé, es cómo lo consigues.

—¿Cómo consigo el qué?

—¿Cómo te las apañas para conseguir siempre todo lo que te propones?

—Bueno, esta vez no me propuse nada, simplemente surgió así —contesta entre carcajadas—. Aunque supongo que no hace más quien puede, sino quien quiere.

—¿Ahora te has vuelto filosófico?

—No, pero es la verdad.

Sí, quizá lo sea.

Miro el reloj. Solo quedan quince minutos para las tres de la tarde.

—Deberíamos irnos ya, Chris. No me quiero imaginar los gritos de Roberto si llegamos tarde. Y, la verdad, no me apetece aguantar durante toda la tarde su cara de pitbull enloquecido cuando se cabrea. Ya he tenido suficiente con lo de esta mañana.

—Sí, será mejor irse. Solo a ti se te ocurre intentar hacerte pasar por una dependienta de la tienda. Al menos, el cliente estaría bueno, ¿no?

—No te haces una idea —contesto entre dientes, con una risita floja que me sorprende incluso a mí.

Solo de recordarlo me exalta.

—Por cierto... —dice mientras nos levantamos de la mesa de la cafetería—. ¿Has hablado con Andrea?

¡Mierda, Andrea! Se me había olvidado por completo.

—No, no he tenido ocasión, pero creo que no ha ocurrido nada nuevo. ¿No los viste esta mañana? Siguen actuando como siempre.

—Tenemos que hacer algo con estos dos.

—Sí, yo pensé lo mismo, pero... ¿el qué? —le digo mientras cruzamos la calle en dirección al Sunshine Market.

Mi cabeza comienza a maquinarse algún plan estratégico para emparejar a estos dos. Algo se podrá hacer. Mientras que solo se vean en la oficina, no vamos a conseguir hacer carrera con ellos.

Espera... ¡eso es! El problema es que solo se ven en la oficina.

—¿Y si quedamos este fin de semana? —expreso emocionada por la genial idea.

—¿Los cuatro, dices?

—Sí, podríamos ir a tomarnos unas copas al *Stronger*.

—Me parece bien. Es una idea fantástica.

—Aunque, estoy pensando... —Y espero no equivocarme con esto—, para hacer la cosa más interesante... ¿Y si lo hacemos por separado?

—¿Por separado?

—Sí, tú quedas con Kevin y yo quedaré con Andrea y luego nos encontramos allí.

—Eres brillante, Silvania. Tenemos que prepararlo todo a la perfección, para que parezca que todo ha ocurrido de forma casual.

—Cada día estoy más convencida de que las casualidades no existen.

—¿Por qué dices eso? —pregunta extrañado.

—No, por nada; no me hagas caso, son cosas mías.

—Sí que existen, pero esta vez, seremos nosotros los que tomaremos el control. En ocasiones hay que allanarle un poco el camino al amor.

—Estaba en duda, pero sí, definitivamente te ha afectado tu encuentro con Erick.

—Idiota —me responde dándome otro toque en el brazo y su sonrisa vuelve a iluminarle de nuevo la cara.

Capítulo 7

Jueves a última hora, y estoy deseando que se acabe la semana. Como si aún no me quedase aguantar un día más de por medio. ¡Qué asco! Ya podrían poner la semana laboral de cuatro días nada más. Estoy agotada. Ha sido una semana muy larga con tantas llamadas, las cuales, no nos han dado tregua hasta el último segundo. Como ahora; ¿la gente no tiene vida?

Son las ocho menos diez de la tarde y estoy esperando que Christian termine de hablar con una clienta. Parece que esta mujer, solo viene a comprar con el propósito de tener la excusa perfecta para llamar a atención al cliente y poder así, hablar con mi querido amigo mientras que le explica las funciones de todo lo que se lleva. Ya no sé si lo hace por torpeza o con intenciones, aunque mi olfato de sabueso me dice, que la pobre se ha enamorado de su voz. Menuda decepción se va a llevar si se entera algún día de que a Chris no le van las mujeres. Me río, porque veo la cara de irritabilidad de mi ricitos de oro favorito, mientras mira una vez tras otra el reloj.

Hoy ha quedado con Erick, que ha pedido unos días libres y va a pasar el fin de semana en casa de Chris, pero tiene que ir a recogerlo a la estación a las ocho y cuarto y, esta mujer lo va a terminar de desesperar.

—Sí, Marina. Le agradecemos, como de costumbre, que haga sus compras en Sunshine Market. Si tuviese alguna otra duda con cualquier otro producto adquirido en nuestras tiendas, solo tiene que llamarnos. Con mucho gusto le atenderemos en lo que necesite.

Me mira y pone los ojos en blanco.

—Muchas gracias a usted. Que tenga una buena tarde y que disfrute su cafetera nueva.

Christian aprieta el botón de cuelgue de llamada, se quita el auricular y se levanta de un salto, como si tuviese un resorte en el culo.

—Esta mujer me va a volver loco.

—¿Ahora qué le pasa? —digo riéndome.

—Que se ha comprado una cafetera nueva y no sabe cómo funciona, así que le he tenido que explicar tres veces los pasos a seguir.

Ahora se llama comprar cafeteras... claro.

—Ay, amigo mío... creo que te ha salido una pretendiente telefónica.

—¿Estás loca, Sylvania?

—Te lo digo en serio, no es normal la de veces que llama. Y qué casualidad que siempre te toque a ti, ¿no crees?

—¿Pues sabes qué? Mañana si llama otra vez, lo vas a coger tú.

—Vale, pero si me cuelga, ya sabes porqué es.

Christian me levanta una ceja, expresándome de forma explícita su completo desacuerdo y quizá intentando decirme sin palabras, que solo digo estupideces.

—Anda, vamos que voy a llegar tarde.

—En verdad, necesitaría que me dejases en el supermercado de camino.

—¿No quieres venir conmigo? —me pregunta extrañado.

¿Y ser la tercera pata de la mesa, mientras veo como os dais arrumacos por un amor encontrado y completamente acaramelados? No, gracias.

—Prefiero dejaros a solas. Es más, deberíais iros a comer fuera y así estáis más tranquilos. Ya tendré tiempo de conocerlo mañana. Además, en la nevera tengo a un ratón ahorcado. El pobre ya no aguantaba pasar más hambre. Tengo la despensa vacía.

—¿Estás segura? ¿No te importa entonces no venir?

—Te estoy haciendo un tremendo favor. No hagas que me arrepienta.

No me voy a arrepentir, obviamente.

Me da un beso en la frente.

—¿Sabes que te quiero?

—Mentiroso —le digo burlándome de él.

Me hace un mohín y luego me sonrío.

Bajamos las escaleras apresuradamente, picamos antes de salir y nos dirigimos al coche sin apenas despedirnos de nadie.

Al salir del supermercado, decido atajar por un pequeño callejón sin asfaltar que hay justo en frente. Ya es casi de noche y está más oscuro de lo normal, pero es el camino más cercano en dirección a mi casa. Dudo por un instante al comienzo del angostillo, pero finalmente, hago caso omiso a mis vacilaciones. Suelo coger por aquí normalmente a plena luz del día y casi me lo conozco bien. No creo que tenga ningún problema. Además, no me apetece mucho rodear toda la manzana cargada con las bolsas, para acabar, al fin y al cabo, en la misma calle. A medida que voy caminando, creo escuchar pasos tras de mí. Miro hacia la dirección del eco y veo a un par de hombres que acaban de entrar al callejón. En un principio no les hago mucho caso y prosigo mi camino bastante tranquila. La verdad es que no estoy muy segura de haber cogido todo lo que necesitaba. Bueno, de todas formas tampoco traía mucho dinero, así que tendré que aguantarme con lo que llevo. Esto me pasa por no haber hecho una lista. Aunque en verdad, no tenía intención de venir hoy a comprar, pero es que no me llamaba especialmente la atención sentarme delante de estos dos y terminar teniendo complejo de carabina. Ni de coña. Además, ¿qué iba a hacer yo allí con ellos? Pues estorbar. Sí, sería un completo estorbo. Ya estoy acostumbrada a los ligues de Chris, y él, está acostumbrado a actuar como un verdadero Casanova frente a mis narices, pero esta vez es diferente. Y quizá, Erick no estaría muy cómodo conmigo delante.

A medida que avanzo, voy notando el retumbo de unos pasos sordos más fuertes y unas risas escondidas. Vuelvo a mirar hacia detrás y veo a los dos hombres entre las sombras mucho más cerca de mí que antes. Por sus siluetas, de primera impresión, parecen bastante corpulentos. Uno más que el otro, aunque claro, de noche todos los gatos son pardos. Respiro hondo, intento no ponerme nerviosa y acelero un poco el paso. Venga, Sylvania, tú tranquila y sigue caminando. Vuelvo de nuevo a mirar hacia atrás y me percató de que se encuentran a escasos diez metros o menos. Mi corazón comienza a bombear con más fuerza. Intento mantenerme serena, pero no lo consigo. ¿Me están siguiendo?

El sonido de una voz grave, interrumpe el silencio de la noche.

—Eh, hermano... ¿Has visto que mujer tan linda va paseando por aquí? —escucho decirle uno de los hombres al otro.

¡Mierda! Están hablando de mí. Mi cuerpo se tensa por completo y se pone en modo alerta, preparada para cualquier cosa.

—Sí, *brother*. Y que solita va, ¿no te parece? —le responde el otro con voz áspera.

Noto mi corazón a mil por hora; el miedo se va apoderando de mí poco a poco. Trago saliva. ¡Joder! ¿Qué hago? ¿Corro o me paro y les planto cara?

«Ni se te ocurra, idiota. Son dos tíos inmensos y tú, una. Vale que tú también estás inmensa, pero nada que ver. Tienes todas las de perder», me espeta mi pequeña mini yo.

Miro hacia delante, pero solo veo oscuridad a mi alrededor y la salida del callejón aún está muy alejada. Tan solo la tenue luz de la farola que he dejado a mi espalda, apenas ya perceptible, es la que alumbrá el camino de tierra. Miro en torno a mí, intentando ver sin éxito algún sitio donde refugiarme, pero es todo muro y ladrillo y, las puertas de las pocas casas que hay, prácticamente en ruinas, están tapiadas. Ni siquiera hay nada por el suelo con lo que poder defenderme y eso me pone mucho más nerviosa.

Dios mío, ayúdame.

—Eh, guapa... ¿Te apetece un poco de compañía?

Cierro los ojos y vuelvo a tragar saliva. No quiero contestarle. Mantengo el paso firme, intentando aparentar que no los he oído, aunque es algo difícil, porque los llevo escuchando desde que aparecieron y saben que los he visto. En cuestión de segundos, noto como empiezan a ejercer un leve apretón en mi brazo. Como acto reflejo, suelto las bolsas dejándolas caer al suelo. Doy una fuerte sacudida de mi brazo, consiguiendo así soltarme de la presión y comienzo a correr intentando salvar mi vida.

«Corre, Sylvania. Corre», me grita mi subconsciente a pleno pulmón.

No doy ni dos zancadas, cuando caigo al suelo de espaldas. Doy un grito, —o por lo menos lo intento—, aunque es más de dolor que de auxilio.

Me han cogido de la coleta y han tirado con fuerza hacia atrás. Me he hecho daño al caer, pero estoy bien. El que me tiene agarrada de la coleta, tira de ella hacia arriba, haciendo que me levante con un poco de dificultad y aún más dolorida por los tirones y por las palpitaciones del golpe en mi trasero. Cuando consigo mantenerme en pie tras varios zarandeos, me suelta de la coleta, me agarra rápidamente con un brazo por encima de los míos y me coloca algo en el cuello. No consigo ver lo que es, pero noto algo afilado y frío junto a mi garganta. ¿Un cuchillo? ¡Joder! Ahora sí que estoy acojonada.

—Bien, preciosa, ahora te vas a quedar muy quietecita y calladita, porque si no, voy a tener que hacerte daño..., y no queremos eso, ¿verdad que no? —me susurra el que me tiene agarrada con fuerza, dándome un pequeño lametazo en la mejilla al terminar de hablar. Es asqueroso y repulsivo. Intento apartarme, pero no puedo apenas moverme, estoy muy nerviosa y no sé qué hacer.

Si pruebo a soltarme, me matarán seguro..., y si no hago nada, ¿qué me espera? La simple idea que ronda mi cabeza, me tortura; no sé qué es peor de las dos. Mi corazón continúa tamborileando tan fuerte en mi pecho, que parece que me va a partir la caja torácica. Respiro con dificultad, en parte por el miedo que hace que se me forme un nudo en la garganta y por otra parte, por la fuerza por la que el desgraciado que tengo a mi espalda me está sujetando. Sus dedos se me clavan en las costillas flotantes, me duele todo el cuerpo, tengo calor, frío... estoy temblando.

Bajo la mirada y veo al otro hombre agachado en el suelo revolviendo en mi bolso. Consigue encontrar mi cartera, la abre y luego la tira al suelo con furia.

—No me jodas...

—¿Qué pasa? —pregunta el agresor a mi espalda.

—Está vacía. Esta zorrilla, está aún más tiesa que nosotros.

Se levanta con actitud frustrada y coloca su cara junto a la mía. Me rodea con su ciclópea mano el mentón y aprieta mis mejillas con ímpetu. Duele. Me estoy clavando toda la dentadura en los carrillos.

—¿Dónde está el puto dinero? —pregunta alterado.

Huele a tabaco y a alcohol barato, es repugnante. Me dan náuseas.

—No... no tengo, lo... lo único que tenía lo he gastado en la compra —consigo contestarle, no sin antes cerrar los ojos con fuerza.

Me da miedo mirarlo. Suelta con violencia mi cara, aún mas cabreado que antes. Aparto la cabeza hacia un lado, para no respirar el hedor que desprende su aliento. Me entran arcadas por la mezcla de los repulsivos olores, pero no creo que sea recomendable vomitarle en su cara.

—¡Joder! —vocifera.

Al escuchar el grito inesperado, me asusto y pego un respingo. El que tiene el cuchillo, me aprieta con más afán y me clava de forma superficial la punta del arma en el hueco que hay entre la terminación de mi cuello y la clavícula. Creo que no me ha hecho ningún corte, pero noto como me pincha.

Comienzo a llorar. Las pocas fuerzas que me mantenían alerta, se han esfumado y las lágrimas han empezado a brotar.

—Por favor, no me hagáis daño —consigo decirles entre sollozos—. Llevaros lo que queráis, pero no me hagáis daño.

El hombre que se encuentra frente a mí, ahora dándome la espalda, se gira, tira el bolso al suelo con desprecio y se acerca con la que parece una expresión maliciosa en la cara, pero con tanta oscuridad, es difícil averiguar cómo es exactamente. Pasa lentamente su mano por mi mejilla. Aunque no sé lo qué está pensando, puedo imaginarlo y me da asco.

—Bueno hermanito... ya que no vamos a poder emborracharnos esta noche, creo que sí vamos a tener la oportunidad de divertirnos un rato.

¿Qué? No. No. ¡NO! No quiero que me toque. Intento zafarme, forcejear con todas mis fuerzas, zarandeándome como puedo, pateando, pero el otro me vuelve a coger de la coleta tirando hacia detrás y me coloca el cuchillo a lo largo de mi garganta. Mientras, el de delante me sostiene las manos con tanta fuerza en la presión que ejerce, que noto como mis manos comienzan a percibir un cosquilleo por la falta del riego de circulación.

—Shhhhh —me sisea el del cuchillo—. Estate quieta zorra; ya te he dicho que no dudaré ni un segundo en utilizar mi querida navaja contigo, así que ten presente que la próxima vez que te muevas, no volveré a avisarte.

Estoy muy alterada y mi respiración va demasiado acelerada para intentar controlarla. El forcejeo ha hecho que sude y el relente de la noche me está enfriando por momentos, dejándome por cada segundo que pasa más entumecida. Aprieto los labios entre la línea de los dientes, intentando refrenar el miedo, mientras me quedo a la expectativa de lo que va a pasar. Entonces, consigo verle la cara al hijo de puta que tengo en frente; no entiendo por qué, pero ahora le veo en una imagen perfecta.

Aprecio claramente una cicatriz que le atraviesa media cara desde la frente hasta la parte baja del pómulo, cortándole la ceja en dos mitades. Incluso creo percibir un ojo de cristal, pero no estoy completamente segura. Su rostro se ilumina aún más por momentos y, solo cuando veo que él gira la cara hacia la dirección de donde proviene la luz, hago yo lo mismo como puedo.

Por el rabillo del ojo, consigo apreciar tatuada en el brazo del hombre que tengo a mi espalda, la cabeza de una serpiente. Una cobra enseñando los colmillos en posición de ataque, pero es lo único que me da tiempo a ver justo antes de que dos focos me cieguen por completo.

Escucho el motor de un coche rugiendo, mientras se aproxima a toda velocidad hacia nosotros. Más no, por favor.

—¡Mierda! Vámonos.

—¿Y qué hacemos con ella?

—Suéltala, imbécil. ¿O es que pretendes llevártela a cuestras? Corre.

Entonces, siento de nuevo la libertad. Ya nada me oprime, me han soltado de su fuerte prisión humana y me siento flotar. Por un instante, mi mente ha escapado de mi cuerpo como un pájaro que toma el vuelo y disfruta del viento al rozar su plumaje, pero vuelvo a la realidad cuando noto un dolor agudo. Me doy cuenta de que no tengo fuerzas para sostenerme en pie y que tras el fuerte empujón que me han dado al soltarme, he caído al suelo de tierra y piedra. Apoyo como puedo mi brazo magullado y las palmas de las manos en el suelo intentando sostenerme, mientras recupero la normalidad en mi respiración.

Al levantar la vista, veo a los dos asaltantes correr a toda prisa en dirección al supermercado. Uno calvo, el de la cicatriz que tenía frente a mí, y el otro, con una media melena oscura. En cuestión de segundos, el coche pasa a escasos centímetros de mí, como una bala, dejando un remolino de polvo a su paso. Consigo ver entre la neblina, las luces rojas de la parte trasera alejarse a toda velocidad. Todo me da vueltas. Creo que me voy a desmayar...

«No. No puedes hacerlo. Reacciona. ¿Y si vuelven? Debes estar alerta».

Todo se vuelve oscuro de nuevo y eso hace que vuelva a entrarme de nuevo el pánico. No quiero quedarme a oscuras, necesito luz... Me cuesta respirar de nuevo. Mis ojos se inundan y comienzo a llorar. Los cierro con fuerza, dejando correr la angustia entre mis lágrimas. Noto la tiritona de terror aún metida en el cuerpo y doy un grito tónico. Grito con ímpetu. Grito con coraje, intentando expulsar la rabia y la impotencia que se aferran dentro de mí. ¡Eres una estúpida, Sylvania!

Abro otra vez los ojos y consigo ver de nuevo el camino, pero está todo el suelo teñido de rojo. Me vuelven a agarrar del brazo. Pego un respingo y automáticamente me aparto gritando de nuevo.

—¡NO!

Me acurruco junto a la pared, trepidando como una hoja en medio de un vendaval. Me coloco el vestido como puedo, intentando ocultar mi cuerpo todo lo posible y me envuelvo la cabeza con los brazos. Trato de esconderme, de que no me vean, de que nadie me encuentre.

—No. Otra vez no... Otra vez no... —consigo pronunciar entre mis ahogados lamentos.

Déjame. No me toques.

Entonces, escucho una voz que me resulta familiar y a la vez alentadora.

—¿Qué te han hecho? —me pregunta la voz con tono preocupado y a la vez de temor—. ¿Estás bien? Mírame, por favor.

Mi mente me dice que no, que me oculte en mi escondite, aunque al fin y al cabo no sean más que mis propios brazos, pero mi corazón pide a gritos que lo mire. El miedo me recorre todo el cuerpo, pero esa voz... Es como una droga que me relaja poco a poco. Es mi morfina en sangre.

«Míralo, Silvania».

Aparto los brazos lentamente, aún dudando si hacerlo o no, pero lo hago. Temblorosa, lo miro y encuentro sus ojos que me miran con cautela. Esos ojos ámbar, que me siguen y encuentran siempre que los necesito. Que forman parte de mi rescatador, el que ahora veo teñido de rojo por la luz de los faros. Ahora sé que estaré bien, pero noto como de mis ojos vuelven a emerger las lágrimas amenazando con salir. Inundándose rápidamente y sin remedio, comienzo de nuevo a llorar desconsoladamente.

Lucas me coge por los brazos y me acerca hacia su pecho. Me tapo la cara con las manos para que no me vea llorar. Quiero desaparecer de verdad y ruego de forma inconsciente para que me trague la tierra y deje de sentir estas horribles sensaciones. Estoy exhausta, aterrada y dolorida, pero por otra parte, en lo más profundo de mi ser, noto y sé, que ahora todo estará bien.

Vuelvo a acurrucarme, pero esta vez, entre sus duros aunque cómodos pectorales. Él apoya una de sus manos en mi cabeza, mientras que con el otro brazo, me envuelve delicadamente en un abrazo.

—Shhhhh, tranquila, ya ha pasado todo. No te preocupes, estás a salvo.

No sé por qué, pero le creo. No puedo hablar, ni siquiera para darle las gracias por haberme salvado. Todo está confuso en mi mente, mis pensamientos están revueltos. Toda yo lo estoy. Intento tranquilizarme pero no lo consigo y lo único que hago es sollozar. No puedo parar y me escondo cada vez más en el hueco de su pecho, intentando, esperanzada, desvanecerme en algún punto oculto. Esperando despertar de un perturbador sueño; de esta jodida pesadilla, pero no lo consigo. Es real, todo esto ha pasado de verdad y no tengo fuerzas más que para llorar.

Pasan los minutos. No sé cuánto tiempo llevamos sentados uno junto al otro en un silencio apurado, mientras que yo, no dejo de llorar sin apenas consuelo en mi pequeño escondite. Lucas no deja de confortarme; me abraza y apoya su cara en mi cabeza. Incluso creo haber notado algún beso por encima de mi pelo, pero quizá sean imaginaciones mías, aunque gracias a ellas, estoy consiguiendo tranquilizarme poco a poco. Entonces, sin previo aviso, Lucas me separa de él, enmarca mi cara con sus manos, obligándome a mirarlo y recorre con sus preciosos ojos ámbar todo mi rostro asegurándose de que no estoy mal herida.

Aunque mi visión es un poco abstracta en este momento, puedo percibir en él, una mirada indecisa y culpable.

Pero, ¿por qué? Él no ha tenido la culpa de lo que ha pasado, al contrario, me ha salvado de esos dos cabrones que han venido a robarme y han intentado... no puedo ni pensar en la tremebunda palabra.

Él es mi héroe. Le debo la vida.

Con el dedo pulgar de cada mano, me enjuga las lágrimas que recorren mis mejillas. Su tacto me alivia inexplicablemente. Su caricia me reconforta. Cierro los ojos disfrutando en cierta medida del momento. De este instante en el que solo estamos él y yo. Y aunque sigo temblando y con los nervios a flor de piel, estoy mucho más tranquila que antes. ¿Cómo lo consigue?

—¿Estás bien? —me susurra.

Solo consigo mirarlo. Mi voz sigue sin querer salir, pero creo que logra leer un «sí» a través de mis lacrimosos ojos.

Tú haces que me encuentre mejor.

—¿Confías en mí? —me pregunta vacilante, tras un rostro desasosegado.

Sé que no debería, que apenas lo conozco, pero cuando le escucho decir eso, todo mi ser responde al unísono que sí. El nudo que tengo en mi garganta, no me permite hablar, pero consigo pronunciar con voz temblorosa y ronca una afirmación casi imperceptible.

—Vamos, te llevaré a casa.

Me levanta sin apenas esfuerzo. Me duele todo el cuerpo y aún tengo las piernas temblorosas. Creo que se percata de ello, porque me rodea por la cintura sujetándome con fuerza para que no me caiga de nuevo. De repente me encuentro pegada a él... y me gusta.

Nos dirigimos hacia el coche, abre la puerta del copiloto y me ayuda a sentarme. Noto como me molesta aún el trasero tras la primera caída, pero hago todo lo posible para que no se me note. Tras cerciorarse de que estoy bien colocada, cierra la puerta con un golpe seco que me sobresalta un poco. Desde el espejo retrovisor, le veo alejarse del coche y comenzar a recoger todo lo que se ha quedado esparcido por el suelo... mi bolso, mi cartera, las bolsas de la compra y con todo ello, mi valentía.

Aparto por un segundo la mirada y ojeo de pasada el interior del coche, mientras me acomodo un poco mejor en el asiento. Está todo muy oscuro, apenas consigo ver nada, pero afortunadamente reparo en una pequeña caja de pañuelos de papel en los pies de uno de los asientos traseros.

Perfecto. Justo lo que necesitaba. Eso me salva el momento, puesto que mi nariz está realmente taponada después de tanta llantina. Cojo un par de ellos y me sueno mis fosas nasales lo más rápido posible antes de que Lucas vuelva junto a mí.

Debo estar horrible. Me quito la gomilla de mi pelo desgreñado por el forcejeo y los tirones del miserable que me tenía sujeta. Voy recogiendo de nuevo cada mechón suelto de mi cabello, introduciendo los dedos de mi mano entre la melena y arrastrando hacia atrás a modo de peine, para luego juntar todas las guedejas en una nueva coleta. Me coloco la gomilla y suspiro antes de volver a levantar la vista hacia la ventanilla.

Lucas está de nuevo junto al coche, observándome. Lo bordea por delante sin apartar ni un momento su mirada de la mía. Me pone nerviosa, pero es otro tipo de nerviosismo. Me altera por completo.

Abre la puerta trasera y suelta todas las cosas, y tras cerrarla, abre la suya. Se sienta a mi lado y me vuelve a mirar de arriba abajo sin pronunciar una sola palabra. Su expresión es cautelosa. Supongo que no sabe cómo actuar... al igual que yo. Se acerca dudando y se inclina hasta poner su cara justo enfrente de mí. Su nariz casi roza la mía. Un doloroso pellizco me aprisiona el pecho y el vientre se me tensa. Tomo aire y me aparto un poco hacia detrás. ¡Oh, mierda! ¿Qué hace? Lo miro extrañada. No sé qué se propone hacer... o quizá sí. El corazón me late muy deprisa. Supongo que esto será lo normal en situaciones extremas y de peligro. En las películas siempre pasa. Pero si lo que pretende hacer es lo que creo... ¿Yo deseo realmente que suceda?

Ahora que tengo mi nariz totalmente despejada, percibo su olor, su aroma masculino y seductor que suele llevar, pero mi recepción se intensifica por la proximidad y me embriaga como siempre. Miro hacia su boca y de repente, me quedo hipnotizada por su irresistible cercanía. ¡Oh Dios mío! Sí. Definitivamente lo deseo. Lo deseo a él.

Humedezco mis labios y me los muerdo, deseando con anhelo el roce de sus labios. Quiero sentir su boca en la mía y fundirme en ella. Estoy totalmente cautivada. Me encantaría abalanzarme ahora mismo sobre él, pero este mismo extraño deseo que ha irrumpido en mi interior, hace que mi cuerpo se paralice por completo. Antes respiraba más deprisa de lo normal, incluso de forma exageradamente profunda, pero la fascinación ha conseguido que deje de hacerlo.

Vuelvo a mirarle a los ojos, anhelando conseguir que vuelva a leer a través de los míos y responda a mi petición suplicante, pero su rostro me choca; me confunde. No expresa deseo, solo miedo y preocupación. Entonces vuelve a apartarse, pero solo un poco.

No. No te vayas. Vuelve.

Veo de reojo pasar su mano junto a mi hombro, pero sin rozarme y luego bajar en dirección a la cintura. No me toca en ningún momento, pero noto su cercanía y me provoca una gran excitación. Escucho un «click». Miro hacia la dirección del sonido y veo su mano puesta en el seguro que se encuentra junto a mi asiento. Vuelvo a mirarlo de nuevo a los ojos.

—Debes llevarlo puesto mientras conduzco.

Miro de nuevo hacia abajo, confundida y avergonzada al mismo tiempo.

Claro, el cinturón. ¡Maldita sea!

Vuelvo a respirar profundamente y trago saliva. Me arden las mejillas. ¿Cómo he podido pensar que podría acercarse a mí, para darme... ¿qué... un beso? Qué tonta he sido. No. Soy gilipollas.

Me recoloco en mi asiento y comienzo a mordisquearme las uñas de forma frenética, sintiéndome despreciablemente incómoda por la situación. No me atrevo a

mirarlo de nuevo a la cara. Frunzo el ceño, enfadada conmigo misma, por pensar cosas que seguramente jamás sucederán y también por hacerlo después de lo que ha sucedido esta noche. Cierro los ojos y me apoyo en el reposacabezas.

El motor del coche comienza a ronronear tras encender el contacto y noto que comenzamos a movernos. Nos mantenemos en silencio durante el trayecto. No me siento con fuerzas de abrir los ojos. He hecho el ridículo y me odio por eso.

Percibo entre mis párpados cerrados, las luces amarillas intermitentes de las farolas, que pasan fugazmente a través de la ventanilla. Da la sensación como de estar viendo una película antigua de Eadweard Muybridge o los Hermanos Lumiere, aunque sin imágenes, pero mi mente comienza a visualizar de nuevo cada recuerdo de lo ocurrido. Me abrazo reciamente a mí misma cuando por cada franja de luz, un flash con imagen aparece y lo veo todo tan claro, que parezco estar de vuelta en el callejón.

El cuchillo en mi cuello, ese espeluznante rostro, su fétido olor a tabaco y alcohol, su sucia mano toqueteando mi cara, un lametón en mi mejilla, mi aprisionamiento, las amenazas...

—¿Estás bien?

Salgo de mis tortuosos pensamientos, abro los ojos y miro en dirección a Lucas. Él sigue con la vista puesta en la carretera. Está nervioso, lo noto. Tiene la mandíbula tensa y sus manos agarran con ímpetu el volante. No consigo verle la cara pero creo percibir el frunce de su ceño. ¿Está enfadado?

—¿Qué?

—No llores más... —me pide, aunque parece una súplica, más que una orden—. Te prometo que no volverán a hacerte daño. Jamás.

Me toco las mejillas y están húmedas. No me había percatado de que las lágrimas se me habían escapado de nuevo.

Gira la cabeza hacia mí y sus ojos se encuentran con los míos. No me equivocaba mucho. Parece enojado, irritado, pero su voz ha sido cálida y amable. Una nueva punzada se apodera de mí. Sé que se está refiriendo a lo que ha pasado en el callejón, pero... ¿por qué tengo la sensación de que sus palabras tienen un doble sentido? Vuelve a mirar hacia la carretera y yo me quedo observándolo. Poco después, detiene el coche, dirijo la vista hacia mi ventanilla y veo una puerta acristalada de hierro forjado, con el número veintiuno de un reluciente metal dorado coronando el umbral.

Me quedo completamente atónita, frunzo el ceño, extrañada. ¿Cómo coño...?

—Ya hemos llegado.

Lo vuelvo a mirar. Su expresión vuelve a ser afable, sin embargo sigue mirándome con prudencia. Desabrocha el cinturón que me envolvía y me regala una sonrisa cariñosa. Sale del coche con tremenda elegancia, coge las bolsas del asiento trasero y luego me ayuda a salir del coche. Me acompaña sin pronunciar ni una sola palabra hasta la puerta, mientras que yo no dejo de mirarlo, aún aturdida, porque la situación es realmente extraña. Entonces saca de su bolsillo, un pequeño manojito de llaves, elige una de color dorado y la introduce con maestría en la cerradura, la gira y la puerta se abre.

—Vives aquí, ¿no? —pregunto casi en una afirmación manifiesta.

—Sí. Me mudé hace un par de semanas.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Y qué explica exactamente? —me pregunta intrigado con una media sonrisa que consigue que me vuelvan a subir los colores.

¿Qué tiene que me aturde tanto?

—Nada, cosas más; no me hagas caso —contesto desviando la mirada.

Nos dirigimos hacia el ascensor del vestíbulo, pulsa el botón de llamada y las puertas se abren enseguida de forma automática. Me mira con esa media sonrisa que sigue existiendo, me brinda la mano señalando hacia la cabina, invitándome a pasar primero, y lo hago. Doy un paso hacia delante y noto como pone la otra mano en mi cintura. Doy un pequeño respingo y mi cuerpo se tensa por completo. ¡Ay, Dios! Tomo aire y concentro toda la capacidad de resistencia que me queda en tratar de serenarme. Casi no se ha notado... o eso espero. Pero es que este hombre hace que todo mi cuerpo se estremezca con un simple roce suyo. ¡Maldita sea! ¡No es justo!

Él entra tras de mí, se gira en dirección al panel de control y pulsa en la botonadura el número tres. El ascensor, obedeciendo la orden electrónica, cierra sus puertas y se pone en movimiento. Entonces Lucas se gira de nuevo y comienza a mirarme. Nuestras miradas se conectan como una clavija al meterla en un enchufe y, la electricidad, me recorre todo el cuerpo.

No sé si es por estar en un lugar tan reducido, porque estamos solos o por estar tan próximos el uno del otro, pero la excitación vuelve a viajar por cada parte de mi cuerpo de nuevo, hasta concentrarse en mi punto más sensible. ¡Qué sensación! ¿Será posible que sea solo yo la única que está sintiendo esto? Seguro que estoy haciéndome ilusiones por algo que no existe. Sí, debe ser eso, esto no puede ser como me estoy haciendo creer a mí misma; esto es una broma que mi yermo cuerpo me está gastando.

No dejo de mirarlo, no consigo apartar mis ojos de los suyos, me tiene del todo atrapada, pero no alcanzo a entender su expresión. Está preocupado por alguna cosa, lo percibo. Y sigue molesto, aunque lo sabe ocultar muy bien. Pero hay algo más, algo que no llego a comprender.

El momento es silencioso y un poco incómodo. Me siento intimidada, pero a la vez atraída. Trago saliva. Mi boca y mi garganta están completamente secas. Mi cuerpo sigue tenso y un cosquilleo placentero se apodera de toda la parte interna de mi vientre. Mi corazón empieza a palpar un poco más acelerado y mi respiración, quiere ir al mismo ritmo, pero estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlarla.

¡Dios mío! Me encantaría arrojarme entre sus brazos ahora mismo. Que él me envolviera como lo hizo antes y luego besarlo hasta la extenuación.

Un golpe seco en la cabina, nos avisa de que hemos llegado al destino. Eso hace que los dos dejemos de mirarnos y él se da la vuelta en dirección a las puertas metálicas que se abren de par en par, dando acceso al hall del tercer piso.

¿Pero qué estoy diciendo? Debería estar desquiciada e histérica después de lo que ha pasado esta noche. Pero no... No es así ni por asomo. Y para colmo no dejo de pensar en ligarme a mi nuevo vecino. Bueno, tirármelo más bien. No entiendo cómo lo hace, pero Lucas consigue que me olvide de todo y que me sienta segura... Y que piense y sienta más de la cuenta, también. No... No, no, no. Esto no está bien. Es de locos.

Sale de la cabina con las bolsas en la mano, pero yo me quedo dentro, parada, mirándolo. Entonces se gira y me observa extrañado.

—¿Qué sucede?

Que me voy a mi casa. Que me tengo que ir. Vamos, que será lo mejor.

—Eh... Yo vivo en el cuarto piso —contesto titubeante.

—Quiero que vengas a mi casa. —me responde con cautela.

¡¿Cómo?! No, no, no. Ni hablar. Es un error. ¿Para qué?

—¿Por qué? —pregunto nerviosa, vacilante.

—Te prepararé una tila.

Oteo en todas direcciones, buscando las palabras correctas para declinar su invitación. Me estoy poniendo muy nerviosa. Él es el que me pone nerviosa... y no consigo controlarlo.

Debería irme a casa, darme una ducha de agua caliente y acostarme. Olvidar el horrible día de hoy y sobre todo, apartarme de sus encantos... Apartarme de él.

Pero antes de que pueda pronunciar cualquier palabra, vuelve a hablar.

—Insisto. Y no permitiré un «no» como respuesta. Lo que ha ocurrido esta noche, puede afectar los nervios de cualquiera. Sé que aún estás alterada y una tila te sentará bien.

Pienso por un momento en sus palabras. Eres tú quien me altera, ¿no te das cuenta? Y si sigo mucho tiempo cerca de ti, no sé si podré reprimirme mucho más. Esto es una locura... y una tortura. Cierro los ojos un instante, inspiro, suspiro y me humedezco los labios.

Este no era mi plan. No va a funcionar. Es demasiado guapo, demasiado atento, demasiado héroe, demasiado todo... Vale, es cierto que sólo ha dicho que me va a preparar una tila. No me va a comer... pero el problema es que yo sí quiero que lo haga, aunque sé que eso no va a ocurrir ni en un millón de años; y esa es la razón por la que debo decir que no. Eso es. Le agradeceré la invitación, como una buena vecina agradecida, pero irme a casa será lo más razonable e inteligente que pueda hacer.

Vuelvo a mirarlo, convencida en mi decisión.

—Está bien —accedo.

¿Qué? ¿Por qué he dicho eso? ¡Mierda! Pero si se supone que tenía que decir que no. Que tenía que decirle «adiós». ¿Es que las conexiones entre mis neuronas se han desenchufado? Mi cerebro tiene un cortocircuito irreversible, seguro; porque tomar una decisión y expresar otra, no dispone de más lectura. Qué desastre. ¡Porras!, como odio que mi boca suelte lo que no debe. Bueno, ya le he dicho que sí y no hay marcha atrás.

Salgo del ascensor y lo sigo, dudosa. Se para delante de una puerta azul marino, adornada con una placa ovalada de cerámica blanca con la letra «A» pintada en ella.

¡Genial! Lo que me faltaba.

Capítulo 8

Tras abrir la puerta y encender las luces, se dirige al interior del apartamento y yo entro tras él, sintiéndome bastante incómoda.

Toda la estancia está plenamente iluminada por varios focos de aluminio, orientados cada uno a un punto estratégico, para poder garantizar la luminosidad completa. La decoración es aséptica. Las paredes de un blanco roto, están aún vacías, sin ni siquiera un simple cuadro que decore la antesala.

Se nota que está de mudanza. Sin querer, tropiezo con una pila de cajas que hay junto a la entrada. ¡Torpe!

—Ten cuidado con las cajas —escucho decir a Lucas desde el interior del piso—. No sea que te caigas.

—Lo siento —le respondo mientras me quedo parada junto a la puerta.

En ese momento, vuelve a aparecer justo delante de mí y se queda parado por un instante, mirándome como si estuviese estudiando la situación. Yo, más que la situación, lo estudio a él. Le echo una ojeada de arriba abajo y, ¡madre mía! Está guapísimo. Con esa camiseta negra ajustada y esos vaqueros desgastados, está para comérselo. ¿Cómo es que no me he fijado antes?

«Porque estabas pendiente de su boca y de esos tremendos ojazos, guapa. Y no te culpo... no te culpo para nada». Cállate, ¿quieres?, le reprocho a la mini y yo insolente, que se relame de deseo y a mí, me entra el sofoco. Un cosquilleo me sube por el estómago al notar que sigue observándome con mirada profunda. Trago saliva y él me responde con una sonrisa ladina. ¿Por qué me mira así? ¿Es que es capaz de leerme la mente?

—No te quedes ahí. Entra y siéntate. Yo mientras, voy a poner a calentar el agua.

—Vale —contesto un tanto tímida.

Seguro que se ha coscado^[2] de mis cavilaciones. ¡Si es que eres tonta, Sylvania! Se te nota a leguas todo lo que pasa por tu cabeza.

Cierro la puerta antes de terminar de entrar. Me doy cuenta entonces de que tengo las manos desolladas. Me miro por todos lados y veo que parte de los brazos y las rodillas están igual. Ahora entiendo porque notaba esas zonas un poco calientes, pero aunque me duelen, no es insoportable. ¡Joder! Estoy hecha un Cristo. Suspiro fastidiada mientras me giro de nuevo.

Recorro la entrada hasta toparme de frente con la puerta del dormitorio. —Y sé que es esa, porque el piso está estructurado exactamente igual que el mío—. Una hoja de cristal corredera, enmarcada en un sencillo marco de madera del mismo tono blanco roto de las paredes. Decorada con cuadrados de diferentes tamaños, grabados al ácido y perfectamente encajados entre sí. ¡Vaya!... Qué puerta más chula. Doy unos pasos más por el suelo de parquet espigado de roble oscuro en dirección al salón, mientras me palpo con cuidado las heridas.

Aquí todo cambia. Un amplio y moderno sofá chaise longue de cuero negro preside la habitación, enmarcado por una pared de color gris basalto que destaca entre el resto de las paredes y que está decorada con pequeños apliques, que consiguen un efecto óptico luminoso a modo de estrellas.

¡Wou!

Justo en frente, ocultando en su totalidad el muro, hay un mueble oscuro con un gran espejo tintado en el centro y lleno de cavidades, las cuales, están repletas de libros y CD perfectamente ordenados y, en uno de los huecos, más amplio de lo normal, tiene una minicadena de última generación. —Lucas lo debe ganar bien para poder permitirse semejante cacharro. No son muy baratas que digamos—. Frente al sofá, encima de una alfombra de color gris cielo, hay una mesita cuadrada, de estilo moderno a dos alturas, de madera oscura a juego con el mueble.

Respiro hondo, esto me intimida bastante. Lo único que tiene este apartamento de parecido con el mío, es el enorme ventanal que da al balcón de la escalera de incendios, el resto... es simplemente impresionante.

¿Qué estoy haciendo aquí? Debería irme a mi casa, pero no... aquí estoy, en el apartamento de mi vecino de abajo esperando una tila que en realidad no me hace falta.

«Bueno, ahora que has decidido quedarte, quizá sí te haga falta. Después de todo, es él, el que te pone nerviosa». Mi mini yo, para variar, siempre tiene que darle el último golpe a la puntilla.

Me siento en el sofá —que es bastante cómodo, incluso para mi dolorido culo—, y observo a Lucas recorrer la cocina de un lado para otro. También es abierta, como la mía. Con muebles lacados de color negro y electrodomésticos de acero. Todo dentro de una línea muy sobria y masculina y con luces de led en la parte baja de los muebles superiores. La barra de desayuno, donde se encuentran mis cosas, hace de separación entre esta y el salón y, bajo ella, hay guardadas un par de banquetas a juego con el resto del conjunto.

La inseguridad me mortifica y, como estoy nerviosa, no paro de moverme en mi asiento. Dudo por un momento, si levantarme o no para prestarle mi ayuda a Lucas, pero lo veo tan concentrado en lo que está haciendo, que decido no molestarlo. Posiblemente en vez de ayudarlo, le estorbaría. Y eso sin tener en cuenta mi habitual torpeza nerviosa. Mejor me quedo sentadita. O mejor, me voy. Siempre puedo decirle, que he recordado que tenía que hacer algo importante. O que me he dejado la plancha puesta... No, eso no colaría. Pues no sé... Podría decir que le tengo que dar de comer al gato.

«¡Pero si no tienes gato! A no ser que consideres a Christian como tal, en ese caso cabría la posibilidad. Aunque hay un pequeño detalle que influye de forma sustancial; Christian no está, así que no sirve». Vuelvo los ojos hacia el techo y suspiro, aburrida de pensar, escuchar o monologar —porque ya no sé ni que verbo utilizar en este caso—, tonterías varias.

En cuestión de segundos, sale de la cocina cargando una bandeja en las manos y con cara de «ni se te ocurra moverte».

Hala, pues ya no me voy. Aquí no hay escapatoria. Se acerca a donde estoy y su perfume rodea el ambiente al instante. ¡Huele tan bien! Suelta la bandeja encima de la mesita de té y se dispone a colocar cada cosa en su sitio. Me mira por un segundo mientras lo hace, pero no me dice nada. Trago saliva. Decido poner atención a lo que está haciendo.

Todo está preparado al detalle.

Coge uno de los platillos, con su taza y una cucharilla colocada junto a ella y la sitúa frente a mí. Coge la otra y la ubica justo al lado de la anterior. Luego, saca de la bandeja un cuenco rectangular a juego con las tazas, repleto de bolsitas de té de diversos sabores y varios sobres de azúcar y sacarina. Pone también un servilletero en la mesa y vuelve a irse a la cocina con la bandeja en la mano, no sin antes, volver a echarme un vistazo.

Su expresión es seria, cautelosa, pero noto una contrariedad en su mirada que no consigo comprender. Lo sigo con la mirada hasta la cocina. No puedo dejar de hacerlo. Mis ojos se mueven con él, a su ritmo. Parezco su sombra.

Cuando vuelve, trae en las manos una pequeña caja de plástico de color blanco y se sienta junto a mí sin dejar de mirarme. Me tenso nuevamente. ¡Mierda! Esto va a terminar siendo un reto para mí. ¡Deja de mirarme, coño; que me pones nerviosa!

Coloca la caja en la mesa y veo una cruz de color rojo pintada en la parte superior.

—Déjame las manos —me dice con tono autoritario pero amable.

Levanto una ceja, incrédula. ¿Pretende curarme? ¿Acaso es médico o es que tiene complejo de enfermera como Christian? Saco mis manos de entre las piernas, dudando un poco de si hacer lo que me dice o no. Termino cediendo y se las ofrezco. Él las toma con delicadeza y las mira un instante. Todo mi cuerpo se altera en un segundo. ¿Qué me pasa? Si con solo tocarme las manos ya me descompongo de esta manera, no me quiero imaginar lo que me pasaría si tocara cualquier otra zona de mi cuerpo.

Tiene unas manos preciosas. Grandes. Y firmes... Con gusto me dejaba tocar por ellas. Que recorriesen todo mi cuerpo y luego... Pero ¿qué? No. Por Dios, Sylvania. Te estás convirtiendo en una salida. Has pasado de *asaltacunas*, a *asaltavecinos buenorros*.

¡Esto no está bien, tengo que salir de aquí! Pero mi cuerpo no me responde y mi mente tampoco es capaz de dar la orden de levantarme y salir por patas. Es como si se hubiese desconectado de mí, solo consigo ver lo que sucede, como si estuviese visualizando una película en segundo plano. Solo logro dejarme hacer... Y él lo hace.

Abre el botiquín que dejó a su lado y saca una pequeña gasa de fibra de un paquete de plástico y una botella de agua oxigenada; empapa la gasa y comienza a limpiarme con cuidado las heridas. Al contacto con el agua oxigenada, noto el escozor en las laceraciones y consigo reaccionar, quejándome un poco y dando un pequeño respingo.

—Lo siento —dice mirándome a los ojos.

Mi vientre se tensa de nuevo y el cosquilleo se concentra en mi zona más íntima.

Espero que no se esté dando cuenta, porque ya me estoy empezando a avergonzar de mí misma. Esto es absurdo. La película me la estoy montando yo sola en la cabeza. Solo hay que verlo a él, tan impasible, tan tranquilo. Trago saliva y me humedezco los labios. Tengo que tranquilizarme. Dejar de pensar de esta manera, porque al final no va a pasar nada. Sí, exacto, no va a pasar absolutamente nada, así que se acabó.

Lucas vuelve a mirar hacia mis manos y continúa limpiando la zona con la máxima delicadeza, mientras que yo observo cómo lo hace.

—Gracias —consigo decirle con voz ronca. Carraspeo.

Lucas vuelve a mirarme con cara inexpresiva, pero automáticamente vuelve de nuevo a su trabajo.

—Bueno, no soy médico, pero me defiendo un poco —dice de forma burlona levantando una ceja.

Bien, ya hemos avanzado algo. Por lo menos ya sé que la medicina no es lo suyo. Ni tampoco es relaciones públicas, porque lo que se dice hablar... habla bien poco.

—No... no me refería a eso.

—Oh... ¿lo dices por la tila?

Entonces, me doy cuenta de lo que pretende hacer. Suspiro y sonrío bajando la mirada. Humedezco mis labios y vuelvo a mirarlo. Ya que no quiere hablar de lo sucedido, tendré que cambiar de tema.

—Tu apartamento es impresionante.

Lucas sonríe al escuchar mis palabras.

—Bueno, no es para tanto, pero me alegro de que te guste.

—¿Qué no es para tanto? Deberías ver el mío. Creo que me vas a tener que dar el teléfono de tu decorador.

Lucas me mira, aún con la sonrisa distraída en su cara.

«Vas muy bien. Pero tranquilízate, Silvania. ¡Y deja de mirarle la boca!»

—¿Si quieres? Eso te lo puedo solucionar rápido. La verdad es que la tengo muy próxima.

—Oh...

Vaya... aquí está. Una auténtica confesión y ni siquiera me ha hecho falta preguntarle. Toda la excitación y la tensión sexual que me estaba torturando por dentro, acaban de derrumbarse bajo mis pies. Han caído a plomo y me han dejado sin fuerzas de repente. Me extraña que no haya hecho un enorme agujero en el suelo con el peso de la caída. Bueno, era de esperar. ¿Cómo no iba a tener pareja un hombre así? Si ya lo sabía yo, todo era producto de mi imaginación. Soy idiota. Yo y mis estúpidas quimeras. Me entristece un poco el hecho de encontrarme con la verdad tan de sopetón, pero al menos ahora, podré pasar página de un libro que ni siquiera se había empezado a escribir.

Bajo la mirada algo decepcionada, pero tengo que centrarme y seguir mi camino. Ahora sí creo que es el momento de irme. Ni siquiera debería de estar aquí. No sé ni cómo me ha logrado convencer. Suspiro y cierro los ojos odiándome un poco por todo esto.

—Es mi hermana —dice.

Vuelvo a levantar la mirada y le pillo observándome fijamente con ojos escrutadores.

Por alguna inexplicable razón me ruborizo, los nervios han vuelto a escalar mi cuerpo y mi respiración, antes casi inexistente, empieza a acelerarse. Levanto una ceja recelosa. Cualquiera hubiese dejado la respuesta en el aire. Dejando que pensara lo que fuera, pero él... No tenía por qué haberlo hecho, pero lo ha hecho. Bah, seguramente, me lo ha dicho al notar mi expresión cabizbaja. ¿Tanto se me ha notado? ¡Demonios! Soy un puñetero libro abierto. Si es que no sé cómo no me ha dado largas ya. Tiene que tener a un escuadrón de mujeres besando cada paso que da, ¿en qué cabeza cabe que se fije en mí? Ni en los mejores cuentos de hadas pasan esas cosas. Las mujeres pueden besar sapos, viscosos y asquerosos; hablar con animales y soñar con mundos fantásticos e irreales, cosa que sólo hacen las locas, aunque yo hablo conmigo misma, así que no sé en qué me convierte eso; incluso, cogerle cariño a un jobado que vive en un campanario, pero eso sí... ninguna está tan oronda como yo —bueno, a excepción de la Princesa Fiona de la película de *Shrek*, y ni siquiera esa, que cuando se convierte en humana, bien finita que es—, así que no, definitivamente, lo nuestro no va a acabar con un «vivieron felices y comieron perdices». Pero entonces, ¿para qué me aclara nada? ¿Es que quizá me está insinuando algo?

«No sigas por ahí. No te hagas ilusiones, Silvania; que nos conocemos y aún no te ha confirmado lo contrario de lo que piensas».

Le sonrío de forma educada.

—Pensaba que era mérito de tu mujer.

«Buena jugada», me elogia mi mini yo.

Suelta un suspiro mientras sigue mirándome impasible. Se queda un momento en silencio, pero luego responde a la no pregunta que le he hecho. Aunque de alguna manera sí lo era.

—No estoy casado, Silvania.

Un pellizco fugaz pero intenso, hace que se tense mi abdomen al escucharle. Es tan dulce oír pronunciar mi nombre cuando sale de sus labios... Y ha dicho que no está casado. ¡Bien! Un punto a mi favor.

—Bueno, quizá tu novia.

Vuelve a sonreír y baja la mirada para continuar curándome las manos. Tiene una sonrisa preciosa, con unos dientes perfectos de un blanco nacarado.

—No, tampoco tengo novia.

¡Yujuuu! No me levanto y doy saltitos, porque quedaría feo, pero que conste, que lo estoy deseando. ¡Gracias, Dios mío!

Trago saliva y me muerdo los carrillos intentando ocultar la sonrisa tonta que quiere aparecer. La excitación ha vuelto a mí y ahora parece haber llegado con más fuerza.

—Y por si acaso te lo preguntabas, tampoco soy gay.

¿Qué? Menos mal que no me he puesto a saltar, si no, me como el suelo de la impresión.

—¿Qué?

Me he quedado boquiabierto, ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Él me mira y se ríe divertido. ¿Se está riendo de mí? Una ola de calor sofocante empieza a irradiar de mi interior.

—No... yo no...

—Era broma. —Me mira con ojos dulces y amables—. Pero no lo soy —dice en un susurro acercándose más a mí.

Después de un instante, en el que he estado digiriendo sus palabras, ahora soy yo la que se ríe divertida y estúpida. Se ha burlado de mí, literalmente, pero ha conseguido hacerme reír y eso me gusta. Apreso mis labios con los dientes mientras dirijo la mirada hacia las manos. Aunque el deseo que tengo hacia él, sigue revoloteando como mariposas en mi estómago, ha logrado por un momento que me relaje un poco y descargue tensiones.

—Yo vivo justo encima de este piso. En el cuarto A.

—Es bueno saberlo. Así no tendré que estar siguiéndote a cada minuto. —Vuelve a mirarme y me regala su media sonrisa.

Noto de nuevo el calor que inunda mis mejillas y trago saliva antes de responderle.

—*Touché*... Muy bien señor Serra, me lo ha devuelto con creces. Esto me pasa por bocazas, lo siento mucho, no debí...

—No hace falta que te disculpes por nada, no tiene importancia. Y llámame Lucas, por favor; ya que nos estábamos empezando a tutear, no es plan de ir marcha atrás —me interrumpe mientras sigue limpiándose las heridas.

—Está bien, Lucas; pero sí... Sí hace falta, y quiero hacerlo. Al igual que quiero agradecerte lo que has hecho hoy por mí.

—Ya te he dicho que no hace falta, Sylvania.

Su voz se vuelve un poco más tosca.

—Pero Lucas, yo... —insisto.

Deja de curarme las manos y se queda inmóvil y pensativo por un momento. Aunque está con la cabeza agachada, percibo que cierra los ojos y todo él se tensa por completo. Luego vuelve a mirarme de nuevo, pero esta vez de forma airada y con ojos más oscuros.

¡Vaya, qué cambio! Se acabó la dulce amabilidad. ¿Qué he dicho? Ha cambiado su expresión de forma radical, de nuevo vuelvo a tener la contrariedad ante mis ojos y no sé por qué. Es desconcertante. Quizá me tendría que haber quedado calladita, pero ya que creo que he metido de nuevo la pata, terminémosla de meter del todo.

—¿Cómo me has encontrado? —me atrevo a preguntarle, dudosa.

Tras un tenso silencio me contesta.

—Pasaba con el coche por el supermercado, cuando te vi entrar en el callejón. Quería disculparme contigo, por la forma en la que me comporté el otro día y decidí dar la vuelta. Aparqué junto a la salida y esperé que salieras, pero al ver que tardabas tanto, me asomé y entonces te vi a lo lejos.

Su expresión se vuelve rígida de repente y puedo notar como la rabia y la ira se apoderan de él. Sus ojos me miran, pero parece que no me ven. Es como si no estuviera aquí, como si estuviese perdido; absorto en sus pensamientos. Me agarra un poco más fuerte las manos; parece que desee salir corriendo y no quisiera hacerlo sin mí.

—No lo dudé, volví rápidamente a montarme en el coche, y entré en el callejón lo más deprisa que pude y aceleré al máximo. No podía permitir que esos dos hijos de puta...

Se para en seco, suelta la gasa empapada en agua oxigenada encima de la mesa, se levanta del sofá y se aleja de mí en dirección a la cocina, pero se detiene a mitad de camino. Pasa una mano por su pelo bastante nervioso, mientras va dando vueltas de un lado a otro pensativo.

—Creo que a ti también te hace falta una tila —le digo intentando relajar el tenso momento.

Me mira con cara de «no tiene gracia» y se pone de nuevo a dar vueltas en círculos, mientras yo me hundo un poco más en el sofá.

Vale, vale. Ya me callo.

—¿Cómo lo haces? —me pregunta mirándome fijamente.

—¿Cómo hago el qué? —le contesto confundida.

—¿Cómo consigues meterte en tantos problemas? —me quedo atónita con su pregunta—. Es que no llego a comprender, por qué te metiste en ese callejón, tú sola, a esas horas de la noche... ¿no ves el peligro al que te expones?

Estoy flipando. Pero... ¿Qué coño ha pasado? ¿Dónde ha ido a parar la magia del deseo y la diversión que flotaban en el ambiente? ¿Y ahora qué...? ¿Ahora soy yo la culpable de lo que ha pasado? Esto es de manicomio total.

—¿Se puede saber qué problema tienes conmigo?

—Es la segunda vez que te salvo la vida en menos de una semana, Sylvania. ¿De verdad, no te das cuenta del peligro que corres con tus actos?

Su lengua, aunque ahora en estado de escupe fuego, acaricia mi nombre y al escucharlo de nuevo, una punzada de deseo me recorre todo el cuerpo. El corazón se me vuelve a disparar y apenas puedo respirar...

«¡Céntrate niña!» Sí, es verdad, no estamos en un buen momento para pensar en eso ahora mismo. Es más, no sé ni por qué mi cuerpo reacciona así. Debería de salir de aquí después de escuchar lo que acaba de decirme. ¿Me está acusando a mí de tener la culpa de lo que ha pasado?

Me levanto de mi asiento un poco alterada, me humedezco los labios y me dispongo a defenderme.

—Para —empiezo a decir, poniéndole frente a él la palma de mi mano abierta en señal de *stop*—. Lo primero, no eres mi padre, así que no pienso consentir que me hables de esa manera. Y lo segundo, si tanto te molesta haberme salvado, haberte quedado al margen.

«¡Muy bien dicho!»

—¿Qué me quedara al margen? ¿Lo dices en serio?

—Sí, lo digo en serio. Yo no te pedí que me ayudaras.

—¡Genial! ¿Así, que esta es tu forma de agradecer las cosas?

—No, así no las agradezco. Ya te lo he agradecido antes de forma correcta, como lo siento realmente, pero al parecer no te sirven mis maneras. Y como veo que realmente te jode tener que salvarme cada dos por tres de mis «actos», como tú los llamas, pues enhorabuena, a partir de ahora queda usted libre de cualquier compromiso de salvamento que tenga que ver conmigo.

Esto se está poniendo calentito. Me estoy empezando a enojar de verdad. ¿Pero este que se cree?

—Sabes que no era eso lo que quería decir.

—¿Entonces qué querías decir? ¿Que estoy chiflada por hacer lo que hago? ¿Que no me las pienso dos veces antes de hacer las cosas?

—Sí, algo así.

—Pues si es así como piensas, es que no sabes cómo soy en absoluto. ¡Anda, es verdad... si es que no me conoces! —le digo en un tono mucho más alterado—. Quizá la culpa es tuya.

—¿Mía? ¿Y qué culpa tengo yo de que tú seas tan irresponsable?

—Yo no soy una irresponsable, ya soy mayorcita y soy consciente de lo que hago.

—¿Ah, sí? Pues cualquiera lo diría.

—Estas cosas me están pasando desde que te conocí. Desde...

«Cállate Sylvania. No puedes decirle lo del sueño, o al final te tachará de majara también».

—Bueno da igual.

—Pues da gracias de que me conoces, si no, quizá ya estarías con un pie en el otro barrio.

Pedante gilipollas. ¡Será cabrón! Lo miro entornando los ojos, con mi famosísima mirada fulminante. Me estoy alterando mucho, más de la cuenta, y no me apetece seguir aquí aguantando acusaciones. Prefiero no contestarle, porque sé que la puedo liar.

—¿Sabes qué? Gracias por salvarme, gracias por curarme y gracias por la tila —digo acercándome a la cocina y pasando por su lado como un rayo sin mirarlo.

Es mejor que no lo haga, porque si no, no conseguiría salir de aquí. Me pone de los nervios, pero si tuviese más confianza en mí, le callaba la boca de otra manera. Cojo mis cosas de la barra de desayuno y doy media vuelta en dirección a la puerta.

—¿A dónde vas? —me pregunta aún irritado.

—A mi casa. Sola. Donde nadie pueda acusarme de tener la culpa de intentar robarme. Quizá ahí no me meta en problemas —contesto sin disimular el sarcasmo, sin girarme y más alterada que antes—. No tengo por qué aguantar esto.

Cojo el pomo, lo giro, abro la puerta y salgo de allí rápidamente sin preocuparme de cerrarla a mi paso. Tengo que pirarme lo antes posible, sé que me va a seguir, así que no puedo pararme a esperar el ascensor. Cojo las escaleras y escucho gritar mi nombre a mis espaldas.

—Sylvania, espera.

Pero antes de que consiga alcanzarme, empieza a sonar el silbido de la tetera, esto lo hace retroceder y yo consigo escaparme y relajarme un poco en mi huida. Salvada por la campana.

Cuando llego al rellano de la cuarta planta, busco rápidamente las llaves. No me puedo entretener mucho o terminaré encontrándomelo de nuevo a mi lado. Las

localizo, las introduzco en la cerradura, abro la puerta y cuando entro, cierro rápidamente. Ya en el oscuro y silencioso apartamento, apoyo la espalda en la puerta y suspiro. Dejo caer de las manos las bolsas de la compra y mi bolso, me tapo los ojos con las manos y comienzo a llorar mientras me voy resbalando poco a poco hasta sentarme en el suelo. Estoy enfadada con Lucas, pero también conmigo misma por esta absurda reacción.

Vaya mierda de día. Debí haberme ido con Christian y nada de esto habría pasado. Levanto las rodillas, las rodeo con los brazos y apoyo la cabeza en ellas, mientras dejo que las lágrimas fluyan sin control. Y ahora, ¿por qué estoy llorando? ¿A ver, por qué? Supongo que la presión ha podido conmigo. Y para agrandar más el saco, el cretino de mi vecino me culpa de las cosas que me pasan. Esto ya es el remate de mi nefasta vida... Se supone que me tiene que dar igual, que no me debe de importar. ¡Por el amor de Dios, lo acabo de conocer! Y encima me dice, que no permitiría que jamás volviesen a hacerme daño... Pues por una parte, él me lo acaba de hacer con sus acusaciones. ¡Maldito Lucas Serra!

«¡Se acabó, ya basta!», grita mi mini yo con los brazos cruzados y dando golpecitos en el suelo con el pie. «Levántate del suelo, carajota[3]; métete en la cama y échate a dormir. Olvidalo... ¡Ahora mismo! No sirve de nada lamentarse». Me seco las lágrimas de impotencia de las mejillas, tomo aire y cuando abro los ojos me percató que sigo a oscuras. Me levanto y me dirijo a mi habitación sin encender las luces. Ahora mismo me apetece seguir en la oscuridad, ocultarme entre las sombras y desaparecer en la noche fuliginosa.

Cuando llego, me tumbo en la cama y miro hacia el techo sin dejar de pensar en Lucas, luego en la agresión de esos dos alcohólicos asquerosos y de nuevo en Lucas. Lleva toda la razón. No debí haber ido por allí sola, pero es que no soporto que me hable así... y mucho menos que me acuse de irresponsable. ¿Yo una irresponsable? La que ha sufrido un abandono y ha tenido que aguantar tantos reproches de la gente que le rodea. La que se gana la vida trabajando en un sitio que aborrece y que tira adelante sin pedir la ayuda de nadie. ¿Yo soy la irresponsable? Si es así como piensa, realmente no merece la pena. Se acabó, no pienso dirigirle más la palabra. Cierro los ojos, disgustada por todo. Quizá lleve razón en lo que ha dicho. Quizá esté chiflada y no me pienso las cosas todo lo que debería. No lo sé. Ya no sé nada.

Capítulo 9

Suena el timbre de la puerta repetidamente, me levanto de la cama, enciendo la luz del salón y me acerco a ella. Observo por la mirilla y el corazón se me dispara.

—¿Qué quieres Lucas?

—Abre la puerta.

—Déjame en paz.

—Por favor, Silvania. Quiero hablar contigo.

De nuevo empiezo a notar como la adrenalina de mi cuerpo se dispara. Este hombre me saca de quicio en todos los sentidos.

—¿Para qué? ¿Piensas seguir echándome en cara algo más?

—Lo siento, Silvania; perdóname.

Cada vez que escucho mi nombre salir de su boca, es como si una caricia recorriese mi cuerpo, me azora y no lo puedo controlar.

Todo se queda en silencio. Me apoyo en la puerta y espero alguna palabra más, que no llega. Estoy deseando abrir y dudo en hacerlo, pero por otra parte, no me apetece seguir aguantando sus acusaciones por más tiempo.

—Será mejor que te vayas.

—No pienso irme. No lo haré hasta que no hable contigo. Me quedaré aquí, junto a tu puerta, toda la noche si es necesario.

¿Me lo está diciendo en serio? No, seguro que no; se está marcando un farol. Lo único que quiere es que me apiade de él y le abra la puerta. Pues lo lleva claro.

—¿Me estás acosando?

—¿Qué? No. Solo he venido a... —suspira, agotado—. Solo quiero hablar; nada más.

Empiezo a notar en su voz un hilo de desesperación y rendición. Debo reconocer que en parte me gusta esta perspectiva. Eso significa que estoy ganando la batalla y, la verdad, no suelo ganar muchas.

—Pues te deseo suerte, espero que el suelo sea lo bastante cómodo para dormir.

—Venga, Silvania; no seas así. Solo será un momento, te lo prometo.

Cierro los ojos y resoplo. Me humedezco los labios. No debería, pero estoy empezando a creer realmente que si no le abro, hará lo que dice.

Deslizo el pestillo, giro el pomo y abro la puerta de par en par, parándome delante de él.

—No prometas lo que no puedas cumplir —le digo irritada y con mi mirada asesina, que para variar, sigue sin funcionar.

Me giro en las puntas de mis pies, dejándolo solo en el umbral de la puerta. Me dirijo hacia la cocina, cojo un vaso y lo lleno de agua. Esto no va a ser nada fácil y necesito algo para pasar el mal trago. Qué pena no tener algo más fuerte.

Escucho el sonido de la puerta al cerrarse y al volver al salón con el vaso en la mano, veo a Lucas prácticamente donde lo dejé.

—Solo puedo ofrecerte un vaso de agua. Estoy un poco escasa de bebidas alcohólicas.

—No, gracias, estoy bien.

—Serás el único —digo intentando parecer sarcástica.

—Silvania, por favor.

—¿Por favor, qué, Lucas?

Ya me alteré. Suelto el vaso en la barra de desayuno de mala gana, salpicándolo todo de agua y me abalanzo como un puma hacia su presa.

—De verdad que no te entiendo. ¿Qué es lo que te he hecho? No te conozco de nada, ni tú a mí tampoco. No sabes cómo soy, ni qué pasa en mi vida o ha pasado. No tienes ningún derecho a acusarme de nada y aún menos de irresponsable. ¡No tienes ni idea!

Veo como Lucas está justo delante de mí inmóvil, aguantando mi ataque de ira sin alterar un solo músculo y con cara de arrepentimiento, pero ahora estoy lanzada y no pienso parar.

—De verdad, te agradezco de corazón que hayas estado ahí cuando te necesitaba; nunca te voy a poder pagar de ninguna forma el hecho de que estuvieses en el sitio adecuado y en el momento adecuado. De que me salvaras, no solo una vez, sino dos. Te aseguro, que esta noche ha sido la peor noche de mi vida, pero luego apareces tú, y... —se me quiebra la voz y las lágrimas amenazan con salir—, y me ayudas, me traes a casa, me curas, y yo...

Cierro los ojos y respiro hondo. ¿Qué estoy haciendo? No puedo decirle que me gusta.

—¿Tú qué? —me anima a seguir.

Vuelvo a abrirlos y le miro ahogada por el berrinche.

—Nada; que me desconciertas, Lucas —contesto todo lo suave que mis nervios me permiten, mientras intento templarlos poco a poco—. No sé cómo tratarte ni cómo actuar contigo, porque nunca sé cómo te lo vas a tomar o por dónde me vas a saltar. A veces estás bien y otras, estás a la que saltas, con una cara que incita a echarte el pan desde lejos, y la verdad, es frustrante. Es imposible mantener una conversación contigo, cuando no tengo ni la más remota idea de lo que pasa por tu mente. Y encima, para colmo, me acusas de ser la culpable de todas mis desgracias. Perdona, pero por ahí no paso.

—Lo sé, y lo siento. Sé que no tengo derecho a decirte nada, pero... no soportaría que te ocurriese... Solo de pensar... si te hubiese pasado algo... yo...

Lo miro extrañada, está muy nervioso y sé que sigue demasiado alterado, aunque lo intenta ocultar.

¿Qué pretende decirme?

Los dos nos quedamos en silencio, separados por un muro invisible, mirándonos como si supiésemos hablar sin palabras.

¿Qué quieres decirme Lucas? ¿Estás diciéndome lo que yo creo que estás diciendo? ¿Tú también sientes algo por mí? Bajo la mirada, intentando ordenar las palabras en mi mente para poder hacerle la pregunta correcta, cierro los ojos y humedezco mis labios, dispuesta a soltarla, pero su respuesta llega antes de que se la consiga exponer.

—Estoy aquí, porque aparte de pedirte disculpas, yo no... —Se para indeciso.

—¿No qué, Lucas?

Ahora me toca a mí alentarle y estoy impaciente por saber.

Toma aire y arranca de nuevo.

—No quiero dejarte sola. No puedo. Necesito tenerte cerca y saber que estás bien. Que estás a salvo.

Suelto todo el aire que estaba conteniendo, no puedo creer lo que acabo de escuchar. ¿Qué significa eso? Noto cómo mi corazón comienza a bombear más rápido. Me quedo mirándolo fijamente, sin apenas parpadear.

—Lucas, yo no...

—No quiero que digas nada; tan solo déjame cuidarte. Déjame estar ahí.

¿Que lo deje estar? ¿Me lo está diciendo en serio? No puedo pensar en nada, mi mente se ha bloqueado por completo y no consigo asimilar nada de lo que está pasando ahora mismo. Me abrazo el cuerpo y comienzo a mordisquearme las uñas, mientras doy vueltas de un lado para otro. ¿Esto está ocurriendo realmente? La verdad, no sé si reírme o llorar. Me noto muy nerviosa y excitada a la vez. Que lo deje estar... Necesita cuidarme para saber que estoy bien... Una de dos; o aquí, al vecino acosador, maniático y controlador se le ha ido la chaveta por completo, o no sé en qué momento ha pasado, pero se ha colgado de mí y no va a permitir que me

tosa ni el Papa. ¿Y ahora que hago, a ver?

Lo miro por un segundo mientras sigo dando vueltas por el piso, sus ojos están a la expectativa, vigilando cada uno de mis movimientos. Lo noto inseguro; impaciente.

—Lucas, no lo entiendo —me animo a decir—. ¿Qué ganas tú con todo esto?

—Tranquilidad.

—¿Tranquilidad, por qué?

—Tengo mis razones.

—Que no me vas a decir.

—De momento, no.

—¿Y yo? ¿Qué gano yo?

Frunce el labio hasta que finalmente se convierte en una finísima línea apenas visible.

—Protección —termina por decir.

—Pues no sé cómo me vas a proteger de mí misma —me burlo esperando que la tensión disminuya.

Baja la mirada y en ese momento me arrepiento de haber dicho eso y me siento un poco culpable por haber reaccionado antes como una energúmena. Suspiro.

—Lucas... No me debes nada. Más bien te lo debo yo a ti.

Sus ojos vuelven a deslizarse por mi cuerpo hasta llegar a los míos y noto como me los clava como aguijones. Mi cuerpo se tensa de nuevo y las palabras se pierden en algún escondite de mi cerebro.

—Te lo estoy diciendo en serio.

—Y no lo dudo, Lucas; pero yo no puedo permitirme el lujo de contratar un guardaespaldas.

—Yo no soy un guardaespaldas.

—¿Entonces? ¿Qué pretendes con todo esto?

—Cuidarte, ya te lo he dicho. Lo único que quiero es cuidarte.

Una batalla campal se celebra en mi cabeza y no sé qué bando va a ganar, si la coherencia o la concupiscencia. Él quiere cuidarme, y yo anhelo que lo haga. Él quiere estar aquí, y yo deseo que esté, pero el problema, es que yo lo deseo al completo.

Esto es muy raro. No puedo permitir que haga algo que ni siquiera tiene obligación de hacer, por mucho que quiera hacerlo, y sobre todo, por mucho que a mí me apetezca que lo haga. Yo ya tengo a Chris para que me defienda en situaciones complicadas y es mi gran apoyo; no me hace falta a un desconocido que esté vigilando cada paso que doy y controlando todo lo que hago, para cerciorarse de que no me meto en líos porque piensa que no me sé valer por mí misma. Yo no necesito eso. Yo necesito a un hombre que me cuide porque me ama, porque desea hacerlo, porque si no lo hace, corre el riesgo de perderme y eso implicaría no volver a verme jamás.

—Silvania —Lucas, con su dulce voz, me saca de mis pensamientos, consiguiendo traerme de vuelta a la realidad—. No pretendo que lo entiendas; tan solo puedo decirte, que esta vez necesito hacerlo bien. Necesito estar ahí. No quiero perderte.

—¿Qué?

Ahora sí que me he quedado muda. Estoy completamente en shock. ¿Que esta vez necesita hacerlo bien? ¿Que no quiere perderme? Estoy a cuadros. Yo lo he tenido que entender mal; no puede ser que se haya declarado. ¿Se me ha declarado?

Da un paso hacia mí, y mi cuerpo reacciona a su movimiento. De súbito me tenso, como si me hubiesen dado una descarga con una pistola eléctrica. Da un segundo paso y el corazón late a marchas forzadas. Al tercer paso, mi respiración se ha vuelto entrecortada y me está empezando a costar respirar. Cuando llega el cuarto, el calor ha inundado todo mi cuerpo y siento que la presión arterial va a reventar en cualquier momento.

—Dime algo.

Mi cerebro no actúa pero mi boca sí.

—Te necesito —expongo sin medir las consecuencias de mis palabras.

Entonces el muro desaparece y en dos zancadas, se acerca a mí, toma mi cara con sus manos y comienza a besarme eufóricamente. Yo cierro los ojos y me dejo llevar. Mi cuerpo se estremece y explota de deseo; gimo de placer. Él mete su lengua y me acaricia la boca con avidez. Nunca me habían besado así. Mis brazos se mueven solos, aferrándose a su cuello y mis dedos se enroscan entre sus cabellos.

¡Por fin!

Ahora solo estamos él, yo y nuestras bocas. Mi lengua se entrelaza con la suya y me fundo con él. Ahora somos uno. Lucas me suelta la cara y me agarra de la cintura, noto su erección contra mi cuerpo. ¡Dios mío... Lucas me desea! Mi dios Apolo me desea, y yo a él. Me engancha con más fuerza y tira de mí, haciendo que me mueva. Supongo que quiere dirigirme hacia el dormitorio y yo dejo que lo haga. Estaba deseándolo desde que lo conocí y por fin está pasando. Por el camino, noto como sus manos van desabrochándome la cremallera. Yo bajo las manos y comienzo a despojarle de su camiseta, se la quito y él, me quita el vestido mientras continuamos besándonos.

Somos como dos felinos en celo. Me está volviendo loca con sus caricias.

Cuando llegamos a la cama, me empuja y caigo de espaldas sobre ella. Se tumba encima de mí y comienza a besarme por el cuello con dulzura. Yo me derrito entre sus brazos y cierro los ojos; soy toda sentimiento, pasión y lujuria. Cada roce de sus labios en mi cuerpo, es una descarga eléctrica que se apodera de mi interior.

Lucas va bajando lentamente por mi clavícula, mi pecho, mis senos... A pesar de que lo hace por encima del sujetador, lo noto como si no llevase puesto nada. Baja por mi vientre, que se encuentra demasiado tenso como para tensarse aún más. Me estoy mareando con solo sentirlo. Me aferro a sus brazos, que agarro con todas mis fuerzas y le obligo a subir de nuevo. Necesito tenerle nuevamente dentro de mi boca, quiero besarlo hasta no poder más.

A medida que va subiendo, noto un olor extraño, pero no le hago caso. Son imaginaciones mías, estoy completamente descontrolada y todo me parece un mundo. Pero cuando lo vuelvo a besar, el olor es más intenso, repulsivo y no es la primera vez que lo huelo. Abro los ojos y veo la horrible imagen de una cara con una cicatriz que le atraviesa medio rostro.

—Hola preciosa —dice el desgraciado que tengo encima.

Abro los ojos, estupefacta, asustada. Comienzo a gritar, intentando liberarme de él. No puedo; no consigo quitármelo de encima por más que me muevo, pero no dejo de intentarlo. El miedo ha vuelto a mí. ¿Cómo ha entrado en mi casa? ¿Cómo me ha encontrado? ¿Dónde está Lucas?

—Suéltame —le grito a pleno pulmón.

—Cállate zorra —me dice, mientras me pega una bofetada en la mejilla.

La bofetada no me ha dolido, solo ha picado un poco, cosa extraña, la verdad, pero comienzo a llorar mientras sigo gritando y forcejeando. Estoy aterrada y no consigo quitármelo de encima. Entonces veo junto a mi cara, una enorme cobra amenazante, con sus fauces abiertas de par en par y unos colmillos afilados como cuchillos. Miro hacia abajo y la veo rodeándome completamente el cuerpo y estrujándolo fuertemente.

—¡LUCAS!

Grito, pero no aparece. Nadie me escucha.

—¡LUCAS! —vuelvo a gritar desesperada.

No lo entiendo, la serpiente me aprieta cada vez más y me zarandea, pero las cobras son venenosas, no son especies de constricción. Solo una boa podría ejercer ese trabajo con tanta fuerza. Entonces, ¿cómo diablos se las está apañando para sujetarme? Siento su silbido en mi oreja cuando saca su lengua bifida y la pasa por mi mejilla para olerme, para saborear a su víctima. Casi no puedo respirar. Todo me da vueltas, todo se difumina. Creo que me voy a desmayar.

—Silvania, para —percibo a lo lejos, y eso me espabila.

Busco la voz como loca, pero no veo a nadie más.

—Ayúdame Lucas... —Mi voz ya es casi inaudible.

—Silvania, despierta —vuelvo a escuchar ahora más cerca, como si me susurrara al oído. Es la serpiente la que me habla.

¿Que despierte? ¿Es un sueño?

—¡Silvania! —vuelve a repetir la serpiente ahora más fuerte.

Entonces, de no sé dónde, saco fuerzas, me agarro a su cuerpo y tiro de él con ímpetu gritando a pleno pulmón.

—¡NOOOOO!

Abro los ojos. Estoy empapada en sudor. Mi respiración es acelerada, aunque me cuesta tomar aire, y mi corazón palpita a mil por hora. Trago saliva como puedo, pero tengo la boca muy seca. Levanto la mirada y veo a Christian sentado en el borde de mi cama.

—¿Estás bien? —pregunta con la cara desencajada por la preocupación.

—Oh, Chris... —Me abrazo a él y comienzo a llorar.

Él me abraza con fuerza e intenta tranquilizarme acariciándome el pelo.

—Tranquila, ha sido solo una pesadilla. Ya ha pasado todo.

—He traído agua —escucho una voz que no conozco.

—Gracias Erick. —responde Christian, recogiendo el vaso.

Yo me aparto un poco avergonzada, aunque aún con el miedo en el cuerpo. No me acordaba que Erick estaba con Christian. Debo parecer estúpida. Me limpio las lágrimas y cojo el vaso de agua que Christian me brinda. Me lo tomo de un trago y noto cómo el nudo de mi garganta se desliza hacia el interior junto con el frío líquido. Vuelvo a mirar hacia ellos y veo cómo me observan, preocupados.

—¿Qué ha pasado? —me vuelve a preguntar Christian.

—No lo sé, solo era una horrible pesadilla. Pero... era tan real.

—Escuché tus gritos desde el hall. Entré creyendo que te pasaba algo o que estabas en peligro.

—Últimamente siempre lo estoy —respondo prácticamente para mis adentros.

—¿Quieres que te prepare una tila?

Entonces vuelvo a acordarme de Lucas.

Ha sido un sueño, solo ha sido un sueño. Nunca ha estado aquí. Nunca me ha besado. Aunque estoy más aliviada, sabiendo que la última parte no era real, me acongoja al mismo tiempo saber que nada lo fue. No sé en qué momento me quedé dormida, ni por qué siempre tengo a Lucas presente en mis sueños. Bueno sí lo sé, pero... ¿Por qué me tengo que enamorar de los hombres complicados? ¡Ay madre! ¿Me he enamorado? ¿Por qué me pasa esto a mí? Y si Christian me escuchó desde el rellano... Lucas me ha tenido que escuchar también. Me ruborizo de sopetón. ¡Genial! Ahora seré, de verdad, la desvariada del 4ºA. Si antes tenía pocas posibilidades, ahora tengo todavía menos.

Suspiro y respondo que sí con la cabeza.

—Por cierto. ¿Quién es Lucas?

¡Oh... mierda! ¿También he dicho su nombre en alto? ¿Y ahora qué le digo cuando me lo encuentre?

—Es una larga historia. —Agacho la mirada, abatida y agotada.

—Ven, vamos a mi casa. Creo que te vendrá bien contármelo todo.

Capítulo 10

La noche de ayer fue muy larga. Demasiado. Christian está agotado, pero yo lo estoy aún más. Después de la pesadilla de ayer, no conseguí pegar ojo de nuevo. Además me siento culpable por estropearle la primera noche que pasaba junto a Erick después de su reencuentro. La verdad es que es un buen tío, me gusta mucho y Chris se merece lo mejor.

Ellos por lo menos han conseguido dormir cinco horas. Bueno Erick quizá algo más, porque se ha quedado en el apartamento esperando que salgamos de trabajar para ir a comer los tres juntos. Esta mañana, han intentado entre los dos convencerme para que desayunase algo y que me quedase en casa, pero yo me he negado por completo. El estómago se me ha cerrado y soy incapaz de meterme ni una miga de pan en la boca, solo he tolerado tomarme un café para espabilarme un poco y así poder venir a trabajar sin problemas. Necesitaba tener la mente ocupada, dejar de pensar en la desagradable noche de ayer y, encerrada sola entre las cuatro paredes del piso, no iba a conseguirlo.

El pobre Chris está muy preocupado por mí. Se le nota. Se quedó de piedra cuando le conté lo sucedido, incluso lo del sábado pasado, aunque he omitido algunos detalles. Conociendo cómo es y sabiendo lo protector que puede llegar a ser, se habría presentado a las dos de la madrugada en casa de Lucas y le habría partido la cara primero, por haberse comportado como un auténtico imbécil y luego, le habría dado las gracias por salvarme. De momento solo me tengo que preocupar de que no le mande un ramo de flores con una nota de agradecimiento.

La pantalla de mi ordenador comienza a parpadear, avisándome de una nueva llamada entrante. Esta me toca a mí. Chris está ocupado atendiendo otra, así que me coloco el auricular y descuelgo sin vacilación cuando comienza a sonar el teléfono.

—Sunshine Market, buenos días. Está llamando al departamento de atención al cliente, mi nombre es Sylvania. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días, quisiera hablar con Christian si es posible, por favor. —Una voz femenina y madura se filtra a través del auricular.

—¿Podría decirme su nombre si es tan amable, para dirigirme a usted?

—Sí, claro, mi nombre es Marina.

Sonrí al escuchar su nombre.

Ya la tenemos aquí. A ver cuánto me dura la llamadita. Miro a Christian que acaba de colgar y él, me mira extrañado al ver mi sonrisa pícaro dibujada en la cara.

—Doña Marina, debo comunicarle, que mi compañero Christian, está ocupado atendiendo otra llamada en estos momentos, pero si usted lo desea, puedo ayudarle yo con mucho gusto.

Vuelvo a mirar a Christian y lo pillo con la boca abierta, bastante impresionado, por cierto. Ya sabía que seguramente llamaría de nuevo, no sé de que se extraña. Quizá es que se ha quedado muerto al escucharme mentir de forma tan segura. No lo suelo hacer, normalmente soy muy sincera, pero es un pequeño reto personal y quiero demostrarle a mi ingenuo amigo que yo llevo la razón, así que se puede denominar una mentira piadosa profesional.

—Oh... no se preocupe, no es necesario. En realidad es una tontería, pero es que ya hablé ayer con él y conoce cuál es mi problema.

Menudo problema tiene.

—Para mí no es ninguna molestia, mi trabajo es ayudarla en lo que necesite, si lo desea podría intentarlo yo.

—De verdad, no se preocupe, volveré a llamar en otro momento. ¿Podría decirle que he preguntado por él?

Lo sabía. Para que luego me diga que estoy como una cabra.

—Por supuesto, yo se lo comentaré. No olvide que en Sunshine Market, le atenderemos gustosamente en lo que necesite e intentaremos resolver todas sus dudas.

Que tenga un buen día doña Marina.

—Gracias, querida. Igualmente.

Cuando cuelgo el teléfono, vuelvo a mirar a Christian, que sigue con la misma expresión en su cara.

—No sé por qué estás flipando tanto, ya te lo advertí ayer. Conmigo no quiere hablar. Esta mujer se ha encariñado contigo y se ha enamorado de tu fastuosa voz masculina —le digo de forma burlona, mientras escribo el resumen de la llamada en el programa del ordenador.

—¡Sylvania! —escucho a mi jefe llamarme justo a mi espalda.

—¿Sí? —le contesto, mientras me giro en mi asiento en dirección a su voz.

La sonrisa que tenía en mi cara, se borra por completo de forma automática. No puedo creer lo que ven mis ojos. Ahí está, delante de mí, penetrándome con su confusa mirada que me desarma por completo, vestido con unos pantalones negros y una camisa blanca, perfectamente ajustada a su musculoso cuerpo. Una punzada en mi estómago me advierte que los nervios están empezando a ganarme terreno —cosa habitual en mí últimamente—, o quizá sea porque lo tengo vacío al no haber probado bocado esta mañana, pero no es razón para que mi corazón lata a tanta velocidad, como si pareciese tener prisa por escapar de mi cuerpo y salir corriendo.

No puede ser cierto. ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Puede venir a mi despacho, por favor?

—Sí... sí, claro —respondo nerviosa.

¡Joder! ¿Qué pretende, hacer que me despidan? Observo como Roberto, seguido por Lucas, entra en el despacho dejando la puerta abierta a su paso, esperando mi llegada. Andrea se vuelve hacia mí con la misma cara desencajada de Christian. Bueno, prácticamente todos me miran de esa manera, hasta Lindsay, que entre sus rarezas, está la de no fijarse en tíos sexis. A ella le tienen que ir más los zombis, si no, no se explica.

La única excepción es Nico, que está demasiado ocupado echándole una desaprobadora ojeada a mi amiga, al darse cuenta que Lucas le ha llamado excesivamente la atención. Mira por donde aparecen los verdaderos sentimientos de alguien. ¡Despierta, chico! Que aquí, a mi amiga, ya se le han ido los ojos detrás de otro.

Vuelvo la mirada hacia Chris, que levanta las cejas, intentando de esa manera preguntarme sin palabras, qué es lo que está sucediendo.

—Es Lucas —contesto a su pregunta inexistente lo más silencioso posible, con la esperanza de que me entienda... Y lo hace.

Su cara de asombro es aún mayor que antes. Sé que quiere más información, pero yo me encojo de hombros, advirtiéndole que no puedo darle más en este momento, porque ni yo misma sé nada más.

Me levanto de mi asiento y me dirijo al despacho de mi jefe cohibida por los cinco pares de ojos que me observan impasibles. Entro y cierro la puerta tras de mí. Los dos hombres están contemplándome fijamente desde sus asientos. Miro a Lucas con una señal acusadora, trago saliva y aprieto los dientes intentando tranquilizar las ganas que tengo de estrangularlo ahora mismo.

Respiro hondo y salto la mirada hacia mi jefe.

—Usted dirá, señor Arjona.

—Le presento al inspector Serra, aunque creo que ya lo conoce.

Le ofrezco de mala gana mi mano para estrechársela.

—¿Inspector? —Miro a Lucas extrañada por la presentación.

—¿Cuándo pensaba decirme que es policía? ¿El día que le tocara arrestarme por una conducta inapropiada e irresponsable?

Me estrecha la mano mientras me devuelve la mirada y me hace una pequeña reverencia con la cabeza, lanzándome su media sonrisa provocadora, pero no dice nada.

Entorno los ojos.

Tal y como pasó la última vez, me he alterado con el simple roce de su mano y han vuelto a saltar chispas cargadas de electricidad, pero las consigo aguantar y me domino. Esta vez no vas a poder conmigo. Esta vez, voy a ganar yo.

—Siéntese, por favor.

Lo hago sin rechistar, aunque no estoy muy conforme con ello.

—Me ha comentado, que ayer se vio usted envuelta en un desagradable altercado a la salida del trabajo.

¡Será cabrón! ¿Cómo se atreve? Era un secreto. ¡Mi secreto!

Tomo aire.

¿Qué pretende con todo esto?

—Sí, bueno...

Miro hacia Lucas buscando un poco de ayuda por su parte, pero ahí está, serio, impasible, como si esto no fuera con él. No sé muy bien lo que le ha contado exactamente, y la verdad, no me apetece hablar del tema.

—Con respecto a eso, preferiría...

—El inspector Serra, me ha pedido permiso para que lo acompañe a comisaría para prestar declaración.

Me quedo pasmada. ¿Esto es una broma? Porque no tiene gracia.

—Bueno... —comienzo a decir tratando de dibujar una sonrisa amable en mi boca—. Supongo que podría acercarme después de mi turno. No tendría ningún problema en acompañarlo luego... A la salida. Supongo que no le importará, *inspector*.

La última palabra me ha salido demasiado recalcada, pero mejor. Así se va haciendo una idea de lo enojada que estoy. Esto ya es lo que me faltaba, en vez de dejarme una nota o algo parecido como las personas normales, aprovecha su poder policial para sacarme de mi trabajo.

—Si le soy sincero, señorita William, cuanto antes tengamos su declaración, antes podremos ponernos a buscar a sus agresores.

Vuelvo a entornarle los ojos poniéndole mi mirada asesina. No estás ayudando. Cada vez estoy más cabreada con la situación que estoy viviendo ahora mismo.

—Silvania —me interrumpe el señor Arjona.

—¿Qué?! —El tono de mi voz, sale un poco más exasperado de lo que pretendía—. Perdón. Estoy un poco alterada todavía.

—Recoja sus cosas y váyase a casa... Tómese el resto del día libre. El que haya venido a trabajar dice mucho de usted, pero si le digo la verdad, no sé cómo ha tenido fuerzas para presentarse hoy aquí —me dice con tono relajado.

Cuánta amabilidad se respira en este despacho de repente. Jamás había visto así a Roberto. Menuda novedad.

—Bueno, en casa solo iba a darle vueltas a lo sucedido, y no me apetecía quedarme sola, la verdad.

—Hágame caso, acompañe al inspector Serra y luego váyase a descansar.

No. Ni hablar. Prefiero estar sola, que mal acompañada. Además, si no me traga. Solo hay que ver cómo se puso ayer conmigo. No sé ni para qué coño ha venido. Ya me podría dejar tranquila y poner él la puñetera denuncia. Total, él también estaba allí.

—De verdad que estoy bien, no hace falta que me vaya.

—No se lo volveré a repetir.

Ahora sí que vuelvo a tener delante al teniente general. Frunzo el ceño realmente molesta. Miro de nuevo a Lucas que tiene los ojos brillantes de triunfo.

No es justo, no quiero irme. Y menos con... él. Hoy no. Doy un fuerte suspiro y me dirijo de nuevo a mi jefe.

—¿Es su última decisión?

—Tómese como una orden si así lo prefiere.

Miro hacia mis nudillos, indignada por haber perdido de nuevo la batalla. Nada, que no va a haber forma de librarme del guaperas de mi vecino. Para una vez que me quiero alejar de un tío, no para de buscarme. El mundo al revés. En serio, ¿esto es legal? ¿Lo puedo denunciar por ser tan insufrible? Total, ya que voy, podría matar dos pájaros de un tiro. Se ha pasado mil pueblos viniendo a buscarme a mi trabajo. Yo no voy a buscarlo a él al suyo. Me quiere llevar, pero no es que yo quiera ir por voluntad propia. ¿Por qué coño tengo que irme? Que se vaya él a hacer gárgaras. ¿Y por qué tengo que hacer lo que él quiere? Ni que él fuera mi amo y yo su sumisa. Vamos, ¡ni de coña! Y encima me mira con esa cara de gloria, restregándose su logro e indicándome sin palabras que diga lo que diga, no tengo nada que hacer. ¿Es que le gusta tocarme las narices?

«Por mucho que te sulfures, no puedes negar que estás enamorada del guaperas...», me manifiesta mi vocecilla atávica interna. «Y reconócelo de una vez. En el fondo te encanta que haya venido a buscarte. No te va a sacar a lo “Richard Gere”, pero es un comienzo».

¡Cállate, traidora!

Vuelvo a suspirar y humedezco mis labios antes de contestar.

—Está bien —respondo resignada elevando la mirada—. Con su permiso.

Me levanto de la silla y me dirijo a la puerta sin atender ni por un momento a Lucas. Salgo del despacho y voy hacia mi mesa a pasos agigantados y bastante malhumorada. Todos tienen sus ojos puestos en mí, pero no les hago el menor caso. Christian es el único que se atreve a preguntarme.

—¿Qué ha pasado?

—Tengo que ir a comisaría.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Al parecer mi declaración es sumamente imprescindible y de total importancia —recito con sarcasmo.

—¿Y a qué ha venido nuestro vecino?

Le hago un mohín.

—Es el inspector Serra y ha venido a llevarme personalmente a comisaría.

—Ya —me dice Chris intuyendo que hay algo más que no le estoy contando—. Y ¿por qué estás de tan mal humor de repente?

Mierda, no le puedo contar lo que pasó ayer con Lucas, que es la principal razón por la que estoy así.

—Roberto me ha mandado a casa, cosa que no me ha hecho ni pizca de gracia, así que no me esperes. Te veo luego allí.

Uf, menos mal. Mis reflejos me han salvado del santo inquisidor.

—Está bien. ¿Prefieres que dejemos lo de esta noche para otro día?

De ninguna manera. Me niego a que esta intromisión me chafe todo los planes de hoy.

—No, me vendrá bien salir. Además... —Me vuelvo para mirar en dirección a mi compañera—. Me ha costado mucho trabajo convencer a Andrea para salir, como para tener que cambiar los planes en el último momento.

—Está bien, pues ponte guapa —me dice Chris con una sonrisa.

—Ni lo dudes. —Yo se la devuelvo.

Esta noche creo que me la voy a pillar doblada. Lo necesito.

—Discúlpame con Erick, no creo que me dé tiempo a llegar al almuerzo.

—No te preocupes. Lo entenderá.

Le doy un beso a mi mejor amigo y al volverme me encuentro a Lucas parado junto a la puerta del despacho de Roberto, con expresión seria, observándose atentamente con ojos pensativos e impenetrables mientras que los demás lo miran embobados. Recojo mi Smartphone de encima del escritorio, lo introduzco en el bolso y me encamino hacia la puerta de la oficina, pasando de forma provocadora junto a Lucas.

Salimos de la tienda y nos dirigimos a su coche. Sigo fastidiada, así que no le he dirigido la palabra en todo el camino hacia la puerta. Escucho el ruido del cierre de

seguridad y veo cómo se iluminan las luces intermitentes de los pilotos de un espectacular deportivo que destaca por su estilizada figura. Un Peugeot RCZ R de color rojo metalizado, que se encuentra aparacado justo enfrente de las puertas principales.

«¡Wou!, este coche es incluso mejor que el de ayer», me recalca mi subconsciente quedándose completamente perpleja. Y yo también.

Lucas abre la puerta del copiloto y me mira invitándome a entrar. Lo miro con recelo.

—¿Coche nuevo? —le suelto con voz cortante.

—No —contesta con su media sonrisa irresistible, que siempre consigue volverme loca—. Este... es mi coche.

¿Qué? Pero ¿cómo coño se puede permitir estos lujos? Tanto no se puede ganar siendo policía, ¿no? Me acerco a él y me siento sin apartar la mirada de sus ojos desafiantes. Yo también sé jugar a este juego.

—Creo que quedaría un poco extraño patricular las calles con un deportivo tan llamativo... ¿No te parece? —me contesta guiñándome un ojo antes de cerrarme la puerta.

¡Aaaaa! Este hombre me cripa los nervios. La cuestión es, que no sé realmente, si me irrita más que se chancee de esa forma o si me excita cuando lo hace. «Quizá ambas cosas». ¡Cállate ya, artera! Me estás poniendo nerviosa. «¿Más aún?» Un gruñido histérico sale de mi garganta.

Mientras me acomodo en el asiento, me permito recrearme por un instante en la fabulosa atmósfera interior del coche, esperando que mi *escolta personal* se monte también. Es realmente sorprendente. Debe ser una pasada conducir este coche... Bah, seguro que todas las mujeres de esta ciudad a las que se ha ligado, se han quedado impresionadas después de subirse. Este debe ser su santuario; su picadero móvil... Así no tiene por qué llevarlas a su apartamento y, si a él no le interesa volverlas a llamar, ellas no tienen forma de contactar con él y darle la brasa.

¡Hombres! Son todos iguales. Se creen que por tener un cochazo lo solucionan todo.

Cuando Lucas entra, aparto la mirada y busco cualquier distracción tras la ventanilla, dejándole fuera de mi campo de visión.

—¿Quieres que te abroche el cinturón? —dice con tono burlón.

Giro la cabeza en su dirección y me lo encuentro casi encima de mí. Lo miro con cara de pocos amigos. Él sigue observándome sonriente, con su tronco ladeado hacia mí y apoyado en el reposabrazos que nos separa. El tenerlo tan cerca, hace que me sonroje y que mi cuerpo se revolucione. Su perfume me seduce en cada inhalación. Me encanta su fragancia, es tan agradable... ¿Cómo demonios puedo yo resistirme a esta tortura? Si es que me descontrola por completo.

El silencio reina entre nosotros. Miro sus ojos, que me observan sin tregua y me atrapan con la misma eficacia que unos grilletes a un preso. Miro su boca... Sus labios carnosos, que me atraen como un imán al metal. ¡Dios mío! Todo mi cuerpo se ha puesto a cien de repente. Cierro los ojos y respiro hondo intentando controlar mis impulsos. «Pero mira que eres tonta. ¿No te das cuenta de que está jugando contigo? ¡Ponte firme, coño!» Vuelvo a mirarlo y le contesto tratando de volver a la misma actitud de antes.

—No gracias, sé ponérmelo solita.

Ayer solo sabía atacarme de forma crítica y hoy está demasiado amable y bromista. No me gusta. Si quiere diversión, que se cachondee de otra, no de mí. Cojo la hebilla del cinturón de seguridad, estiro de él y lo paso por alrededor de mi cuerpo, anclándolo en el seguro. Luego me cruzo de brazos con la intención de poner una barrera entre el exterior y yo. El rugido del motor deportivo comienza a sonar, como un auténtico león reclamando atención para marcar territorio. Antes de darme cuenta, ya estamos en marcha.

Sigo mirando hacia la ventanilla, sin poder enfocar nada del exterior, vamos demasiado deprisa, aunque desde aquí dentro no lo parezca, pero veo los edificios y a los peatones pasar a toda velocidad.

Cuando paramos en un semáforo, observo como las personas que tengo a mi alrededor, se me quedan mirando sin apocamiento alguno. ¿Qué narices están mirando? ¿Tengo monos en la cara o qué? No se cortan ni un pelo. ¿Pero qué le pasa a la peña? Por un momento, me entran ganas de bajar la ventanilla y de mandar a todo el mundo a la mierda, pero me contengo al ver a un chico de diecisiete o dieciocho años sacar su móvil del bolsillo y hacer una foto. Me doy cuenta entonces, que no es por mí por lo que todos miran, si no por el coche.

Suspiro. Ahora que lo pienso, dudo que puedan verme a través de los cristales tintados. Debo tranquilizarme un poco, estoy demasiado susceptible. Tengo los nervios a flor de piel y todo es por su culpa.

—¿Qué te pasa? —me dice Lucas intentando cortar un poco la tensión que nos rodea.

Lo miro incrédula y malhumorada. ¿De verdad que no lo sabe?

—¿A ti qué te importa?

—Si no me importara, no te preguntaría.

Sí, claro. Ahora le importo. Y yo que me lo creo.

—¿Por qué has venido a buscarme a mi trabajo?

—Necesito tu declaración —dice antes de poner de nuevo el coche en marcha.

—¿No me digas? No sabía que hubiese horarios en comisaría para este tipo de cosas.

Veo aparecer una sonrisa por su cara.

—No lo hay, pero cuanto antes lo hagas, mejor. Ya te lo he dicho.

—Ya, claro.

Vuelvo a respirar hondo, expulsando lentamente el aire por la boca, intentando nuevamente calmarme, pero no funciona mucho. Y para colmo me ha empezado a doler la cabeza. Me aprieto el hueso nasal, intentando aliviar la molestia. ¡Rayos! ¿Puede pasar algo más para empeorar el día por completo?

—También quería saber si estabas bien.

Lo miro intrigada, aunque mi escepticismo hacia él continúa patente. ¿De verdad que se interesa por mí? Aprieto los labios dudando si responder o no.

—Muy bien, gracias. Desde anoche no me he vuelto a meter en ningún problema, si es a eso a lo que te refieres. He decidido dejar mis actos suicidas y peligrosos encerrados en el armario —le contesto de forma punzante.

Fugazmente, busca mi mirada y luego vuelve a fijar la suya en la carretera.

—Silvania, siento mucho lo de ayer. Créeme si te digo que no era mi intención ofenderte.

—Tarde —digo casi para mis adentros.

Tras varios segundos en silencio, decide intervenir de nuevo.

—Ayer te escuché gritar.

¡Mierda! Lo sabía. ¿Y ahora qué le digo?

Sí, es que verás, soñé que subías a mi apartamento y que después de disculparte me hacías el amor apasionadamente, pero después te esfumaste y me encontré atrapada por los dos cabrones que me asaltaron ayer.

Cierro los ojos con la esperanza de que no siga con el tema.

—Estuve a punto de subir y echar la puerta abajo.

—Eso hubiese sido allanamiento de morada —le espeto.

—No, si creo que estás en peligro. Además, eras tú la que me llamabas a gritos.

Sé que me he tenido que poner de un rojo encendido, porque tengo mucho calor de repente. Trago saliva. ¿Es que las paredes son de papel? Esto es un desastre. Qué vergüenza.

«Cálmate, Silvania».

—Pues como puedes comprobar, estoy sana y salva.

—Oye, dame una tregua, ¿vale? Sé que ayer me comporté como un auténtico cretino, y ya te he pedido disculpas. No he venido a atacarte, así que intenta relajarte, ¿quieres?

Bufo de forma disconforme, pero realmente lleva razón. La verdad es que la situación se ha vuelto muy incómoda, casi insostenible y yo, se lo estoy poniendo aún más difícil.

—Vale, perdona. Estoy bien; solo fue una pesadilla —contesto un poco más cordial.

—Eso me gusta más —dice sonriendo—. ¿Ves como puedes llegar a ser amable cuando quieres?

—No te pases, que sigo cabreada y puedo volver a revertir mi decisión.

—¿Era una broma! Tienes muy poco sentido del humor.

—No suelo ser yo la atención central de los chistes, ¿sabes?

¿Tiene ganas de discutir? Porque yo estoy preparada en la zona de salida y puedo estar a pleno rendimiento en pocos segundos. Como siga intentando encender la mecha voy a explotar de verdad y entonces va a conocer a la verdadera Silvania.

Lucas se queda en silencio. Bien, parece que ha entendido la indirecta. Continúa pendiente de la carretera sin decir ni una palabra, hasta que su boca se entreabre de nuevo.

—Al final no subí, porque escuché a tu novio intentar despertarte.

¿Qué? ¿A mi novio? ¿Se refiere a Christian? Me río para mí casi a escondidas. Antes de que Chris terminase conmigo en la cama, te hubiese tirado los tejos a ti y a la mitad del planeta.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—¿Quiénes?

—Tu novio y tú.

¿Está intentando investigar mi vida personal? Vaya, parece que al señor inspector le interesa obtener información de primera mano.

—Christian no es mi novio.

—Oh... entonces, ¿ese tal Christian y tú sois compañeros de piso?

Vale... Que a mí me cueste trabajo preguntar y suela dar bastantes rodeos, es más o menos comprensible, ¿pero él?... En fin, ya debe estar acostumbrado a los interrogatorios. ¿Por qué no me pregunta directamente lo que quiere saber?

—Lucas, vivo justo encima de ti y sabes que nuestros apartamentos son de un solo dormitorio. ¿Dónde pretendes que lo meta?

Sopesa lo que le acabo de decir y se da cuenta de que tiene sentido.

—¿Entonces no sois compañeros?

—No... y sí.

Se queda un poco perplejo.

—Él es solo un amigo. Mi mejor amigo para ser más exactos, mi vecino de al lado y sí, es mi compañero, pero de trabajo.

—Vaya, el pack completo —dice sorprendido.

Por primera vez, en todo el tiempo que llevo con él desde que nos hemos encontrado esta mañana, ha conseguido sacarme una sonrisa. Estoy más relajada y parece que el dolor de cabeza se me va aliviando.

Ahora que ha sacado el tema «parejas», dudo por un momento si contarle que aún sigo casada, al menos hasta que el capullo de mi exmarido me firme los papeles del divorcio, pero luego descarto la idea. No tiene relevancia. Al fin y al cabo, no ha dado señales de que le interese de una manera más íntima de la que tenemos hasta ahora, así que, ¿para qué?

En una de las intersecciones, cambia de trayecto y salimos de la ciudad en dirección a la nacional.

—Creí que íbamos a la comisaría.

—Sí y vamos a ir. Pero antes quiero llevarte a un sitio.

—¿A dónde? —pregunto ansiosa.

—No seas impaciente. Te gustará, confía en mí.

—La última vez que confié en ti, no terminé muy bien parada. Permíteme que dude un poco.

—Hoy todo es diferente

—¿Diferente? —¿Por qué? ¿A qué se refiere?

—Solo quiero hablar contigo; bueno, más bien contarte algo y quiero que me escuches sin distracciones.

¿Contarme qué? No le entiendo.

—Bueno, ahora te estoy escuchando.

Me mira con sus increíbles ojos color ámbar y me sonríe dejando ver su perfecta dentición. Me hace estremecer de arriba abajo.

—No seas tan ansiosa, debes tener paciencia.

Paciencia. Quiere que tenga paciencia. Me quedo pensativa por sus últimas palabras. Sea lo que sea lo que quiera decirme, debe ser importante cuando se hace tanto de rogar. Podría decírmelo ahora. Estamos solos y no creo que vaya a encontrar más intimidad en otro sitio que aquí. En fin, tendré que esperar y tener «paciencia». Por mucho que le insista, seguro que no me va a decir nada, y la verdad, ahora mismo no tengo ni fuerzas para sacar conjeturas. Aunque el dolor de cabeza ha remitido bastante, aún siento una presión incómoda que no me deja ni pensar.

Comienza a sonar música en el coche. Lucas la ha debido conectar desde el volante. En poco tiempo el interior del coche se ve envuelto por un pequeño concierto que sale de los altavoces. Es relajante pero excitante a la vez. Me gusta, parece como si estuviese en mi propio universo.

—¡Vaya! ¿Qué música es?

—Se llama *Breath and life*. Forma parte del álbum *Chronicles* de Audiomachine.

—Es impresionante.

Una enorme sonrisa se dibuja en su cara.

—¿Te gusta?

—Me encanta. La composición es preciosa... Mágica. Es espectacular.

Me mira por un instante y sus ojos se me clavan de nuevo.

—Me alegro de que te guste —dice satisfecho—. Será mejor que descanses un poco. Relájate mientras lo escuchas, aún nos queda un largo camino.

Lo observo un poco más, mientras él vuelve su cabeza de nuevo hacia el frente. Me doy cuenta, que ha conseguido que mi batallón interno haya bajado por completo la guardia. ¿Cómo lo consigue? Solo me pasa con él. Por mucho que quiera estar enojada, siempre logra apaciguarme con su voz y su mirada. No alcanzo a permanecer firme cuando lo tengo cerca. ¿Qué está haciendo conmigo? Suspiro. Me acomodo en el asiento, cierro los ojos y me dejo llevar por la música.

Capítulo 11

Todo está en silencio.

—Silvania. —Escucho una voz llamándome, pero todo está oscuro—. Silvania, despierta. Ya hemos llegado.

A duras penas alcanzo a abrir los ojos y, cuando lo consigo, la luz me ciega por completo. Parpadeo unas cuantas veces intentando hacerme a la luz. Al enfocar, veo a Lucas a mi lado, apoyado en el reposabrazos y mirándome atentamente muy, pero que muy cerca de mí. Aún sigo adormilada y aunque ha conseguido reflejar su efecto normal en mí de forma instantánea, esta vez no me muevo y me quedo mirándolo. Él me sonríe y aprovechando mi quietud, acerca una mano y me aparta un mechón de cabello de la cara. Ahora noto mi respiración más acelerada, pero sigo sin moverme, sólo lo miro.

Bésame, ¡por Dios!, le suplico para mis adentros, mientras que él me observa afable.

—Vaya, parece que te ha sentado bien la siesta. Tenías cara de cansada.

Respiro hondo.

—No he dormido mucho esta noche.

—Me lo imagino.

Sigue preocupado, lo percibo.

—Ya hemos llegado, bueno casi, ahora toca caminar un poco.

Miro a mi alrededor y solo se ve naturaleza, suelos de tierra y árboles. Ni rastro de paisaje urbano por ninguna parte. Lucas sale del coche, da la vuelta y me abre la puerta esperando que yo salga. Dudo por un momento.

—¿Qué ocurre?

—Esto está en medio de ninguna parte y realmente solitario, si pasara algo...

—¿Tienes miedo de que pueda hacerte algo?

Le sonrío divertida. La verdad es que me encantaría. «No. Para el carro. Ni siquiera se te ha insinuado. ¿Qué pretendes esperar?»

—Bueno, entre otras tantas cosas. —Me burlo—. Últimamente no tengo mucha suerte. Parece que los problemas me persiguen, ¿sabes?

Lucas sonrío.

—Bien, es bueno que lo tengas, aunque te prometí ayer que te cuidaría, ¿recuerdas?

—No exactamente. Me prometiste que no me volverían a hacer ningún daño nunca jamás.

—Eso es cuidarte.

—Según cómo se mire.

Lucas me mira extrañado, lo he cogido por sorpresa y seguramente ni siquiera sepa a qué me estoy refiriendo. No es necesario que la agresión sea física, a veces las palabras duelen más.

—No voy a hacerte daño, confía en mí.

Me tiende la mano, yo la tomo y salgo del coche. No sé si será por el efecto del sueño, pero me abalanzo hacia él y me coloco justo al lado de su oreja para luego susurrarle.

—Nunca prometas lo que jamás puedas cumplir.

Sin poder remediarlo, me he excitado al acercarme tanto, pero me he quedado bastante satisfecha al poder soltárselo de verdad y no en un sueño; o eso espero, porque ya no sé que es real y que no.

Cuando me separo, veo a Lucas observándome aún más extrañado de lo que ya estaba antes. Me giro en mis talones y comienzo a caminar hacia un camino de tierra que se encuentra cerca del vehículo, sin saber muy bien a donde tenemos que ir, ni si es el camino correcto, pero escucho el sonido del cierre del coche a mi espalda y noto a Lucas acercarse por detrás y colocarse justo a mi lado. No me dice nada.

No sé si ha llegado a entender mis palabras, pero no me ha preguntado, así que de momento la cosa se va a quedar ahí. Mejor, no sea que se fastidie otra vez y, en esta ocasión, no tengo vía de escape.

Él conoce el camino, así que le dejo que me guíe, poniéndose delante de mí, mientras que yo me limito a seguirlo. Vamos descendiendo en zigzag y, aunque el sendero es bastante llano y es fácil de caminar por él, todo el terreno que lo rodea es bastante abrupto, pero realmente precioso; increíble diría yo. Está todo rodeado de paredes rocosas y vegetación y, en algunas partes del camino, nos vamos encontrando alguna que otra pequeña cascada, que sobresale de las cavidades rocosas de la montaña. El sol pega con fuerza, pareciendo pleno julio y, la sombra de las altas paredes se agradece, aunque no desaprovecho ni un solo rayo cuando me da en la cara. Ya se escuchan los cantos de las cigarras acompañando el de los pájaros. Huele a naturaleza. Me encanta.

—No te entretengas, ya queda poco para llegar —me avisa Lucas al notar que me he quedado bastante rezagada mientras contemplaba todo a mi alrededor.

Me encamino de nuevo, sonriendo a paso ligero hasta llegar a su altura. Me mira a los ojos con la media sonrisa que le caracteriza dibujada en su rostro y una vez más, consigue derretirme. No me mires así, te lo ruego, que me vuelves loca cada vez que lo haces de esa manera. Ha desarmado mi armadura y me siento completamente desprotegida. Me humedezco los labios.

—¿Vas a decirme qué hacemos aquí? —le pregunto mirándolo con cautela.

—Ahora lo sabrás.

—Sabes que me tienes en ascuas, ¿verdad?

—Y tú, ¿que eres muy curiosa?

—Bueno, para las cosas que me importan, sí.

Lucas me sonrío y yo agacho la cabeza un poco avergonzada. No puedo creer que mi boca haya dicho eso. Las palabras han salido solas antes de que pudiera detenerlas. No debo perder el control. No ahora.

—Ya hemos llegado.

Levanto la vista de nuevo y miro a mi alrededor. Una majestuosa imagen deleita mi sentido de la vista y consigue dejarme con la boca abierta. Es maravilloso. La luz de los rayos de un sol radiante, se filtra a través de la verde y frondosa arboleda que se encuentra entre dos grandes paredes de roca verticales, y reposa con delicadeza en las casi remansadas aguas cristalinas, que se balancean de forma levemente ondeante a causa de unas preciosas cascadas que caen a unas pozas a modo de pequeños lagos escalonados. Todo en su conjunto crea un rincón mágico, un lugar único donde los haya.

—¡Dios mío! —consigo decir en un susurro, aún estando completamente embrujada por el paisaje—. ¿Dónde estamos?

—En Las Canales de Padules. ¿No habías venido nunca?

—No, pero me resulta familiar.

Se parece muchísimo a mi sueño. El recordarlo hace que un calor sofocante empiece a emerger de mi pecho hasta mi cara en cuestión de segundos. Me he debido poner colorada como un tomate; espero que no se dé cuenta. Relájate, relájate, relájate. Empiezo a replantearme seriamente, si mis sueños tienen algo de premonitorios.

—Suelo venir aquí cuando necesito estar solo... Cuando necesito desconectar de mi rutina del día a día.

—Las vistas son alucinantes.

—Sí. Lo son.

Giro la cabeza en dirección a Lucas, al notar que su tono de voz es diferente; un tono dulce, cariñoso. Lo encuentro mirándome fijamente. Algo me dice que su comentario no va referido precisamente al hermoso paisaje que nos rodea y eso hace que mis hormonas se disparen irremediadamente y, el calor que ya había conseguido apaciguar, vuelve de nuevo a mí. La boca se me ha secado de repente y me he quedado atontada perdida. Aparto la vista por un momento y no puedo aguantar una sonrisa floja y tonta que se ha dibujado en mi cara. Me muerdo el labio para refrenarme y vuelvo a mirarlo.

«No. No. No. No. Detente, Sylvania Reacciona, son solo imaginaciones tuyas. Lo que piensas no es real, tú misma lo has dicho. En fin, míralo a él, y luego mírate a ti, sois dos personas completamente diferentes», me dice mi pequeña mini y mientras me zarandea de arriba abajo, pero al darse cuenta que nada de lo que diga o haga tiene ningún efecto para mí en este momento, decide parar y dejarme por perdida.

Su mirada me cautiva y consigue que pierda por completo la razón. Sus labios, carnosos y perfectos, consiguen que me falte el aliento. El perfume que desprende su cuerpo me embriaga en cada inspiración. El hermoso paisaje ha desaparecido en una neblina que envuelve la imagen del adonis que tengo frente a mí. La respiración se me ha vuelto a alterar consiguiendo que todo comience a dar vueltas. Trago saliva, aunque me cuesta por tener la boca demasiado reseca. Lo veo tan seguro de sí mismo, y yo, tan insegura.

Estoy muy confundida. ¿Qué va a ocurrir ahora? ¿Qué debo hacer yo? ¿Me abalanzo? ¿Me espero? Quizá solo quiera ser amable y yo estoy viendo fantasmas donde no los hay. Esto no puede ser más que producto de mi imaginación. ¿Cómo se va a fijar un hombre así en una mujer como yo? Es algo inverosímil.

«Bien, mi Sylvania ha vuelto. Parece que al final, sí que me escuchabas. Entiendo que estás realmente cautivada por este bombón, pero tienes que estar alerta. Nunca se sabe».

Me aparta la mirada, respira hondo y en un segundo todo ha cambiado, está inquieto, tenso, pensativo.

«Ves, lo que yo decía». ¿Qué es lo que le pasa? ¿Está incomodo? Me encantaría saber qué es lo que le ronda por su cabeza para dar tan tremendo giro de actitud. Porque esta vez, yo no he hecho nada. Más quietecita no puedo estar.

Se acerca un poco más a mí y coge una de mis manos.

—Ven, vamos a sentarnos, tengo que contarte algo.

Comienza a caminar, y yo con él, en dirección a un árbol junto a la orilla de una de las pozas, notando el roce de su mano, de su piel... y esa sensación eléctrica vuelve de nuevo.

—Quítate los zapatos si quieres. El agua de aquí es realmente revitalizante —dice mientras se va quitando las zapatillas.

¿Me lo dice en serio? No me gustaría que se me mojase la ropa... pero por otra parte, hace mucho, muchísimo calor. Cosa que no es muy normal en esta época del año.

Joder, a que voy a ser yo. Me parece que se me ha tenido que estropear también el termostato de mi cuerpo con tantas subidas y bajadas de temperatura.

Realmente, necesito refrescarme un poco y bajar mi permanente sofoco, así que le hago caso y le sigo. Me descalzo de mis bailarinas y las dejo a un lado, bien colocadas junto a una piedra. Al levantarme, encuentro a Lucas, esperándome de pie al principio de la orilla. Sigue algo tenso, pero vuelvo a tener delante de mí al hombre afable de antes, que me brinda la mano invitándome a cogerla. Lo hago, recojo la falda del vestido blancos con la otra mano, subiéndomela un poco y meto los pies en el agua.

Un escalofrío me eriza todo el cuerpo.

—¡Ah...! —grito en un suspiro—. ¡Está helada!

—Ya te dije que era revitalizante. —Lucas comienza a reírse a carcajadas.

—Ja. Ja. No tiene gracia, me podías haber avisado.

—No son termas Sylvania, es un río. Es lo normal.

—Sí, pero no me esperaba que el agua hubiese salido directamente de un congelador.

—Te acostumbrarás rápido; ven, siéntate aquí. —Me señala una enorme piedra que sobresale del agua, como si alguien la hubiese puesto ahí a conciencia.

Los dos nos sentamos, con mucho cuidado de no resbalar y nos quedamos mirando el hipnotizador movimiento de las pequeñas olas que generan las cascadas, e intentando descubrir los escondites de los pocos peces que conseguimos divisar bajo las frías aguas. Poco a poco mi cuerpo se habitúa a la temperatura y de repente me siento cómoda, me siento bien y sonrío; me encanta estar rodeada de naturaleza y este es uno de los lugares más espectaculares que haya visto jamás.

—Siento mucho como me comporté el otro día —dice Lucas sin apartar la mirada de sus pies desnudos.

Lo miro extrañada, parece algo inseguro y eso es algo que me choca. Él es mi dios Apolo, seguro por naturaleza, pero ahora está diferente, como si estuviese dudando si contarme o no algo importante, o quizá, buscando las palabras idóneas para hacerlo.

No quiero interrumpirlo, así que me quedo en silencio y espero que continúe. Sus labios vuelven a abrirse de nuevo y su voz comienza a fluir con tono triste y melancólico.

—Hace cinco años conocí a una chica. Se llamaba Iris. Yo tenía treinta y tres años y ella veinticinco. Nos enamoramos perdidamente el uno del otro. Era preciosa, risueña, bondadosa. Era perfecta, lo tenía todo y me lo daba todo. Me sentía el hombre más afortunado cuando estaba junto a ella. Nos iba genial y decidimos ir a vivir juntos e incluso, hablábamos de formar una familia.

Hace una pequeña pausa. Levanto las cejas realmente pasmada; continúo perdida. ¿Por qué demonios me está contando esto ahora? No creo que tengamos tanta confianza como para venirme a contar sus historias amorosas. ¡A mí qué me importa! Bueno no es que no me importe, es que no las quiero escuchar. ¿De qué me sirve saber con quién se acuesta y con quién se levanta? ¿Que gano yo con eso? ¿Me va a dar una pista de cómo ligármelo? ¿O es que tiene ganas de restregarme por la cara que sus novias son geniales... mejores que yo? Además, la única historia que realmente quiero escuchar es la nuestra. Quiero saber si tenemos alguna historia, o...

Noto que se me revuelve el estómago. Mierda, ¿me mintió? Entonces, ¿sí que hay alguien en su vida? Y me lo está soltando así, en frío. Mi cuerpo se deja arrastrar como peso muerto al fondo del río cuando caigo en la conclusión.

¿Dónde quedan los precalentamientos? Esto no se hace. ¿Dónde fue a parar el «mira, no eres tú, soy yo» o el «no es por ti, es por mí»? Lo normal, pero de esta manera no, tío. Así no.

O sea, ¿que me ha traído aquí, a su zona de confort para soltarme la bomba, sin ni siquiera conectar las sirenas de aviso de emergencia? ¡Será cabrón! Odio que me mientan, y más aún referente a estos temas. ¿Por qué me has hecho creer que...? «Él no te ha hecho creer nada, eso lo has malinterpretado tú solita», me corta mi subconsciente.

Cierro los ojos, desilusionada, cualquier atisbo, con respecto a tener alguna oportunidad con él, se ha esfumado por completo. Bueno, era de esperar, no creo que haya mujer que se pueda resistir a sus encantos. He sido una estúpida al pensar que podría tener alguna posibilidad con él. Yo y mis quimeras, siempre ellas, quimeras envueltas en humo, pero ahora dolorosas. «Te lo mereces, por tonta». Todas mis esperanzas han muerto, han sido incineradas y las cenizas han sido esparcidas en las frías aguas que están bañando mis pies.

Él continúa con su relato, pero apenas tengo fuerzas para seguir escuchando.

—Una noche que tuve que trabajar, ella salió con sus amigas. No quería que se quedase sola en casa, así que la convencí para que se fuera de marcha con ellas... *Noche de chicas*. —Sonríe al pronunciar la última frase.

No lo estoy mirando, aunque por el sonido, parece una sonrisa amarga.

—Hacia las tres de la madrugada, ella quiso volver a casa, pero el resto de las chicas prefirieron quedarse más tiempo en el pub donde estaban tomándose unas copas. Las calles estaban bastante solitarias a esas horas, pero ella conocía bien el barrio, casi a la perfección y prefirió volver andando antes que coger un taxi... Solo tenía que haber cogido un simple taxi y todo hubiera sido diferente.

Entonces levanto la vista, su expresión se hace más sombría por momentos, y su mandíbula comienza a tensarse. Frunzo el ceño. Algo no va bien. Esto no tiene buena pinta y me está empezando a preocupar.

—Tuvo la mala suerte de toparse con un par de enganchados que iban buscando al camello que les solía pasar la cocaína.

Tiene la mirada perdida, su mandíbula está completamente rígida y la respiración bastante alterada. Miro hacia sus manos aferradas a la roca. Los nudillos se han tornado blanquecinos por la fuerza que está ejerciendo. Frunzo el ceño y trago saliva. Creo saber el camino por el que se va a encaminar la historia y me está poniendo muy nerviosa. Lo que me pasó, aún es bastante reciente y se me ponen los vellos de punta solo de recordarlo. Pero... ¿a dónde quiere ir a parar con esto?

—La siguieron hasta un callejón oscuro donde la amenazaron, la atracaron y luego...

Para en seco y cierra los ojos con fuerza. Esta vez es él el que traga saliva, su voz quebrada por el dolor, no le permite pronunciar más palabras, pero no hace falta que lo haga.

¡Dios mío! Suspiro y me llevo una mano a la boca, intentando reprimir las lágrimas que empiezan a querer salir. A ella también le pasó lo mismo. Lo mismo que a mí, pero no tuvo tanta suerte como yo. Ella no lo tuvo a él, no tuvo a nadie que la ayudara...

Dudo por un instante, pero saco el valor de acercar una mano, la coloco en su rodilla y le doy un ligero apretón. Quiero que sepa que estoy aquí, para apoyarle. Para darle un poco de ánimo, aunque... sinceramente, no tengo la menor idea de cómo hacerlo, y tampoco creo que sea la más indicada, pero soy la única que está ahora aquí.

Abre los párpados, se gira hacia mí y me mira con ojos brillantes, casi llorosos, de dolor, de culpa, pero de agradecimiento a la vez. En este momento las palabras no importan, no nos hace falta hablar para saber que cada uno de nosotros está apoyándose en el otro.

—Continúa —le digo intentando animarle a seguir, mientras afirmo con la cabeza dándole a entender que no está solo.

Entonces vuelve a dirigir la vista hacia las onduladas aguas y aunque le cuesta de nuevo arrancar, prosigue con el relato sin apenas parpadear.

—La dejaron allí tirada como un perro. Volvió a casa cómo pudo y se dio una ducha. Cuando volví por la mañana, la encontré sentada en el sofá, envuelta en el albornoz, el pelo aún húmedo y con las piernas encogidas. Inquietantemente ausente y temblorosa. Por más que le preguntaba qué le había pasado, no quería contarme nada. Era como si no estuviese allí.

Me lo puedo imaginar.

—Los días iban pasando y seguía sin hablarme, no me dejaba tocarla, ni abrazarla. No era la misma mujer con la que me había comprometido. Dejó su trabajo, dejó de salir y se abandonó por completo. Ni siquiera sus amigas sabían qué le pasaba. Todas decían que estaba perfectamente antes de irse del pub, que estaba como siempre, pero desde ese día ella cambió. Cuando la llamaban, ella no contestaba. Cuando le hablaban, ella no escuchaba, estaba completamente ausente del mundo.

¿Y cómo pretendías que estuviera? Estaba en shock. Pero claro, tú no lo sabías.

—Me desesperaba verla así y me enfurecía con ella por no contarme lo que le ocurría. Su secreto y la poca comunicación empezaron a hacer mella en nuestra relación de manera fugaz. Fui dejándolo correr, porque veía que no conseguía nada. Ella no hacía por arreglar nada y yo... Yo ya estaba cansado de la situación... ¡Maldita sea! Si lo hubiese sabido.

Noto cómo la rabia le corre por las venas. El dolor aún le machaca. De todas formas no hubieras podido hacer nada y lo sabes.

—Dos meses después, hubo un aviso en la central. Yo estaba de guardia esa noche. Me avisaron para que fuese... Iris me había dejado una nota, explicándomelo todo. Se tomó una caja entera de tranquilizantes y luego subió a la azotea.

Una lágrima resbala por su cara y yo me quedo de piedra ante tremenda confidencia.

—Cuando llegué, la encontré tumbada en la carretera, cubierta con la manta isotérmica. La había perdido... La había perdido por mi culpa.

Su voz se quiebra de nuevo. Mis ojos ya no pueden reprimir más las lágrimas y empiezan a emerger sin poderlo remediar. Los sentimientos de miedo, ansiedad e impotencia me oprimen el pecho y no me permiten apenas respirar. Ella estaba sufriendo en el más grande de los silencios; en una inmensa soledad impuesta por ella misma. No quería que Lucas sufriera. Ni Lucas ni nadie. No quería exponerlos a toda esa mierda. El dolor y la desesperanza consiguieron que se sintiera muerta en vida y no logró vivir con esa angustia, no pudo resistirlo. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y consigue que se me ericen los vellos de la nuca. ¿Qué hubiese hecho yo en su lugar? ¿Qué hubiese pasado si Lucas no llega a estar allí?

—Cuando te vi encaramada a la cornisa de la azotea, volvieron a mí sentimientos enterrados; el dolor y la culpa por no estar ahí y poderla salvar; por no saber leer entre líneas y comprender lo que le pasaba; por enfadarme con ella y no ser más paciente —traga saliva mientras que algunas lágrimas aún le recorren las mejillas—. Jamás la olvidaré, nunca lo haré, pero decidí intentar dejar atrás ese pesar y seguir hacia delante en mi camino... hasta que te vi.

Una punzada me atraviesa el pecho.

—Por un instante la vi a ella de nuevo en ti. En un principio no supe reaccionar. Me asusté. En ese momento salió de su escondite el hombre enamorado que un día perdió lo que más quería. No sé cómo reaccioné y conseguí despertar de la pesadilla, pero me di cuenta que debía hacer algo para que no se volviese a repetir.

Lo miro, lo escucho y siento cómo se me parte el alma al verle así. Está perdido, roto por dentro y... me duele.

—Cuando te encontré ayer —me mira por un instante—, se me cayó el mundo de nuevo. No podía permitir que ocurriese; esta vez no. Todo se iba repitiendo otra vez, como si hubiesen dado marcha atrás a mi vida y lo estuviese viviendo en el orden contrario. Pero esta vez, estaba pasando delante de mis narices. En ese momento todo estaba en mis manos y no te iba a abandonar. No te iba a dejar sola.

Mis mejillas cada vez están más húmedas por las lágrimas que van resbalando a través de ellas, los ojos me escuecen y la angustia se ha aferrado a mi garganta. Me encantaría abrazarlo, llorar junto a él, intentar apaciguar el dolor que siente por dentro con mis caricias y expulsarlo de él con cada una de mis lágrimas, pero no puedo, no me atrevo.

—Luego... cuando estabas en mi apartamento y te hablé así... —Se pasa la mano por el pelo, angustiado, desesperado. Se levanta agobiado, respira hondo y entonces me mira con cara de verdadero arrepentimiento—. Lo siento mucho.

Yo me quedo prácticamente en estado de shock, cuando el ámbar de sus ojos se clava en el azul de los míos.

No, no, no.

Muevo de un lado a otro la cabeza, casi de forma imperceptible. Quiero decirle tantas cosas. Decirle que no tiene importancia, que él no tiene la culpa de nada, que todo fue un desafortunado momento. Que ella solo quería protegerlo y que yo... Yo hubiese hecho lo mismo por él. Pero las palabras no me salen.

Miro hacia el agua, intentando encontrarme de nuevo a mí misma. Deslizo los pies hacia un lado por encima de los guijarros y noto el cambio de temperatura del agua, ahora más fría por el movimiento y entonces vuelvo a mí. Parpadeo varias veces, trago saliva intentando hidratar la sequedad de mi boca, lleno los pulmones de aire profundamente, mientras humedezco mis labios deshidratados.

—Gracias —consigo decir con la voz quebrada. Vuelvo a levantar la cabeza buscando de nuevo su mirada, nerviosa—. No tenías por qué haberme contado nada y lo has hecho. Te has abierto a mí y te lo agradezco. Ahora comprendo todo lo que estaba pasando.

Hago el amago de seguir, pero no sé si debo.

—Ella... Ella... —Cierro los ojos un momento buscando el valor—. Sé que no tengo derecho a decirte esto, pero ella lo decidió así, por sí misma. Tuvo que ser realmente duro para ella. Fue su forma de protegerte y no te puedes culpar por ello.

Desvía su mirada intentando procesar mis palabras.

—Si hubiese querido protegerme, no me habría apartado ni dejado solo. Era yo, el que tenía que haberla protegido, no a la inversa. Debió haberme contado y hubiésemos encontrado alguna solución juntos.

Sus ojos emanan tristeza, pero en lo más profundo, casi invisible, se puede apreciar una pizca de odio.

Respiro hondo.

—Las cosas no son así. Hay cosas que no tienen solución, y esa es una de ellas. Solo alguien que pase por ese calvario, puede aprender a sobrellevarlo, pero siempre estará ahí, como una marca de fuego. Ella no pudo con la presión, así que no la culpes tampoco.

Bajo la mirada, pestañeo un par de veces y prosigo.

—Gracias a ti, ayer no me pasó nada. Todo se quedó en un susto, pero si tú no hubieses llegado a tiempo... Quiero decir —levanto de nuevo la vista y vuelvo a mirarle—, si no hubieses estado ahí y me hubiese pasado algo, quizá yo... tampoco lo hubiese aguantado.

Vuelvo a bajar la mirada y me pierdo en los recuerdos del callejón. Mi cuerpo se estremece y las lágrimas comienzan a brotar nuevamente.

—Debe ser horrible pasar por algo así.

Me muerdo el labio antes de intentar seguir. Da miedo pensar, siento aversión y duele. Así que, si así me siento yo... ¿Cómo se debió sentir ella?

Vuelvo a mirarlo.

—Me salvaste la vida, Lucas y, no te lo voy a poder pagar ni en un millón de años.

Me quedo en silencio, esperando una respuesta por su parte, pero solo nos quedamos mirándonos fijamente por un instante, o quizá por una eternidad. Su mirada compasiva y la mía, unidas en una sola, su respiración agitada al compás de mi respiración, solos él y yo. Tímidamente acerca su mano y me recoge tras la oreja un mechón de pelo que se me ha soltado de la coleta y mi cuerpo responde.

Al contacto con el roce de su mano en mi piel, mis ojos se cierran automáticamente. No puedo reprimir el pellizco que me recorre las entrañas, ni el gemido que lo acompaña. Giro de forma inconsciente la cabeza en busca de su mano completa; de su caricia. Su pulgar me limpia las lágrimas de una de las mejillas, luego, me roza el labio inferior con el dedo humedecido y no puedo remediar contener la respiración.

Entonces, noto de repente su otra mano en mi cara y sus labios rozando los míos.

Capítulo 12

Su contacto es increíblemente placentero. Sus labios firmes y carnosos, se han acoplado a los míos como piezas de un puzle en un beso suave, lento, dulce y apasionadamente exigente. ¿Cómo es posible conseguir todo eso a la vez?

El corazón se me dispara y la sangre, ya caliente de por sí cuando lo tengo cerca, me hierve ahora en las venas y me bombea por todo el cuerpo subiéndome la temperatura al máximo. El deseo es tan intenso, que está consiguiendo que tenga un subidón de adrenalina y me siento flotar. Mi cuerpo, que se estremece con cada uno de sus besos, no puede ocultar el placer que está sintiendo y reacciona de forma sonora con un gemido exagerado. Dios mío, es mejor de cómo me lo imaginaba. La todopoderosa suprema sexual que llevo dentro, se ha despertado de su letargo y se ha puesto a bailar con contoneos sensuales por toda la sala, mientras que mi querida mini yo, la observa boquiabierta danzar de un lado para otro.

¡Santo cielo, que calor! Quitame la ropa. Quítatela tú. Arranquémonosla a mordiscos si es preciso, y haz lo que te dé la gana conmigo... pero hazlo.

Lucas cesa nuestra exquisita fusión lentamente, pero antes de separarse de mí por completo, me chupa el labio inferior y me lo muerde con delicadeza, atrayéndolo hacia él. Suspiro de placer. Pero no pares. Sigue... ¡Sigue!

Cuando abro los párpados, la atmósfera ha vuelto a cambiar. Lo encuentro frente a mí, aún con sus manos en mis mejillas y mirándome a través de sus largas pestañas con ojos brillantes. Oh, es tan sexi... Y yo estoy tan... sobreexcitada. Me has puesto como una moto, pimpollo. Así que sigue metiéndome las marchas y dándole al puño hasta el fondo, que tal y como estoy ahora mismo, te aseguro que el viaje no a ser precisamente aburrido.

Me regala su media sonrisa y ya me termina de derretir. Sí. Me has entendido a la perfección, majo. Así que ponte manos a la obra.

Me sigue observando muy atento, mientras me roza los pómulos con sus dedos pulgares, terminando de limpiar los restos de las lágrimas caídas. Cada roce, es un estímulo que hace que la nube de mariposas que revolotean en mi estómago, se alborote, sofocándome crecidamente.

Dame más. Dime que esto no es un sueño. Dime que todo es real. Bésame otra vez. Bésame con frenesí y vuélveme loca. Hazme toda tuya, yo me dejo hacer. Estreméceme de nuevo, te lo ruego, pero por favor, no pares.

—Será mejor que nos vayamos.

Las mariposas se han desmayado y han caído a plomo en mi estómago. La suprema sexual y mi pequeña mini yo, se han quedado aturridas con las palabras de Lucas. Igual de confundidas que yo.

¿Qué? Espera, no. Yo quiero que sigas. Ahora no me dejes a medias.

—¿Por qué? —pregunto apenada.

Él vuelve a sonreírme con ojos ardientemente excitados —o por lo menos, es lo que me parece a mí—, se levanta, toma mis manos y tira de mí, rodeándome entre sus fuertes brazos. Al notarlo tan cerca, me ruborizo y como por arte de magia las mariposas se vuelven a espabilar y comienzan a revolotear a toda velocidad, haciendo que la excitación que me provoca recorra mi cuerpo hasta llegar a mi zona más húmeda, que obviamente no son los pies, aunque los tenga metidos en el agua.

—Pues porque se nos hace tarde.

—Tú has dicho que no hay hora para las declaraciones.

—Pero sí para comer. ¿Tienes hambre?

Dudo por un momento, mientras que mis dos pequeñas aliadas internas se manifiestan, cartel en mano, con un «¡NO ES JUSTO!».

—Sí —es cierto, me ha entrado muchísimo apetito, pero no precisamente de comida—. Aunque... creo que piensas dejarme en ayunas. —Le respondo con la intención de picarlo un poco.

La sonrisa que Lucas me brinda, me afirma que ha entendido a la perfección lo que quería decirle.

—Y eso no estaría bien, ¿verdad? —me pregunta en un susurro ronco y sensual.

Dios mío, va a conseguir que tenga un orgasmo ahora mismo con solo escucharle hablar de esa manera.

—No —le sigo en un suspiro ahogado.

Se acerca de nuevo a mis labios y me da un beso suave.

—La paciencia, es la fortaleza del débil y la impaciencia, la debilidad del fuerte. ¿En qué grupo crees que debería ponerte a ti?

¿Ahora me viene con filosofías?

Es posible que me arrepienta de lo que voy a decir, pero es que me lo ha puesto en bandeja.

—Ahora mismo, la única debilidad que tengo, eres tú.

Atrevida, sí. Avergonzada, también. Roja como un tomate... probablemente me acerque más al rojo de un semáforo encendido, pero no me importa. Él me ha dado pie y yo le piso la huella.

Me mira con ojos triunfantes, rasgados por una sonrisa pícaro que me deja sin aliento. Se humedece los labios y suspira.

—Anda, vámonos antes de que consigas hacerme cambiar de opinión.

Eso no es mala idea. Si quieres sigo.

Se acerca lentamente a mi oído y yo me tenso.

—Te prometo que te compensaré.

Lo miro ansiosa y le pongo morritos de forma divertida. Eres muy cruel. Bueno, habré perdido la batalla por ahora, pero voy a poner todo mi arsenal apunto para conquistar la guerra, que lo sepas. Así que prepárate.

Capítulo 13

Estamos esperando que nos atiendan. Lucas me ha traído a una hamburguesería que hay cerca de la comisaría. Es sensacional. Su decoración, con divertidas formas de líneas onduladas y colores marrones, anaranjados y verdes, hace de este restaurante un sitio llamativo y con un atractivo visual interactivo.

—Bien —me indica Lucas—. Ya sabes algo de mí. Ahora, me toca a mi saber algo más sobre ti.

Lucas apoya sus antebrazos en la mesa y me mira solicitante. Uf, ¿empezamos con el interrogatorio personal?

—¿Qué quieres saber?

—Bueno, ya sé que adoras encaramarte a los salientes de las azoteas, aunque creo que no te gustan mucho las alturas.

Ja. Ja. ¡Qué gracioso! Le dedico una sonrisa de mala gana.

—Que tienes un lado temerario e insensato. Que tienes mucho carácter y por último, pero no menos importante, que te ruborizas muy a menudo.

Me lo suelta con la mayor naturalidad del mundo, sin apartar sus ojos de mí. Como si sus palabras no tuviesen la menor importancia. Y claro, para no variar, me ruborizo. Trago saliva, me deslizo un mechón del flequillo por detrás de la oreja y paso la lengua por el labio inferior.

Él se tensa de repente.

—A sí, se me olvidaba. Tienes la mala costumbre de humedecerte los labios... con esa...

Se me queda mirando un poco absorto y con la boca entreabierta, como si quisiera terminar la frase, pero no pudiese o se le hubiese olvidado lo que iba a decir.

¿Me está mirando la boca? Le gusta mi boca y le pongo nervioso... El corazón comienza a palparme con fuerza, al verlo delante de mí, mirándome con tanto descaro. ¡Vaya! Bueno, al menos no soy la única.

—¿Lengua? —pregunto sin más.

De repente despierta de su ensimismamiento.

—¿Qué?

—Que me humedezco los labios con la lengua. —le ratifico.

Carraspea un poco incómodo y continúa.

—Sí, y luego te lo muerdes cuando te pones nerviosa. O te muerdes las uñas. Y eso sin contar cuando te recoges el pelo detrás de la oreja con manos temblorosas.

Frunzo los labios intentando aguantar una sonrisa, pero tal y como él ha puntualizado, mi hábito vuelve a producirse sin intención. Cuando reparo en lo que estoy haciendo, dejo de hacerlo y me río divertida. Desvío la mirada hacia la enorme ventana que da a la calle, vuelvo a recogerme el flequillo, nerviosa, sin saber qué hacer con mis manos, pero coloco mi lengua en el borde de los dientes, intentando de esa manera no volver a apresármelo. Me ha calado el *jodío*. A ver cómo me las apaña ahora para no delatar mis impulsos. Suspiro y vuelvo a mirarlo cuando me noto un poco más serena.

—Impresionante. Se te da bien analizar a las personas. Aunque debo corregirte en un pequeño detalle.

—¿Sí? ¿En cuál?

—No me gustan nada las cornisas.

—Oh. Creía que tenías complejo de pájaro o algo así.

Me dedica una sonrisa solazada y yo, le regalo mi mirada sulfurada.

—¿Sabes que eres un poco insufrible, verdad?

—Sí. Creo que es mi mayor encanto.

Me sonrío y luego pone morritos como si se estuviese haciendo un *selfie*. Sin poder aguantar más, claudico mi enojo y me echo a reír a carcajadas.

No puedo con él.

—Eres idiota.

—Mira, eso no me lo habían dicho nunca —contesta con su media sonrisa de vuelta—. Bueno, qué. Cuéntame algo.

Cuando termino de reír, lo miro, aclaro la garganta y me vuelvo a componer.

—Pregunta lo que quieras.

Se queda un poco pensativo.

—No sé. Háblame de lo que te apetezca. De tus amigos, de tu familia, de lo que te gusta hacer en tu tiempo libre.

—Eh... vale. Pues, mi padre es teniente primero de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Ahora trabaja allí, así que no solemos vernos muy a menudo, aunque él, me llama de vez en cuando.

Lucas alza las cejas sorprendido.

—¿Eres americana?

¿A caso no es obvio?

—A medias. Supuse que con mi apellido no quedaba duda alguna.

—Quiero decir, ¿que si naciste allí?

—No. Soy española. Nací en Jerez de la Frontera. Mi padre por esa época trabajaba en la base de Rota.

—¿Y cómo acabaste aquí?

—Una mala relación, poco entendimiento entre mis padres, poco tiempo juntos... Un cúmulo de cosas. Ellos se divorciaron hace diez años y mi madre quiso escapar de allí.

—¿Y cómo es ella?

—Mi madre es bastante... peculiar. Desde que se divorció, su mayor entretenimiento parece que es hacerme la vida imposible. Es pintora, pero cuando se aburre de darle al pincel, me llama por teléfono para darme la murga.

Lucas se ríe divertido. Me encanta escucharlo y verlo tan despreocupado. Entonces, me doy cuenta que me siento realmente cómoda hablando con él.

—Ya veo el cariño que le tienes.

—A ver, no me interpretes mal. La quiero. Es mi madre. Pero me suele sacar de quicio la mayor parte del tiempo.

Supongo que le extrañará que hable así de ella, pero es la verdad. No siempre se puede tener una buena relación familiar.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, un hermano. Es mayor que yo y todo lo contrario a mí. Es serio, formal y de lo más sensato —le digo de forma burlona—. ¿Puedes creerte que pueda haber personas así?

—Conociéndote a ti... lo he llegado a dudar, la verdad.

Le sonrío, porque esperaba una contestación aproximada. Prefiero bromear, aunque sea de mí misma, para que el tiempo que estemos juntos sea lo más agradable posible. Me gusta estar así.

—Sí, yo también. Siempre pensé que él era el bicho raro de la familia, pero parece ser que no... Es un espécimen de lo más común en el mundo. Quizás el bicho raro sea yo...

—No lo descartes.

—¡Eh...!

—Lo has dicho tú, no yo.

Lo miro en broma con mi mirada asesina.

—En fin, a pesar de todo eso, es mi hermano y lo quiero mucho. Ha seguido los pasos de mi padre y está en América con él. Es sargento primero.

—Ahora entiendo tu afán por intentar volar. Viene de familia.

Me contengo para no soltar un bufido, pero sí le gruño un poquito. Le dejo que bromea, pero no tanto.

—Ja. Te veo chistoso. ¿Es tu manera de lidiar con las mujeres, o es que eres así de ingenioso siempre?

Frunce el labio, intentando contener otra sonrisa.

—Vale, perdona.

Levanto una ceja, incrédula, pero decido continuar.

Ahora verás.

—Además, se supone que el de los altos vuelos eres tú. Bueno, no se conoce todos los días a un auténtico ángel de la guarda.

—Mira la señorita sarcasmo. Luego dice que yo soy el chistoso.

—Yo no he sido la que ha empezado, que conste —digo riéndome.

Él me acompaña y luego se me queda mirando pensativo. El calor empieza a emerger de lo más profundo de mi ser, y las mariposas se están empezando a despertar de nuevo.

No me mires así, Lucas, por favor. Me pones nerviosa, y soy capaz de saltar por encima de la mesa y devorarte entero.

Decido continuar con la conversación y no hacerle mucho caso. No es momento, ni lugar.

—Luego tenemos a Christian.

Lucas se tensa de inmediato al escuchar su nombre, e intenta acomodarse en su asiento intentando ocultar su reacción. Yo sonrío, pero procuro que parezca que no me he dado cuenta.

—Aunque es mi mejor amigo, yo lo considero como un hermano. O... como una hermana, más bien.

—¿Es gay?

—Sí.

Creo percibir como su cuerpo se relaja un poco al escuchar mi revelación.

—En realidad, no debería decirte esto, pero ya que estamos de confesiones, supongo que puedo hacer una excepción. Pero me tienes que prometer que me guardarás el secreto. Es muy importante —digo con tono serio, intentando exponer la mayor intriga posible.

Lucas frunce el ceño y me mira, en parte, con cara de preocupación y por otra parte, con cara de curiosidad.

A saber lo qué estará imaginando.

—¿Y bien? —le pregunto.

—Sí, sí. Te lo prometo.

—Está bien. Es que yo... Verás... Es que tengo un don. Tengo un sexto sentido con los hombres.

Ladea levemente la cabeza y me mira más intrigado todavía.

—Percibo cuando un tío es gay, ¿sabes? Es como un sonar interno que tengo o algo parecido. Y además veo como una especie de aura de color rosa que bordea sus cuerpos. Tendrías que verlos por la calle, iluminados como si tuviesen luces de neón. Así que por eso me pilló por sorpresa tu comentario de ayer. Porque no noté nada raro en ti. No había aura, ni luces rosas... y mi sonar no pitó, así que...

Me echa una mirada irónica y sonrío.

—Me habías asustado. Pensé que me dirías que estabas embarazada de él, o algo así.

Me acabo de quedar pasmada. «Esta sí que no te la esperabas, guapa». ¡¿Embarazada?! ¿De Chris?

—¿Qué? No. ¿Cómo se te ha ocurrido eso? —le suelto riéndome, intentando no darle importancia.

—Bueno, no sé. Cosas más extrañas han pasado en este mundo.

—Ya, pero es gay. No sé si me has escuchado cuando te lo he dicho.

—Sí, pero existe la inseminación artificial. No es tan descabellado. Las mujeres de una determinada edad, si no han encontrado pareja, suelen buscarse a un amigo o algún conocido que cubran todas las expectativas que buscan para sus hijos.

Me acaba de matar.

—¿Me estás llamando vieja?

¡Esto es el colmo! Al final, sí que me voy a tener que replantear de verdad lo del dichoso bótox.

—Yo no...

—Bueno, espero no llegar a eso. Preferiría algo más natural.

«Yo no...». Sí, ahora arréglalo. Qué bocazas son los hombres.

¡Coño, qué solo tengo treinta años! ¿Qué es lo que me van a decir cuando tenga cuarenta o cincuenta? ¿Madurita, añeja, rancia, fósil...? O uva pasa, ya puestos.

—O sea, que... ¿quieres ser madre?

Me pongo nerviosa tras escuchar la cuestión.

Joder, qué preguntitas me hace.

Suspiro, porque estoy empezando a sentirme incómoda.

—Pues... no lo sé. Supongo que sí. Algún día.

A Adolfo no le iban mucho los niños y nunca se me pasó por la cabeza. No hablamos nunca del tema. Llevábamos casados poco más de un año y los dos teníamos claro que queríamos disfrutar de nosotros —bueno, más yo, que él—. Pero claro, en algún momento supongo que me lo replantearé.

Pero... ¿Cómo hemos llegado a este punto de la conversación? No me apetece hablar de eso ahora mismo. Y aunque me apeteciera. ¿Quién se supone que sería el padre? ¿El Espíritu Santo? Sería muy *heavy* pedirle eso a Chris. Esto me pasa por bromear.

—¿Podemos dejar el tema?

Lucas me mira extrañado.

—¿Estás incómoda?

Sí.

—No. Pero no me parece que sea un tema apropiado para hablar con una persona con la que apenas tengo confianza. Es bastante personal.

Parece que se queda conforme y decido continuar.

—Por donde iba... Ah, sí, Christian... Pues, es un encanto. Es un tío estupendo y superatento. Suele estar siempre pendiente de mí. Es cariñoso, divertido, responsable y un auténtico seductor. Supongo que si no fuese homosexual, sería mi hombre perfecto, pero va a ser que, o me cambio de sexo, o voy a tener pocas oportunidades con él.

Lucas se ríe tras mi puntualización.

—Aunque espero que ahora que tiene pareja, deje un poco el camino libre para el resto del mundo femenino. Es un poco agonía.

Lucas baja la mirada, pensativo. Se lleva la mano a la boca y la acaricia con sus largos dedos. Me mira atentamente y yo me tenso. Trago saliva.

—Y hablando de hombres perfectos...

Oh, mierda. No. Se está acercando la hecatombe.

—¿Tienes novio?

¡Bum! La bomba acaba de caer y ha arrasado toda mi zona de confort. El estómago se me ha revuelto por completo. Bajo la mirada y me humedezco el labio. No sé cómo bregar con este tema. ¿Si le digo que no, le estaré mintiendo? No quiero empezar con mentiras. Y si le digo que estoy casada, se acabó todo.

«Dile la verdad», me espeta mi pequeña mini yo, que me mira prudente pero con cara de aflicción.

Respiro hondo y vuelvo a mirarlo. Lucas sigue mirándome con expresión enigmática. Dudo por un momento.

—No exactamente —digo con cautela.

Levanta una ceja sin llegar a comprender.

—¿Tienes... algún amigo especial?

Niego con la cabeza.

—No —contesto sinceramente.

—¿Entonces? No te entiendo.

Me muevo inquieta en la silla. Me miro los nudillos de nuevo. Las manos me sudan y me tiemblan. No sé qué hacer con ellas. Le oigo respirar profundamente a pesar del jaleo que hay en el restaurante y eso me altera todavía más.

Venga, Sylvania, díselo y que sea lo que Dios quiera.

—Estoy separada —se lo suelto de sopetón y lo miro de reojo.

Por un segundo, noto como la expresión de su cara se altera.

—Vaya, no imaginaba que hubieses estado casada.

Ladeo la cabeza y arrastro las palabras.

—No es exactamente el tiempo verbal más... correcto.

Frunce el ceño y yo me encojo de hombros.

—En términos legales se puede decir que lo sigo estando.

Levanta una ceja realmente sorprendido.

Joder. ¡Qué se abra el suelo y me engulla la tierra! Total, ¿qué más puedo perder?

Resoplo.

—Mira, no es un tema fácil de explicar, y si te soy sincera, no me apetece mucho hablar de ello. Solo puedo decirte, que estoy a la espera de una firma que nunca llega, de un hombre, que no aparece por ningún sitio.

Noto como sus ojos profundos se clavan en lo más hondo de mi ser y siento como me examinan. No sé por qué, pero me noto empequeñecer de repente. Esto ha sido una mala idea. Espero paciente una respuesta. O quizá, lo que verdaderamente espero, es que se levante de su asiento y se vaya, dejándome aquí con mi arruinada vida. Pero no lo hace. Entonces...

¡Por Dios, di algo!

—¿No dices nada?

Duda por un momento.

—¿Qué quieres que te diga? Es tu vida, no voy a juzgarte. Conozco a muchas mujeres que se han divorciado y viven ahora mucho mejor que antes. La separación, al fin y al cabo, es igual, aunque no haya un papel firmado que corte definitivamente el vínculo. La cuestión es... ¿Eres feliz ahora?

No esperaba esa pregunta.

Hago una lista mental rápidamente y me doy cuenta que desde hace una semana estoy mucho mejor que antes. Es más, ya no me siento tan hundida como antes. Es como si Lucas hubiese aparecido en mi vida para recargar mi autoestima. He sido como un naufrago a la deriva durante mucho tiempo y él se ha convertido en mi pequeña isla de salvación.

—Estoy aprendiendo a serlo. Aunque hay días que necesito un pequeño empujón y algún que otro salvavidas —contesto satisfecha.

Lucas me sonríe.

—Bien. Lo importante ahora es que lo consigas.

Le devuelvo la sonrisa y me vuelvo a sonrojar. Espero que seas tú quien me ayude a lograrlo por completo.

—Buenas tardes —nos interrumpe el camarero—. ¿Saben ya lo que desean tomar?

Lucas me mira, indicándome que pida yo primero.

—Pues... Yo quiero una hamburguesa de pollo con patatas y agua mineral sin gas, por favor —le contesto al camarero, que va tomando nota.

Devuelvo la mirada a Lucas y le sorprendo mirándome sonriente. Luego mira hacia el camarero y le hace su pedido.

—Yo quiero una ensalada César y agua también. Gracias.

—En seguida se los traigo.

Lucas vuelve a mirarme, mientras el camarero se aleja y yo, me vuelvo a poner nerviosa.

—No es justo.

—¿El qué?

—Me has hecho pedir primero y ahora voy a parecer una glotona que no se cuida.

Lucas se endereza un poco en su asiento, me hace una señal con el dedo para que me acerque y él hace lo mismo apoyando de nuevo sus brazos en la mesa que nos separa.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

¿Me la quiere devolver?

Lo miro con una sonrisa en mi cara y sus ojos vuelven a provocarme su ya asiduo efecto en mí.

—Me encantan las mujeres a las que les gusta comer.

Al oír eso, todo mi cuerpo se descompone. Agacho la mirada, sofocada, y me muerdo el labio sin poderlo remediar. ¿Le encanta? ¿Eso quiere decir que yo también le gusto?

«A veces dudo si eres lista o tonta, nena. ¿No te besó antes? Eso no lo hubiese hecho si no le gustaras, aunque solo sea un poquito», me regaña mi mini yo.

Sí. Supongo que sí. ¡Le encanto! ¡Yujuuu!

Capítulo 14

Cuando llegamos a la comisaría, —un elegante y grandioso edificio marmóreo de colores grisáceos con grandes ventanales y entrada de cristal—, Lucas abre una de las puertas opacas y se detiene justo al lado de la hoja, dejándome el sitio libre para que pase yo primero. Lo hago y espero a que entre para seguirlo.

Justo en la entrada, a modo de separación, me encuentro un enorme muro de piedra blanca troquelada, con una vidriera que lo atraviesa de lado a lado, en varias tonalidades de azul y el escudo del cuerpo nacional de policía grabado justo en medio. Sigo a Lucas por el pasillo hasta llegar a una enorme sala con techos de diseño curvo extraordinariamente altos, de madera en color cerezo y claroboyas a todo el largo. Su estilo minimalista de planta abierta consigue un efecto más amplio.

—¡Wou!

—¿Qué pasa? —pregunta Lucas sorprendido.

—Vaya, no me esperaba este sitio así.

—¿Y cómo te lo esperabas? —dice sonriendo.

—Pues no lo sé. Como en las películas, supongo. Todo recubierto de madera, con mesas por todos lados y... un completo caos.

Lucas se ríe a carcajadas mientras yo levanto una ceja recelosa. ¿He dicho algo raro?

—¿Te hago gracia?

—Mucha. Acabas de describir a la perfección la parte pública de la comisaría.

—¿La parte pública? ¿Y esta qué es, la privada?

—Algo así. Esto es investigación científica, criminalística y narcóticos. Aquí solo traemos a los sospechosos de asesinato, narcotraficantes, pederastas, violadores... Somos los de los procedimientos gordos. También se hacen las pruebas necesarias para poder cerrar los casos. Y después, tenemos lo que nosotros conocemos como la zona pública, que es donde se suelen hacer las denuncias y los arrestos de menor grado. Altercados, prostitución, robo, cosas así.

—Entonces... ¿Qué hacemos aquí?

—Yo trabajo aquí. —Me clava sus intensos ojos color ámbar—. Tu investigación la voy a llevar yo personalmente.

Su mirada hace que me ruborice, para variar. Parpadeo rápidamente al ritmo de mis latidos. ¿Por qué va a hacer eso por mí? No sé qué decir. Me he quedado sin palabras. «Un “gracias” estaría muy bien».

—Gracias.

Me sonrío de nuevo.

—Espérame aquí un segundo, tengo que hacer una cosa.

Lucas me señala una zona con sillones de piel color negro que hay junto al muro de piedra blanca.

—Sí, claro.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Un café?

—No gracias, estoy bien.

La verdad es que no me entra nada más. El almuerzo ha estado genial. Hemos hablado de todo un poco. A parte de mi casi monólogo familiar y de mi confidencia de atadura matrimonial —que gracias a Dios se ha quedado en mera revelación—, hemos estado hablando de familia, amigos, trabajo, hobbies y poco más. Hasta que se ha puesto de lo más exigente, intentando que me comiera hasta la última miga de pan. A mitad de la hamburguesa, tuve que parar y, por más que le decía que tenía el estómago cerrado por todo lo que ha pasado en estas últimas horas, él seguía insistiendo. Al final lo he hecho, por no escucharlo más. Estoy que reviento. Lo que menos me apetece ahora es tomarme un café.

«¡Aunque si fuera otro tipo de postre...!»), me suelta mi mini yo interna con bufonería y mi suprema sexual, que se encuentra justo al lado, no para de mover la cabeza de arriba abajo impetuosamente, de forma casi suplicante.

Automáticamente me ruborizo con solo pensar en la fantasía que ha surgido en mi cabeza sin haberme dado tiempo a reprimirla. Lucas ya se ha dado la vuelta en dirección a un mostrador de cristal y acero, donde hay una chica rubia, joven, diría que de mi quinta, así que he tenido suerte de que no me viera.

Me siento en un sillón, nerviosa. Es la primera vez que vengo a comisaría a poner una denuncia. No tengo ni idea de qué se espera de mí en este momento. Para ser sincera, no sé qué debo hacer, ni qué decir, aunque si lo miramos por el lado positivo, esta vez salgo ganando yo. La declaración me la va a tomar mí... Frunzo el ceño. ¿Qué se supone que es con respecto a mí? Vuelvo a sonrojarme otra vez. Suspiro. Contrólate, Silvania. Respira. Hemos hablado de tantas cosas, pero de esto... ¿Qué se supone que debo esperar de todo esto?

Lucas sale de una sala que hay junto a unas escaleras. Al principio no veo con quién está hablando, porque los peldaños me tapan la línea de visión, hasta que se acerca más al punto donde yo me encuentro y entonces reparo en una atractiva y despampanante morena a su lado. Impecablemente vestida, con un elegantísimo vestido blanco ceñido a toda la curvatura de su cuerpo y con una larguísima melena que le cae en cascada por la espalda. Mi cuerpo se tensa nada más verla al lado de Lucas. ¡Qué pedazo de tía! Es guapísima. Hacen tan buena pareja, pienso de forma sombría.

Miro hacia abajo y echo un vistazo a mi indumentaria. No tengo ni punto de comparación con la Venus que tengo delante. Ya sé lo que tengo que esperar. Nada, absolutamente nada. Me muerdo las uñas. No soy mujer para él, es obvio. No tengo nada que hacer, cuando hay en el mundo mujeres como esa. Si me pusiese a su lado, es obvio a cuál de las dos elegiría Lucas. Ya tengo experiencia en ser la menos popular en las elecciones. Me paso un mechón de pelo por detrás de la oreja, realmente incómoda, aunque intento no aparentarlo.

—¿Vamos?

Levanto la vista y me encuentro a Lucas delante de mí, con mirada impenetrable.

—Eh... Sí. —contesto insegura.

Me levanto, cojo mi bolso y lo sigo en silencio. Subimos a la segunda planta y recorremos el pasillo hasta llegar a una gran puerta de vidrio velado.

Su despacho sigue la misma línea que el resto de la delegación, con estanterías a cada lado de la habitación y un enorme ventanal que enmarca las vistas de la ciudad, como si fuese un cuadro de lo más realista.

—Siéntate, por favor.

Su tono es serio y autoritario. Supongo que ha entrado en el rol de inspector y me apresuro a hacer lo que me dice. El estómago se me ha revuelto al ver a esa mujer junto a él y darme cuenta que es con quien debe estar. De repente no me apetece estar aquí, encerrada, compartiendo el mismo espacio que él, pero supongo que no me queda otra.

Levanto la mirada y lo miro por un segundo. Como si mis pensamientos recientes desapareciesen en un celaje de humos, no puedo resistir el dejarme llevar por mis fantasías de nuevo. Se le ve tan sexi sentado tras su mesa. Humedezco los labios y me quedo mirándolo embobada.

—¿En qué piensas?

Me siento flotar en una nube y solo consigo verlo frente a mí como si estuviese en un sueño.

—Te ves muy sexi.

—¿Ah, sí? —dice con voz dulce y una sonrisa seductora.

«Espabila idiota».

—¿Qué?

¿Qué coño he dicho?! No tendría que haber dicho eso. ¿Cómo he podido? Ahora pensará que soy estúpida o algo peor. ¡Mierda!, mi boca responde sola cuando le da la gana. Qué vergüenza.

—Deja de morderte el labio o no respondo de mis actos —me suelta con el ceño fruncido.

Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo.

¿De tus actos?

Pestaño un par de veces y vuelvo a hacerlo, pero esta vez soy consciente de ello y de que Lucas se tensa al verme hacerlo. Me contengo rápidamente y trago saliva.

—Lo siento, es un tic nervioso —contesto con una risa excitada.

—Pues relájate, porque ese tic nervioso me está volviendo loco.

Al oír eso, una placentera punzada se concentra en mi parte más íntima. El corazón se me dispara de repente y vuelvo a humedecerme el labio intentando controlarme.

—Silvania —me llama la atención de nuevo, arrastrando las sílabas de mi nombre.

Cierro los ojos, como cuando haces algo mal y quieres parar y pedir disculpas de alguna manera.

—Vale, vale. Perdona, es difícil de controlar, ¿sabes? Me pones nerviosa.

Me sonrío con su media sonrisa y yo se la devuelvo frunciendo los labios, intentando evitar mordérmelos de nuevo.

«Lo que es difícil de controlar, es el hecho de no echarte encima de él ahora mismo», me suelta mi erótica aliada interna y yo no puedo hacer más que darle toda la razón.

—Bien, empecemos. Cuéntamelo todo.

Los dedos de Lucas comienzan a teclear en el ordenador a toda velocidad mientras le expongo lo sucedido la noche anterior.

Quizás haya pasado más de una hora desde que entramos aquí. Lucas está terminando de transcribir mi declaración, se le ve bastante incómodo y tenso, incluso diría que más que yo, después de recordar cada instante del incidente de ayer.

Me saca una copia y me acerca un bolígrafo.

—Léelo detenidamente para verificar que está todo correcto y luego firmalo.

Sigue serio y su hastío es bastante notorio. Por una parte lo entiendo, debe ser difícil escuchar el otro enfoque de un hecho que él ha vivido y que de alguna manera le afectó.

Tomo la hoja que ha dejado encima de la mesa y la leo con atención. Ya de por sí, ha sido duro recordar lo que ocurrió anoche, para que encima ahora tenga que leer cada detalle plasmado en un papel a modo de historia. Es como el capítulo de un libro que no tengo ganas de leer, pero debo hacerlo.

Cuando termino de repararlo todo, tomo el bolígrafo que está frente a mí y plasmó mi rúbrica a pie de página. Suelto de nuevo el bolígrafo y doy un suspiro de alivio, por haber terminado con todo esto de momento. Levanto la mirada y veo a Lucas mirándome con ojos sibilinos, intentando leerme el rostro.

—¿Estás bien?

—Sí. Bueno eso creo. Es complicado.

—Lo sé. Pero no estás sola.

Su rostro es más amable. Bajo la mirada, un poco perdida. No sé qué pensar sobre eso. En ese momento llaman a la puerta. Los dos miramos hacia ella y, tras abrirse, aparece la despampanante morena de antes. Mi cuerpo se tensa automáticamente.

—Disculpa que te moleste, Lucas. No sabía que estabas ocupado.

—Pasa Karen, no pasa nada. Ya casi hemos terminado.

Entra y se acerca hacia la mesa contoneando sus caderas hasta ponerse justo al lado de Lucas. Levanto una ceja estupefacta.

Pero, ¿esta de qué va?

Ni «hola», ni «buenas tardes», ni nada. Que yo sepa sigo aquí y no soy invisible. Qué poquito respeto. Estúpida engreída.

Mi tensión, se ha convertido en antipatía.

—Lucas, necesito que me firmes estos documentos.

—¿Qué son?

—Son los resultados de las pruebas de lo que encontramos la semana pasada en *La Dolce Vita*.

Lucas coge la carpeta que Karen le pasa y le echa una ojeada rápida, pero con atención, a todo su contenido. Puedo notar a Karen bastante efusiva mientras se apoya en el respaldo de la silla de cuero negro.

—¿Dónde están los de la *Mandala* y la *Mae West*?

—Aquí.

Karen se agacha todo lo posible para buscar entre los papeles de la carpeta, pero parece que su intención es ponerle las tetas en la cara a Lucas. Frunzo el ceño. ¿Pero qué...? Ahora mi antipatía se junta con la desaprobación. Me remuevo en mi asiento, estoy demasiado inquieta e incómoda por la situación, como para quedarme quietecita en la silla, pero no puedo hacer nada.

Me encantaría saltar por encima de la mesa y arrancarle de un tirón su preciosa melena, mientras la arrastro hasta la otra punta del despacho, pero por desgracia, tengo que contenerme.

Aún no sé que hay entre Lucas y yo y tampoco es plan de hacer una escenita de celos.

—Sé que esto no te corresponde a ti, pero Carbajal no está y...

—Lo sé, soy el inspector en funciones. Has tenido suerte que haya venido en mis horas de descanso.

—Pues sí —dice mientras le coloca una mano en su brazo—. Pero no te preocupes, si quieres me espero a que llegue Carbajal.

¿Y tú quieres que yo te arranque la mano?, digo para mis adentros, levantando una ceja quisicosa y poniéndole cara de pocos amigos.

—No, déjalo. Yo lo firmo, pero enséñaselo a él en cuanto llegue —contesta de forma autoritaria.

Ella se sonroja y se pone un poco más alterada cuando nota que sus ojos ámbar la atraviesan con mesura.

—Entendido.

Lucas coge de la mesa el bolígrafo que yo solté antes, firma la documentación y se la devuelve a Karen. Luego sale del despacho con el mismo contoneo de caderas con el que entró y yo no puedo reprimir una mirada crítica hacia ella. Aunque ni se inmuta, porque no se digna ni a mirarme.

Vuelvo a girar la cabeza y encuentro a Lucas mirándome con las cejas levantadas.

—¿Qué ocurre?

—Nada —digo encogiéndome de hombros, intentando parecer indiferente.

—No me lo creo.

Se levanta de su asiento, bordea su escritorio y se coloca frente a mí, dejándose caer en los reposabrazos de mi silla.

El tener su cara tan próxima hace que me altere por completo, se me eriza todo el vello de la piel, el corazón comienza a bombear a la máxima potencia y el abdomen se me tensa llenándose de una dulce sensación. Echo mi cabeza hacia detrás, por una parte para enfocar su rostro, y por otra, con la intención de contener mis ganas de besarlo. Trago saliva y abro parcialmente mis labios para poder respirar con mayor facilidad.

—¿Qué te inquieta, Silvania?

Bajo la mirada, pensativa. No puedo decirle que me he puesto celosa de su compañera. Ni siquiera tengo derecho de ponerme así, por más que se le insinúe. Él es libre y ella supongo que también, pero no he podido evitarlo.

Miro en dirección a la puerta con recelo, cierro los ojos y me humedezco los labios. Cuando vuelvo a abrirlos, tengo ante mí unos ojos oscuros de concupiscencia. Golosos de pasión.

—No hagas eso —dice en tono amenazantemente lento y con voz ronca.

—Lo siento —respondo ávida.

Frunce el ceño y arquea una ceja.

—¿Y bien?

Sigue esperando una respuesta y no sé cuál darle. Supongo que la sinceridad será la mejor opción. Respiro hondo.

—Sabes que le gustas, ¿verdad?

Lucas me mira sin comprender.

—¿A quién?

¿A quién va a ser? A veces los hombres son cortitos.

—A Karen.

Ladea la cabeza y se queda por un momento pensando.

—¿Y tú, cómo has llegado a esa conclusión?

¿Me lo dice en serio? ¿Es que acaso no es obvio?

—Soy mujer, ¿recuerdas? Sé cuáles son nuestras armas de seducción y cómo se utilizan.

Entrecierra los ojos y se me queda mirando muy atento.

—¿Y cuándo se supone que voy a ver yo las tuyas?

Trago saliva. De pronto se me ha secado la boca. Noto como el suelo se mueve a mis pies. ¿Cómo puede decirme eso?

—Eh... ¿Qué?

Me lanza una sonrisa perversa que me recorre todo el cuerpo.

—Puedes quedarte tranquila. Karen no es mi tipo.

Levanto una ceja incrédula. ¿Que no es su tipo? Karen es el tipo de cualquiera. Yo quisiera tener su tipo. ¿Es que está ciego?

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y quién es tu tipo?

«¡YO! ¡YO! ¡YO! ¡YO!», la suprema sexual grita, seguida de mi pequeña mini yo; ambas levantando las manos para hacer señales de atención, mientras pegan grandes saltos. ¡Vaya par! Qué vergüenza.

—Suelo fijarme en las que hacen que me sienta a gusto en su compañía y con un poco de carácter. No me gusta aburrirme y necesito que en la relación haya algo de azúcar... sal... y un poco de picante. Todo en su justa medida.

Su voz ronca entra por mis oídos y noto cómo me humedezco. Dios mío, me está poniendo a cien.

Sus ojos me atraen como un imán. Tomo aire y me acerco lentamente. Estoy decidida, esta vez me toca a mí dar el paso. Mi nariz roza la suya suavemente, miro hacia sus carnosos y apetecibles labios e inclino la cabeza mientras me voy acercando poco a poco. Cierro los ojos y...

Un toque en la puerta vuelve a sonar. Me quedo congelada y mi respiración se para. Lucas apoya su frente en la mía y yo junto las cejas por el dolor del momento robado. Estuvo tan cerca. Se incorpora y se acomoda la camisa mientras que yo me quedo con la mirada perdida.

—¿Sí? —dice con voz cortante.

Karen vuelve a entrar y asoma la cabeza.

—Lucas, Carbajal ha llegado y quiere verte.

—Dile que en cinco minutos estoy en su despacho.

—Bien.

Karen se queda allí parada. Me mira de arriba abajo, quizá por primera vez. Parece perdida.

—¿Algo más, Karen?

—Eh... no —murmura nerviosa—. Se lo diré.

Me echa una última ojeada, sale y cierra la puerta. Me parece que se ha dado cuenta de lo que estaba pasando y no le ha sentado nada bien.

¿Qué estoy haciendo? Hasta ella misma se da cuenta que no soy el tipo de mujer que él necesita.

Lucas se pone en cuclillas delante de mí y echa un vistazo a su reloj.

—Voy a ir un momento a hablar con el inspector Carbajal. Cuando vuelva, te acerco a casa. —me comenta mientras vuelve a levantar los ojos hacia mí.

Frunzo los labios. No. Esto debe acabar aquí. No hay manera, ni forma de que esto sea real. No soy con la que tienes que estar.

—No te molestes.

Tengo que salir de aquí y alejarme de él, antes de que esto vaya a más y me ilusione con algo que sé que no va a ninguna parte.

—¿Qué quieres decir? —pregunta extrañado.

—Será mejor que me vaya ya. Tienes trabajo y no quiero importunarte por más tiempo.

—Silvania, tú no me molestas.

Me levanto como puedo de la silla intentando no tirarlo al suelo. Él se levanta también y se acerca a mí, cogiéndome del brazo.

—Silvania no te vayas. Por favor —dice con desazón.

Miro hacia el suelo. No puedo mirarlo a los ojos sin vacilar.

—Estoy cansada y solo me apetece llegar a casa, darme una ducha y dormir un rato. Cogeré un taxi, no te preocupes.

Levanto la vista y me decido a mirarlo. Su semblante atónito, me mira sin poder creer lo que le estoy diciendo.

Realmente, yo tampoco me lo creo. No me voy por tu culpa, Lucas, pero será lo mejor. No quiero hacerme ilusiones y que luego me hagan daño. No puedo seguir con esto.

—Gracias por todo, Lucas.

Me acerco a su mejilla y le doy un beso casto y dulce, pero que, en realidad, quiere resbalar hasta sus labios.

Créeme si te digo, que esto me duele más a mí, que a ti.

—Que tengas un buen día.

Suspiro y me giro en dirección a la puerta.

Perdóname, Lucas.

Capítulo 15

Cuando llego a casa, suelto mi bolso en el suelo y las llaves en la cesta. Me dirijo al baño y abro el grifo de la ducha. Me quito la ropa y me introduzco en ella, situándome debajo del chorro de agua caliente. De súbito, se me comprime el pecho, me duele y me cuesta respirar. Comienzo a llorar, afligida. Voy perdiendo las fuerzas y caigo de rodillas mientras el agua me cae por todo el cuerpo. Solo quiero limpiar esta sensación de angustia de mi cuerpo. Solo quiero llorar y olvidarme de todo, olvidarme de él.

Tras media hora de interminable llantina bajo el agua, salgo un poco más tranquila y desahogada. Me seco con la toalla y me cepillo el pelo mojado. No me apetece secármelo, así que decido dejármelo suelto, para que se seque solo. Me coloco mi bata gris y unas braguitas y me dirijo al sofá con la intención de ver un rato la televisión. Entonces escucho el cierre de una puerta en el piso de abajo.

Lucas.

Se me tensa el vientre al darme cuenta que solo nos separan unos pocos metros. ¿Habré metido la pata?, pienso irremediablemente.

En realidad me encantaría estar con él, volver a besarlo y sentir de nuevo sus caricias.

«No, Silvania. Has hecho lo correcto», me espeta mi pequeña mini yo.

Sí, quizá lleve razón, pero echo tanto de menos esas caricias... Ese beso. Entonces a mi mente trabajadora se le ocurre una idea. Quizá sea de locos. Quizá no funcione, pero no pierdo nada por intentarlo.

Me acerco al aparador, abro uno de los cajones y saco mi reproductor de mp3, busco desesperada la canción *Qué más da* de Ha-ash con Joy Huerta y Julio Ramírez. Conecto los altavoces y le doy al *play*.

Me apoyo en la barra de desayuno, expectante. La guitarra comienza a sonar y una dulce balada se escucha. Poco a poco, voy recreando la canción en mi mente.

*¿Qué más da que encuentres tu otra mitad,
si por sorpresa termina siendo mitad de alguien más?...*

La angustia me pesa. Solo espero que esto funcione y que me responda de alguna manera, si no... todo habrá acabado definitivamente.

*...¿Qué más da mi amor darte hasta el final,
si este corazón ya tiene sentido bandido de ti?...*

Exactamente es como me siento.

*...¿Qué más da? Ya soy una tonta más,
que en este amor de cuento ha caído contigo por fin...*

Esto es tan nuevo para mí. Quiero alejarte de mí... Pero deseo tanto que estés conmigo.

*...Y ahora mírame aquí,
residente del lugar del que huí.
Ya no sé vivir sin ti,
Ahora soy de la que un día me reí.
Lloro porque sí. Me haces sonreír...*

Suspiro. Por favor. ¿Dime qué hago contigo? Dime que me estoy equivocando al dejarte ir. ¡Dime que quieres estar conmigo! Los minutos van pasando y no obtengo respuesta. Nada. Quizá no ha entendido mi mensaje. O quizá... No sienta lo mismo que siento yo. Ni siquiera ha subido a saber cómo estoy, o a saber por qué me fui de la comisaría de aquella manera.

Cierro los ojos, me siento vacía por dentro y una lágrima escondida sale, deslizándose lentamente por mi mejilla. En lo más profundo de mi interior, lo sabía. Era lo más lógico. ¿Por qué me afecta tanto? Odio esta sensación. No la quiero. No quiero que me duela.

«Te has enamorado, Silvania. Él ha conseguido atraparte y no lograrás escapar tan fácilmente», me susurra mi pequeña mini yo, compadeciéndose de mí, mientras que mi suprema sexual, se suena los mocos a la vez que me brinda un pañuelo para limpiar mis lágrimas amargas.

Entonces, sin esperar nada más, una canción, *Tu jardín con enanitos* de Melendi comienza a sonar y su letra entra por mis oídos como agua de mayo en tierra de sequía, regando mi corazón y devolviéndolo a la vida.

*Hoy le pido a mis sueños que te quite la ropa,
que conviertan en besos
todos mis intentos de morderte la boca...*

Un escalofrío me recorre la espina dorsal y me eriza el vello.

...Yo hoy le pido a tu ángel de la guarda que comparta...

Al escuchar esa frase, no puedo reprimir una sonrisa. Él es mi ángel de la guarda. No hay nadie más a excepción de Chris y con él no hay mucha competencia.

*Y es que yo no quiero pasar por tu vida como las modas
No se asuste señorita, nadie le ha hablado de boda.
Yo tan solo quiero ser las cuatro patas de tu cama,
tu guerra todas las noches, tu tregua cada mañana...*

¡Dios mío! ¿Me lo está diciendo de verdad?

*...Quiero ser tu medicina, tus silencios y tus gritos.
Tu ladrón, tu policía, tu jardín con enanitos...*

Desde luego, ha escogido una canción muy acertada.

*...Y aunque entiendo que tú,
serás siempre ese sueño que quizás
nunca podré alcanzar...*

¿Yo un sueño inalcanzable? ¿Se está quedando conmigo? El inalcanzable es él.

*...Quiero que seas mi rosa y mi espina,
aunque me hagas daño...*

¿Daño, yo?

*...Quiero ser el mar
dónde puedas ahogar todos tus males...*

Esto no puede ser cierto. El corazón no deja de palpitarme a un ritmo frenético. No solo ha entendido mi mensaje, sino que también me está contestando igual. No me lo creo. No sé si ponerme a saltar, a bailar, o ponerme a pegar gritos... Me he quedado atrapada por la sorpresa. ¿Cómo puede ser posible, que haya elegido precisamente esta canción, que expresa de forma tan detallada un sentimiento tan profundo? ¿Será real? ¿Me lo estará diciendo enserio? Si él realmente quiere ser todo eso por mí... yo me voy a subir por las paredes por la euforia

Justo antes de que termine la canción, escucho que llaman a la puerta. El corazón me da un vuelco, el pánico me invade de repente y no sé qué hacer.

«¡Corre!», se apresura a decir mi pequeña mini yo, y yo, obediente, le hago caso, nerviosa.

Me dirijo hacia la puerta y la abro sabiendo a ciencia cierta que es Lucas el que está detrás de ella. Y no me equivoco.

Los dos nos miramos expectantes, observándonos el uno al otro con la respiración alterada, llamándonos con la mirada. Y entonces, Lucas se abalanza sobre mí, me recoge la nuca con sus manos firmes y antes de que me dé cuenta, me besa frenéticamente. El movimiento me pilla por sorpresa y de repente noto todo su cuerpo pegado al mío. Estoy tan excitada, que me quemó por dentro con mi propia sangre. Mis manos suben hasta su cabeza buscando su pelo suave, quiero agarrarlo con fuerza, enredarme en él y sentir que esto no es un sueño.

No por favor, qué no lo sea.

Lucas gime de forma placentera y su sonido me tensa mi punto crítico. Sin dejar de besarme, me toma de la cintura con una mano y con la otra, cierra la puerta de un portazo, mientras me obliga a caminar hacia atrás en dirección al dormitorio. Mi lengua, igual de impaciente que la suya, se une a ella y se entrelazan en una erótica danza de caricias, roces, sabores y sensaciones. Gimo de placer. Su abrazo hace que el alma me tiemble. El sentir sus manos en mi espalda, aunque sea por encima de la tela, agarrándome fuerte como si quisiera fundirse conmigo y no dejarme escapar, es lo que me lleva hasta otro universo paralelo. Noto su erección sobre mi vientre. Madre mía... Sí que me desea y esta vez es real.

—Te... necesito... Silvania —murmura entrecortadamente sin apartar sus labios de los míos.

Esas palabras consiguen que mi organismo se convulsione de placer y que un escalofrío me recorra todo el cuerpo. El corazón me late a toda prisa.

—Y yo a ti —contesto en un susurro espirado.

Me chupa el labio inferior y tira de él con los dientes suavemente. Gimo de nuevo y el sonrío.

—Quiero estar contigo, nena. Quiero llevarte hasta más allá de los confines. Déjame hacerlo, déjame perderme en ti, ahora.

Sus palabras se vuelven fuego en mi interior.

Cómo para no hacerlo, si yo lo estoy deseando al igual que tú.

—Sí, por favor.

Noto su sonrisa triunfante mientras introduce sus dedos entre mi cabello, aún húmedo. Abro los ojos y percibo su mirada intensa, brillante, ardiente... excitada. Respiro entrecortadamente y no consigo apartar los ojos de él. Un deseo caliente e intenso se apodera de mi cuerpo y me invade el vientre.

Oh, es tan sexi y seguro de sí mismo.

Me sujeta la cabeza y vuelve a besarme, pero esta vez más despacio. Mis ojos se cierran y me dejo llevar entre sus labios persuasivos. La otra mano me empuja con fuerza contra su cuerpo. Noto su erección, deseosa de salir, empujando contra mi cuerpo. Vuelvo a gemir sin apartar los labios de su boca. Me recorre lentamente la espalda, por el filo de la columna vertebral hasta llegar a mi cintura. Me está costando la misma vida resistir las sensaciones, extremadamente desenfrenadas, que van a conseguir que llegue al clímax antes de tiempo. Me estoy volviendo loca.

Muy despacio, me deja caer sobre la cama, mientras seguimos besándonos y él se coloca encima de mí.

—¿Tienes idea de la sed que tengo de ti? ¿De lo mucho que te deseo?

Me muerdo el labio, intentando calmar mi respiración acelerada.

—No te muerdas el labio, Silvania. Me vuelve loco.

Me acaricia suavemente la mejilla con los dedos de la mano que sujeta mi cabeza. Pasa su pulgar por mi labio inferior y luego baja por mi cuello sujetándome la mandíbula y obligándome a ladear la cabeza, mientras él comienza a besarla y a mordisquearla centímetro a centímetro. Yo me retuerzo de placer. El dolor es tan dulce y tan exquisitamente agudo, que todos mis músculos se tensan, incluidos los que ni siquiera sabía que tenía.

Siento cómo inspira profundamente, queriendo embriagarse de mi olor... Cómo suspira.

Mis manos buscan su espalda desnuda, pero me perco de que aún sigue con la camisa puesta, así que tiro de ella para quitársela. Se levanta, sentándose a horcajadas en mis caderas y obligándome a saltarlo. Se quita la camisa él mismo, pasándosela por la cabeza y la tira al suelo. Su torso es impresionante, perfectamente definido y fuerte, con unos abdominales de infarto. Trago saliva. Se inclina de nuevo y vuelve a besarme la comisura de la boca, la barbilla, la mandíbula y continúa.

Ahora sí tengo su espalda a mi antojo. Mientras él se entretiene con el lóbulo de mi oreja, lo agarro por detrás desde los hombros y tiro hacia abajo clavándole mis uñas, arañándolo como gata en celo y él ruge de placer, pasando de una respiración entrecortada a jadeos sedientos.

Me desabrocha la bata, y deja expuesta toda la parte superior de mi cuerpo.

—Parece que tú también te muerdes de ganas. Me alegra saber que no soy el único —dice al ver los pezones endurecidos de mis hinchados pechos.

Me chupa lentamente un pezón, mientras desliza una mano hacia el pezón de mi otro seno, lo rodea y tira de él muy despacio. Noto sus hábiles dedos y su juguetona lengua que me lame despacio y me oprime con los labios a la misma vez que me pellizca con su mano, encendiendo hasta el límite mis terminaciones nerviosas. Gimo y jadeo de placer. Una dulce sensación viaja por todo mi cuerpo hasta llegar a la ingle, haciendo que mi cuerpo se convulsione ligeramente.

Oh, Dios mío... esto es una tortura.

Apoyo las manos en su cabeza, agarro su pelo y tiro de él con fuerza. Lucas gime intensamente, probablemente de dolor, pero me da igual. Aun así, no se detiene y continúa con su perita labor.

Aunque su mano sigue en mi pecho, apretando con su pulgar e índice mi pezón, ya sensible, su boca se detiene y se desliza poco a poco por mi vientre, realizando

un camino con su lengua hasta llegar a la cintura. Me desprende del resto de la tela de la bata y continúa el camino pasando por mi ombligo, hasta llegar a un lado de mi cadera, que mordisquea dulcemente y, luego, se desliza por mi barriga hasta llegar al otro lado de la cadera y vuelve a hacer lo mismo. Jadeo muerta de deseo. No consigo estarme quieta y me revuelvo debajo de él, al concebir una quemazón delirante entre las piernas.

Me arde cada centímetro de piel que él ha recorrido. Siento un calor sofocante. Lucas me suelta el pezón que aún mantenía sujeto y, recorre con la palma de la mano todo el camino dibujado. Luego, se desvía por cada lado de mis caderas, bajando lentamente por mis muslos, las rodillas, los gemelos y por último los tobillos, los que me sujeta con fuerza y tira de ellos, haciendo que coloque la planta de mis pies encima de las sábanas. Dejándome las piernas ligeramente separadas y con su cuerpo entre ellas.

Continúa besando, lamiendo y mordisqueando el interior de mis muslos, mientras que con las manos vuelve a hacer el mismo recorrido que antes pero a la inversa. Pasa varias veces su nariz por el vértice de mis muslos, cruzándose de uno a otro por encima de la costura de las bragas, haciendo que suspire profundo en cada pasada, al notar en lo más recóndito de mis partes íntimas. En una de ellas se detiene y coloca la punta de la lengua justo en el extremo de mi clitoris.

—Ah... —clamo sin remedio agarrando con fuerza las sábanas y subiendo mis caderas.

Dios, esto es una agonía.

Aprovecha que tengo el cuerpo en alto, para bajarme las bragas y me las quita.

Comienza a masajearme lentamente y, a continuación, introduce un dedo dentro de mí, suave. Lo saca y lo vuelve a meter, pero esta vez, con ímpetu. Yo grito y me retuerzo mientras que sigue haciéndolo.

—Estás muy húmeda, Silvania. Ahora te deseo mucho más.

Una de las veces, se detiene dentro y comienza a moverlo de un lado a otro, hasta que por arte de magia encuentra el punto más escondido. El siempre inexistente... Pero en esta ocasión mi desconocido «punto G», ha querido dar la cara. Se detiene en él y lo presiona sutilmente.

—Oh... Por favor —le imploro abriendo los ojos.

Veo su sonrisa traviesa. Entonces, Lucas vuelve a poner su lengua sobre mi sexo y comienza a trazar círculos alrededor de él, mientras que va presionando con el dedo dentro de mí. Las sensaciones se acumulan, como un remolino junto a su mano y su boca. La mano que tiene libre, sube de nuevo lentamente por mis caderas y mi vientre y empuja. Cierro los ojos apretándolos con fuerza y contengo la respiración. Tiro la cabeza hacia atrás.

—Ríndete, nena.

Mi cuerpo se agita por el remolino, ahora convertido en tornado, se tensa y estalla en mil pedazos al escuchar su voz. Busco a tientas su mano y la agarro con fuerza mientras el efecto del orgasmo va cesando gradualmente. Él, también me la agarra fuertemente hasta que me relajo.

¡Dios mío! Ha sido fantástico.

Me ha dejado completamente exhausta. Me falta el aire.

Lucas me suelta la mano, mientras que vuelve a besarme los muslos antes de ponerse de pie frente a mí. Me mira con una sonrisa satisfecha.

—¿Estás cansada?

—Estoy agotada —digo sonriendo entre jadeos.

Mi respiración es todavía irregular.

—Estás bastante receptiva.

—Yo mejor diría que eres bastante mañoso. Te las apañas bien —le digo de forma entrecortada y con una sonrisa indiscutiblemente plena.

Sonríe divertido, a la vez que se va quitando las zapatillas y desabrochando los botones de los vaqueros. Se los baja lentamente y se los quita muy despacio sin apartar sus ojos de los míos. Se quita los calcetines y los introduce dentro de las zapatillas, y por último, se baja los bóxer negros, liberando su erección. Se los quita y los aparta con el pie. Yo me ruborizo nada más verle.

¡Madre de Dios! Trago saliva. Por fin, después de ocho meses de espera, voy a despojarme de mis telarañas. Y menudo plumero me he buscado para limpiarlas.

En su mano, tiene un paquetito plateado, lo abre y saca un condón. Se arrodilla a los pies de la cama y lo desliza por su largo miembro. Pone sus manos en mis rodillas y abre mis piernas dejando el espacio suficiente para su cuerpo. Se inclina sobre mí y avanza por la cama entre ellas. Apoya sus manos junto a mi cabeza, quedándose suspendido por encima de mí. Me mira con ojos apasionados y ansiosos.

—¿Estás preparada?

¿Se está quedando conmigo?

—¿Sabes? No quiero parecer desesperada, pero te necesito a ti y ahora, dentro de mí. Hazme caso, estoy más que lista.

Lucas se ríe, enseñando sus preciosos dientes perlados y luego me besa. Noto en su boca, el sabor ácido y salado del fluido de mi entrepierna. Coloca la punta de su miembro erecto delante de la entrada de mi sexo y me penetra bruscamente.

Mi espalda se arquea por completo y me agarro a sus musculosos brazos con fuerza. Intento inhalar una bocanada de aire, pero se me ha cortado la respiración. Lucas gime deliciosamente y eso me excita aún más. Me siento llena por dentro. Retrocede con exquisita lentitud y vuelve a penetrarme con fuerza. Esta vez consigo gritar de satisfacción. Vuelve a retroceder y a penetrarme de nuevo cogiendo el ritmo y moviéndose sin pararse en ningún momento. Yo levanto un poco mis caderas y él acelera el ritmo. Gimo y él también mientras me embiste enérgicamente. Se levanta y se apoya en sus piernas, me coge de las caderas y tira de ellas con fuerza elevándose un poco más. Me mantiene en esa posición, apoyando sus manos en mi trasero, que aprieta con afán. Noto su pene mucho más intenso, clavándose en lo más profundo de mí. Algo empieza a crecer en ese punto a medida que me penetra una, otra y otra vez. Me tiembla todo el cuerpo por la adrenalina y noto la tensión de nuevo. Estoy chorreando de sudor. La respiración vuelve a estar acelerada. Mis pulmones necesitan aire y mi corazón ya no puede ir más rápido. Esto es un gustazo. Cómo lo echaba de menos. La sensación sensual y sexual que hay en mí interior consigue que mi cuerpo comience a convulsionar. Estoy a punto de llegar.

—Déjate llevar, cariño.

Mi espalda vuelve a arquearse, solo con escucharle hablar, me dejo ir, llegando a un impresionante clímax.

—¡Lucas! —grito sin poder contenerme.

—¡Oh, Silvania! —grita él, dando un par de embestidas más y se detiene, quedándose inmóvil mientras se vacía en mí.

Lucas se inclina de nuevo y se deja caer en uno de sus codos, agotado. Noto su peso encima de mí. Sus jadeos al compás de los míos. Tiene los ojos cerrados, concentrado, intentando ralentizar su respiración irregular y sus latidos. Yo me voy relajando despacio pero gradual. Toma una bocanada de aire y exhala lentamente. Entonces abre sus ojos turbios. Me sonrío dulcemente y comienza a salir de mi cuerpo. Lo noto tan caliente. Se acerca a mí y me besa complaciente.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca.

Esa es toda la verdad.

Capítulo 16

Mi pulso acelerado va calmándose lentamente y mi respiración va volviendo poco a poco a ser estable.

Ha sido asombroso. Es sin lugar a dudas el mejor polvo que he echado en mi vida. Veo a la suprema que hay en mí, tirada en el diván, corroborando mis pensamientos, mientras se abanica tratando de apaciguar el sofoco.

Lucas se acomoda junto a mí, a un lado de la cama y se apoya en uno de sus codos dejando caer la cabeza en la palma de su mano. Sus ojos me miran con ternura y cautela y yo, como una tonta, no puedo dejar de sonreírle.

Aún no me lo creo. ¡Acabo de hacer el amor con el hombre más sexi y guapo del mundo!

—¿En qué piensas? —me pregunta intrigado.

Que soy la mujer más feliz del universo ahora mismo. ¿Qué crees que voy a pensar?

Bajo la mirada y muevo la cabeza en señal de negación. No puedo decirle lo que pienso. Eso es secreto de mujer. Me sonrojo.

—Eso no es justo. —Sus ojos brillantes me escrutan sin piedad—. Eres muy difícil de analizar.

¿Qué yo soy difícil de analizar? ¿Acaso no se me nota la inmensa felicidad que siento en estos momentos?

—Estoy bien. De hecho, estoy extraordinariamente bien. Ha sido increíble.

Lucas sonríe victorioso.

—Sí, lo ha sido. No puedo estar más de acuerdo contigo.

Esto no puede ser verdad. Realmente parece un sueño. Un sueño que por fin se ha hecho realidad. Y es algo que me da que pensar. Bajo la mirada y frunzo el entrecejo y un hilo de preocupación asoma por mi mente. ¿Y si es solo otra ilusión más? ¿Y si todo esto es pasajero?

—¿Qué ocurre?

Vuelvo a mirar a Lucas que me observa preocupado.

—¿Por qué yo, Lucas?

—No te entiendo.

Dudo por un segundo.

—Bueno, puedes tener a cualquiera. ¿Por qué yo?

Su mirada se suaviza.

—No lo sé. Eres especial.

Sus palabras me acarician sin querer y el placer vuelve a invadirme el vientre como mariposas revoltosas.

—Pero yo no soy como Karen. En fin, mírame, soy una chica del montón.

Entonces su mirada cambia y, ahora, sus ojos inquebrantables me observan firmes.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que no tienes un cuerpo como el de Karen?

—Es que no lo entiendo. No soy el prototipo de chica que suele pegar con un hombre como tú.

Lucas suspira, acerca una mano y me pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja.

—No seas tan implacable contigo misma. Eres guapa, inteligente y divertida. Eres capaz de encontrarle soluciones a todos los problemas, aunque sean las soluciones más absurdas, estúpidas y peligrosas del mundo.

Sonríó irremediablemente.

—Eres fuerte, personalmente hablando y no te achantas ante nada, ni nadie, pero luego sale tu parte sensible, en ocasiones susceptible y delicada. Eres como un cachorro que necesita cariño y ternura.

—¿Me estás llamando perra? —le digo socarrona.

Lucas me sonríe y mueve la cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo? Te estoy colmando de halagos y a ti solo te preocupa si te he llamado perra.

Los dos nos reímos distraídos.

—¿Ves como eres divertida? Y eres mucho más. Sobre todo, eres irresistiblemente sexi y fogosa.

Noto como me arden las mejillas de repente.

—Tú eres el prototipo de cualquier hombre listo, Sylvania. Es todo eso lo que me gusta de ti.

Lo ha dicho. Ha dicho que le gusto. ¡Por Dios, me va a dar un ataque!

Nos quedamos por un segundo mirándonos fijamente, afables y luego me besa con ternura, llevándome de nuevo al paraíso.

Cuando aparta sus labios de los míos, mi cuerpo se estremece, implora más y se encarga él solito de hacérselo saber cuando mis pezones vuelven a endurecerse. Cuando abro los ojos, veo su sonrisa pícaro plasmada en su cara.

—Eres insaciable.

Le brindo una sonrisa extenuada.

—La culpa es tuya. Eres tú el que me pone así.

Se inclina para darme un tierno beso en la frente.

—Descansa un rato. Se te ve realmente agotada. Tienes que dormir.

—No puedo. Tengo que prepararme para esta noche.

—¿Qué pasa esta noche?

—He quedado con unos compañeros para tomar unas copas en el *Stronger*.

Su cara se torna un poco preocupada.

—¿A qué hora has quedado?

—A las nueve viene Christian a recogerme.

Lucas mira su reloj y luego vuelve a mirarme a mí con una expresión más templada.

—Son poco más de las seis y media. Te prometo que te despertaré dentro de una hora, pero debes dormir algo.

Me quedo pasmada por lo que acabo de escuchar. Me incorporo y lo miro con los ojos exageradamente abiertos.

—¿Vas a quedarte?

—Sí, ¿por qué? ¿No quieres que me quede?

—Sí, sí, sí. No me interpretes mal, pero bueno, pensaba que...

—Lo dudabas. Después de todo lo que te acabo de decir, aún lo dudabas.

Sé que está de coña, pero parece que me lo está diciendo como si realmente le molestara.

—No, no es eso. Bueno sí. Quiero decir, que pensaba que tenías que trabajar.

—Sí, pero entro a las diez. Así que si te apetece, me puedo quedar contigo un rato.

Mi querida Venus interna da saltos de alegría. Miro a Lucas agradecida y me acerco para darle un pequeño beso. Él me abraza y yo me acurruco entre sus brazos, apoyándome en su pecho.

—Duerme preciosa —me susurra y me besa el pelo.

Los latidos de su corazón, son como el tic tac de un reloj. Palpitaciones de percusión amortiguada y constantes en el ritmo. Es un sonido hipnótico. Mi somnífero sin receta. Cierro los ojos aletargada y me dejo llevar por los brazos de Morfeo.

Capítulo 17

Unos dedos suaves me acarician el pómulo. Luego noto como unos labios tiernos se posan con delicadeza en los míos. ¿Sigo soñando? No quiero despertarme, quiero seguir disfrutando de los mimos.

Sollozo.

—Nena, despierta —me dice Lucas en voz baja.

Gruño. No quiero volver al mundo real y encontrar que la verdadera realidad es ilusoria. Quiero seguir soñando en mi mundo de hadas.

—No —respondo haciendo pucheritos suplicantes.

—Venga, dormilona, despierta o no te dará tiempo de prepararte —me dice regándome de besitos por toda la cara, comenzando desde la sien, hasta llegar de nuevo a mis labios.

Entonces levanto los brazos y envuelvo su cara con mis manos, reteniéndola para que no vuelva a alejarse de mí y le doy un cálido beso, que él me devuelve.

Cuando dejo de notar su suave roce sobre mi piel, abro los ojos a regañadientes. Encuentro a Lucas de pie frente a mí, casi vestido. Frunzo el ceño ligeramente.

—¿Te vas? —digo con voz de dormida.

—Sí. Me han llamado de la comisaría y tengo que ir —comenta mientras se termina de abrochar los botones de la camisa.

—Pero dijiste que entrabas a las diez.

Se acerca de nuevo a mí y me da otro beso.

—Es importante. Pero antes bajaré para darme una ducha y cambiarme de ropa, estoy bastante pegajoso. Te dejaré para que te arregles tranquila.

Lo miro con cara de desaprobación y un tanto desilusionada, aunque sé que de todas formas se tenía que ir más tarde o más temprano.

—Eh... —Me regala su media sonrisa que siempre me desarma—. Que no me voy lejos.

Consigue sacarme una sonrisa.

—Tonto.

—¿Ah, sí? ¿Encima me llamas tonto?

Acerca sus manos y comienza a hacerme cosquillas. Su intención me coge por sorpresa y no puedo dejar de retorcerme mientras me río a carcajadas, haciendo que me espabile por completo.

—Eso tiene sus consecuencias.

—No, no, no —le imploro, pero no me hace caso.

—Pídeme disculpas —me ordena.

—Vale, vale. Perdón.

—Creo que no te he entendido bien.

—¡Perdón! —le gruño en un alarido suplicante—. ¡Por favor, para!

Lo hace, pero antes de que me dé tiempo a tomar aire, se abalanza sobre mí y se queda mirándome con ojos ardientes, suspendido encima de mi cabeza.

—¿Y si no quiero?

Mi cuerpo se tensa, noto una descarga en mi órgano carnoso que vuelve a humedecerse, la respiración se me corta y me ruborizo.

—Respira, nena.

Entonces mi cuerpo reacciona y, esta vez, soy yo la que se lanza hacia él y lo beso frenéticamente, haciéndole caer de nuevo en la cama. Aprovecho entonces para sentarme encima de él a horcajadas.

Ahora mando yo.

Mi melena, un poco despeinada, cae alrededor de nuestras cabezas, como si fuese una cortina que oculta nuestra pasión. Lucas me coge de la cintura y se deja hacer por mí. Agarro su pelo y tiro de él hacia atrás para levantarle un poco más la cabeza. Escucho su quejido frenético. Mi lengua empuja la suya y luego él instiga a la mía, avivando de nuevo la excitación de ambos. Noto en mi entrepierna el abultado miembro de la suya, consiguiendo que me emborrache de fogosidad.

Este efecto lo provooco yo. Solo yo... y me encanta. La diosa que llevo dentro ruge como una auténtica leona.

Bajo lentamente las manos por su cuello, pasando por sus hombros y llegando a sus definidos pectorales, duros como el acero. Voy lentamente desabrochando de nuevo la botonadura y le abro la camisa dejando los faldones a cada lado de sus brazos. Acaricio lentamente su torso desnudo y voy bajando, señalando con los dedos cada pliegue de sus perfectos abdominales. Le muerdo el labio inferior y tiro de él con fuerza. Lucas vuelve a gemir con ímpetu y mueve sus caderas, levantándolas hacia arriba, haciendo que su duro miembro aprisionado se clave superficialmente en mi sexo. Gimoteo.

Sigo con un reguero de besos, mordiscos, lametones y chupetones por toda la mandíbula, pasando por la oreja, hasta llegar al cuello. Lo acaricio con la nariz.

Dios, huele tan bien. Este perfume es su sello y tengo que hacerme con él.

—No me hagas esto, Silvania —me suplica con voz ronca.

Me río al escucharle, pero sigo.

—¿Seguro? —le pregunto con seguridad y sensualidad.

Sus jadeos son cada vez más notorios y eso me excita cada vez más. Quiero tenerlo dentro, sentirlo en lo más profundo.

Sigo el camino hacia su pecho hasta encontrarme con un pezón. Lo introduzco en mi boca y hago que mi lengua juguete con él, lamiéndolo con cuidado, chupándolo y mordiéndolo. Lucas suspira con ímpetu, clavándome sus dedos en la cintura. Recorro con la lengua su busto y hago exactamente lo mismo con su otro pezón... Lento, muy lento.

Entonces no puede contener por más tiempo su ansia y en un arrebato, se incorpora, me coge de la cabeza con una mano, mientras que con la otra, envuelve mi espalda empujándome hacia él y comienza a besarme ferozmente. Mi corazón va a mil por hora y las hormonas hacen que me vibre todo mi cuerpo.

Está hirviendo, aunque creo que yo estoy igual de ardiente que él. Introduce como puede una mano en el bolsillo de su pantalón y saca algo. Separa su húmeda boca de la mía y coloca frente a mi cara el paquetito del preservativo, que sostiene con los dedos índice y corazón. Jadeo tan rápido que parece que acabo de correr una maratón. Sus ojos brillan de excitación y eso consigue un efecto devastador sobre mí. Estoy a punto de estallar.

Me humedezco los labios, hinchados por el frenesí, cojo el condón y, decidida, abro el envoltorio con la ayuda de los dientes. Lucas se tumba de nuevo y yo me deslizo hacia atrás, le desabrocho el pantalón, resbalo los dedos por dentro de la cinturilla y se lo bajo de un tirón junto con los calzoncillos. Su increíble pene vuelve a surgir vigoroso. Ahora que lo tengo cerca, parece incluso más grande. Lo tomo con mano firme y paso un suave lametazo por toda la corona. Su sabor es salado. Voy besando con suma lentitud y jugueteando con mi lengua en la zona del glande y cuando menos se lo espera, me lo introduzco en la boca hasta el fondo y luego vuelvo a hacer la misma operación. Escucho cada jadeo como si fuesen ovaciones para mis oídos; estímulos para mis hormonas, que se retuercen de placer con cada gemido. Pasado unos minutos, comienzo a chupar con fuerza y a acariciarle con la lengua haciendo círculos, mientras cabeceo de arriba abajo con los labios apretados.

—Ah... —jadea enardecido.

Me siento realmente poderosa. Consigo provocarlo con solo el roce de mis labios y mi lengua.

—Silvania, para o voy a terminar corriéndome en tu boca.

Paro —muy a mi pesar—, jadeando al igual que él. Saco el preservativo del paquete plateado y se lo coloco pausadamente, recreándome en su tacto y potente dureza. Lucas cierra los ojos y vuelve a gemir, moviendo las caderas. Me quito la bata que aún llevo puesta, dejándola caer al suelo y vuelvo a colocarme encima de él, situando su bálano bajo mi clítoris. Lo miro desde arriba, como una gladiadora, saboreando mi gloriosa victoria. Apoyo mis manos en la cama, a cada lado de su cabeza y comienzo a moverme.

El exquisito roce hace que me encienda más si cabe. Nos animamos mutuamente con la mirada. Lucas tiene la boca abierta, respirando con dificultad. Puedo ver su disfrute y él se regocija con el mío.

—Me vuelves loco, Sylvania —me dice con la voz teñida de complacencia.

Ya eres mío. Tú a mí también, cariño. Tú a mí también.

Me humedezco los labios, preparada. Levanto un poco las caderas y cuando noto que estamos bien colocados, empujo hacia abajo. Como un agujijón estimulante, su pene se introduce dentro de mí, llenándome por completo. La sensación es tan intensa y alentadora, que me obliga a cerrar los ojos y los dos soltamos un quejido de placer. Echo la cabeza hacia detrás intentando tomar un poco de aire y me dejo llevar al disfrutar de la sensación de invasión. Lucas apoya sus manos entre mis caderas y mi trasero, y yo comienzo a moverme con un ritmo lento. Noto un placer doloroso pero dulce, que se propaga por todo mi vientre y luego se extiende por el resto del cuerpo.

¡Madre mía! Qué delicia. Me incorporo y me coloco en perpendicular con él. Dios, ahora lo siento aún más. Noto cómo se me clava, cómo me empala cuando llega hasta el fondo, profundo. Es una sensación abrumadora y gratificante. Me agarro con fuerza a sus antebrazos. Mientras yo me balanceo, Lucas a su vez, menea la pelvis consiguiendo que nos acoplemos en cada movimiento. Él me aprieta mucho más fuerte el culo y yo gimo.

—Nena, me estás matando —gruñe.

Su respiración es entrecortada. Entonces comprendo que es hora de poner el colofón. Comienzo a subir y a bajar lentamente y él, flexiona ligeramente las rodillas. Poco a poco voy yendo un poco más rápido, arriba y abajo, una y otra vez, pero cuando voy a bajar una de las veces, Lucas levanta las caderas chocando con fuerza contra mí y obligándome de nuevo a subir. Cogemos el ritmo insistente. Jadeo un poco cansada pero puedo notar que el clímax se está acercando.

—No aguanto más, Lucas.

—Vete, nena. Dámelo.

Solo me hace falta oír su voz para catapultarme hasta el infinito y el éxtasis llega a mí, haciéndome explotar en mil pedazos. Me aferro a sus brazos, clavándole los dedos y me corro de placer, gritando deliberadamente, mientras dejo caer la cabeza hacia atrás, dejando que mi melena se deslice por mi espalda y sus rodillas. Lucas me agarra aún más fuerte por las caderas y tira de mí hacia abajo intensamente, azuzando y provocando que él también se corra.

Me derrumbo sin remedio entre su hombro y su cuello. He perdido las fuerzas. Los dos estamos empapados y jadeando sin parar. Mi corazón, al igual que el suyo, late extremadamente rápido intentando bombear oxígeno en sangre a todas las partes de nuestros cuerpos, ahora lánguidas. Me siento consumadamente extenuada, exhausta.

Cuando Lucas recobra la compostura, me da un beso en la frente y me sonrío.

—¿Qué ha sido eso?

Lo miro extrañada y tomo aire.

—Es lo que pasa por hacerme cosquillas.

—Vaya, voy a tener que hacerte cosquillas más a menudo ahora que sé cuál es el resultado final.

Levanta la mano, me retira parte de la melena de la cara y luego la acaricia. Me mira con ojos apenados. Se vuelve y se me pone encima, para salir de mi interior a continuación.

—Tengo que irme.

—¿En serio? —digo apenada.

—Sí, en serio.

Se acerca y me besa con ternura en la boca. Frota su nariz con la mía y luego me da otro beso en la sien.

—Lo siento —susurra.

—Yo lo siento más. —Suspiro.

Se levanta y se viste acelerado. Yo me siento en la cama mirando cómo lo hace. Entonces, se acerca de nuevo y me besa dulcemente.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti.

—Ten cuidado y no liganes mucho.

—Eso será difícil. Me voy a vestir muy, pero que muy sexi —digo, obviamente exagerando, pero intentando provocarlo un poco.

Me pone su sonrisa. Para mí, la preferida.

—Ya me enseñarás el modelito. Pásatelo bien.

—Tú, no —le digo en broma.

Se ríe y se encamina hacia la puerta. Antes de salir, se gira, me mira, me guiña un ojo y luego se va.

Me tiro sobre la cama aún incrédula y con una sonrisa estúpida en la boca. No me creo que esto sea real. Estoy feliz, muy feliz. Me tapo la cara con las manos intentando apaciguar mi exaltación. Me encantaría gritar pero no quiero que Lucas piense que estoy majara. En verdad, lo único que me apetece es bailar y dar saltos de alegría.

«Pues hazlo. Te lo mereces», me anima mi pequeña mini yo.

Me levanto de la cama corriendo, me dirijo al salón para buscar mi *mp3* y rebusco en el listado. Finalmente pongo la canción de Kelly Clarkson, *Heartbeat song*. Es la más acertada teniendo en cuenta mi estado de ánimo actual. Le doy al *play*, subo el volumen y todo mi ser comienza a bailar.

Esta es la canción de mis latidos, y voy a tocarla.

Ha pasado tanto tiempo,

que había olvidado cómo ponerla...

¡Oh, sí! Por fin suenan otra vez. Fuerte, muy fuerte.

...Tú, ¿de dónde demonios saliste?

Tú eras diferente, un tipo diferente de diversión...

Diferente es poco... Lo he disfrutado, como cuando un niño disfruta con su caramelo favorito. Estaba *faltota* de verdad, pero ahora estoy bien cargada... de puro frenesí.

...Puedo sentir que aumenta

la temperatura en mi interior.

No lo había sentido desde hace mucho tiempo...

Estoy que ardo. Esto no tiene que ser bueno.

*...Hasta esta noche, solo soñaba contigo.
No puedo creer que haya respirado sin ti.
Cariño, tú me haces sentir viva y como nueva;
tráelo una vez más...*

Oh, podría hacer esto por mucho tiempo. Si es que me vuelve loca. Y yo a él. ¡Yo le vuelvo loco! No paro de sonreír, como una quinceañera que se enamora por primera vez.

Entre saltos, giros y balanceos mi cuerpo se ha fusionado con la canción haciéndome vibrar mientras recordaba la cara, los brazos y el cuerpo de Lucas. Estoy realmente cansada y me falta el aliento, pero no me importa. Me siento pletórica.

Miro el reloj, que marca las ocho en punto. Christian debe estar saliendo ahora mismo del trabajo.

Bueno, ahora que me he desahogado bailando como una desquiciada y sabiendo que Lucas ha escuchado, seguro, la canción, ya puedo irme tranquila a ducharme antes de que se me eche la hora encima. Pero entonces comienza a sonar el principio de *La promesa* de Melendi y mi cuerpo se clava en el suelo, como si tuviese zapatos de hormigón, deseosa de escuchar el contenido de la canción.

*Yo te prometo que yo seré quien cuide tus sueños.
Y cuando tú estés despierta, el que te ayude a tenerlos...*

Una enorme sonrisa de dibuja en mi cara al recordar que hace escasas dos horas ha decidido quedarse a mi lado mientras me quedaba dormida entre sus brazos.

*... Yo te prometo amor
que eres lo más bonito que he visto en mi vida...*

*... Yo te prometo que yo,
jamás te haré una promesa que no pretenda cumplir,
jamás me iré a la francesa.*

¿Me lo Prometes realmente?

*... Porque cuando un hombre ama a una mujer,
lo sabe desde el momento en que la ve...*

*... es como si le empezara a parecer
que lleva tiempo dormido,
pensando que estaba vivo...*

Me muerdo el labio, sonrío como una tonta y, comienzo a saltar excitada y desnuda, dichosa tras escuchar esas frases, que aunque dichas por boca de otro, las siento como si me las hubiese dicho él mismo. Esto es real, si, todo es real. Está pasando de verdad. Y él siente lo mismo. Estoy eufórica... ¡Y me encanta!

Es increíble cómo puede llegar a expresar una canción lo que el alma es incapaz de explicar.

Ahora puedo decir ciertamente, que muero de amor.

Capítulo 18

La música es ensordecedora y las luces de colores parpadeantes incitan a bailar. Christian y Erick han traído unas cuantas bebidas para todos. Después de soltarlas en la mesa, Chris se acerca y me pasa el brazo por encima.

—Bueno... Creo que va siendo hora de que me expliques que ha pasado con el vecinito de abajo, ¿no crees?

Lo miro y me río.

—¿Y por qué crees que ha pasado algo?

—Silvania, te conozco como si te hubiese parido. Bueno, en verdad, te conozco mejor que tu propia madre y sé que ha pasado algo entre tú y él.

¿Pero cómo puede ser que lo sepa? ¿Tan evidente es?

—Además, solo había que verte cómo saliste de la oficina esta mañana y cómo estás ahora. Sois dos personas diferentes —dice con mirada taimada.

Yo lo miro y me apreso los labios con los incisivos un poco abochornada. No hace falta ni que le conteste, el brillo que deben tener mis ojos, le debe estar dando la respuesta.

—Lo sabía. Tú te has acostado con él.

—Shhhhh —le suelto dándole un codazo en las costillas—. Calla, loco. No me apetece exponer a los cuatro vientos mi vida sexual. Y menos ahora.

Señalo con la cabeza hacia la mesa y le echo una mirada de reproche.

—¿Cómo se te ocurre invitar a los J-J? —le espeto.

—Yo no tengo la culpa. Jordi me escuchó hablar con Nico y se autoinvitó solito.

Miro de reojo a Jordi y a Jade, y los veo dándose arrumacos empalagosos enfrente de mí.

¡Aagh! Se me revuelve el estómago solo de verlos.

¡Idos a un hotel, coño! Así no dais por culo, que nadie os ha invitado.

—Bueno, esperemos que no se fastidie el plan por su culpa.

Pillo mi vaso y tomo un sorbo de mi ron con cola, luego me levanto decidida y cojo a Andrea por el brazo.

—Ven, vamos a bailar.

—No. Ni de coña —me suelta con timidez.

—Quiero hablar contigo y no me apetece tener a toda la plebe pendiente de nosotras —digo guiñándole un ojo.

Andrea me mira extrañada.

—Venga, vamos.

Tiro de ella y me la llevo en dirección a la pista de baile. Antes de irnos, le doy un pequeño apretón a la cintura de Chris, dándole la señal para que comience con el plan estipulado: comerle la oreja a Nico, para que se fije en Andrea.

Por los altavoces, a todo volumen, comienza a sonar la canción *Underdogs* de Benjamin, y yo me empiezo a mover alrededor de mi amiga. A la pobre se la ve un poco incómoda, como fuera de lugar, pero tengo que conseguir que se suelte. La cojo de las manos y la obligo a menearse.

—Anímate.

—No sé bailar, Silvania.

—¿Cómo que no? Solo tienes que mover el cuerpo, no es tan difícil.

Ella niega con la cabeza, yo le insisto y parece que funciona de alguna forma, porque empieza a moverse un poco.

—¿De qué querías hablar? —pregunta.

—De chicos.

Ella me mira sin comprender.

—He conocido a alguien.

A Andrea se le ilumina la cara de repente.

—No me fastidies. ¿No será el tío macizo que ha venido a buscarte esta mañana a la oficina?

Yo le sonrío y me sonrojo al pensar en Lucas.

—¿Pero que me cuentas? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —pregunta emocionada.

—Para el carro. —Le señalo calma con las manos—. No se puede decir que estemos juntos. Simplemente nos estamos conociendo, solo eso.

—Venga ya. Si nada más hay que verte. Tienes un brillo especial en los ojos, Silvania.

Le sonrío. Sí. Parece que se me nota más de lo que pretendo aparentar.

—La verdad, es que me siento especial.

Muy especial.

Bueno, aprovechemos. Esta es mi oportunidad para con ella. Hay que servirse del momento.

—Pero tú también tienes un brillo especial, ¿sabes?

—¿Quién, yo?

Afirmo con la cabeza y le pongo una sonrisa maliciosa.

—¿Qué hay entre tú y Nico?

Sin paños calientes. Veo absurdo dar rodeos. Hay cosas en las que hay que ir directamente al grano y esta es una de ellas.

Andrea sigue moviéndose, pero ha perdido el ritmo por completo. A causa de las luces, apenas puedo apreciar su cara, pero estoy totalmente segura de que se le han subido los colores.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —responde vacilante, poniéndose a la defensiva.

—Venga Andrea, no hace falta que disimules. Al menos, no conmigo. Nos conocemos desde hace bastante tiempo y estoy casi al cien por cien segura de que estás enamorada de él.

Entonces, Andrea deja de bailar —si es que se le puede llamar así a sus aspavientos incoherentes y descompensados—, y mira hacia el suelo avergonzada y un poco apenada. Se abraza el cuerpo intentando celarse y vuelve a mirarme con recelo.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunta nerviosa.

Yo también paro de bailar y me coloco más cerca de ella, dejándome caer en uno de sus hombros.

—Bueno, no es que lo supiera a ciencia cierta, pero hace mucho que lo intuía. Se te nota a leguas.

—¿Y tú crees... que él...?

La duda la reconcome y le hace parecer vulnerable en cierto modo. Yo le sonrío con ternura.

Creo que si apuesto a que sí, ganaría. Aunque siempre hay un mínimo riesgo de perder en estos casos.

—Bueno, no lo sé, pero todo es posible.

—No sé, Silvania. Seguramente ni se ha dado cuenta. Para él, soy invisible.

Baja la mirada y su tristeza se hace más evidente. Miro en dirección a los chicos y me doy cuenta de que Chris ha conseguido que Nico no nos quite los ojos de encima. Bien hecho, Chris.

—Quizá no seas tan invisible como crees. No te pongas nerviosa, pero alguien está mirando hacia aquí y creo que no soy yo quien está en su punto de mira —le digo sonriendo.

Andrea mira hacia nuestra mesa y se percata de la situación. Da un paso atrás, inquieta, pero se ha puesto tan nerviosa, que al moverse para intentar esconderse entre la multitud, da un traspies y se cae de espaldas al suelo. Cuando me doy cuenta, me acerco a ella rápidamente para ayudarla.

¡Pero mira que es torpe! Ella solita se encarga de fastidiar las cosas... Cuando la consigo levantar, veo por el rabillo del ojo una sombra, giro la cabeza y me encuentro de sopetón con Nico justo a mi lado, mirando a Andrea como si no hubiese nadie más.

Joder, qué premura. Es más rápido que «Flash»... Quizá no se ha fastidiado tanto. Me aparto un poco y me sitúo justo detrás de ella a la expectativa.

—¿Estás bien? —le pregunta Nico.

Andrea se ha quedado a cuadros al verlo allí, tan cerca. Le doy un pequeño empujón para reanimarla y ella balbucea.

—Eh... Sí, sí. —dice cuando consigue reaccionar—. Es que soy un poco patosa, pero estoy bien. Gracias.

Se nota que está muy alterada y sofocada, pero parece que se está aguantando las ganas de huir. Creo que a ella le pasa con el pelirrojo, lo mismo que a mí con mi dios Apolo. Son imanes demasiado potentes para poder resistirse a ellos. Debe de estar que no le cabe el corazón en el pecho de felicidad. Yo sonrío mientras los observo.

—¿Te apetece bailar? —pregunta Nico.

¡¿Le ha pedido bailar?! ¡Sí! Esto funciona.

—No sé bailar. —Se ruboriza.

—Bueno, no lo haces mal del todo, pero si quieres te enseño.

¡Aleluya!

Ella le sonríe muerta de vergüenza, pero acepta.

—¡Claro!

Esa es mi rubia. Creo que estoy empezando a estorbar aquí, así que será mejor que haga mutis por el foro.

Lentamente, voy saliendo de la escena, aunque creo que ni se percatan de ello. La magia del amor ha empezado a ganar terreno en la pista de baile. Vuelvo a la mesa con una sonrisa triunfante y cómplice, igual que la de Christian. Al llegar, chocamos las manos en señal de victoria.

—¿Qué le has dicho? —le pregunto intrigada.

—La verdad es que casi nada. Me puse a hablar de vosotras y me fui enfocando en ella en todo momento, pero cuando menos me lo esperaba, pum, se pone de pie y se va hacia la pista de baile.

—Vaya, pensé que nos costaría mucho más trabajo. Parece ser que ellos ya tenían parte del camino recorrido sin saberlo.

—Eso parece. Bueno, aun así, hemos hecho un buen trabajo.

—Siempre, Chris, siempre —digo sonriendo.

Me pongo a bailar delante de él y de Erick, la canción *With ur love* de Cher Lloyd que acaba de empezar. Estoy demasiado contenta y avivada esta noche como para quedarme sentada.

Hoy he tenido un día redondo. He pasado toda la mañana y la tarde con Lucas, he disfrutado del mejor sexo de mi vida y me he convertido en una auténtica Celestina. ¿Qué más se puede pedir?

Cuando más tranquila estoy, regocijándome en mis pensamientos triunfantes, noto que alguien me pone la mano en mi trasero y me lo estruja con fuerza. Doy un respingo y, al girarme, veo a un tío enorme de pelo grasiento y barba de tres días, con pinta de motero y completamente ebrio.

—Eh, guapa. ¿Quieres menear tu cuerpo un ratito para mí?

¿Pero qué dice este capullo?

Le empujo con todas mis fuerzas, pero apenas consigo moverle del sitio, a pesar de la borrachera que lleva encima. Es una mole de músculo, piel y hueso. Y horrorosamente feo.

—¿Tú de qué coño vas imbécil?

Me coge de la cintura y comienza a contonearse, rozando sobre mí su asqueroso cuerpo sudoroso. Intento zafarme de él cómo puedo, pero no consigo mucho. Es realmente desagradable.

—¡Suéltame! —le grito.

—¿Pero por qué? Si lo estamos pasando bien.

Su aliento apesta a alcohol rancio y me da asco.

A mí no me metas en el saco de tus disfrutes, guarro.

—Te está diciendo que la sueltas. ¿O acaso estás sordo?

No me había dado cuenta hasta ahora de que Christian y Erick se habían colocado cada uno a un lado de mí. Sus semblantes son... indescriptibles. A Erick apenas lo conozco, pero a Christian jamás lo había visto así.

—Vaya, cariño, no me habías dicho que habías invitado a tus guardaespaldas a la fiesta —dice aún sujetándome con fuerza y zarandeándome de un lado a otro como si estuviésemos bailando.

—¿Qué pasa que no te enteras? —replica Erick.

Entonces me suelta y da dos pasos hacia atrás levantando las manos y poniéndolas en cruz. Yo me aparto y me oculto tras Christian, que lo mira con ojos coléricos.

—Creo que te voy a tener que pasar el teléfono de mi empresa de seguridad, cariño. La tuya te ha mandado a unos guardaespaldas un poco nenazas.

—Lárgate de aquí ahora mismo, si no quieres tener problemas —le amenaza Chris.

—¡Uh... qué miedo! El marica se ha puesto gallito —suelta riéndose y actuando como si estuviese asustado.

En una fracción de segundo, todo pasa de ser una charla de verdadera tensión a estallar la guerra y convertirse en un auténtico caos. Erick se abalanza sobre el gilipollas de la mano suelta y le propina un puñetazo en la cara, pero increíblemente, él sigue sin moverse del sitio, aunque mucho más cabreado. Se lo devuelve y luego lo coge de la camisa y lo lanza por los aires, arrojándolo sobre unas mesas cercanas. Christian al verlo, se echa encima de él y logra empujarlo sobre la barra, clavándole el borde en un costado. Quizás no le haya hecho mucho, pero al menos, ha conseguido que el tipo haga una mueca de dolor.

Es una imagen de lo más surrealista. ¿Dos hombres musculosos, no pueden con uno solo por muy armario empotrado que sea? Jamás imaginé tener que vivir algo así delante de mis narices y menos por mi culpa. Bueno, en realidad la culpa es de este capullo, pero todo ha empezado por mí. Y para colmo lo estoy viendo todo como a cámara lenta.

Giro la cabeza hacia la pista y puedo divisar a Nico y a Andrea, que se acaban de percatar de la situación. Luego la giro hacia nuestra mesa y veo a Jordi ocultándose detrás de Jade y colocándola como parapeto.

¡Hay que ser cobarde!

Por último, vuelvo a mirar hacia la pelea, con la esperanza de que haya terminado, pero no.

Todos los presentes se han congregado a nuestro alrededor, haciendo un corrillo de espectadores, pero nadie actúa. Entonces veo cómo el motero de pelo grasiento, con cara de perro rabioso, se apoya en la barra y toma impulso para investir a Christian.

—Te voy a matar, julay de mierda —le suelta antes de arremeter contra Chris.

Cuando llega a él, que ya lo estaba esperando, lo agarra y sin poderlo esquivar, Christian termina estampado en una columna de espejos, que termina por quebrarse.

Mi pequeña mini yo pega un grito ahogado cuando ve todo lo que está pasando, pero es incapaz de moverse, ni de hacer que yo me mueva.

Luego, el muy bestia, lo coge de la chaqueta y le da un puñetazo a mi amigo en la mandíbula, haciendo que todos sus rizos se sacudan. El fuerte golpe ha partido el labio de Christian, que ahora está sangrando. Parece que ha debido ser suficiente fuerte, porque se le ve bastante aturdido y sin aliento.

Al ver que el enorme titán se pone de nuevo en postura, preparándose de nuevo para atacar, no me lo pienso dos veces y actúo cegada por la rabia y la impotencia. Busco a mi alrededor algo que me pueda servir y entonces veo en la mesa contigua a la nuestra, un botellín de un tercio de cerveza. Lo cojo y, empuñándolo por el cuello y la boquilla con fuerza, me acerco a ellos lo más deprisa que me permiten mis temblorosas piernas. Levanto la botella en alto y luego la estampo contra la cabeza del motero. Automáticamente se hace añicos y el tiempo se para de repente.

Pasan los segundos, que se hacen interminables y entonces, el enorme gigante cae al suelo a plomo ante mis pies.

Mi corazón me late muy deprisa y tengo la respiración alterada. Veo a Christian limpiándose la sangre con la mano y mirándome espantado. Luego mira al motero y de nuevo a mí.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Trago saliva para bajar el nudo que se me ha formado en la garganta.

No lo sé. ¿Estoy bien?

—Sí —consigo contestarle—. ¿Y tú?

—Sí.

Busco por los alrededores a Erick y lo encuentro de pie a pocos metros de mí, mirando a Christian. Justo en ese momento, aparece entre la multitud el gorila de seguridad de la puerta, que aprecia la escena patidifuso. Cuando vuelvo la cabeza, Chris está agachado a un lado del motero, con la mano puesta en su cuello, tomándole el pulso. Me mira preocupado, con la cara casi desencajada.

—Será mejor llamar a una ambulancia.

Entonces, noto como mi cuerpo pierde las fuerzas y mis piernas se tambalean. La adrenalina que me mantenía de pie, en estado de alerta, se ha esfumado y me ha dejado completamente deleznable. Casi me desplomo, pero Erick me sujeta justo a tiempo, antes de caer.

¿En qué lío me he metido?

Capítulo 19

La sala no es precisamente acogedora que digamos. Es bastante fría y austera. Solo hay una mesa de madera en medio de la sala y un par de sillas, también de madera, a cada lado. Y en una de ellas estoy yo. Hay un enorme espejo en una de las paredes y es obvio para qué sirve.

Seguramente me estarán observando y monitorizando justo detrás de él.

¿Cómo he llegado aquí? ¿Cómo he podido llegar hasta este punto? Es la segunda vez que piso una comisaría en menos de veinticuatro horas y, esta vez, me toca a mí el papel de acusada.

Me paso una mano por el pelo, nerviosa. Hace más de dos horas que estoy en esta sala de interrogatorios, completamente sola.

Supongo que Erick y Christian estarán en salas similares, esperando impacientes al igual que yo, que nos tomen declaración. O quizá hayan salido ya. Al fin y al cabo, ellos solo se han peleado con la gran mole de pelo grasiento, pero yo... yo fui la que lo noqueó. Quizá conmigo se tomarán más tiempo a causa de eso. Quizá, solo pretendo que pierda los nervios y me vuelva como una regadera mientras espero, para saber a lo qué se enfrentan.

Cierro los ojos y frunzo el ceño, realmente preocupada.

¿Y si quizá... solo quizá, lo he matado?

La respiración se me corta por un instante de solo imaginármelo. Pongo las manos en mi cara, ocultando la caída de mis lágrimas. Cualquiera que me esté viendo a través del cristal, pensará que estoy asustada y no se equivocaría. Realmente lo estoy, y mucho. ¿Qué va a pasar ahora conmigo? ¿Y si está muerto de verdad? Voy a ir a la cárcel. Me van a encerrar de por vida. Ya no veré más a Christian, ni a mi madre. Ya no veré más a Lucas.

Se me revuelve el estómago, mucho más de lo que ya lo tenía. Me siento muy mareada y solo tengo ganas de vomitar, pero no es buena idea.

Dejo caer las manos en la mesa y, luego, me inclino hacia delante, apoyando y ocultando mi cara entre el hueco de los brazos.

—Estoy perdida. Me he metido en un buen lío. —digo para mí.

Escucho como se abre la puerta de la sala y yo me incorporo y me limpio las lágrimas con el dorso de la mano. Al levantar la vista veo la cara de Lucas, con una mirada impenetrable y con cara de desaprobación. El corazón me da un vuelco. Aunque por una parte me alegro de verle, no es buena señal que esté aquí. Lucas cierra la puerta y se acerca a la mesa con una carpeta entre las manos. De repente noto mi estómago demasiado pesado y dolorido, como si le hubiesen metido miles de piedras afiladas que me estuviesen desgarrando por dentro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto—. No, no, no. Dime que no —digo alterada.

—Tranquilízate.

¿Que me tranquilice? El que tú estés aquí, me pone aún más nerviosa. ¡Así que no me digas que me tranquilice!

—Dime que no se ha muerto, Lucas. Dime que no lo he matado. —Me estoy poniendo histérica.

—Silvania, tranquila. Todo está bien.

Su cara tiene un ápice de preocupación, aunque sigue estando bastante serio. Incluso diría que está enfadado conmigo. No sé ni cómo, pero aún observándolo, escuchar esas palabras salir de su boca, hace que mi cuerpo se relaje y suspiro aliviada.

—No está muerto. Ha tenido mucha suerte... Al igual que tú.

Sus ojos ámbar, ahora oscurecidos por la contrariedad, se clavan en los míos y me duele. Mi corazón palpita muy rápido y no consigo calmarme.

—¿En qué coño estabas pensando?

Parpadeo perdida.

—Yo... yo...

No sé exactamente qué contestar.

—No lo sé.

Lucas suspira exasperado.

—Está bien —dice frunciendo los labios con reprobación—. Cuéntame lo qué ha pasado.

¿Y por dónde empiezo?

—Bueno, pues... —intento hacer memoria, para saber exactamente por dónde debo abordar la confesión—. Yo estaba bailando tan tranquila y de pronto, noté como alguien me cogía el culo.

La cara de Lucas se tensa de momento y frunce el ceño hasta casi juntar las cejas. Si antes parecía enfadado, ahora parece tener una irritación mortificada bastante considerable. Dudo si continuar o no, pero debo hacerlo. Suspiro.

—Me propuso bailar para él y me agarró por la cintura, sujetándome con muchísima fuerza. No podía soltarme y él no quería hacerlo por más que se lo pedía.

Puedo diferenciar un fuego infernal en los ojos de Lucas. Creo que el odio le está recorriendo las venas y quemándolo por dentro. Se le ve bastante incómodo con esto, más si cabe que esta mañana. Supongo que porque esta vez no ha estado allí para socorrerme y eso le tiene que estar volviendo loco. No aparta los ojos de mí a pesar de todo. Trago saliva y me animo a mí misma para continuar.

—Entonces Christian y Erick, vinieron a ayudarme y se plantaron delante de él. En un principio, pareció que la intervención de los dos surtió efecto, porque el tipo se achantó y me soltó. Yo me refugié detrás de Christian, esperando confiada que la cosa terminara ahí, pero luego se puso a provocarles y en una de ellas, Erick saltó pegándole un puñetazo en la cara. El motero le devolvió el puñetazo y luego lo lanzó contra unas mesas. Supongo que cuando Christian contempló la escena, entre que ya estaba alterado, a causa de las desagradables formas hacia conmigo y, que le habían propinado tremendo golpe a su amigo, se le cruzaron los cables; se arrojó contra él y comenzaron a pelearse —la voz se me quiebra.

Las lágrimas vuelven a inundarme los ojos, con la intención de desbordarse.

—Todo fue tan rápido... aunque pareciera que fuese a cámara lenta. Mientras que veía todo lo que estaba pasando, algo en mí reaccionó, cuando comprendí que aquel cabrón tenía intención de volver a pegar a Christian...

Recuerdo la escena y un escalofrío me invade por dentro.

—No lo pensé, Lucas, te lo prometo. Cuando me quise dar cuenta, ya estaba tirado en el suelo.

Las lágrimas irrumpen, cayendo por mis mejillas, sin límite.

Lucas se oculta la cara con una mano y luego se pellizca la sien, pensativo y nervioso.

—Silvania, has golpeado con una botella de cristal en la cabeza a un tío de ciento veinte kilos.

—Lo sé, pero...

—No, no lo sabes. Esto no es una película donde las botellas son de azúcar. Casi lo matas.

Me quedo sin respiración y creo que el color de mi cara ha desaparecido, quedándome pálida y fría, como un fantasma. Todo se vuelve turbio, desenfocado. Me siento mareada y tengo ganas de vomitar, otra vez.

—Por suerte, solo le has hecho un enorme chichón y con fortuna tendrá un terrible dolor de cabeza durante varios días.

Su voz exasperada consigue que vuelva en mí. Cuando consigo volver a enfocar lo que tengo a mi alrededor, lo miro desconcertada.

¿Con suerte?

—Me ha costado mucho trabajo convencerle de que no presente una denuncia contra tí, ni contra tus amigos.

—¿Le has visto? —le pregunto alucinada.

—Sí. —Vuelve a tensarse—. Y si llego a saber antes de ir todo lo que me acabas de contar, yo mismo me hubiese encargado de que no saliera del hospital. Al menos, por su propio pie.

Sus ojos se han perdido en la ira. Una punzada dolorosa se me clava en el pecho.

—No —digo en un susurro ahogado.

Lucas cierra los ojos y respira hondo. Cuando vuelve a abrirlos, parece que su expresión se ve en parte distinta, como si hubiese tomado una decisión importante.

—Tranquila. No creo que me lo vuelva a encontrar. Aunque por su bien, espero que se mantenga alejado de ti. Quizás se lo piense dos veces antes de volver a sobrepasarse con otra mujer.

Algo me dice, que su enojo inicial no era del todo por mí, que sus palabras tienen una segunda intención, otro significado diferente del que quiere hacerme creer, pero prefiero no preguntarle. No quiero saber nada de ese hombre, ni siquiera que ha sido lo que le ha contado a Lucas.

Aunque lo conozco desde hace poco tiempo, no me quiero imaginar lo difícil que ha tenido que ser contenerse, para no rematarlo allí mismo cuando se puso a hablar de mí. No sé si yo hubiese sido capaz en el caso contrario. Prefiero seguir manteniéndome en la ignorancia en algunos temas. No tengo el cuerpo para más jaleos.

Los dos nos quedamos en silencio, solo mirándonos por un largo periodo de tiempo, hasta que al final bajo la mirada, un poco preocupada por lo que sobrevendrá y deseosa de que todo esto termine.

—¿Qué va a pasar ahora, Lucas?

Sus ojos vuelven a ser como siempre.

—Nada. Voy a escribir la declaración y nos iremos.

—Pero... ¿Christian y Erick?

—Ya he hablado con ellos. Los he mandado a casa. Les dije que yo me haría cargo de ti.

¿Qué? ¿Así, tal cual?

—¿En serio?

—Sí. Christian no se ha quedado muy conforme con el plan, pero al final Erick lo ha logrado convencer.

Me miro los nudillos. Estoy mucho más tranquila, aunque no me siento del todo bien.

—Gracias —le digo sin mirarle.

Cuando levanto la mirada, me encuentro con la suya y puedo ver su respuesta en ella.

¿Por qué te importo tanto, Lucas?

—Anda, vamos. Iremos primero a mi despacho para finiquitar el papeleo y luego te llevaré a casa. Esta noche te quedas conmigo y no quiero ni un solo reproche.

¿Entendido?

¿Esto es una orden?

Da igual. No tengo fuerzas para discutir más. Solo quiero irme de aquí.

Vuelvo a mirarme los nudillos, me humedezco los labios y solo puedo responder con una leve afirmación de cabeza.

Capítulo 20

Los rayos del sol que entran por la ventana del dormitorio de Lucas, se posan en mi cara y consiguen despertarme. Cuando abro los ojos, me encuentro con las mismas vistas que tengo desde mi habitación, pero con otra perspectiva diferente. Me vuelvo para buscar a mi acompañante nocturno, pero no está, no hay nadie, solo yo en una enorme cama reparadoramente cómoda, envuelta en suaves sábanas de satén de color bermellón oscuro.

Miro a mi alrededor y me recreo por un momento con la sencilla, pero acogedora decoración. En un fondo crema suave, los muebles oscuros destacan, no solo por su color, sino también por su elegancia. Su armario parece un auténtico vestidor de lo grande que es. Diría que es, incluso, tres veces más que el mío. Y engalanando la pared donde se apoya el cabecero de la cama, hay un precioso y gigantesco tríptico con motivos africanos, de colores rojizos, anaranjados, amarillos y marrones, que le da vida al frugal dormitorio.

¿Pero este chaval es millonario? Joder, más quisiera yo tener una habitación como ésta y no la que tengo, de muebles de segunda mano y antiguos. Aunque ahora el estilo *vintage* está de moda, no es precisamente el mío, pero sí era el de Adolfo y fue decorada a su gusto. Voy a tener que hablar con la hermana de Lucas. Desde luego, tienen buen gusto los dos.

«Claro, ¿a caso lo dudabas? Te ha elegido a ti», me susurra mi pequeña mini yo mientras se despereza. Yo no puedo más que sonreír por su comentario.

Me levanto de un salto y me dirijo al baño. Mis necesidades fisiológicas, están reclamando su momento matutino. Un instante después, noto que la puerta corredera de la habitación se abre cuando me quedo encerrada en el tocador de ambiente masculino, ya que la misma hoja de cristal, se utiliza para las dos estancias.

—¿Silvania? —Escucho a Lucas llamarme desde el otro lado.

—Estoy en el baño. Dame un segundo.

Al mirarme en el espejo, observo que mis perpetuas ojeras han desaparecido.

Esto no puede ser verdad. Increíble. ¿Cómo puede ser posible? ¿Será por el colchón o por la compañía? Sonríe estúpidamente feliz. ¡He pasado la noche con Lucas! ¡En su cama! ¿Esto está pasando de verdad? Por favor que no sea un sueño. Aunque esta vez no ha pasado nada, me siento la mujer más afortunada del mundo. Pero eso no hace que mis pelos se arreglen solos. ¡Qué desastre!

Abro el pequeño armario con espejo que hay encima del lavabo, buscando un cepillo con el que poder ponerme la melena en condiciones, pero solo encuentro un par de peines. Como me peine con esto, voy a terminar quedándome calva de tantos tirones. Lo descarto y sigo buscando, pero no veo nada que me sirva. Pero casualmente, encuentro un frasco de perfume transparente, con el tapón plateado. Lo cojo y encuentro en letras tridimensionales el nombre de Tous.

¡Joder! El chaval se pone una colonia baratita. La abro e inhalo su fragancia. Mmmm, huele a él. El aroma me envuelve y dispara todas mis hormonas al pensar en Lucas. Recordando la grandiosa tarde que pasé ayer con él. Abro los ojos y me vuelvo a encontrar en el cuarto de baño. Suelto el tarro en el estante donde estaba y cierro el mueble. Venga, Silvania. Termina de componerte, que no tienes todo el día.

Me peino como puedo con los dedos y me cojo una coleta alta. Me lavo la cara y me refresco un poco, me recolocho la camiseta que Lucas me dejó ayer para dormir y me dispongo a salir. Suspiro mirándome por última vez al espejo. No estoy especialmente sexi, pero no puedo hacer mucho más. Ya me gustaría estar igual de mona que las mujeres que salen en las películas nada más despertarse: superpeinaditas y superideales ellas... Y no esto. En fin, es lo que hay.

Deslizo lentamente la puerta por su raíl y me asomo sigilosa. Cuando veo sus preciosos ojos y su increíble sonrisa, mi cuerpo se espabila por completo y mi vientre se tensa como siempre.

—Buenos días, bella durmiente.

—Buenos días —respondo sonriente, aunque un poco avergonzada por mi aspecto.

Lucas, que estaba sentado en el borde de la cama, se levanta y se acerca, me coge por la cintura y me da un dulce beso en la frente.

—Estás preciosa.

—Mentiroso —le digo haciéndole un mohín.

—Yo no miento.

—Pues entonces, deberías pedir cita en el oculista para que te revisen la vista. Quizá necesitas gafas.

Lucas se ríe divertido y me da un pequeño y suave beso.

—Ven, vamos a la cama.

Yo me ruborizo.

¡Oh, sí... tiene ganas de fiesta.

—Vaya, qué directo. ¿Dónde quedaron los precalentamientos? —le digo con ojos deseosos.

Me mira juguetón, se acerca a mi cara y yo cierro los ojos esperando su beso, pero entonces se desvía y me empieza a rozar despacio con la punta de su nariz por toda la mejilla en dirección a mi oreja. Me retuerzo de placer y gimo. Echo la cabeza hacia atrás para dejarle el camino libre hasta el cuello, pero él se detiene junto a mi oído y me susurra con voz anhelada.

—Te aseguro que eso me encantaría —mi cuerpo vuelve a estremecerse al escuchar su voz ronronear tan cerca de mi piel—, pero lo vamos a tener que dejar para más tarde. Ahora tienes que desayunar.

Abro los ojos de sopetón, desvelada.

¿Qué? ¿En serio? Pero yo no quiero que pares. Yo quiero desayunarte a ti.

Se separa, me coge de las manos y tira de mí obligándome a sentarme en la cama.

—¿Tienes hambre?

No mucha, pero creo que no me queda más remedio que comer. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, consigue que lo haga aunque no quiera, así que mejor no discutir con él.

—Sí, un poco.

En la mesita de noche ovalada que está más próxima a la entrada, hay una bandeja repleta de cosas.

—Te he preparado huevos revueltos, tostadas y una infusión relajante.

—¿Otra infusión? —digo, dejando bajar los hombros, rendida—. Ya me tomé, obligada —y recalco lo de obligada—, la que me preparaste anoche. Se me va a terminar poniendo cara de planta. ¿No tienes café?

—Sí, mi preciosa margarita —dice burlándose de mí—, pero ya tienes suficientes excitaciones últimamente, para hacer que te excites más aún.

—No me hace falta tomar café para excitarme.

Le regalo una sonrisa maliciosa y me humedezco el labio a consciencia, dándome un pequeño mordisco desafiante después.

Lucas entrecierra los ojos y sonríe, intuyendo mis pretensiones.

—Silvania... deja de morderte el labio, si no quieres terminar con un ataque de cosquillas.

Le levanto una ceja de forma subversiva.

—Bueno, si el fin es llegar al mismo sitio de ayer, no me importaría que me torturases un poco.

Se ríe, se acerca a mí y me da un beso en los labios.

—No seas tan avariciosa y cómete el desayuno antes de que se enfríe.

Lo miro entornando los ojos y resoplando, exponiendo mi reproche. Me recuesto entre las almohadas de pluma, tomo una tostada del plato y le doy un mordisco.

—Vale —digo desistiendo—. ¿Contento?

—Sí.

Le hago un mohín y le saco la lengua como una niña pequeña y él me sonríe entretenido.

Ya voy conociendo cuando tengo oportunidad de ganar y cuando no, pero no lo puedo remediar. Es que me gusta demasiado. Sus ojos, su cara, su cuerpo, todo él, me pone a la máxima potencia y es capaz de encenderme, hasta llegar al punto de quemarme por dentro. Si esto sigue así, voy a tener que hacerme con el número de los bomberos y llevarlo siempre cerca por si hay una emergencia de combustión espontánea.

—¿Cómo has dormido?

—Genial... —Le digo con la boca llena—. Tu cama es muy cómoda, parecía que estaba acostada en una nube. Hacía tiempo que no dormía tan bien.

—Me alegro. ¿Y cómo estás? —me pregunta con cautela.

¿A parte de calurosamente excitada...?

Por su mirada, sé que no se está refiriendo a eso, sino a lo de anoche, así que me autoexaminó y suspiro acerbamente cuando recuerdo todo lo sucedido.

—No lo sé, Lucas. Rara, supongo.

—¿Sigues preocupada?

—Sí. —Afirmo con la cabeza—. Pero no solo por mí. Sino también por Chris...

Entonces caigo en ese momento que no sé nada de él ni de Erick. Que ni siquiera lo he llamado. ¡Qué poca vergüenza tengo! Debe estar que trina.

—¡Mierda, Christian! Debe de estar preocupadísimo.

Me incorporo con rapidez, pero Lucas me sujeta por los brazos, frenando mi exaltada elevación.

—Tranquila. Ya he subido yo a hablar con ellos antes. Saben que estás bien y que estás aquí, conmigo.

Me ruborizo al imaginar ese momento y los pensamientos de mi querido amigo. Sé que ayer se fue a regañadientes porque no quería dejarme sola, pero también sé, que se alegra por mí, aunque aún no hayamos tenido tiempo de hablar.

—Gracias.

—No tienes por qué darme las gracias.

—Eres estupendo —le digo sonriéndole como tonta.

—No es para tanto. —Me devuelve la sonrisa.

Me quedo pensando por un momento y me apresuro a preguntarle una duda que tengo desde ayer.

—Lucas.

—Dime.

—¿Por qué estabas en la comisaría ayer?

—Estaba trabajando —me suelta tan tranquilo.

—Ya, quiero decir, que no es tu parte de la comisaría. Entra dentro de tu competencia, pero no te correspondía a ti. Bueno, al fin y al cabo, no... —me paro en seco y bajo la mirada al pensar en lo que pudiera haber sido.

—¿No hubo ninguna muerte?

Vuelvo de nuevo a mirarlo y afirmo con la cabeza.

—Tuve que ir a hablar con un colega y os vi entrar. Como podrás imaginar, pregunté automáticamente qué había sucedido y se puede decir que me involucré sin tolerar el margen de negativa por parte del compañero que llevaba el caso.

Frunzo los labios. Es lógico, supongo que yo hubiese hecho lo mismo.

—Me asustaste, ¿lo sabes? En ningún momento te esperaba allí, y cuando te vi aparecer, me puse en lo peor.

—Lo sé, tenías que haberte visto la cara. Te pusiste pálido de súbito. Lo siento —su mirada es sincera—. Pero si tú te asustaste al verme, yo me asusté aún más al verte a ti allí, teniendo en cuenta que te hacía en la discoteca, bailando despreocupada con tus amigos.

De nuevo pienso en la inquietante noche de frustración y desasosiego de ayer y me empieza a dar un pequeño bajón. Entre el atraco y la pelea, parece realmente que soy un imán para los problemas.

—Venga, no lo pienses más. Ya ha pasado todo. Estás conmigo, ¿recuerdas? No tienes que preocuparte por nada —comenta guiñándome un ojo.

Con sus palabras consigue arrancarme una sonrisa. Agradezco su apoyo, aunque mi mente sigue sin comprender, porque se implica tanto conmigo.

—Ahora a desayunar, y acelera o vamos a llegar tarde.

Lo miro extrañada y frunzo el ceño.

—Qué prisa te ha entrado. ¿A dónde vamos a ir? —digo dándole otro bocado a la tostada.

—Eh... Tu madre ha llamado.

¿Por qué me cambia de tema?

—Sí, supongo. Como cada sábado a la misma hora. Mira que le gusta dar el coñazo. Aunque ahora que lo dices, no he escuchado el teléfono.

—Dejaste tus cosas en el salón.

—Ah, sí. Bueno, luego la llamaré. Pero no me cambies de tema.

—No lo hago —responde distraído.

—Claro que sí.

—No. Te aseguro que no te he cambiado de tema. No has escuchado el teléfono, porque lo he cogido yo. He hablado con tu madre.

—¿Qué?!

Dejo de masticar automáticamente, pensando que si no lo hago, voy a terminar atragantándome.

—¿Y quién te manda a ti...? ¿Sabes que eso es un delito? —le suelto molesta acusándole tostada en mano.

¿Cómo no lo va a saber?

—Ya, perdona, pero es que no paraba de sonar esa estridente frase una y otra vez, y aparte de que no quería que te despertaras, pensé que te llamaba porque se había enterado de lo que te había pasado y, quise tranquilizarla y decirle que estabas bien, para que no se preocupara. Sé que en parte he violado un poco tu intimidad, pero...

—Vale, mejor déjalo. Ya está hecho. Pero que sepas que si me da la gana, te puedo denunciar —le digo con la boca llena de pan y con ademán de burla, aunque me sale más brusco de la cuenta.

Me mira con cara de «¿me lo estás diciendo en serio?», y aunque, por primera vez desde que lo conozco, consigo contener mi reacción externa, por dentro me estoy partiendo de risa al ver su cara.

Y tanto que puedo hacerlo. En las noticias salió que a un hombre le habían condenado con dos años y medio de prisión por espiar el móvil de su pareja. Bueno, la verdad es que yo no voy a hacer nada; no soy tan hija de puta, pero me mosquea. No me hace ni pizca de gracia que hurguen en mis cosas, pero tampoco le puedo culpar por intentar ayudar.

«¿Recuerdas que Lucas ha hablado con tu madre?», comenta mi pequeña mini yo, recordándome una parte muy, pero que muy importante.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunto alarmada.

—Bueno, se quedó bastante impresionada cuando escuchó mi voz y se dio cuenta que no eras tú.

—¡Oh, estupendo!

Me paso la mano por el pelo, lleno de bultos mal peinados, crispada.

—Ahora no va a parar de llamarme, hasta sonsacarme todo lo habido y por haber de ti.

—Lo dudo.

Lo miro extrañada y le levanto una ceja vacilante.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues que al parecer, esta vez el tercer grado me lo va a hacer a mí directa y personalmente.

Espera, espera, espera... ¿Qué quieres decir con eso?

Termino de masticar el pan que tengo en mi boca y me lo trago con dificultad, mientras que digiero sus palabras. Me incorporo y me siento a escaso medio metro de él.

—No te sigo, Lucas. ¿No me estarás diciendo que viene para acá? —Lo miro intentando comprender.

—Eh... no exactamente. Digo que nos ha invitado a comer y le he dicho que sí.

—¿Qué? ¿Estás de coña, no? —le digo acusatoriamente.

—No.

Me levanto de la cama y me pongo a dar vueltas por la habitación, nerviosa, bajo la atenta mirada de Lucas. Me paso las dos manos sobre la cabeza, desesperada. Creo que la tensión se me ha subido hasta más allá de los límites máximos establecidos. Comienzo a hiperventilar. Noto como las placas tectónicas se mueven, creando un terremoto y destruyendo toda la ciudad.

—¿Estás loco? ¡Madre mía! —jadeo de asfixia—. Ahora sí que necesito la infusión.

La cojo de la bandeja y me la tomo de un trago. Está aún caliente y me quemo el paladar, pero no me importa. Esto es muy fuerte.

—¿Loco, por qué? ¿No quieres que conozca a tu madre?

¡NOOOOOO!, grito para mí, mientras observo a mi pequeña mini yo colocar carteles de alerta y miles de sirenas a mi alrededor.

—No sabes dónde te estás metiendo, Lucas. Mi madre es peor que un sabueso. Es capaz de averiguar quién fue el cura que te bautizó y pedirle la fe de bautismo para cerciorarse de que estás diciendo la verdad.

—Venga ya, nena. No tiene que ser para tanto.

¿Qué no? No es mala, no. Es peor.

—¿No? Ya lo verás.

Lucas se levanta, se acerca y me toma de las manos intentando apaciguar mis nervios. Me pasa los dedos por la mejilla y me sonrío de forma tranquilizadora.

—No te preocupes, ¿vale?

—Ni que fuera tan fácil. Claro, como no es tu madre a la que vamos a conocer.

—Y aunque lo fuera. Cuando quieras vamos a verla; estoy deseando que te conozca.

Un calor mortificante se instala de repente en mi cara al imaginarme la escena.

—No te burles, ¿quieres?

—No lo hago. Te lo digo en serio.

Trago saliva.

—Lucas, por favor; no es una broma. Mi madre es... es...

—Te lo diré cuantas veces sea necesario hasta que lo comprendas: Confía en mí. Sé manejarme bien en estas situaciones.

—¿En estas situaciones? ¿Cuántas en total, exactamente? —le increpo levantando una ceja, desconfiada.

Lucas sonrío al notar mi alteración recelosa.

—Quiero decir, que estoy acostumbrado a tratar con muchos tipos de personas y sé desenvolverme bien en cualquier situación. No creo que esta sea la excepción.

No sé cómo lo logra, pero vuelve a relajarme con su roce y su cálida voz.

—¿Tú crees?

—Confía en mí, de verdad.

Le niego con la cabeza y le sonrío. Esto va a acabar mal, lo sé. Y como mi madre eche a perder esto, la mato.

—Te vas a arrepentir —le aseguro.

Y yo de camino.

Me mira sopesando.

—¿Y si no? ¿Y si consigo que salga todo bien? ¿Qué gano yo?

—Oye, que no he sido yo quien ha quedado con mi madre.

—Ya, ¿pero si logro que salgas airosa de todo esto?

Me acerco más a él y pego mi cara a la suya, mirándolo fijamente.

—Si lo consigues, haré lo que quieras —le digo desafiante.

Sus ojos se achinan ligeramente, efecto de una sonrisa triunfante y me da un beso que consigue alterarme de nuevo.

—Está bien, déjame pensar cuál será mi premio.

—Te veo muy convencido.

—Lo estoy.

—Pues no cantes victoria todavía. No te lo va a poner nada fácil.

—Ya lo veremos. Anda, termina de desayunar y prepárate.

Le doy un beso fugaz y me vuelvo para sentarme de nuevo en la cama, cuando Lucas aprovecha y me pega una palmadita en el culo. Doy un pequeño respingo y me vuelvo a girar.

—¡Eh...!

—¿Qué?

Su expresión divertida me vuelve a encender. Te pillaba ahora mismo y te dejaba seco.

—Nada, pero no te pases, si pretendes que termine rápido de comer —cojo otra tostada y me la meto en la boca, mientras le echo una mirada picarona.

Él me responde con otro beso fugaz.

—Uhm... Tengo que ducharme. Necesito refrescarme un poco y asearme antes de ir a ningún sitio.

Antes de ir a ver a la arpa de mi madre.

—Puedes hacerlo aquí.

—Gracias, pero no tengo ropa para cambiarme, así que prefiero hacerlo arriba.

—Está bien, como quieras.

Vuelve a inclinarse y me da otro beso, esta vez más intenso y apasionado.

A la mierda la tostada. Yo te quiero comer a ti. Tiro el trozo de pan en la cama y me tiro encima de él, envolviéndole con mis brazos. Consigue zafarse de mí y me sujeta por las muñecas, echándome hacia atrás.

—No seas tramposa.

—¡Ay! No seas malo —digo entre pucheros y gruñidos suplicantes.

Me sonrío y me niega con la cabeza.

—Voy a llamar por teléfono a la comisaría. Acábate el desayuno... Porque si no, la voy a tener que castigar, señorita William.

—¡Uuuuh! ¿Un castigo bueno o uno malo?

—Digamos que no va a conseguir su recompensa.

¡Te odio!

—Ahora, come.

—A sus órdenes, inspector.

Me coloco la punta de los dedos de mi mano extendida en la frente, a modo de saludo militar, socarrona.

—Sí, sí. Tú cachondéate, pero quien ríe el último, ríe mejor, no lo olvides.

Se da la vuelta y se va, dejándome allí con una sonrisa en la cara, que no puedo borrar y las mariposas revoloteando en mi estómago.

Capítulo 21

Cuando subo a mi apartamento, escucho que suena el tono de mensajes de mi teléfono. Lo cojo para ver quién es antes de meterme en la ducha y veo en la bandeja un número desconocido. Al abrirlo, leo:

Deja la ventana abierta. Lucas.

¿Cómo coño ha conseguido mi número? Busco en el registro de llamadas. La penúltima llamada registrada es la de mi madre y la última es de un número que no tengo apuntado. ¡Será cabrón! Se ha dado un toque desde mi teléfono. Sonrío, porque en el fondo me hace gracia, pero ya lo cogeré.

Me acerco a la ventana del salón y la abro. No tengo ni la más remota idea de para qué quiere que la abra. ¿Será que el otro día cuando estuvo en mi casa olía mal? Me ruborizo de vergüenza y voy a la cocina corriendo, abro el armario de la limpieza y cojo el bote de ambientador. Recorro todo el piso con el aerosol hasta casi acabar el bote, pero es la única forma de cerciorarme que el apartamento huele a flores blancas y no a cualquier otra cosa desagradable.

Cuando termino, me acerco al *mp3* y pongo música relajante. La primera que suena es *The heart asks pleasure first* para orquesta, de Michael Nyman, compuesta para la película *El piano*. Mientras que los instrumentos envuelven cada rincón de mi apartamento, voy hacia el baño, me desnudo y echo la ropa sucia en el cesto para lavar.

Entro en la ducha y abro el grifo, me mojo la cabeza con el agua tibia, luego cojo el bote de champú, me echo un poco en la mano y comienzo a lavármelo. Cuando termino, me lo enjuago como siempre, abriendo cada mechón y dejando que el agua entre por cada cabello. Me encanta cuando el chorro cae en cascada sobre mí. Me relaja muchísimo el masaje hídrico que me proporciona, porque me ayuda a liberar tensiones, y ahora tengo una muy grande.

¿Cómo se le ocurre a mi madre invitarle a comer? Es una cotilla sin remedio. Pero es que el otro es peor, que va y le dice que sí. El día menos pensado me da un infarto.

Sin esperarlo, noto unos brazos que se deslizan por mi cintura y me agarran con fuerza. El corazón me da un brinco y comienza a latir acelerado. Una punzada de terror me recorre todo el cuerpo y yo, sin saber qué hacer, doy un grito ahogado. Entonces me ponen una mano en la boca y mi corazón se acelera hasta más no poder.

—Shhhhh, tranquila, soy yo.

Miro de refilón y veo la cara de Lucas tras de mí. Noto un alivio en mi interior al verlo, pero sigo amilanada. Tengo la respiración entrecortada y muy azorada. Aún sabiendo que es Lucas, me ha dado un buen susto y estoy atacada. Entonces, Lucas me suelta y me giro. Mi mano se mueve por inercia y le doy un bofetón. En ese momento me doy cuenta de lo que acabo de hacer y me llevo las manos a la boca, arrepentida.

—Oh, Dios mío, Lucas. Lo siento. En verdad no quería. Yo...

—Vale, vale. Supongo que me lo merezco —dice llevándose la mano a la mejilla dolorida—. Después de todo lo que te ha ocurrido estos días no debí hacerlo. Ha sido una mala idea.

Suspiro y me muerdo el labio.

—Lo siento de verdad, es que me has asustado.

—No, perdóname tú. Quería darte una sorpresa, pero veo que me he equivocado en las formas. Debía haberlo pensado mejor.

—Bueno, la sorpresa sí que me la has dado —digo riéndome—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es que te vi con tantas ganas esta mañana, que pensé en venir a calmarlas un poco.

Miro hacia abajo y veo a Lucas completamente desnudo, cayéndole el agua por su musculoso cuerpo. Me ruborizo y mi cuerpo se tensa. Vuelvo a mirarlo y noto su mirada hambrienta. Trago saliva y sonrío nerviosa.

—¿Seguro que solo era yo la que tenía ganas esta mañana? —le pregunto animada.

—No.

Me coge de la cara sin aviso y comienza a besarme apasionadamente, empujándose contra la pared de la ducha. Todos mis sentidos se revuelven en mi interior, contrayéndose y expandiéndose hasta mi punto más oscuro. Yo clamo de placer y me dejo llevar contestándole por igual. Mis brazos se enganchan a él por su cuello y mis manos se agarran a su pelo mojado, como si no hubiese nada más. Él me coge de la cintura y me agarra tan fuerte que me deja literalmente sin respiración. Noto su pene complacido y erecto clavándose en mi vientre y al notarlo, duro y ardiente sobre mí, consigue que pierda la cabeza y que me humedezca avivadamente.

El agua, ahora fría por haberle dado sin querer al grifo, sigue cayendo sobre los dos, pero no es capaz de sofocar el fuego que se ha prendido entre nosotros. Me recorre el mentón, la mandíbula, el lóbulo de la oreja y el cuello con besos y chupetones. Cada caricia suya, me enciende aún más, me conquista y noto el cambio que se produce en mi cuerpo. Ardo en deseo, me quemo de amor, me eleva hasta lo más alto y me lleva hasta otro mundo desconocido antes por mí.

—No puedo aguantarlo más, Silvania. Te necesito.

Sin parar de besarme, se coloca el condón —que no tengo ni idea de donde lo tenía—, me levanta una pierna, me sujeta por el muslo y me penetra a la primera haciéndome gritar sin remedio. Su pene entra como una bala dura y caliente, pero realmente satisfactoria. Lucas se mueve rápido, subiendo y bajando, entrando y saliendo de dentro de mí y empiezo a notar que me voy acercando al borde del abismo en cuestión de segundos.

Noto cómo me olfatea. Mis jadeos en su oído lo ponen aún más excitado y me enviste con más fuerza, como un verdadero animal. Engancha mi clavícula con los dientes, mordiéndome con ímpetu y entonces me dejo llevar.

—¡Dios, Lucas! —digo en un susurro, porque mi voz se ha perdido en algún tramo del camino.

Él ahoga sus gemidos en el mordisco y se deja llevar también. Entonces, los dos caemos a causa del agotamiento en el suelo de la ducha, exhaustos y asfixiados.

El agua fría sigue cayendo y yo, como puedo, levanto la mano, cierro el grifo y nos quedamos aquí, abrazados, intentando recuperarnos.

Capítulo 22

Lucas ha puesto en el reproductor del coche, una recopilación de la música de la violinista Lindsay Stirling. Aunque su variedad musical es sensacional, no la estoy disfrutando todo lo que me gustaría, porque no dejo de pensar en la locura que estamos a punto de hacer. Yo puedo torear a mi madre estando sola, pero con Lucas... Esto se va a convertir en una bomba de relojería, que voy a tener que tantear con mucho cuidado, si no quiero que explote. Me sudan las manos de lo nerviosa que estoy y no dejo de revolverme en el asiento. No consigo encontrar una postura lo suficientemente cómoda que haga que me tranquilice.

Debería haberla llamado y haber cancelado esta absurda comida. Aún no estoy preparada para esto. Quizá nunca lo estaré. Si por mí fuera, este encuentro solo se hubiese producido el día de la boda y porque no me queda más remedio que invitarla...

¿Pero qué estoy diciendo? ¿No llevamos ni una semana juntos y ya estoy pensando en matrimonio? Dios, esto me ha dado más fuerte de lo que pensaba.

Antes de salir, he ido a ver a Christian y a Erick para ver cómo estaban. Los pobres estaban hechos un Cristo. Erick tenía un ojo morado, pero el peor parado fue Chris, con moretones por todo el cuerpo y el labio partido e hinchado. Desde luego no me merezco los amigos que tengo. Aprovechando la coyuntura, me acerqué también para que ellos dieran fe de que sigo entera.

«Bueno, no tan entera, después de tremendo ataque sexual en la ducha, guapa», me dice mi suprema sexual, aún arrastrándose por el suelo, completamente deshecha y blandiendo una bandera blanca de rendición.

El calor me invade y tengo que respirar hondo para que no gane terreno.

«Silvania, céntrate, que esto es grave», me regaña mi pequeña mini yo.

Y lleva razón, hasta Chris se ha dado cuenta de la gravedad. Cuando le conté el plan suicida, se llevó las manos a la cabeza y puso el grito en el cielo. Él sabe la situación que hay con mi madre y que esto puede acabar como el rosario de la aurora. De todas formas, me ha dicho que me iba a encender una vela de protección, por si acaso, y que va a rezar por mí todas las oraciones habidas y por haber. Espero que surta efecto.

«Deberías saltar del coche en marcha. A lo mejor así, si te llevan al hospital, aunque sea con un par de huesos rotos, te ahorres el sufrimiento y el bochorno», me intenta convencer mi pequeña mini yo, vestida de la cabeza a los pies, con un mono de luces rojas y amarillas parpadeantes y con un cartel donde se puede leer «PELIGRO».

Muevo la cabeza, queriendo desechar la peligrosamente suicida y ridícula idea de mi cabeza.

—*Crystallize*. Es sorprendente. —Escucho decir a Lucas.

—¿Qué? —pregunto desubicada.

—Digo, que me encanta la canción que está sonando ahora: *Crystallize*.

—Ah, sí. Es preciosa —digo sin interés.

Vuelvo la cabeza de nuevo hacia la ventanilla, suspiro y comienzo a mordirme las uñas. Puedo sentir cómo Lucas me clava una mirada de extrañeza, aunque no le esté viendo la cara.

—¿Sigues dándole vueltas a lo de tu madre?

Lo miro, intentando adoptar mi mirada de «es lógico».

—¿Tú qué crees?

—Creo que deberías relajarte un poco.

Sí, claro. Que fácil se ve todo desde detrás de la barrera.

—Y yo, sigo pensando que esto no es una buena idea. ¿Cómo quieres que me relaje? Todavía estamos a tiempo de dar la vuelta. Y posiblemente sea la mejor idea. Venga, vámonos a otro sitio, yo la llamo y le digo que nos ha surgido cualquier cosa. Los imprevistos pasan, no es tan descabellado, así no se pensará que la hemos dejado plantada y...

—Quieres calmarte un poco. No creo que nos vaya a comer —dice, tras mi monólogo histérico.

No sé yo.

Me mira con ojos oscuros y con una sonrisa maléficamente seductora.

—Además, yo sé de una forma efectiva para liberar tensiones.

¿Qué? ¿Pretende que lo hagamos en el coche? ¿Y a plena luz del día?

El sofoco que me acaba de entrar, ha conseguido que se me suban los colores. Mi cabeza, tiene que parecer ahora mismo la nariz de Rudolf, pero cuatro o cinco veces más grande.

—Aunque, pensaba que te había dejado bastante relajada esta mañana —suelta mientras vuelve a poner sus ojos en la carretera.

Trago saliva y giro mi cuerpo ligeramente hacia él.

—Sí, relajada por el susto que me diste cuando te colaste en mi casa —replico implacable.

Ahora es él, el que se pone colorado.

—Recuérdame que busque el número de un cerrajero.

—¿Para qué?

—Para que ponga una reja en el ventanal. No creo que mi corazón soporte más sobresaltos como el de hoy, si les da a otros por colarse como lo has hecho tú. Vivir tantas situaciones peligrosas me está volviendo demasiado desconfiada, ¿sabes?

Lucas me mira con cara de arrepentimiento y yo me río.

—Además, voy a tener que aprender a recelar más de la gente. Cuando menos me lo espero, se hacen con mi número de teléfono y comienzan a mandarme mensajes. Creo que deberías investigarlo.

Pone morritos y aprieta los labios, intentando aguantar su sonrisa delatora.

—¿Y sospechas de alguien? —dice sin apartar la vista del asfalto.

—Bueno, no estoy muy segura, pero tengo un vecino que se ha vuelto un auténtico acosador.

—¿Ah, sí? —pregunta divertido.

—Sí. Últimamente, busca cualquier excusa para poder meterme en su cama.

—Bueno, esa es una acusación muy grave. Supongo que tendrás alguna prueba de ello —dice levantando una ceja.

—Oh, sí. De hecho, hoy me ha dejado bastante dolorida.

—¿Y no será, que tú lo provocas?

—¿Quién, yo? No, qué va. Pero si yo soy una santa.

Veo como Lucas pone los ojos en blanco y se ríe, mientras mueve la cabeza de arriba abajo, en una afirmación sarcástica.

—Ya.

No puedo dejar de sonreír. Me encanta mirarlo. Me hace sentir plena y feliz; muy feliz. Aún no me creo la suerte que he tenido al encontrarlo.

»En quinientos metros, gire a la derecha y habrá llegado a su destino«.

El corazón, me da un vuelco al escuchar la voz del *GPS* y la sonrisa que tenía dibujada en mi cara desaparece de inmediato. Ya no me acordaba de adónde íbamos. Me vuelvo inquieta de nuevo en el asiento del *RCZ* y me muerdo el labio, preocupada.

Cuando Lucas para el coche delante de un chalet de casi trescientos metros cuadrados, en una lujosa urbanización rodeada de una frondosa arboleda y espléndidos jardines, la tensión se acentúa aún más dentro de mí.

—Nena.

Lucas me llama y, al mirarle, veo una expresión extremadamente aplacada.

¿Cómo puede estar tan sereno?

—Tranquila, ¿vale? Todo va a salir bien.

Doy un suspiro pretendiendo aplacar los nervios. Esta vez, ni siquiera sus enmelados ojos pueden apaciguar mi ánimo alterado, aunque lo intento. Vuelvo a respirar hondo un par de veces más y afirmo con la cabeza. Espero que lleve razón.

Lucas sale del coche, mientras yo me despojo del cinturón de seguridad. Cuando quiero darme cuenta, ya me ha abierto la puerta y lo tengo justo en frente, vestido con unos chinos oscuros, una camisa celeste y una americana gris clara, sujetando una botella de Cirsion, que ha querido traer como presente para mi madre.

¿Cómo es posible que todo le sienta tan bien? El condenado está buenísimo.

Me brinda la mano y yo salgo apoyándome en ella.

Al mirar hacia el chalet de mi madre, diviso a *Sky* dando saltos y corriendo por todo el jardín.

—¡Mierda! La perra de mi madre está suelta.

Lucas mira a su alrededor y, luego, me mira asombrado.

—Tenía entendido, que a pesar de que te suele sacar de quicio, le tenías cariño. Pero ya veo que no.

Lo miro divertida y le regalo una sonrisa.

—Hablo de *Sky*. Su gran danés. Voy a tener que sujetarla para que puedas entrar.

Lucas cierra el coche y nos dirigimos hacia la entrada.

—¡Joder! Qué pedazo de perro —suelta Lucas alarmado.

—Quédate aquí un momento. Cuando la tenga bien sujeta, te aviso.

—¿Y no sería mejor darle un chuleton o algo así? —dice con la cara desencajada, al ver el enorme tamaño de *Sky*.

—Sí, claro. ¡Qué buena idea! Espera, que tengo uno en mi bolso.

Introduzco mi mano y empiezo a buscar las llaves.

—Oh, qué pena. Se me han terminado los chuletones. Tendré que hacerle un encargo al carnicero para la próxima vez —digo con sátira y él me mira con cara de «como sigas metiéndote conmigo, prepárate después». Y yo me río y le arrugo la nariz.

Entro en el jardín de mi madre y me acerco a la perra, que no para de corretear a mi alrededor. Ya la conozco y sé, que no se acercará hasta que no me ponga a su misma altura. Así que me arrodillo en el césped junto a la puerta de entrada y espero que se acerque para poder agarrarla del collar. Una vez sujeta, me levanto y me coloco encima de ella a horcajadas para inmovilizarla. Es tan grande que parece un caballo. Será que yo ya estoy acostumbrada, pero tiene tanta fuerza, que sería capaz de tirar al suelo a cualquier otra persona y arrastrarla por toda la parcela.

—Ya puedes pasar —le digo a Lucas mientras templo los nervios del animal.

Él entra al jardín y se dirige rápidamente a la puerta. Veo el pánico en su semblante y no puedo aguantar una sonrisa.

—¿Le tienes miedo a los perros?

—Al tuyo, sí. Estoy acostumbrado a los de la patrulla, pero este es enorme.

—*Sky* es muy buena. No te va a comer. A no ser... que yo se lo mande. Así que pórtate bien.

No puedo resistir burlarme de él, es demasiado difícil. Me encanta verlo con la guardia baja y así conocer sus puntos débiles. En el futuro, seguro que me sirven para algo.

Sky da un fuerte ladrido de confirmación y veo a Lucas pegar un respingo.

—Ves, te ha dicho que sí.

—Lo tendré en cuenta —dice inquieto.

Me río regodeándome un poco al verlo tan tieso.

—Anda, llama al timbre.

—¿Yo?

—Bueno, yo podría abrir la puerta, pero estoy un poco ocupada, cómo puedes ver. Pero si quieres, suelto lo que tengo entre las manos y te abro con gusto.

—No, no, no. Vale, ya llamo.

—¡Cobarde! —Me vuelvo a reír.

Lucas pulsa el timbre, mientras que no deja de mirar hacia mí, pero sobre todo, no deja de mirar a *Sky*.

—Ya voy. —Escucho decir a mi madre en el interior.

Al abrirse la puerta, una mujer con aire bohemio de cincuenta y cinco años, vestida con ropa negra ajustada y un quimono de seda rosa estampado, aparece por el umbral. Se queda totalmente boquiabierta.

—¡Virgen santísima! ¿Quién es este ángel que ha caído del cielo?

Entorno la mirada.

—Buenas tardes, señora William. Soy...

—Por favor, llámeme Nora —le dice en tono seductor y poniendo postura sugerente.

Lo qué me faltaba, hasta mi madre quiere ligar con Lucas. ¡¿Alguna más?! , grito internamente al resto del vecindario.

—Mamá, ¿quieres dejar de insinuar y hacer que Lucas entre, para que pueda soltar a *Sky* de nuevo, por favor?

Tras percatarse de mi presencia, mi madre me mira confundida y luego vuelve a mirar a Lucas aún más alucinada.

—Mamá, ¡espabila! —le grito.

—Eh... Sí. Perdona, pasa.

Lucas, entra en el interior de la casa y yo, por fin, puedo soltar a la fuerza bruta que sujetaba con mis manos, que sale de nuevo corriendo a zancadas agigantadas. A continuación, entro y cierro la puerta tras de mí, mientras me sacudo los pelos incrustados en mi vestido beige.

—¿Por qué tienes a la perra suelta? —le reprocho.

—No lo sé. Se ha debido soltar. No me había dado cuenta —responde sin dejar de mirar a Lucas.

—Pues va siendo hora de que le cambies la correa de sujeción y le pongas una cadena. Tiene demasiada fuerza y ya me está costando mucho trabajo dominarla.

—Vale, vale. Lo que tú digas —dice ignorándome y completamente embobada.

Levanto la ceja, flipando.

¿Lo que yo diga? ¿Quién es esta mujer y que ha hecho con mi madre?

Miro a Lucas y creo notar por primera vez un poco incómodo delante de una mujer, así que decido intervenir.

—Mamá, te presento a Lucas Serra.

—Sí, me lo he figurado, cuando te he visto a ti. Aunque no me lo imaginaba así —dice a la vez que se engancha en su brazo.

En sus ojos puedo apreciar, lo embelesada que está con Lucas... Y no la puedo culpar. Yo me quedé igual la primera vez.

Bueno, vale, y las demás veces también, pero es que ella, me da vergüenza ajena.

No quiero ni preguntarle cómo se lo imaginaba, aunque conociéndola, seguro que sería bajito, regordete y mucho menos atractivo que mi dios Apolo. Ese es el prototipo al que puedo llegar a optar, según ella.

—Es inspector de policía —le suelto esperando su reacción, que llega de inmediato.

Su cara cambia de forma radical y suelta a Lucas de manera fugaz. Pasa de la máxima estupefacción, a la más intensa aversión.

—¿Uniformes? —Me mira con hostilidad—. ¿Tú no has aprendido nada, verdad? Y péinate un poco. Mira cómo vienes.

Esta sí es mi madre.

Se da media vuelta y se encamina hacia la cocina dejándonos allí plantados. Pongo los ojos en blanco y Lucas me mira, con cara de asombro y, sin saber muy bien lo qué ha ocurrido. Yo le levanto una ceja y le sonrío mordaz.

—Te lo dije.

—Pero... ¿Qué demonios ha pasado?

—Mi madre no es muy condescendiente con los cuerpos uniformados —le voy explicando mientras me voy recogiendo los pelos que se me han soltado de la coleta—. Terminó muy quemada de la relación con mi padre y del trabajo que conllevaba mantenerlo «perfectamente ataviado», y sin encontrar recompensa afectiva por ello. Así que para ella, todo hombre uniformado entra dentro del mismo saco.

—O sea, que ya me ha colocado el cartel de «no eres bienvenido», sin ni siquiera conocerme.

Vuelvo a sonreírle, aun sabiendo que la situación no tiene ni pizca de gracia. Como esto salga mal y estalle la bomba que rodea el ambiente, podría perder lo que tengo con Lucas y, sobre todo, perdería a mi madre, porque me encargaría de ella personalmente. Pero aun así, tengo interés en saber cómo se las piensa arreglar ahora, sabiendo que se encuentra en tierra hostil. Eso le pasa por hacer las cosas sin consultarme.

—Básicamente. Te dije que no te lo iba a poner fácil.

Lucas se queda por un instante pensativo y luego vuelve a mirarme devolviéndome una sonrisa virulenta.

—Está bien. Dejemos el trabajo a un lado y concentrémonos en lo personal.

Lo miro extrañada.

—¿Qué piensas hacer?

—Tú, déjame a mí.

¿Me tengo que fiar? Por Dios, que esto salga bien.

Le quito a Lucas la botella de las manos y me encamino hacia el comedor, mientras que él, me sigue justo por detrás. Mi madre se encuentra ya allí, preparándonos unos vasos de té helado. Dejo la botella en la mesa, perfectamente arreglada. Engalanada con una mantelería bordada de color blanco, que hace resaltar la vajilla de lapislázuli y oro, la cubertería Christofle y la cristalería *Corail* de Montbronn, obsequio de mi abuela por su enlace con mi padre y que solo lo saca en ocasiones especiales.

Supongo que para ella, el hecho de que su hija esté rehaciendo su vida y haya conocido a un hombre, es algo realmente digno de celebrar. Aunque si le llego a decir antes en qué trabaja Lucas, estoy segura que no se hubiese tomado tantas molestias. Incluso hubiese sido capaz de servir la comida en platos desechables.

Me acerco a ella y la ataco por detrás.

—Hazme un favor. Intenta controlarte un poco.

—Pero... ¿Es que te has vuelto loca?

—Mamá. No es momento.

—Es mi casa y yo decido si es momento o no. ¿Cómo se te ocurre? Ya sabes lo que pienso...

—Los cuadros son espléndidos —dice Lucas, que se ha quedado observando una pintura de una marina paradisíaca.

Ha conseguido que mi madre deje de hablar y llamar toda nuestra atención. Entonces miro a mi madre y puedo notar un reflejo de vacilación.

—¿La obra es suya?

—Sí —le suelta mi madre, con tono cortante.

—Pintados al óleo, si no me equivoco.

—No, no se equivoca.

Esto parece un partido de tenis. Espero que Lucas sepa lo qué está haciendo, porque si no, voy a terminar con tortícolis de tanto mover la cabeza de un lado para otro.

—Si me permite decirlo, creo que tiene una técnica fantástica. Son impresionantes, tanto los paisajes de húmedo sobre húmedo, como los que están pintados por capas. Y la precisión es perfecta. Sobre todo en las marinas. Debe ser difícil darle esa luminosidad al romper de las olas y más aún, darle ese toque de transparencia y veladura a esas cortinas de sedas de las ventanas, movidas sutilmente por el suave viento.

Miro hacia mi madre y puedo percibir, que su postura de ataque ha cambiado. Ahora se la ve orgullosa y quizá un poco más contenta que hace cinco minutos.

¿Puede ser cierto? ¿Se la está ganando? Esto es increíble. ¿Y cómo es posible que Lucas sepa tanto de pintura?

—¿Le gusta la pintura, señor Serra? —le pregunta mi madre indecisa, mientras se le acerca para ofrecerle la bebida, aunque aún se le nota en el tono de su voz un hilo de discrepancia.

—Me gusta el arte en general. Aunque mi padre fue un gran arquitecto, siempre le encantó mucho la pintura y nos inculcó desde pequeños la importancia que tenía la técnica, la habilidad del pintor y, sobre todo, la práctica del oficio. Mi padre podía pasarse horas sentado en su sala, delante del lienzo. Incluso, en ocasiones, se olvidaba de comer y de dormir. Aunque, he de reconocer, que el esfuerzo daba unos increíbles resultados. Sus cuadros son realmente asombrosos. Pero... ¿qué puede decir un hijo de su padre?

No vayas por ahí idiota, que va a terminar enfocándose en mí. Dejo de respirar al notar como mi madre me mira de reojo.

—Bueno, hay algunos hijos que valoran el esfuerzo de sus padres; no como otros —dice, esta vez clavándome la mirada.

¡Mierda! Lo sabía. Ahora entiendo, de dónde he sacado yo mi mirada fulminadora. Menos mal que la de mi madre tampoco funciona.

—Comencé a pintar cuando me separé del padre de Sylvania. Fue una buena terapia. Supongo que ya le habrá contado la historia.

—No. Su hija es bastante hermética en algunos temas —dice, mirándome de reojo.

Yo me sonrojo, porque sé que se refiere al tema de mi exmarido.

—Tutéeme, por favor. Me hace sentir más vieja de lo que soy.

Mi boca se abre automáticamente, atónita.

Yo lo flipo... ¿Qué la tutee? Pero si ni siquiera a Adolfo le permitía que la tuteara.

Siempre ha dicho, que a las personas mayores hay que hablarles con respeto y, ¿ahora dice que se siente vieja si no le hablan de tú? Por Dios, qué se cree... ¿Qué tiene veinte años?

—Bueno, yo podría decirle lo mismo, Nora.

Ella se ríe divertida.

—Anda, acompáñame a la mesa. Ya tengo el asado preparado y listo para servir.

—Comamos pues. Después de usted. Quiero decir... Después de ti.

Los dos se dirigen hacia la mesa. Lucas me echa una mirada triunfal y yo me quedo boquiabierta en mitad de la sala.

¡Esto es increíble!

Capítulo 23

Estoy llenísima. No hay manera con esta mujer. Cuando hace de comer, parece que va a alimentar a un batallón entero. Y encima, te obliga a comer hasta reventar. Luego se queja de que estoy gorda. Menos mal que no vengo todos los días. Y para colmo, la modorra se está haciendo conmigo. Llevo toda la comida escuchando hablar de arte y técnicas de pintura. Al final me voy a quedar dormida de puro aburrimiento, pero al menos, Lucas ha conseguido que tengamos una comida relajada y tranquila y, sobre todo, no enfocada en mis imperfecciones.

—Este Rioja es una maravilla —indica mi madre, que ya se ha terminado su cuarta copa.

—Si no lo fuese, estarían dándole un enorme clabazo al consumidor, te lo aseguro. —señala Lucas.

Lo miro extrañada. ¿Pero cuánto se ha gastado en el vino? Esto era una comida informal y pensé que había comprado la botella en el súper. Espero que no le haya salido por un ojo de la cara, teniendo en cuenta que mi madre piensa que el vino tinto barato que venden en tetrabrik es una exquisitez.

—Sabes... Jamás había conocido a alguien fuera de mi círculo artístico que supiese tanto de pintura. Normalmente, suelo hablar solo con mis alumnos y con algunos colegas. Ha sido agradable escuchar el punto de vista de alguien diferente y con una perspectiva bastante fresca. Creo que me has dado una idea para hacer otro cuadro.

—Vaya, me alegra saber que he servido de ayuda. Supongo que el hábito no hace al monje.

—Eso parece.

De repente mi madre vuelve a ponerle cara de mal humor. Supongo que debe tener una enorme lucha interna, o quizá, le está sentando mal la comida al volver a pensar de nuevo en la actividad laboral de Lucas. De todas formas, ya le dije que condimentar mucho el asado no era bueno para ella, pero como nunca me escucha, al final lo termina sufriendo.

—Quizás algún día podrías presentarme a tu padre. Me encantaría conocerlo.

—Eso va a ser complicado, Nora. Mi padre falleció hace un par de años —dice con tono de dolor.

Al escucharle decir eso, mi cuerpo se congela. Lucas apenas me ha hablado de su familia. Bueno, sé que su hermana trabaja como diseñadora de interiores, que su padre era una lumbrera en el campo arquitectónico y que su madre era su secretaria, aunque ya está jubilada, pero nunca me comentó que su padre hubiese fallecido. No tenía ni idea.

«Apenas habéis hablado de nada, lo vuestro se resume en una simple palabra: «SEXO» y punto», me apunta mi pequeña mini yo, que está tumbada en el sofá leyendo *Gente Tóxica* de Bernardo Stamateas. Normalmente suelo esquivar las indirectas de mi cabeza, pero esta vez ha dado en el clavo.

—Lo siento. No pretendía... —intenta rectificar mi madre.

—No te preocupes. Soy consciente de que no sabíais nada. Sigo echándole de menos, eso es todo. Aún recuerdo muchos buenos momentos juntos y no puedo dejar de emocionarme cuando hablo de él.

—Ahora entiendo tu pasión por este tema.

—Sí, supongo que de alguna manera, es mi forma de recordarlo.

Tras su expresión serena y segura, puedo advertir un poco de melancolía al hablar. Se nota el gran apego que le tenía a su padre. Tengo el corazón acongojado en este momento; siento un poco de lástima por él.

Intento ser empática, ponerme en su lugar, pero me es complicado. Yo perdí a mi padre en la distancia, pero al menos, sigo en contacto con él. Aún no me ha tocado verme en esa situación, así que no sé cómo se debe sentir. Debe ser duro perder a un ser querido y más aún, cuando se tiene un vínculo tan grande. Desde luego es mala suerte lo suyo.

—Espero que en todo seas tan pasional como lo eres con la pintura.

¿Pero qué? ¿A esta mujer se le ha ido la cabeza? ¿Cómo se le ocurre salir con esa respuesta? Un poquito de consideración, por favor.

—¡Mamá!

—¿Qué?

¿Encima me pregunta? A veces me inquieta. Creo que será recomendable llevarla a un especialista, para que la trate y mire si el cerebro de mi madre trabaja en condiciones.

—¿Cómo que, «qué»? Te vendría bien una pequeña inyección de humildad de vez en cuando, ¿sabes?

—Ay, Silvania, no me vengas de mosquita muerta ahora. Ya somos demasiado mayorcitos, como para ir hablando con pelos en la lengua.

—Ya veo que tú no tienes ninguno. Voy a tener que comprarte una peluca para que te la metas en la boca, a ver si así no escupes necesidades con tu lengua viperina —digo irritada.

—Niña, un poquito de respeto —contesta molesta.

La mato. Mira por donde me voy a poner en el lugar de Lucas antes de lo que pensaba.

—Señoras. —Escucho decir a Lucas, que interrumpe nuestra escaramuza, mientras me sujeta fuertemente de la mano—. Señoras, por favor, tranquilidad.

Mi madre mira a Lucas y luego vuelve a mirarme con ojos de disgusto. Yo, sin hacerle caso apenas al roce apaciguador que noto entre mis dedos, le devuelvo una mirada acusadora, haciéndole ver que estoy realmente fastidiada por su comportamiento. Entonces mi madre, vuelve a mirar hacia él, se recompone en su asiento y pone cara de santurrón. Me quedo a la expectativa, sin quitarle los ojos de encima. No me fio ni un pelo de ella.

—Bueno, solo era una pregunta inocente.

Inocente dice. Si todavía le queda algo de inocencia a esta mujer, me hago monja.

—No es que quiera estar al tanto de cómo eres en la cama. Solo, que debo estar segura de que dejo a mi hija en buenas manos, eso es todo.

¿Pero qué quiere, matarme de vergüenza?

Noto tras de mí un bufido divertido.

—Lo entiendo. Y lo veo normal, aunque... con respecto a tu pregunta... no sé si yo podría responderte a eso. Bueno, quizás, la que debería contestar sería tu hija.

¿Qué? Ay, que me da.

Miro hacia Lucas con la cara desenchajada y los ojos como platos y, me lo encuentro con una sonrisa embaucadora en su perfecta cara. Ahora sí, es oficial, el color rojo se ha incrustado en mi cara, pero ya no sé si es de vergüenza o de indignación.

¿Pero será posible? ¿Se han puesto los dos de acuerdo para sacarme de quicio hoy?

El calor que siento por todo el cuerpo, me está empezando a agobiar. Necesito salir de aquí, ya.

—¿Sabéis qué? —digo nerviosa, poniendo las manos en la mesa repleta de platos vacíos y levantándome con la intención de interrumpir esta inadmisibile conversación—. Voy a preparar café. ¿Café para todos, verdad?

Intento sonreír al realizar la pregunta, aparentar que todo lo que está pasando me da igual, pero creo que me ha salido demasiado sobreactuado, porque ni yo misma me la creo.

Quizá a mí, me vendría mejor una tila. Total, ya le estoy cogiendo el gusto.

—¿Me ayudas, mamá?

—¿Por qué? Si estás al corriente de dónde está todo.

—Ya sabes que ese aparato al que llamas cafetera, solo lo entiendes tú. Así que mamá, por favor. —Le lanzo una mirada amenazante.

Ni de coña los dejo solos. ¡No; me niego!

Mi madre es capaz de sonsacarle a Lucas hasta el color de mi ropa interior y no se lo pienso permitir.

—Está bien —dice, desistiendo de seguir discutiendo.

Se levanta a regañadientes, apila unos cuantos platos y se los lleva a la cocina, no sin dejar de quejarse por el camino. Cuando veo que ha salido de la habitación y, me aseguro de que no está espionando, miro a Lucas con gesto fustigador.

—Eres un traidor.

—¿Yo? Pero si no he hecho nada —dice con cara de no haber roto un plato.

Frunzo los labios y respiro hondo. Debo hacerlo, si no quiero aniquilarlo aquí mismo.

—Ya. —Me inclino y le señalo con un dedo acusador. —Que sepas, que esta me la guardo. Me la vas a pagar con creces.

Lucas me lanza su media sonrisa enardecidora y noto como mi vientre se tensa, mandando una descarga eléctrica a mis profundidades más receptivas. Entonces, no lo puedo evitar. Me derrito solo con verla. Una sonrisa traicionera se dibuja en mi cara, mientras que mi suprema sexual ya se está colocando las medias de cristal, preparada para la siguiente función.

Ha conseguido, como siempre, que me pierda en otro universo; hacerme sentir tan viva, tan diferente... Cierro los ojos y suspiro. Debo contenerme, o soy capaz de tirar al suelo todo lo que hay en la mesa, plantarlo encima y hacerle el amor ahora mismo.

«¡Silvania, modera tus pensamientos y ten un poco de cordura, que tu madre está en la cocina!», me advierte mi pequeña mini yo con el ceño fruncido y gritándome megáfono en mano.

Cuando abro los ojos, la cara de Lucas, está a escasos centímetros de la mía, mirándome serio, con ojos voraces y una ceja levantada.

—¿Vas a dejar de morderte el labio?

Mi cuerpo se vuelve a tensar automáticamente, suelto el labio retenido por el deseo y tengo que tragar saliva para refrenar mis ganas de besarlo. Me separo de él, a duras penas, y me vuelvo a incorporar sonriendo como una niña traviesa, mientras él sigue mirándome ansioso.

—Anda, sé bueno y espéranos en el salón, mientras nosotras recogemos todo esto. Por favor.

Puedo diferenciar en mi voz, un hilo de abatimiento y tormento, por no poder tener ahora mismo lo que ambos queremos, pero he de controlarme. Quizá lo del coche no era tan mala idea, después de todo.

Entonces, él sonríe y se coloca la palma abierta de la mano en la frente.

—A sus órdenes.

Levanto una ceja pasmada y me río.

¿Se está burlando de mí en mi propia cara?

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Se me ocurren un par de cosas —dice guiñándome un ojo.

Me acerco de nuevo a él y le doy un rápido e inofensivo beso, pero lleno de ternura. Me levanto, cojo mi copa y doy el último sorbo, luego, alcanzo las demás copas y la botella de Rioja, ya vacía, y me alejo de él, sabiendo que me sigue con la mirada.

Al llegar a la cocina, veo que mi madre ya ha preparado la bandeja con las tazas, mientras espera, paciente, que termine de hacerse el café. Tal y como me la vuelvo a encontrar, desaparece la exultación y vuelve a mí el sentimiento de desazón.

—¿Estás borracha o qué? ¿Se puede saber qué pretendes? —le espeto, sin permitirle el lujo de comenzar ella primero.

—Que espabiles. Ya sabes cómo me fue a mí con tu padre. Todo el día sola, criando a dos niños pequeños, mientras que él se pasaba las horas, los días y los meses entre el cuartel y las maniobras.

—Papá te quería, y lo sabes —le digo, mientras suelto las copas en el fregadero.

—No me querría tanto, cuando apenas pasaba tiempo conmigo, ni con sus hijos.

—No vayas por ahí, mamá.

—No quiero que cometas la misma equivocación que yo.

—Bueno, supongo que es un riesgo al que me toca exponerme.

Y al que realmente me quiero exponer sin lugar a dudas.

—Ya lo pasaste mal con Adolfo. No quiero que lo pases mal otra vez.

—Creo que eso me toca decidirlo a mí, ¿no te parece?

—No me fio.

—Pues se te veía la mar de a gusto durante la comida.

—Eso no tiene nada que ver. Y otra cosa, ¿así es cómo pretendes conseguir a un hombre en condiciones? Ya sabes que tienes un pecho más grande que otro y ese vestido no te favorece en absoluto, por no decir que te hace una silueta horrible. Tienes que ir a comprarte ropa con más estilo. Tu cuerpo no es precisamente de modelo.

¿Esta mujer no sabe nunca cuál es el límite, ni cuándo parar?

—Déjalo ya mamá. No intentes cambiar de tema. Esta vez no hablamos de mí... bueno sí, pero no de eso. —Cierro los ojos y tomo aire, intentando volver a centrarme—. Es un hombre estupendo, mamá, y creo que le gusto.

—Pues no sé qué es lo que ha visto en ti.

—Oh, gracias por tu apoyo. Por una vez, deja tus vejaciones a un lado y preocúpate un poquito por mí.

—Pero si ya lo hago. Solo digo la verdad.

—Pues aprende a mentir un poco. El mundo te lo agradecería de vez en cuando. Y ahora céntrate y escucha atentamente lo que te voy a decir. Lucas me gusta mucho y no voy a permitir que tú...

Todo mi ser se paraliza y me quedo sin aliento, al empezar a escuchar las notas de un piano. Toda la casa queda envuelta por la música de un *Allegro*, que hace que mis sentidos despierten y un escalofrío me recorra cada célula de mi cuerpo. Salgo de la cocina apresuradamente, dejando la conversación a medias y me dirijo al salón, guiada por la dulce melodía.

Cuando llego al umbral de la puerta, veo a Lucas sentado al piano de cola, que mi madre aún conserva junto al gran ventanal. Apenas puedo moverme. Al escuchar esas notas flotar por el ambiente y, rodeándome como olas que acarician mis oídos, hacen estallar en mí una sinfonía de sentimientos.

Cuando consigo hacer que mi cuerpo avance, comienzo a dar un paso tras otro lentamente hasta ponerme junto al piano. Miro a Lucas, concentrado en las teclas, moviendo sus dedos rápidamente de una octava a otra. Mi corazón palpita casi al ritmo de la música y mi respiración entrecortada, se debate entre pararse y continuar bombeando aire a los pulmones. Lucas me mira y me sonrío afable, trago saliva y decido, entonces, sentarme a su lado para disfrutar de la melodía. Camino por detrás de él, le paso los dedos por los hombros, acariciando sutilmente su nuca y rozando su sedoso cabello, intentando que note con mi tacto, lo que él me está haciendo sentir en estos momentos. Me acomodo a su lado y cierro los ojos, dejándome llevar por su regalo acústico.

Todo mi ser comienza a bailar como si estuviese en una función de ballet, perfectamente coordinada, dando vueltas y vueltas sin parar. Corriendo por un verde prado y saltando hasta que consigue volar, deslizándose entre las nubes de algodón y terciopelo.

A prácticamente un tercio de canción antes de acabar, en sus notas agudas y ligeramente tenues, que parecen besos en el aire, mis manos se mueven y se apoyan en las teclas más altas, sabiendo instintivamente el camino que deben recorrer. Entonces, comienzo a tocar, siguiendo la melodía, exactamente por donde iba, como respuesta a Lucas, que ha dejado de tocar y yo desconecto y me transporto a un universo perdido.

Cuando mis dedos dejan de tocar la última nota, respiro hondo, abro los ojos y caigo en la cuenta de donde estoy. Miro hacia Lucas y puedo ver una increíble expresión de ternura impresionada, conmovida y emocionada, tras una sonrisa apasionada. Nuestros mundos se han fusionado por un momento y han bailado al compás de la música de un pequeño concierto tocado por nosotros. Y ha sido entonces, cuando el tiempo se ha parado.

—Extraordinario. —Escucho decir a mi madre que nos mira desde la puerta.

Aunque nos cuesta separar nuestras miradas, conseguimos desviarlas para mirarla a ella.

—Hacia mucho tiempo que no escuchaba *Secret love* de Giovanni Allevi. Desde mucho antes de que Sylvania se casara y saliera de esta casa.

Bajo la vista y recuerdo aquellos momentos delante de mi piano. De mi aliado. Siempre era él, mi refugio. El que me dejaba volcar mis sentimientos, traduciéndolos en melodías armoniosas. Y el que ha conseguido que vuelva a hacerlo, con la ayuda de Lucas.

—Quien acaricia las teclas con esa dulzura y entusiasmo, consiguiendo con cada nota estremecer a este viejo corazón al recordar esos días, bien se merece mi aprobación.

¿Qué?

—Esta vez romperé una lanza a tu favor, Lucas. Has conseguido que vuelva a ver a esa niña que amaba tocar y que creía perdida. Si esto lo has hecho por y para ella, si has podido hacer que suceda este milagro, supongo, y espero no equivocarme contigo, que podrás hacer mucho más por ella y conseguirle el mundo si te lo propones... Tenéis mi bendición.

Al escuchar esas palabras, la presión que siento en mi interior ya no aguanta más y estalla. Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas de forma automática. Lucas vuelve a mirarme y me acaricia la mejilla, limpiándola con extrema delicadeza. Dirijo de nuevo la vista hacia mi madre, me levanto del banquito, me acerco a ella y le doy un fuerte abrazo, que ella corresponde con un maternal beso.

—Gracias, mamá.

—Aunque no te lo creas, siempre querré lo mejor para ti, Sylvania.

—Ahora lo sé.

—Te quiero, cariño.

—Te quiero, mamá.

Capítulo 24

Ya montada en el coche, noto como los hombros se me relajan un poco. Toda la tensión acumulada, se ha esfumado de repente y me siento realmente satisfecha con el día de hoy, aunque, no estoy todo lo despreocupada que debería y no sé cuál es la razón. Seguramente son los nervios y el agotamiento acumulado lo que me tiene así, o quizá es que he comido demasiado y a mi estómago le está costando hacer la digestión.

Importante nota mental: no volver a comer en casa de mi madre. Próximas comidas en un restaurante, así puedo controlar.

Qué pesadez de estómago, madre mía.

Lucas entra en el coche y se vuelve para mirarme con su atractiva expresión ganadora.

—Bueno, parece que todo ha ido bien. ¿No te parece?

—Mmm, sí. Supongo que sí —contesto con una sonrisa desganada.

—¿Qué ocurre? —pregunta con tono preocupado.

—Nada. Solo que estoy cansada. Ha sido un día muy largo.

Al menos, espero que sea eso.

—¿Estás segura? —dice levantando una ceja incrédulo.

—Que sí —afirmo exagerando la respuesta—. Solo necesito descansar, nada más, no te preocupes tanto. Han pasado demasiadas emociones fuertes en muy poco tiempo, es algo que agota física y emocionalmente.

Lucas ladea la cabeza y me mira como intentando leer en mis ojos alguna información escondida. Creo que no se ha quedado conforme con lo que le he dicho, pero luego deja de mirarme y arranca el coche.

—Está bien. Vamos a casa. ¿Te quedarás conmigo esta noche?

—¿Me dejarás dormir? —pregunto reticente.

Se queda por un momento pensativo y luego sonrío.

—No lo sé. Deja que lo delibere por el camino.

Lo miro suplicante y derrotada.

—Venga, no seas malo. Estoy destrozada.

—De acuerdo. Te dejaré dormir. Pero que sepas que tengo un trofeo pendiente de recoger.

Me da la sensación de que su boca está diciendo una cosa, pero que sus pensamientos no están del todo de acuerdo. Después de ver la expresión de su cara, creo que no puedo contar mucho con que lo vaya a cumplir. Se acerca a mí riéndose travieso, me da un beso en los labios y luego se aleja de la luminosidad de la urbanización, para adentrarse en la oscuridad de la carretera.

Al mirar su silueta entre las luces de los faros de los coches que pasan en dirección contraria y, las sombras de la estrellada noche, no puedo dejar de pensar en todo lo que ha pasado en solo una semana. Es increíble, ha ido todo tan rápido que parece mentira que todo empezara por un simple malentendido y ahora estoy aquí, con un vigoroso hombre que me hace perder la cabeza en todos los sentidos. En ocasiones me pregunto si estaré soñando como pasó antes de conocerlo y muchas veces, espero que el móvil comience a sonar con el tono insufrible de mi madre, pero luego, cuando hago cualquier movimiento diferente a los normales, noto esa molestia en lo más bajo de mi ser y me doy cuenta que todo es real.

—No me habías dicho que tocabas el piano.

—Sí, bueno... ¡Sorpresa! Aunque tú a mí tampoco me dijiste que sabías tocar. Ni siquiera sabía que te interesara la pintura.

—Me gusta, pero tampoco es que sea un fanático. Simplemente sé un poco, nada más.

¿Lo dice en serio? Se ha ganado a mi madre gracias a eso.

Bueno, sin contar lo que ha pasado en el salón. Creo que tiene demasiados secretos que no conozco y, la verdad es que, es algo que me inquieta un poco.

—¿Nada más? A mi madre no se la consigue impresionar con tanta facilidad, ni rapidez. Se ha querido hacer la difícil, pero al final te la has ganado, con creces. No se deja tutear por nadie, te lo aseguro. Le has puesto en un pedestal a sus niños, que son su predilección. Solo con eso has ganado muchísimos puntos. He de reconocer que jugaste bien tus cartas.

Lucas se ríe divertido, disfrutando de su conquista.

—Pura psicología... Y un poco de vista —dice guiñándome un ojo—. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Desde cuándo tocas el piano?

Me da la sensación de que le está cogiendo gusto a esto de hacerme interrogatorios personales en el coche.

«Eso es porque tiene que estar pendiente de la carretera y de todo lo que tiene a su alrededor. Así no se desconcentra con tus encantos, tonta», me dice mi pequeña mini yo interna, mientras observa de reojo a la suprema sexual, que la mira con recelo y yo no puedo ocultar una sonrisa.

—Desde pequeña. Creo que empecé a los ocho años. Cuando escuché por primera vez el sonido del piano en manos de mi abuelo, sentí algo increíble; no sabría cómo explicarlo. Me sentí viva y me llenó por completo. Fue entonces cuando me enamoré de la música. Supongo que le di tanto la lata a mi abuelo para que me enseñara a tocar, que al final me salí con la mía y comenzó a darme clases. Luego, a medida que iba creciendo, fui buscando retos más interesantes y hasta que no los sacaba no paraba.

Valiente parrafada le acabo de soltar. Seguro que ni le interesa, pero bueno, si él pregunta, yo respondo.

—¿Y por qué dejaste de tocar?

—¿A parte de que en mi apartamento no entra un piano? Pues porque a mi marido no le iba mucho. Siempre que me escuchaba tocar...

Me quedo por un instante pensando y recordando todas esas veces que buscaba cualquier excusa para alejarme de mi querido piano. Fui demasiado tonta por dejar que me apartara de lo que más me gustaba. Cierro los ojos y un suspiro sale de lo más profundo de mí.

—¿Le sigues echando de menos?

Lo miro y noto que sus ojos reflejan... ¿el qué... alarma, intranquilidad, celos quizás?

—No. No, qué va. Lo he pasado realmente mal por su culpa, pero he aprendido a vivir sin él y... creo que me he recuperado por completo. —Le dedico una sonrisa tímida a Lucas y noto cómo se relaja—. Solo que me he dado cuenta que revolví toda mi vida y la cambié al completo por él y, al final, no sirvió para nada. He perdido mucho, pero ahora me alegro de no tenerlo en mi vida.

Inexplicablemente, una oleada de tranquilidad, me invade por completo.

Qué bien sienta decir la verdad, aunque sea decírmela a mí misma.

—¿En qué cambiaste?

—En demasiadas cosas. A mí me encanta la música, toda la música. Cualquier estilo. Cada uno en su género es fantástico, pero a él solo le iba la moderna, así que fui descartando mucha variedad de mi repertorio sin darme cuenta. También me gusta bailar. Disfruto haciéndolo. Es como mi medicina para todo; mi cuerpo se mueve solo con la melodía y no lo puedo remediar, sobre todo con los bailes latinos. Me chiflan. Pero para seguir con la lista de descartes, a él tampoco le gustaba, así que...

—Así que también dejaste de bailar.

Afirmo con la cabeza.

—Lo que más pena me da, es haber dejado de tocar. —La tristeza se apodera de mí, de nuevo—. Adoro mi piano. Fue mi salvavidas en los momentos difíciles y mi compañero en los buenos y, poco a poco, fui abandonándolo. De últimas, apenas tocaba y, cuando lo hacía, era porque estaba sola en casa. Hoy me he dado cuenta, que dejé de ser fiel a lo que era, para serle fiel a una persona que no me valoraba en absoluto.

El silencio invade el coche por un segundo y noto como el estómago se me revuelve al darme cuenta de lo estúpida que fui.

—Perdona que te lo diga, pero tu marido es un cretino.

—Mi ex, te lo recuerdo —le corrijo—. Y no es un cretino, es gilipollas, que no es lo mismo.

—Sí. Eso también. Estoy completamente de acuerdo contigo.

Le sonrío, pero al final no podemos resistir el reírnos los dos y eso hace que me vuelva a relajar.

—Gracias —digo cuando conseguimos parar.

—¿Por qué?

—Por todo.

—Yo no he hecho nada, Silvania.

—Sí que lo has hecho. Estás consiguiendo que vuelva a encontrarme a mí misma.

—Nunca deberías haberte perdido. Nunca debiste cambiar; nadie se merece eso.

Él me mira con sus preciosos ojos ámbar, que brillan con el parpadeo de cada farola al pasar y me doy cuenta que sus palabras están llenas de sinceridad y verdad. Nunca debí cambiar lo que era. Nunca debí dejar de ser yo y ahora me doy cuenta.

—¿Sabes que es lo bueno de esto?

—¿El qué? —le pregunto intrigada.

—Que ahora voy a conocer a una nueva Silvania que no sabía que existía —me dice sonriendo.

¿Conocer a la nueva? Pero si ni siquiera le ha dado tiempo a conocer a la que tiene delante.

—Sí, bueno, con respecto a eso... Creo que estamos haciendo las cosas mal.

Lucas me mira extrañado.

—¿A qué te refieres?

—Pues que lo estamos haciendo todo al revés —le digo burlona—. ¿En qué relación normal se empieza discutiendo, teniendo relaciones íntimas y conociendo a la madre de la novia? ¿En qué momento nos hemos saltado el paso de la primera cita?

Miro atenta a Lucas que se ha quedado muy pensativo de repente. No dice nada y la alegría que expresaba mi cara va desapareciendo a medida que una pequeña alarma se enciende en mí. ¿Qué he dicho? ¿Por qué no me contesta? Ladeo la cabeza y levanto una ceja realmente preocupada.

—¿Lucas?

—¿Así que eres mi novia? —dice sin mirarme.

Bajo la mirada y comienzo a moverme incómoda en el asiento. ¡Mierda! He hablado más de la cuenta. No, no lo soy; o sí. ¡Ay, no lo sé!

Yo quiero serlo, es lo que realmente deseo, pero... ¿Y si él no quiere tener una novia? ¿Y si me he adelantado a los acontecimientos? Aún no hemos hablado del tema, bueno, ni de nada en general. Ni siquiera ha llegado a pedirme salir; ni yo tampoco se lo he pedido a él, así que estamos empatados con respecto a eso. ¿Pero entonces que somos? ¿Amigos con derecho a roce? Bueno, eso, si es que se nos puede considerar amigos, teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace tan poco tiempo. A unas malas, conocidos. ¿Conocidos con derecho a sexo? Qué mal suena eso, por Dios.

La boca se me ha secado por completo y me estoy empezando a agobiar.

—Yo... Perdona, pensaba que...

—Me gusta.

—¿Qué? —Le miro sin comprender.

Lucas aparca el coche y me doy cuenta de que ya hemos llegado a casa cuando miro tras el cristal. Apaga el motor, se quita el cinturón de seguridad y se gira hacia a mí.

—Que me gusta como suena.

Mi cuerpo se tensa de repente al escucharlo. ¿Le gusta cómo suena? ¿Entonces eso significa que soy su novia? ¿De forma oficial? ¿Es una confirmación?

Él se acerca, me toma la cara y me da un apasionado beso que hace que todos mis sentidos se vuelvan locos repentinamente.

Sí. Esto me lo confirma.

Una exquisita sensación placentera me recorre de arriba abajo al notar sus suaves y carnosos labios al contacto con los míos. Su lengua recorre mi boca, inspeccionándola milímetro a milímetro. La electricidad que se forma al rozarnos se concentra donde siempre, humedeciéndome por completo y haciéndome explotar al notar las pulsiones.

Me abalanzo sobre él en respuesta, pero noto una barrera que hace que me pare en seco. Me separo de Lucas un instante, miro hacia mi pecho y veo que me he quedado enganchada en el cinturón de seguridad, que sigo teniendo abrochado. Miro de nuevo a Lucas, lo tengo a pocos centímetros y veo que me observa con su media sonrisa.

—¿Sigues teniendo ganas de dormir?

Aprieto los labios, intentando retener una sonrisa nerviosa y manifiesta. Reparo en que el cansancio de repente mitigado, ha dejado el camino libre a la pasión indecente que me provoca con su inesperada seducción. Noto que el cinturón me aprisiona aún más en el pecho, pero no es porque me esté moviendo, sino porque Lucas lo está agarrando con fuerza desde la parte trasera del asiento y me tiene completamente inmovilizada. Lo miro con suspicacia, porque no sé qué es lo que pretende.

—¿Quieres subir o prefieres quedarte un ratito más aquí, atada? —dice levantando una ceja.

De repente veo en sus ojos un atisbo de lujuria oscura.

—¿Por qué me haces esto Lucas?

—¿Por qué te hago el qué?

Sus palabras salen de su boca en un murmullo que apenas roza sus labios, mientras se va acercando lentamente a mí.

—¿Por qué consigues ponerme así? —digo cerrando los ojos al advertir su cercanía.

Mi tensión vuelve a subir, lo noto en el calor y en mi respiración, al igual que en la alteración de mi libido, con el roce de su nariz mientras me recorre la barbilla. Se recrea en la mandíbula y pasa por mi pómulo sonrosado por el fervor, hasta llegar a la altura de mi oreja.

—Porque puedo —me susurra al oído. —Y tú no puedes decirme que no.

Noto una fuerte punzada en mi vientre y el deseo me envuelve por completo.

—Sí que puedo —digo casi balbuceando.

—¿De verdad?

Afirmo con un gemido, mientras que él no deja de rozarme con sus labios, impregnándome de besos todo el cuello. De improviso, noto como sus dedos empiezan a rozarme la rodilla subiéndome sutilmente el vestido y recorriendo lentamente uno de mis muslos.

—Pues dilo —me incita.

Su mano, cada vez más cerca de mi húmeda entrepierna, se para caprichosamente.

—No —consigo que salga de mi boca bajo una exhalación pretendiente.

—¿No quieres que siga, o no quieres que pare?

—Dios mío, Lucas.

—¿Qué?

Me va a volver loca. No... ya me está volviendo loca.

—No pares.

Su mano vuelve a encauzar el camino hacia el interior de mis muslos y el ardor se concentra ahora en lo más escondido de mí. Cuando el dorso de su mano llega al monte de Venus, la gira ligeramente y coloca sus dedos por encima de mis bragas, encajándolos a la perfección entre mi vulva y, comienza a masajearme y a estimularme parsimoniosamente y suavemente. Al notar su roce, mi excitación se multiplica y siento que voy a volver a perder el control. Tomo aire como puedo e intento moverme, pero Lucas tira de nuevo del cinturón y me vuelve a frenar. Entiendo, entonces, que quiere tenerme a su merced y coloco mis manos en los laterales del asiento.

—¿Qué es lo que quieres?

¿Qué pregunta es esa? ¿Pues qué voy a querer?

—A ti.

Sube los dedos y separa el elástico de mis bragas para luego introducir su mano en el interior y volver a comenzar con el proceso. Estoy tan acelerada que el jadeo que sale de mis pulmones es exageradamente profundo. Siento cómo mi cuerpo vibra y tiembla de placer. Se ha apoderado de mis sentidos por completo y me siento volar entre sus manos.

—Quiero verte disfrutar nena. Quiero llevarte al paraíso.

Sus palabras me encienden más y noto un fuego ardiente por dentro. Lucas sigue centrando sus movimientos circulares alrededor de mi clitoris y ajando todo a su alrededor. Mis jadeos son mucho más intensos. Voy percibiendo mi aproximación al precipicio. Estoy a punto. Me humedezco los labios y me los muerdo gozosa y, entonces, Lucas cesa sus movimientos y sin prácticamente compasión alguna, se separa de mí.

—Vamos a casa.

Abro los ojos desconcertada y con el orgasmo en las puertas del cielo.

—¿Qué?!

Lucas me desabrocha el cinturón y sale del coche apresuradamente. Imitándolo, salgo también antes de que llegue a mi puerta con el bolso en la mano, cierra el coche y nos dirigimos al interior del edificio. Sigo muy alterada, pero me acabo de percatar de que estamos en mitad de la calle y que hace solo unos segundos me estaba masturbando a vista de cualquiera. Aunque los cristales tintados ocultan mucho, pero eso no quita que cualquier curioso...

La vergüenza me recorre por las venas y me ruborizo al instante, pero por otra parte, me excita aún más.

Al abrir la puerta de hierro, nos dirigimos al ascensor que se abre rápidamente tras presionar el botón. La impaciencia me puede, solo quiero poseerlo, lo deseo ahora mismo y no puedo resistirlo más. Empujo a Lucas hasta el interior y cuando ya lo tengo apoyado en la pared, suelto el bolso que cae deliberadamente al suelo y comienzo a besarlo, frenética y ansiosa. Él responde a mi ataque repentino, pero como tiene mucha más fuerza que yo, consigue girarme, haciendo que las tornas cambien y ahora es él, el que me tiene aprisionada contra la pared. Me agarra fuertemente de la mandíbula con una mano y sin dejar de besarme, pasa a tientas la mano por el panel de control, pulsa la tercera tecla y el ascensor comienza a moverse. Mis manos lo agarran con afán y levanto una pierna, envolviendo sus caderas, intentando engancharle de alguna manera y no dejarle escapar.

—Para, nena —dice sin aliento, separándose de mi boca.

Apoya su frente en la mía, mientras me sujeta por las muñecas, inmovilizando mis brazos para que no continúe.

—No —respondo codiciosa.

—El ascensor puede pararse en cualquier planta y nos pueden pillar de lleno.

Ya que me tiene sujeta por arriba, aún puedo utilizar mis piernas para aferrarme a él. Dejo caer mis brazos en sus hombros, hago un poco de fuerza con la pierna que sigue envolviéndolo y consigo acercar su pelvis a mí. Entonces lo noto y un cosquilleo se apodera de mi ser. Él también está excitado al igual que yo.

Ahora sí que no quiero parar.

—¿Tú crees que después de lo que ha pasado abajo, me preocupa de alguna manera que me pille cualquier vecino? Te necesito.

Lucas se endereza, me baja los brazos y su expresión se endurece de repente. Cuando el ascensor se para, se separa de mí por completo, haciendo que me recoleque en el sitio, me suelta y sale al recibidor.

¿Qué coño...?

Abre la puerta y entra en el apartamento tras encender las luces. Yo recojo mi bolso del suelo de mala gana, lo sigo sin decir nada y cierro la puerta después de entrar.

Cuando vuelvo a mirarlo, veo que se ha quitado la camisa y entra en el dormitorio. Un momento después, cuando vuelve a salir, va completamente desnudo a excepción del bóxer que le hace un culito realmente sexi. Sigo parada junto a la puerta, resistiéndome al máximo para no volverme a abalanzar y quedándome a la expectativa de algún movimiento por su parte, que me dé alguna señal de lo que pretende, pero no percibo nada. Se acerca a la minicadena y comienza a sonar el *Canon en D Major* de Johann Pachelbel, pero en una versión con piano.

—Voy a ducharme.

¿Qué? ¿Ahora?

Eso déjalo para después de hartarnos de sudar como cerdos en tu cama. O en el sofá, o en la encimera... Donde te dé la gana, pero... ¡Por Dios no me dejes así!

—Ponte cómoda. Y si quieres, sírvete una copa de vino. Vuelvo en seguida.

Tal y como me lo dice, se da la vuelta y desaparece de nuevo por el dormitorio.

Me acabo de quedar pasmada. Atrapada, paralizada, petrificada, congelada. Todos los sinónimos se quedan cortos. No tengo ni la más remota idea de lo que ha pasado. ¿En qué momento la cosa se ha enfriado de esta manera?

Cuando consigo reaccionar, suelto el bolso en el sofá, me dirijo a la cocina y cojo un par de copas del mueble.

Un trago me sentará bien. Quizá me aclare un poco las ideas con respecto a este inexplicable giro de la situación.

Coloco las copas en la barra de desayuno, abro la nevera y encuentro una botella de Château Suduiraut. La saco, busco un abridor en el cajón de los cubiertos —que encuentro enseguida—, la abro y vierto el líquido dorado en una de las copas. Luego me siento en el banquito que hay junto a la barra y doy un sorbo distraído. Su sabor fresco y dulce me cautiva a medida que recorre mi paladar, dejándome una agradable sensación al final. Intento relajarme, tomando otro trago, mientras escucho la suave melodía, pero mi mente no deja de darle vueltas a lo que ha podido pasar.

Revivo paso a paso cada momento, cada palabra, cada mirada y cada caricia desde que hemos salido de casa de mi madre, buscando una explicación del cambio tan brusco que ha tenido Lucas en el ascensor, pero sigo sin saber qué ha pasado.

¿Será que no le ha hecho gracia que me abalanzase sobre él? No, imposible; pero si la última vez le gustó que tomara la iniciativa. No puede ser eso. ¿Será que no le gusta hacer estas cosas en sitios públicos por si le pillan? No, tampoco. Si no, no hubiese empezado él a meterme mano en el coche. Más expuestos que estar en plena calle... ¿Entonces, qué?

Apoyo mi codo en la barra de cristal, dejo caer mi cabeza en la palma de la mano y tomo otro sorbo de vino. Giro un poco la cabeza hacia la puerta del dormitorio, esperando impaciente que Lucas salga, pero aún puedo escuchar el ruido del agua de la ducha al caer. Vuelvo a beber y una nueva pieza comienza a sonar. En la pantalla de la minicadena pone *Sayonara no Natsu*, versión piano. No la conozco, pero es una pieza preciosa.

Escucho, de repente, el tono de mensajes de mi móvil, me levanto, lo busco entre un sinfín de cosas y por fin lo encuentro en lo más profundo del bolso. Cuando lo enciendo, encuentro un mensaje de Christian.

¿Sigues viva? ¿Tengo que prepararme para un exorcismo demoniaco? O peor... ¿Voy preparando el traje de los funerales?

Tal como leo el mensaje, una sonrisa se me dibuja en la cara. Christian y sus bromas..., pero siempre atento. Rápidamente le contesto.

Sigo viva. Más viva que antes. Ya te contaré. Creo que la vela y tus oraciones han surtido mucho más efecto del que pensábamos. Un beso, Silvanía.

Suelto el móvil, pero pocos segundos después, vuelve a sonar.

¿Qué? Eso no es justo. ¡Cuéntamelo YA!

Pero, ¿se puede ser más cotilla?
Vuelvo a escribirle.

Ocupada. ¿Quedamos mañana?

Su contestación no tarda en llegar.

Por supuesto. Erick se marcha a primera hora. Apunta en tu agenda personal: almuerzo en casa de Chris. Lo quiero saber todo.

Sí, claro. Con pelos y señales, ¿no te jode?

Vuelvo a dejar el móvil en la barra y al levantar la cabeza para mirar de nuevo al dormitorio, me percató que junto a la entrada hay un pequeño *bureau* de roble de estilo clásico. Lo observo un poco extrañada. Ha tenido que ponerlo hoy. No recuerdo haberlo visto anoche. Pero, ¿cuándo? Si ha estado todo el tiempo conmigo.

Siento un húmedo beso en mi mejilla, que me sorprende y doy un pequeño respingo en la silla.

—Un euro por tus pensamientos.

Sonríó a Lucas y lo sigo con la mirada, mientras él bordea la barra de desayuno con el torso desnudo, tapado únicamente por una toalla que se le queda perfectamente encajada a la altura de las caderas, dejando ver sus escandalosos abdominales repletos de gotitas de agua y esa impresionante «V», que se le marca en dirección a su parte más viril. Aunque mis ojos enfocan estupendamente la imagen escultural que tengo delante, puedo percibir a mi diosa interior y a mi querida mini y o en segundo plano con las bocas abiertas y las mandíbulas desencajadas.

Innegablemente es el dios Apolo personificado. Y es todo mío.

Noto cómo el calor se va apoderando de mí poco a poco y el cosquilleo de la lujuria vuelve a recorrerme las venas. Lucas se coloca frente a mí, coge la botella de Château Suduiraut y se sirve una copa.

—¿Eso es lo que valen mis pensamientos? —pregunto intentando contener mis ganas de saltar por encima de la barra—. ¿Solo un euro?

—¿Demasiado barato quizás? —dice burlón y yo le hago un mohín.

—Pensaba que mi tasación era un poco más alta, pero ya veo que no.

Lucas me mira sonriente y luego observa el licor de su copa, lo olfatea y lo prueba, degustando y saboreando su emboque.

—Extraordinario. Perfecto color amarillo dorado, con aromas de flores, piña, pera, miel y caramelo, y...

Vuelve a beber y yo levanto una ceja asombrada.

—Su sabor es realmente exquisito y fresco. Con una textura voluptuosa, un paladar largo y con sabores a coco, frutas tropicales, tarta de manzana y un toque de especias. Una perfecta combinación de equilibrio y elegancia. Y, sobre todo, sugerente.

Me quedo mirándolo hasta que se da cuenta de mi expectación.

—¿Pretendes impresionarme?

—Sí, un poco. ¿Lo he conseguido? —me pregunta socarrón.

No puedo reprimir una sonrisa.

—Sabes tocar el piano, sabes de pintura y ahora también sabes de vinos. Encima me dirás que también sabes cocinar.

—Me defiendo.

—¿Qué es lo que no sabes hacer?

—Leerte la mente —me suelta, dejando la copa en la barra y se deja caer en ella mirándome fijamente.

Me quedo por un momento fuera de juego y noto como me sonrojo.

—¿Me vas a decir en qué pensabas antes de que yo llegara?

Miro hacia el escritorio de la entrada y le hago una indicación con la cabeza.

—Es de diseño muy clásico y no tiene mucho que ver con el resto del mobiliario. Me ha llamado la atención.

—Era de mi padre. Mi madre no lo pensaba utilizar, así que he decidido traérmelo. ¿No te gusta?

—Sí, es precioso, pero no recuerdo haberlo visto ayer, ni esta mañana al salir.

—No estaba ahí, por eso no lo viste.

Frunzo el ceño en señal de pregunta silente.

—Me lo ha enviado mi hermana esta tarde.

Un escalofrío me recorre de repente la columna vertebral.

—¿Tu hermana tiene llave? —digo inquieta.

—Sí —suelta con total tranquilidad.

Una repentina pequeña crisis nerviosa me altera por completo y el calor se vuelve más sofocante.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa?

¿Qué va a pasar? De verdad, cualquiera diría que es inspector. Su cabeza solo le funciona para las dificultades, pero lo que se dice para las obviedades...

—¿Se te ha pasado por la cabeza en algún momento, qué pasaría si a tu hermana le da por venir un día y nos encuentra a los dos juntos?

El simple hecho de imaginarme la escena, me perturba. Lucas, al contrario que yo, me mira con expresión serena y confiada.

—Eso nunca va a pasar.

—¿Y cómo estás tan seguro?

Me lanza una sonrisa templada y comienza a explicarse.

—Porque esa copia solo se utilizará en caso de emergencia o como ha ocurrido hoy, que al yo no estar aquí, se necesite para entrar por alguna razón de peso y ante todo debo ser informado de ello. Así que puedes estar tranquila.

Cierro los ojos y doy un pequeño suspiro de tranquilidad, pero no consigo serenarme del todo, porque la imagen sigue rondando en mi cabeza. Vuelvo a abrir los ojos y tomo mi copa, humedezco mis labios con el dulce líquido y luego, me la termino de un trago.

—Aunque debería darte igual, teniendo en cuenta que no te importaba lo que pensarán los vecinos hace unos minutos.

Al oír sus palabras, el vino se me atraganta y comienzo a toser sin parar, provocando que se me salten las lágrimas. Lucas se acerca a mí riéndose.

—¿Estás bien?

—No —contesto entre carraspeos.

—Espera.

Se acerca rápidamente a la cocina, toma un vaso del mueble, lo llena de agua y me lo da. Bebo un poco y noto cómo la garganta se me asienta, aliviando la sensación de quemazón. Suelto el vaso de agua mientras Lucas me limpia las mejillas humedecidas y luego, pasa su pulgar por mi labio inferior cuidadosamente. Trago saliva e intento recuperar de nuevo el ritmo de la respiración.

—Parece que el vino no te sienta bien.

—Qué gracioso —digo irritada.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

—¿Te apetece comer algo?

Frunzo el ceño. Al pensar en comida, el estómago se me revuelve y me noto de nuevo embotada. El estofado de mi madre es demasiado pesado. Un plato es más que suficiente para alimentar a una persona normal durante un día entero, así que si a mí me ha obligado a repetir, creo que me llevará un par de días digerirlo.

A ver que como yo mañana con Christian.

—¿Estás de coña? Como me meta, aunque sea una sola miga de pan en la boca, voy a explotar.

—Pues yo tengo hambre —dice con su media sonrisa.

Huy, esa expresión.

La pregunta es... ¿Qué clase de hambre?

—¿En serio? Pero si has comido más que yo.

—Hay que reconocer que tu madre cocina bien, pero... me apetece algo dulce. El vino me ha abierto el apetito. ¿Un helado?

Su cara pícaro me confunde, porque no sé si me está incitando a comer más o a jugar más.

¿Ha vuelto de nuevo el niño travieso?

—Depende.

Intento seguirle el juego.

—¿De qué?

—Del sabor, por supuesto —digo con voz retona, anticipando sus planes. Se da la vuelta, se acerca a la nevera, abre el congelador y saca una tarrina de helado.

—¿Te viene bien el de vainilla de Madagascar? —dice girándose de nuevo.

—Sí —respondo regodeándome—. Creo que servirá.

—Incluso, podríamos utilizar un poco de chocolate fundido.

Su voz se va haciendo más sensual y yo no paro de imaginarme la escena en mi cabeza. Me humedezco los labios con la lengua y trago saliva. Mi corazón está empezando a bombear mucho más rápido, impaciente por probar.

—Sería una perfecta combinación.

—Ir notando como se va derritiendo en tu boca, junto con el contraste del calor del chocolate.

Su mirada seductora me está poniendo a cien mientras escucho su apacible tono de voz.

El calor de tu cuerpo, querrás decir.

—Pero qué pena que no tengas hambre. Creo que será mejor que me lo coma solo yo. No quiero que explotes. No sería una imagen agradable.

Le suelto de sopetón mi mirada fulminadora.

¿Le gusta tomarme el pelo?, porque el juegucito ya me está poniendo nerviosa.

Frunzo los labios, impaciente. Estoy deseando irme a la cama y terminar lo que empezamos antes, pero me lo está poniendo difícil. Será mejor que tome la iniciativa, si pretendo conseguir algo. Me humedezco los labios y pongo postura de querer buscar guerra.

—Vale. Es cierto, será mejor que te lo tomes tu solito. Que te aproveche. Me voy a dormir —le digo con voz sublevada.

«Muy bien. Toma las riendas», me dice mi pequeña mini yo, entretenida con un cuenco de palomitas entre sus manos.

Me giro sobre mis talones y me dirijo hacia el dormitorio. Cierro la puerta de cristal y me desnudo sin pararme si quiera a encender las luces; con las de la cocina y el salón, me sobra. Me meto en la cama dándole la espalda a la puerta y espero mientras miro desinteresada las vistas tras la ventana.

Los minutos van pasando y Lucas sigue sin aparecer. Me voy exasperando por momentos y me están entrando ganas de levantarme y montarle un numerito. Primero me busca y ahora me deja con las ganas. ¿Pero quién se cree qué es? ¿Piensa que puede hacer lo que le dé la gana conmigo?

Cuando escucho el sonido de los railes al abrir la puerta, cierro los ojos e intento hacerme la dormida. Lucas se acerca a la cama y noto cómo se hunde en el lado que ha quedado vacío, se inclina junto a mi cabeza y me da un liviano beso en la mejilla.

—Buenas noches, preciosa —susurra en mi oído y se acuesta.

Abro los ojos y miro entre las sombras a todas partes, crispada. ¿Se está cachondeando? ¿Cómo que buenas noches?

¡Aaaah, me está frustrando! No era esto lo que pretendía. Se suponía que tendría que intentar apaciguar mi enfado, no echarse a dormir.

Me incorporo y me siento en la cama. Todo está oscuro, a excepción de la luz de las farolas que entra por la ventana. Miro hacia donde está él y le veo al otro lado de la cama dándome la espalda.

¡Perfecto, encima ahora se ha vuelto independiente! La cucharita la ha dejado para el helado, por lo que veo. ¡Mamón!

—¿En serio? —le pregunto indignada.

Lucas se vuelve y me mira con cara de no comprender.

—¿En serio, qué?

¿Se está haciendo el tonto o de verdad que no lo sabe?

—Lucas has conseguido engatusarme en el coche y cuando ya me tenías a punto de caramelo, vas y me dejas con un palmo de narices. Y mejor no mencionar ese giro inexplicable que se ha producido en el ascensor. —Mi tono de voz va *in crescendo*—. Y luego, te pones a insinuar con la comida y de nuevo vuelves a cortarme el royo. ¿Tú qué crees que pasa?

—Pero si eres tú la que me dijiste que querías que te dejara dormir.

—¿Tú crees que a estas alturas me apetece dormir? —le pregunto realmente enojada.

Más clarito no se lo puedo decir.

—¿Ah, no? ¿Y qué quieres hacer?

Lo mato. Definitivamente esta noche me lo cargo y me van a tener que meter en la cárcel por asesinato premeditado.

Lucas sigue acostado, esperando que le dé una contestación, pero con todo lo que le he dicho, creo yo que ya se la he dado. Si no lo ha pillado, una de dos, o es que es imbécil, o no le da la realísima gana pensar.

—¿Sabes qué? Nada. No quiero nada. Buenas noches. —Le suelto lo más cortante y enfurecida que puedo, me doy la vuelta y me vuelvo a tumbar. Con tanta tontería hasta se me están quitando las ganas.

Si no le apetece tener sexo, que le den. Pero ya se lo haré pagar. Ya van dos en un solo día. Como siga así, la lista se va a hacer interminable.

No dejo de mirar tras la ventana un pequeño lucero, que a pesar de la contaminación lumínica, se percibe de forma notoria, intentando de alguna manera concentrarme en relajar mi irritación. Estoy cabreada. Muy cabreada. Esto no se hace. Y encima se está burlando de mí, y no me lo puede negar. Pero prefiero no seguir, porque como encima le pregunte y me lo niegue, le doy un sopapo que lo vuelvo del revés. Y esta vez, me da igual que me mire con esos ojos ambarinos que me desarman con cada ojeada. O que me lance su media sonrisa que me cautiva y me vuelve loca. O que me acaricie con sus ma... nos...

Lucas comienza a recorrer mi espalda con sus perfectos dedos y un escalofrío me recorre todo el cuerpo al notar las cosquillas de sus caricias. Va subiendo lentamente y se recrea dibujando el contorno de mi omóplato, para luego encaminarse hacia mi cuello y mi hombro, protegidos únicamente por algunos mechones de la coleta que se apoyan en ellos.

«Sé fuerte, Sylvania. No te dejes convencer», me anima mi pequeña mini yo. No dejarme convencer, no dejarme convencer. Esa es la clave, sí.

Cuando Lucas llega a mi nuca, aparta con cuidado la mata de pelo y comienza a regarme de suaves besos por el brazo, el hombro y el cuello.

¡Nooooo! Besos no... Besos no.

Suplico lloriqueando silenciosamente, mientras voy notando un enorme sofoco interno. Las mariposas se están alterando y los escalofríos se vuelven más intensos, al sentir el roce de su incipiente barba por mi piel.

Un jadeo traicionero, sale de lo más profundo de mi ser cuando Lucas me muerde el lóbulo de la oreja. Percibo, aun sin mirarle, como la sonrisa complacida de Lucas se plasma en su cara. El placer que estoy comenzando a sentir, me obliga a cerrar los ojos y aunque mi cerebro intenta negarse, mi cuerpo se deja llevar.

«¡Párale, idiota! ¿Vas a dejar que se salga con la suya? Dile que te duele la cabeza, que te ha sentado mal la comida, que te ha venido la regla, que no te has duchado y hueles a queso de cabrales... Dile lo que te dé la gana. ¡Pero por Dios, dile algo y aguanta!»

Me giro decidida, sin pensar en lo que me voy a encontrar, solo y únicamente con la intención de darle cualquier excusa de las que me ha facilitado mi pequeña mini yo y dejarlo con toda las ganas, tal y como él me ha dejado a mí antes. Pero en cuanto lo hago... ¡Zas! Sus ojos, que se encuentran a escasos quince centímetros de mí, mirándome fija y seductoramente; me descolocan al instante y todo lo que tenía pensado decirle se esfuma de mi cabeza, dejando un vacío en mi cofre de cogniciones. «¡*Mayday, mayday, mayday!* Peligro inminente, aborten misión». Bajo la mirada, en un intento fallido de escapar de sus encantos —y digo «fallido», porque ya me tiene embrujada para variar. Si es que no puedo con él—. Todo mi cuerpo se tensa y entra en una lucha interna, ya que al tenerlo tan cerca, el ansia de arrancarle los bóxer de cuajo y montarme encima de él, es mucho mayor que mis ganas de mantenerlo alejado como castigo.

—¿Estás enfadada? —pregunta con tono afable.

Vuelvo a mirarlo con ojos acusadores. ¿Tú qué crees? Desde luego, vaya mierda de inspector que pregunta lo evidente—. Sí —respondo cortante.

—¿Conmigo?

—Sí.

—¿Por lo del helado?

Entre otras cosas. ¿Acaso no me escuchas, o es que me estás buscando las cosquillas otra vez?— Sí.

—Y... ¿Por lo del ascensor?

No puedo ocultar un gruñido de irritación—. Sí.

—Y supongo, que también por lo del coche.

Mi vientre se atiesa y la sensación se refleja en mi zona más perceptiva, al recordar cómo me oprimía con el cinturón de seguridad, para garantizar mi inmovilidad y sus alentadoras caricias. Cierro parcialmente los ojos y humedezco mis labios.

—Sí... —respondo con un largo sollozo placentero. «Así no. Ese no es el tono correcto, señorita»—. ¡No! ¡Digo, sí!

Lo miro rápidamente, al darme cuenta que estoy perdiendo la autoridad y el control, y percibo en la oscuridad como Lucas sonríe ante mi dudosa respuesta. ¡No me lies! Y no te rías, porque sigo mosqueada y te puedes quedar a dos velas si me lo propongo, guapo.

«Lo dudo», me suelta la enana desconfiada que vive en mi interior y que siempre lo pone todo en tela de juicio.

A veces la confianza da asco. Suelto un bufido de fastidio y giro la cabeza hacia un lado, para apartar sus perfectas facciones de mi campo visual.

—¿Vas a seguir contestando cada pregunta que te haga con monosílabos?

—Sí.

—Cariño, solo era una broma.

—Pues no tiene gracia.

—Bien. Al menos hemos avanzado en lo que a respuestas se refiere.

Vuelvo a mirarlo con cara de pocos amigos y me giro de nuevo hacia la ventana de forma brusca.

Cachondeito, el justito. Ya me ha terminado de cabrear del todo. Vamos, que yo no soy un mono de feria, ni un payaso que se dedica a hacer reír a la gente. Soy una mujer; una persona de carne y hueso, y aquí, mi amigo, ya se está pasando de la raya. Si se quiere reír, que se vaya al circo.

—Vale, vale. No ha tenido gracia. Perdóname.

Me giro de nuevo para mirarlo, desafiante.

—¿Que te perdone el qué, Lucas? ¿La mala idea de divertirme a mi costa, o la de ponerme como una moto y luego dejarme al ralentí, provocando con malicia?

Lucas no deja de recorrer mi cara de enojo con sus preciosos ojos arrepentidos y una expresión cariñosa, aunque divertida en su cara.

—Las dos.

Qué fácil es pedir perdón después de cometer el pecado.

—¿Me perdonas? —pregunta apenado, poniéndome morritos.

Tengo que esforzarme mucho, mordiéndome los carrillos y apretando los labios para no reírme.

—Por favor.

Me incorporo y me siento en la cama dejando caer mi espalda en los almohadones.

—No lo sé. Vas a tener que ganarte mi perdón.

—¿Sí? ¿Y cómo hago eso? —pregunta levantando una ceja mientras se incorpora también.

—Tú sabrás. Si te lo digo yo, no tiene gracia.

Como el que no quiere la cosa, su media sonrisa vuelve a aparecer y entonces sé, que se le ha encendido la bombilla y que, lo que se le ha ocurrido, no es precisamente honrado. Se humedece sus carnosos labios, coge mi mano y se la acerca a la boca. Comienza a darme delicados besos por el dorso de la mano, subiendo por el antebrazo muy, pero que muy lentamente. Noto como se me eriza el vello con sus agasajos. Mi corazón comienza a bombear a toda leche, y mis hormonas se han disparado.

—¿Me lo estoy empezando a ganar?

La verdad es que sí, pero no te voy a dar tan rápido el placer de saber que lo estás consiguiendo.

—No mucho, no.

Intento que mi voz sea firme, pero apenas lo consigo, la excitación hace que mis cuerdas vocales me jueguen una mala pasada y, aunque sé que Lucas se ha dado cuenta, él continúa como si nada, subiendo por el brazo hasta el hombro, el cuello y mi oreja. Su mano retira algunos mechones sueltos y me los pasa por detrás de mi espalda, aprovechando la operación para acariciarme de forma sutil. Mi respiración va a un ritmo frenético y me obliga a abrir los labios, para poder abarcar más oxígeno. Los jadeos me secan la garganta y necesito tragar saliva para que no se me quede la boca como la suela de un zapato.

No puedo resistirme a cerrar los ojos cuando las descargas eléctricas se apoderan de cada una de mis neuronas. Noto su aliento rozar cada centímetro de mi piel a su paso y Lucas se debe estar dando cuenta del movimiento delirante de mi pecho al respirar.

—¿Y ahora? —me susurra al oído con una deliciosa voz ronca, que termina encendiendo las pocas zonas de mi cuerpo que seguían estando intactas por el fuego sofocante.

—¡No! —digo casi en un murmullo ahogado.

Aunque estoy deseando devorarlo como una leona hambrienta, no le pienso dar tregua alguna. Me va a pagar con creces el calentón frustrado de antes. Va siendo hora de ser yo la que triunfa en algunos de estos rifirrafes que tenemos demasiado a menudo.

Lucas se separa de mí y se me queda mirando un tanto frustrado. Sabe que estoy mintiendo, seguramente lo esté matando con mi respuesta, pero por otra parte percibo en su rostro un ápice de disfrute por los obstáculos que le estoy imponiendo.

—¿Me vas a hacer sacar la artillería pesada?

Una enorme sonrisa nerviosa se dibuja en mi cara.

—Tú mismo —le manifiesto desafiante.

—Muy bien. Tú lo has querido.

¿Qué? ¿Qué pretendes hacer? Me separo un poco y me preparo para un posible ataque de cosquillas, pero entonces, Lucas, no solo no se abalanza con sus pinzas despiadadas a las que llama dedos, si no que se levanta de la cama, enciende la luz y se dirige hacia el armario. Saca una corbata de uno de los cajones y se acerca de nuevo a mí.

—¿Pretendes hacerme una sesión a lo *Cincuenta sombras de Grey*?

Lucas se echa a reír a carcajada limpia.

—No. Pero no me des ideas.

—¿Ideas, yo? Pero si eras tú el que querías mantenerme atada cuando estábamos en el coche.

Él sigue sonriendo pero no me responde, ni me refuta la acusación. O sea, que sí que le pone tenerme atada y a su completa disposición. Se sienta de nuevo junto a mí con la corbata desplegada en la mano.

—Date la vuelta —me ordena.

—¿Por qué?

—Porque te voy a tapar los ojos.

—No, ni hablar. Yo quiero ver lo que tienes pensado hacer.

Me mira suplicante.

—Te prometo que te la voy a volver a quitar cuando esté listo, pero necesito prepararlo todo y quiero que sea una sorpresa.

No estoy muy convencida, pero me encantan las sorpresas y termino cediendo y dándole la vuelta, accediendo a su solicitud. Lucas pasa la corbata por encima de mi cabeza y me la coloca a la altura de los ojos, tira hacia atrás y le hace un nudo bastante apretado, con la intención de que no se me ocurra quitármelo y luego se cerciora de que no veo nada.

—Está bien. Quédate aquí, ahora vuelvo. No te muevas.

—¿Dónde pretendes que vaya..., a la ONCE[4] a pedir trabajo? Tal como me la has puesto, no descarto que me quede ciega de verdad.

—Exagerada.

—Sí, claro; como no eres tú el que la lleva puesta.

Se acerca a mis labios y me da un beso tierno pero fugaz.

—¡Eh! Eso es trampa

—¿Y quién ha dicho que yo juegue limpio?

Me cruzo de brazos y le hago un mohín. No veo absolutamente nada, pero mis oídos se agudizan de forma notable y escucho cada uno de los movimientos de Lucas. Va de un lado para otro cogiendo y soltando cosas, sin parar ni un segundo quieto, mientras que la ceguera me está empezando a perturbar. Poco tiempo después empiezo a notar el incuestionable olor de la cera caliente de las velas. Me humedezco y muerdo los labios, nerviosa y sonrío como una estúpida, porque no tengo ni pajolera idea de lo que se trae este hombre entre manos.

—Ven conmigo —dice cogiéndome de las manos.

—¿A dónde vamos? —pregunto intrigada.

Lucas tira de mí y me hace levantar de la cama y comenzar a andar. Yo me dejo guiar por él, como si fuese mi perro lazarillo.

—Al salón.

—¿Para qué?

—Siempre tan ansiosa.

Giro la cara hacia donde está su voz y le saco la lengua molesta, pero burlona.

—Hazme eso otra vez y te la muerdo.

Una sonrisa socarrona se dibuja satisfecha en mi boca.

Qué te lo crees tú, listo.

—Bueno, ¿me lo vas a explicar?

—Sí, impaciente. Pero antes siéntate.

Lucas me coloca junto al sofá y me ayuda a sentarme con cuidado. Se pone a mi altura justo en frente de mí y comienza a hablar.

—Puesto que eres tan picajosa...

—¡Oye! —le reprendo—. Yo no soy una picajosa. Picajoso tú, que saltas a la primera de cambio.

—¿Me dejas terminar?

—Sí, pero que conste que yo cuando me enfado lo hago con motivo —le matizo.

—Bueno, vale, con motivo o sin él, no aguantas las bromas.

—Esas no.

—¡Silvania! —suelta un poco exasperado.

—Vale, vale. Ya me callo.

Lucas suspira y luego continúa.

—Así que, puesto que tú piensas que yo me he reído de ti, he pensado que ahora te toca a ti burlarte un poco de mí.

—No te pillo.

—Ya lo harás. Cuando te lo indique, te quitas la corbata, pero todavía no.

—¿Me vas a tener mucho más a oscuras?

—No, pero espérate a que te lo diga.

—Vale —le digo alargando la palabra y levantando la palma de la mano en señal de promesa.

Comienzo a escuchar algún que otro ruido de pasos y movimiento de muebles, pero de forma leve. Cuando todo se queda en silencio, oigo la seductora y ronca voz de Lucas.

—Ya puedes quitarte la corbata.

Atendiendo a su indicación, busco con mis manos el nudo que tengo tras mi cabeza, lo deshago a duras penas y me quito la venda de los ojos. La poca luz que percibo es muy tenue, pero no consigo enfocar bien. Me froto los ojos con los dedos y, cuando vuelvo a abrirlos, me encuentro todo el salón repleto de velas encendidas y a Lucas apoyado en la barra de desayuno, vestido —si se le puede decir así—, con sus bóxer negros, un cinturón con la porra colgando, un chaleco de cuero negro, unas botas militares y la gorra reglamentaria del Cuerpo Nacional de Policía.

Pero... ¿Qué coño piensa hacer? Una sonrisa se plasma en mi cara sin remedio tras ver tan absurda imagen.

—¿Preparada?

—Pues... No sé qué decirte, la verdad.

Coge el mando de la minicadena, que tenía encima de la barra, aprieta un botón y la música comienza a sonar.

Lucas comienza a moverse al ritmo de *Blurred lines* de Robin Thicke, T.I. y Pharrell. No me puedo creer lo que mis ojos están viendo. ¿Está bailando para mí? Él, superseguro de sí mismo, contonea las caderas de un lado a otro, arquea las piernas y vuelve a mover las caderas, pero esta vez hacia delante y hacia atrás, acompañándose de su tórax y abdominales. ¡Madre mía!

Mi querida mini yo se ha quedado sin palabras y pasmada por completo, mientras que mi suprema sexual, acompaña a Lucas en un baile extremadamente picante, a la vez que va chupando una piruleta. Yo, por mi parte, no sé ni qué hacer. No dejo de sonreír porque sigo sin creer que tremendo espectáculo me lo esté haciendo a mí y solo a mí. Me acomodo un poco mejor en el sofá, subiendo las piernas y dejándome caer hacia detrás, disfrutando de las formidables vistas.

*Ok, él estuvo cerca, intentó domesticarte,
pero tú eres un animal, cariño, está en tu naturaleza,
simplemente déjame liberarte, no necesitas papeles
ese hombre no es el que te hizo lo que eres,
y es por eso por lo que voy a llevarte... Buena chica...*

Lucas sigue contoneándose como si estuviese montando a caballo y luego comienza a mover el culo mientras que reproduce unas sacudidas que lo golpean. Luego se pone a bailar algo parecido al mambo y a continuación termina por los suelos, arrodillado ante mí y sin parar de mover las caderas mientras se estira hacia detrás. Me tapo la cara, porque el calor ha llegado a mis mejillas, pero no soy tonta y abro los dedos para seguir contemplando el espectáculo. Un inmenso sofoco empieza a emerger de mis poros y, lo peor es que voy en ropa interior y no tengo que más quitarme para aliviar el agobio.

*...Sé que tú quieres esto, pero eres una buena chica,
la forma en la que me agarras,
debes querer ponerte indecente, adelante, insinúate...*

Lucas sigue agitándose al ritmo de la música y a mí me está agitando por dentro; más si cabe. Me estoy volviendo loca con cada movimiento. Esto es mejor que ir a ver un show de estriperes.

...Tú eres la perra más caliente de este lugar...

Lo miro con cara de «no te pases», cuando me señala con el dedo, pero verdaderamente lleva razón. ¡Cómo lo sabes! Estoy que ardo. Se quita el chaleco dejando su maravilloso torso al descubierto, sus pectorales, sus abdominales encuadrados a la perfección... Me llevo el dedo índice a la boca y lo muerdo en señal de provocación. Mmmm... ¡Qué chocolate tan rico! Pasa el chaleco entre sus piernas y luego me lo tira a la cara. Yo no puedo dejar de reír, pero lo estoy disfrutando, incluso más, que una niña pequeña en una tienda de caramelos. Cuando saca la porra, ya me tiene completamente ganada. Juega con ella, como si la llevase en la mano todo el día. Vuelve a arrodillarse y, sube y baja con ella, acariciando cada centímetro del duro palo con su entrepierna.

—¡Sí, nene, dale caña a la porra!

¡Ay, papito! Cuando te coja, no te suelto.

Lucas se acerca al sofá y se pone justo en frente de mí, me coge una mano y me la pone en su pecho, bajando lentamente por su duro vientre mientras se pavonea provocándome. Me está poniendo a cien, y lo sabe. Cuando me lleva la mano casi al final de su incitante uve, se aleja dejándome con ganas de seguir recorriendo su cuerpo. Me muerdo el labio, realmente excitada. Mi respiración y mis pulsaciones se han descontrolado por completo. No sé cuánto más voy a poder aguantar.

Lucas se tira al suelo y comienza a hacer flexiones, primero con las dos manos y luego con una sola. De repente se para, me mira con sus cautivadores ojos color miel y comienza a campanear sus caderas, hostigando el suelo, como si yo misma estuviese debajo. ¡Por Dios, que me echen agua, que voy a salir ardiendo!

*...Basta ya de fingir, porque ahora vas ganando,
aquí está nuestro comienzo,
siempre quise una buena chica. Yo sé lo que quieres.*

De verdad que esta vez, sí que he ganado con creces. Lucas sigue dándole todo, hasta la última estrofa de la canción, donde termina montándose encima de mí y sacudiendo su pelvis, casi a la altura de mi cara. Ya no aguanto más el impulso de comérmelo entero. Le agarro bien fuerte las cachas del trasero, quitándome así la agonía que tenía desde que empezó a bailar, luego agarro la cinturilla de sus calzoncillos y tiro hacia abajo, desenmascarando su vigoroso pene y dejándolo libre de su prisión textil. Sin pensarlo, me lo introduzco en la boca, saboreando cada tramo. Jugueteo con la lengua dando vueltas por el eje que ahora mismo sostiene mis delirios. Devorando su miembro viril, a la vez que lo introduzco y lo saco de mi embocadura. Los jadeos de Lucas se vuelven cada vez más copiosos e intensos, es entonces cuando sé que está a punto de caramelo, al igual que yo.

—Dámelo —le exijo a Lucas, y él me entiende perfectamente.

Se quita la gorra y saca de su interior un paquetito plateado. Lo abre con los dientes y me lo pasa. Yo, ávida por sentirlo dentro, se lo coloco con premura, tiro de Lucas hacia un lado del sofá y antes de dejarle reaccionar ya me he colocado encima. Noto su erección en mi entrepierna, un bulto que me empuja ansioso y que desea encontrar lo mismo que yo deseo recibir.

Me acerco a la boca de Lucas y comienzo a besarla efusivamente. Mi cuerpo ha tomado el control y manda por encima de los sentidos. Soy como un auténtico animal fuera de sí. Incontrolable e indomable, ardiente de placer. Lucas me coge de las caderas y hace que me mueva columpiándome hacia delante y hacia atrás. La fogosidad nos inunda y tengo la sensación de que estamos a punto de achicharrarnos.

Cuando menos me lo espero, noto como mi dios Apolo, introduce los dedos por mis bragas de encaje y de un tirón me las arranca de cuajo. Tan solo un ligero levantamiento de mis caderas, es suficiente para que él se coloque en posición y apunte a diana. Sin dejarme proceder, él toma las riendas y decide llevar el control de la situación, envistiéndome con dureza, mientras que yo, lo recibo golosa.

Una sensación de plenitud, se apodera de ambos llevándonos literalmente al paraíso. Nuestros cuerpos se han fundido en uno solo. Lucas está excitadísimo y yo demasiado entusiasmada, estamos realmente sedientos el uno del otro. Me apoyo en su pecho para no perder el equilibrio mientras sigo acunándome. Cada movimiento es una agonía de puro placer; una delicia que nos hace perder la razón. Poco a poco voy notando mi interior más estrecho, y el roce se hace más intenso, más caliente y

más húmedo.

Lucas sujeta mi cintura, me coge en peso y me empitona con fuerza con su duro miembro. La descarga que concibo al penetrarme, me deja sin respiración. Vuelve a hacerlo y puedo sentir como diminutos fuegos artificiales salen disparados desde mi vientre y vagan a su antojo por cada zona de mi cuerpo. Estoy a las puertas y puedo notar que Lucas se encuentra igual de cerca que yo. Únicamente nos hace falta un par de embestidas más para llegar a un orgasmo explosivo y soberbiamente fantástico.

Todo está en silencio, hasta que comienzan a sonar las notas de un piano. Las mismas notas que Lucas tocaba en mi piano. Corro hacia el salón y lo veo allí sentado de nuevo, tocando mientras me mira sonriente desde lejos. Yo me acerco, me siento y pongo las manos en las teclas, pero al comenzar a tocar, la melodía no sale. Vuelvo a intentarlo, pero sigue sin salir. Entonces, miro hacia Lucas y lo encuentro riéndose a carcajadas. Él, reanuda la composición, que vuelve a tomar forma entre sus dedos expertos. Pongo otra vez mis manos en el teclado, para seguirle de nuevo, pero la cadencia desaparece en el silencio.

¿Qué demonios está pasando? Cuando miro de nuevo hacia Lucas, ya no está. Me giro a mi alrededor y no veo nada. Solo estoy yo, delante de un piano que no suena y, en la más completa oscuridad. Intento gritar para llamar a alguien, pero ni siquiera la voz me sale. Entonces advierto una silueta sombreada que se acerca lentamente. Poco a poco, voy divisando la cara de Adolfo, que aparece de la nada con una sonrisa corrompida. Mi cuerpo se tensa y una ola de ira me recorre el cuerpo. El corazón me palpita muy rápido y mi respiración es lo único que se escucha en el lugar. Quiero chillarle, reprocharle todo lo que me ha hecho pasar durante todo este tiempo, pero mi voz no quiere salir de mi garganta. Cuando lo tengo justo delante de mí, él se inclina y me intenta besar, pero yo le aparto la cara. Me doy cuenta entonces, que estoy completamente atada, me muevo intentando soltarme, pero ni siquiera logro aflojar las ataduras. Comienzo a agobiarme por momentos.

—Nada de lo que hagas, conseguiré que te alejes de mí—me dice Adolfo con voz virulenta y sin borrar su sonrisa—. Eres mía, toda mía. Conseguí cambiarte y que no fueras tú misma. Conseguí que hicieras todo lo que yo quería y lo volveré a conseguir. Nadie, ni siquiera ese inspector de poca monta, se interpondrá en mi camino. Antes, lo mato.

Una dolorosa punzada me atraviesa el corazón de lado a lado, como una flecha de hielo que consigue que se quede completamente gélido. La angustia me ahoga y comienzo a llorar desconsoladamente.

¡NOOOOO!

Intento gritar, pero no puedo. Vuelvo a revolverme en el asiento y las ásperas cuerdas se me clavan en las muñecas.

—Te lo he quitado todo. Hasta la voz, aunque aún hay algo que no tengo y me haré con él, cueste lo que cueste. Me das exactamente igual, Silvania, pero quiero que sepas una cosa... Si no eres mía, no serás de nadie. Mataré a Lucas y luego te mataré a ti.

Después de que Adolfo pronuncie esas últimas palabras, una enorme carcajada mordaz sale de lo más profundo de su ser, mientras se regodea entre sus perversos pensamientos e intenciones. ¿Qué le ha pasado? Este no es el hombre con el que me casé. Él no era así... o quizá sí y no supe verlo. Entonces me doy cuenta de algo importante: que lleva razón. Que por él, cambié toda mi vida. Todo lo que más quería lo dejé atrás y me convertí en una extraña. Él, consiguió que viese cientos de colores en un cielo gris. Me convenció con sus armas de seducción de que a su lado sería feliz y, me entregué por entero a él, dejando de lado lo que yo era... Y no me importaba porque lo quería. Hice todo lo que él deseaba, por tal de no tener peleas, por tal de no perderle. Por tal de no verme sola, y al final me convertí en nada. Pero, ¿qué fue lo que hice?

Lo miro con mirada desafiante. ¿Por qué has vuelto? ¿Qué quieres? Gracias a Lucas he vuelto a ser la Silvania de siempre y no pienso permitir que Adolfo me vuelva a destrozarme la vida. Ni hablar.

Me muevo agitada, con furia, sacudiéndome con fuerza. Las fibras de las cuerdas se me clavan cada vez más, pero no me importa, tengo que deshacerme de ellas como sea, aunque me arranquen la piel. Tiro con ímpetu y consigo partirlas de cuajo en varios trozos. Grito de dolor y un eco sonoro se escucha en toda la oscura estancia.

Mis muñecas están completamente abiertas y chorreando sangre. Cuando miro de nuevo a Adolfo, puedo ver su cara desencajada de pánico. Me levanto del banco del piano y me abalanzo sobre él, pero desaparece entre mis brazos como el humo de un incendio, oscuro y denso. Comienzo a toser. Respiro con dificultad. Me ahogo. Todo a mi alrededor está en llamas, hace mucho calor, estoy rodeada de un ambiente realmente sofocante y no sé qué hacer.

—Sylvania.

Escucho la voz de Lucas llamándome.

—Nena.

—¿Lucas?

Mi voz va volviendo, aunque débil. Miro a mi alrededor, desesperada. Al enfocar la vista en una de las esquinas de la habitación, lo encuentro de repente a pocos metros de mí. Está sucio, con la ropa hecha pedazos y herido. En cuestión de segundos, desaparece entre el embravecido fuego y yo, comienzo a llorar de nuevo, temerosa. Corro hacia donde él estaba todo lo deprisa que puedo, saltando por encima de las llamas y, ocultando mi respiración del asfixiante humo. Cuando llego veo su cuerpo inerte tirado en el suelo y caigo de rodillas junto a él, con el corazón destrozado y mi alma hecha trizas.

—Eres mía. —Escucho de nuevo la voz de Adolfo.

Todo mi mundo se derrumba en milésimas de segundos.

—¡NOOOOOO! —consigo gritar a pleno pulmón y mis ojos se abren de sopetón.

Me despierto con una presión y un dolor insoportable en el pecho. Estoy sudando y me cuesta respirar.

—¡Cariño!

Escucho la voz de Lucas, pero aún tengo la imagen del fuego plasmada en mi retina y no consigo ver más allá de las exacerbadas llamas. Noto frío, tengo la boca reseca y un enorme nudo en la garganta.

—¡Dios mío! Estás temblando, Silvania. ¿Te encuentras bien?

Cuando consigo volver al mundo real, me doy cuenta que seguimos en el salón. Ya ha amanecido y todo sigue exactamente igual que ayer, a excepción de las decenas de velas que, al seguir encendidas, están prácticamente derretidas. Miro a Lucas y sus ojos preocupados no cesan de escrutar mi rostro en busca de una respuesta. Al verlo, la congoja se hace conmigo y comienzo a llorar. Él me abraza con fuerza y me acaricia la cabeza intentando tranquilizarme.

—Shhhhh, tranquila. Ha sido una pesadilla, todo está bien.

Sé que en teoría todo ha sido un sueño, que no debería preocuparme, pero no consigo calmar esta angustia que se ha aferrado a mi pecho. ¿Por qué tengo la sensación de que es un aviso?

Lucas me coge la cara con ambas manos, y me coloca frente a él, obligándome a mirarlo.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Un vaso de agua o cualquier otra cosa?

Lo único que necesito es saber que todo lo que he visto mientras dormía, no se repetirá estando despierta.

—Agua, sí. Por favor.

Lucas se levanta del sofá, se coloca bien los bóxer y se encamina a la cocina dejándome a mí allí sentada, abstraída en mis pensamientos. ¿Y si todo esto puede llegar a hacerse realidad? ¿Y si Adolfo vuelve? No... No quiero que vuelva. Él se fue. Me abandonó. ¿Para qué podría volver? ¿Qué es lo que yo tengo que él necesita? ¿Qué es lo que desea tanto que es capaz de matar? No, no puede ser. Me niego a creer que Adolfo pueda llegar a hacer algo así. Noto la suavidad de una fina manta aterrizando sobre mi desnudo cuerpo. Lucas me tapa con ternura y luego me pasa el vaso de agua.

—Gracias —le digo.

Se sienta en la mesa, frente a mí y me observa mientras bebo lentamente. El fresco líquido, disipa en cierta manera la sensación de desazón pero no la extingue del todo. Me siento algo más tranquila al darme cuenta que Lucas sigue estando aquí conmigo, pero la preocupación sigue rondando por mi cabeza.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Lucas.

Me quedo mirándolo fijamente pero no le digo nada. No sé si contárselo o no. Tengo un gran cacao en la cabeza. Es una inmensa locura y va a pensar que estoy majara por suponer que puede estar en peligro.

—Silvania, por favor. No me hagas esto. Cuéntamelo; apóyate en mí.

Su voz quebrada por la preocupación me desarma. ¿Y por dónde empiezo?

—¿Has soñado con la noche del callejón? ¿Con lo que pasó en la discoteca?

Quiero contestarle, pero no me salen las palabras. Finalmente niego con la cabeza a cada una de sus preguntas.

—¿Entonces, qué?

Bajo la mirada, sopesando cómo podría afectarnos todo esto. Cómo podría afectarme a mí, si al final llega a ser real.

Decido no dejarlo al margen, al fin y al cabo también le afecta, y él ya forma parte de mi vida. Trago saliva y comienzo a hablar.

—Mi marido me abandonó en una carretera y se largó con otra mujer. Con una niña de apenas veinte años.

El recuerdo aún duele. Todavía escuecen las heridas que me dejó.

—Montaron una estratagema y se las ingenieron para darme la patada a la primera oportunidad que vieron. Fue un golpe tremendo y me hundí en un pozo demasiado hondo y lleno de oscuridad. Adolfo me destrozó la vida y me ha costado mucho salir de ahí —demasiado—. Christian fue el único que intentó tirar de mí. Fue el único que no me juzgó y me escuchó. Pasados ocho meses estaba mucho mejor, pero no conseguí salir definitivamente de él, hasta que apareciste tú y, en ese momento, conseguí derrumbar mi prisión inexistente, aunque para mí en cierta forma fuese real.

Real y perpetua. Miro hacia Lucas y lo encuentro mirándome impasible. No tengo ni idea de lo que estará pensando, aunque quizás se estará cagando en todos los muertos de mi exmarido.

—He soñado contigo. Y he soñado con él.

Me quedo por un momento en silencio y vuelvo a bajar la mirada. Tomo aire y continúo.

—Soñé que tocabas el piano, pero cuando lo intentaba tocar yo, las notas no sonaban. Como si la melodía de mi vida hubiese desaparecido. Como si se hubiese perdido por el camino. Luego desapareciste, me dejaste sola y por más que te llamaba y te buscaba, no contestabas, ya no estabas junto a mí. Entonces Adolfo surgió de la nada e intentó besarme, pero al intentar apartarme me encontré atada. Completamente inmovilizada. Me dijo, que era suya y de nadie más y que si tu...

Las palabras comienzan a ahogarme de nuevo y el pulso vuelve a temblarme. Lucas se acerca y se sienta a mi lado, acerca una mano y poniéndomela en el mentón, me levanta la cabeza.

—¡Eh! Tranquila, vale. Estoy aquí y no me pienso ir a ninguna parte.

—Tengo miedo, Lucas.

Me mira con una preocupación palpable y seguramente se siente frustrado por no saber cómo aliviar este desasosiego. Tira de mí y me abraza con cariño. Nota entonces una sensación de protección al verme envuelta entre sus brazos. Una sensación que no sentía desde hacía mucho tiempo.

—Continúa —me pide Lucas sin apartarse de mí.

Suspiro hondo y me humedezco los labios.

—Quería algo que en teoría tengo yo, pero no sé qué es lo que puede ser. Y dijo que si te interponías te mataría.

Lucas me da un beso de ternura en la cabeza y, a pesar de que me queda contarle la parte más dolorosa, me da, sin saberlo, las fuerzas para hacerlo.

—Cuando conseguí liberarme de las ataduras, fui a por él. La ira se había apoderado de mí y solo quería matarle con mis propias manos, pero cuando llegué a donde él estaba, se convirtió en humo y, de repente, me vi envuelta en llamas. Tú me llamabas una y otra vez y, cuando conseguí llegar a donde estabas, ya... Tú, ya...

Comienzo a llorar de nuevo y tengo que ocultarme en el pecho de Lucas, para poder sentir que lo tengo cerca. Para notar que está conmigo. Lucas no deja de acariciarme el pelo y abrazarme con fuerza. Percibo los latidos de su corazón; unas palpitaciones sonoras pero tranquilas. Me concentro en su respiración sosegada hasta que consigo serenarme poco a poco. Cuando consigo templar mis sollozos, me separo de mi escondite y busco su mirada. Lucas me acaricia la mejilla con la palma de la mano y me enjuga las lágrimas.

—Todo irá bien. Ha sido solo una pesadilla —me dice mirándome con cautela.

Yo niego con la cabeza.

—No, Lucas. Tengo miedo de que pueda llegar a ser real.

—Eso es imposible.

—Lucas... —lo freno antes de que siga hablando—. Quizás parezca imposible, pero yo ya no estoy tan segura de ello.

Me mira escéptico

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Soñé contigo.

—Sí, lo sé.

—No. Quiero decir que soñé contigo antes de conocerte. Soñé con tus ojos... Y también con las pozas. Jamás había ido allí, pero eran exactamente iguales a como las había soñado. Y luego soñé que me hacías el amor... Lucas... Todo eso pasó después de que las imágenes se plantaran en mi cabeza mientras dormía. Y lo que temo es que en esta ocasión, pase exactamente lo mismo.

Lucas, tras escuchar mis palabras, me mira posiblemente más preocupado que antes.

—Lucas, no estoy loca —le intento aclarar.

—Yo no he dicho que lo estés.

Bajo la mirada, arrepentida de habérselo contado. Sabía que esto pasaría.

—¡Oye!, no quiero que te hundas de nuevo. Estoy aquí y pase lo que pase, voy a seguir aquí.

Vuelvo a mirarlo incrédula.

—Todo esto es... cómo decirlo. Algo inverosímil para mí. Yo no tengo esas percepciones tuyas, esas...

—Premoniciones.

—Sí. Pero aun así, te creo.

Suspiro aliviada.

—¿Y si pasa, Lucas? ¿Y si vuelve?

—Estaremos alerta. ¿Sabes qué?, quiero que me acompañes a comisaría.

—¿Para qué?

—Voy a hablar con un compañero para que te instale en el móvil una aplicación que podrás conectar en caso de peligro. En el momento en que la actives, nos aparecerá tu localización exacta y cualquiera de la central, incluido yo, podremos ir en tu ayuda.

—Hoy no puedo. He quedado con Christian para comer. Lo tengo demasiado abandonado desde que estoy contigo.

Lucas sonríe al escuchar mis palabras.

—Vale, pues mañana, o si lo prefieres, déjame el móvil antes de irte y cuando lo tengan preparado, te lo acerco a donde quieras.

Vacilo por un segundo.

—Oye, ¿tú no lo querrás para conectarme un micrófono o algo así y enterarte de todas mis conversaciones, verdad?

—Pero mira que eres rebuscada.

—Bueno, me he vuelto bastante desconfiada de un tiempo a esta parte, ¿sabes? Sé lo que pienso yo, pero no las intenciones que pueden tener los demás.

—Quiero asegurarme de que mi novia está a salvo, solo eso —me dice dándome un toque en la nariz con el dedo índice—. El día que tenga que ponerte un micro, te

aseguro que serás informada.

Le sonrío. Me encanta escuchar de su boca que soy su novia, y me encanta descubrir que le estoy empezando a importar tanto que desea cuidarme y mantenerme a salvo, tanto como yo deseo mantenerlo a él.

Me abalanzo hacia su cuello y lo abrazo con ímpetu, dejando caer en el sofá la manta que me cubría. Necesito sentirlo cerca, piel con piel, notar su contacto más íntimo. Él me devuelve el abrazo, envolviéndome por la cintura.

—Gracias.

Lucas busca mi mirada, apartándose unos pocos centímetros de él. Me pasa algunos mechones por detrás de la oreja y me acaricia la mejilla cuidadosamente con sus mimosos dedos.

—No tienes por qué darlas.

Me agarra por la nuca y me besa apasionadamente, encendiendo mi cuerpo de nuevo.

Capítulo 27

Miro el reloj que hay en la cocina de Chris. Ya son más de las cuatro; Lucas no debe tardar mucho en llegar.

—Es increíble lo que da de sí una semana —comenta Christian mientras se acerca con dos tazas de café. Yo me río, porque sé que no lo dice solo por mí. Y que lo digas.

—Me alegro mucho por ti, cariño. Te lo mereces, después de haber pasado por tanto estos últimos meses.

—Gracias Chris. Yo también me alegro por ti. Erick parece un tío genial, aunque me da pena no haber podido conocerlo más este fin de semana.

—Claro, eso es lo que pasa cuando el tiempo te lo roba otro.

—¡Oye!

—Sí, sí... Ahora hazte la inocente, pero no me puedes negar que ha sido casi imposible verte el pelo durante estos días. Vamos, que un ladrón debería aprender de ti. Seguro que tendría menos posibilidades de ser cogido.

Me echo a reír a carcajadas.

—Bueno, no sé yo si juntarse directamente con la policía sería una técnica aconsejable para no ser detectado —le replico.

—¿Cómo que no? La mejor manera de esconder algo, es ponerlo a la vista. Así nadie sospecha.

—Oye, que yo no me escondo. No he hecho nada para tener que esconderme.

—Eso de que no has hecho nada...

—Chris...

—Bueno, quizás lleses razón. Tu eres la víctima, es Lucas el que lo ha hecho. Te ha trastornado por completo —me dice riéndose.

—¡Christian! No sé ni por qué te cuento nada, tío.

—Porque te sale más barato desahogarte conmigo, que pagar a un psicólogo.

—Bueno, en eso salgo ganando contigo, pero los psicólogos suelen guardar los secretos... A saber qué le habrás contado a Erick de mí.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas?

—Por el locutor de radio-patio, ni más ni menos.

—Eso ha dolido, Sylvania. Que poca fe tienes en mí —dice ofendido.

—Quien no te conozca, que te compre, nene.

Hace un gesto a lo harakiri y se desploma lentamente en el sofá al más estilo cinematográfico.

—Pero, qué de cuento tienes.

Christian se incorpora y se echa a reír.

—¿Bueno, me lo vas a contar?

—A penas le he dicho nada.

—¡Venga ya, Chris!

—De verdad. Preferí aprovechar mejor el tiempo... al igual que tú —me dice, levantando las cejas un par de veces—. Aunque creo que mi fin de semana ha sido menos espectacular que el tuyo.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes porque te lo digo.

Automáticamente me ruborizo al recordar cada momento vivido con Lucas. Cada palabra, cada beso, cada caricia, cada roce, cada embestida.

—Lo único que le he dicho, es que me alegro muchísimo por ti, y que estoy muy contento por verte tan feliz. Solo espero que esto no sea solo humo y que dure por mucho tiempo. Has dado un giro brutal... Para mejor, se entiende. La Sylvania triste y decaída ha desaparecido y, precisamente, no hemos sido nosotros los que hemos conseguido que se te vea de nuevo deslumbrante, sino los polvos que has echado con el vecinito de abajo.

—¡Qué bestia eres!

—Posiblemente, pero niégamelo si te atreves.

Me río sin poderlo remediar, porque verdaderamente lleva razón. Aunque no solo es por eso.

—Lucas es más que un cuerpo bonito en un buen polvo.

—¿Bueno? Yo diría que es extraordinario en la cama para que tengas complejo de *gato de Cheshire*.

—¿Y cuál es ese complejo? —le digo riéndome.

—El de desaparecer cuando uno menos se lo espera y aparecer siempre con una sonrisa en la boca.

—Ja... Ja... qué gracioso.

—Tienes suerte de que esté comprometido con Erick, porque si no, te lo quitaba. Viendo tan buenos resultados, no me importaría probar la terapia.

—Siento desilusionarte, pero a Lucas no le van los hombres y no creo que tenga mucha intención de cambiarse de acera.

—Yo tengo mucho poder de persuasión.

—Y también tienes pareja, así que no se te ocurra acercarte a mi hombre.

Christian suelta unas carcajadas tan fuertes, que no dudaría en que le hayan escuchado los vecinos de la planta baja.

—Vaya... La gata saca las uñas. Habría que haberte visto ayer en la sesión de striptease. Espero que no le dejas muchas cicatrices.

—Tu riéte, pero me parece a mí que os hubiese encantado estar abajo viendo el espectáculo.

—¿A caso lo dudas? Esas cosas se avisan, cariño. Uno no tiene la oportunidad de ver a tremendo maromo moviendo el culo todos los días.

—Ni creo que la vayas a tener. El maromo, como tú dices, solo hace espectáculos privados.

De repente suena el timbre de la puerta. Ese debe ser Lucas. Christian se levanta del sofá y se acerca a abrir. Tras él, aparece Lucas tan guapo como siempre, aunque bastante más informal de lo normal. Con unos pantalones de chándal y una camiseta color lima. No me equivocaba. Pero... ¿Viene de hacer footing? Si me dijo que iba a la comisaría.

—Buenas tardes.

—¡Hola, *Full Monty*! —le suelta Christian, mirándolo de arriba abajo con ojos voraces.

Lucas me echa una mirada acusadora mientras entra en el piso y yo me pongo colorada como un tomate. ¡Lo mato!

—¡Christian! —le espeto.

—Ya veo que las noticias vuelan entre planta y planta. Espero que no llegue a oídos de los demás vecinos —comenta Lucas mirándome de reojo.

—¿Por qué? ¿Temes que llamen a tu puerta con un fajo de billetes pidiendo un bailecito? Yo me apunto el primero —le suelta ricitos de oro, mientras le examina el culo a Lucas—. Me parece que lo voy a proponer en la próxima reunión de propietarios.

—¡Christian, por favor! —le reprendo.

—Vale, vale. No he dicho nada —se disculpa a su manera con una sonrisa desvergonzada—. Has llegado justo a tiempo. ¿Quiere un café señor inspector?

—Claro, por qué no.

Mientras que Chris se encamina hacia la cocina, Lucas se acerca a mí y me da un beso. El olor de su perfume me deja atontada por completo.

—Voy a tener que hacer algo con esa boquita chivata —me susurra al oído.

Noto la tensión en cada músculo de mi cuerpo y un calor vaporoso comienza a subirme por el cuello amenazando con apoderarse de mi cara y del resto de mi cuerpo, no solo por la vergüenza que estoy pasando por culpa de Christian, sino también por la proximidad de Lucas y por su voz en un murmullo junto a mi oreja.

—¿Y cómo piensas acallarla? —pregunto divertida.

Él me pone su media sonrisa y levanta una ceja desafiante.

—No me tientes.

¿Eso suena a proposición indecente? Yo, me humedezco el labio, provocándolo y él me contesta con una mirada asesina. Sonríe divertida y le señalo a Lucas que se siente junto a mí, dando un par de palmaditas al sofá. Me encanta picarle. Christian llega con una taza más y la coloca en la mesa frente a nosotros.

—Gracias.

—A mandar —le suelta con una cara seductora.

Ahora soy yo la que le planta una mirada asesina a mi amigo y él sonríe a escondidas. A paseo te voy a mandar yo como no dejes las indirectas.

—¿Pudiste solucionar algo con el tema del móvil? —le pregunto a Lucas.

—Sí —saca el móvil de uno de los bolsillos del chándal y me lo pasa—. Toma, desbloquéalo y te digo cómo funciona.

Lo cojo, lo enciendo y lo desbloqueo. En la pantalla principal aparece un círculo rojo con el símbolo de la policía.

—¿Es este?

—Sí. Si le das te aparecerán dos botones alternativos. —Lucas me lo va explicando mientras él va pasando su dedo por la pantalla—. El de color rojo activa la alarma general. Así que tendrás al cuerpo entero rastreando tu localización.

—¡Uy, qué bien suena eso! ¿Y están todos igual de buenos que tú?

¿Tú estás a lo payaso hoy?

—Chris, ¿llamo a Erick por teléfono y le digo que pretendes flirtear con el Cuerpo Nacional de Policía al completo? —le suelto con la intención de que cierre el pico.

Chris se vuelve tan blanco como la cal.

—¡No serías capaz!

—Ponme a prueba —le digo de forma amenazadora.

Me hace un mohín, coge la taza de café de la mesa y se acomoda en el sofá enfurruñado. No hagas que me arrepienta de haberte contado mis cosas, o te prometo que llamo a Erick de verdad, para que te ponga firme. Cuando giro la cabeza, para indicarle a Lucas que continúe con la explicación, me lo encuentro con una sonrisa bobalicona en la cara.

—¿Qué? —le digo con un tono más seco de lo que pretendía.

—Nada. Yo mejor no digo nada, que eres capaz de llamar también a Erick por mí.

—No. A ti te pongo firme yo —le suelto guiñándole un ojo.

«¡Toma ya! ¿Desde cuándo te has vuelto tan segura de ti misma?», pregunta mi pequeña mini yo alucinada.

—Anda, continúa.

—¡A sus órdenes! —se burla Lucas.

Me río y percibo a Christian riéndose mientras se oculta tras la taza.

—Bueno, lo que te decía... El rojo, pone en alerta a toda la comisaría. El azul, solo me avisa a mí.

Lucas, presiona el círculo de color azul y automáticamente, suena una señal de aviso que proviene del otro bolsillo del pantalón de Lucas. Este lo coge y me lo enseña. En la pantalla aparece un pequeño mapa de la zona y un punto azul estático y otro rojo parpadeando justo encima de nuestro bloque.

—Supongo que él azul eres tú y el rojo soy yo.

—Exacto.

—Vale.

—Pues eso es todo. No tiene más misterio.

Misterio no tendrá, pero espero no tener que utilizarlo nunca.

—Silvania —me avisa Christian.

—¿Qué?

—Acuérdate de que, tener un calentón no entra dentro del saco de las emergencias —me suelta sin cortarse un pelo.

Noto como me pongo colorada al instante, mientras percibo por el rabillo del ojo a Lucas reírse a escondidas. A ti te apetece que yo te tire por la ventana, por lo que veo.

—Christian, te estás ganando una buena ducha de café... Y llevas todas las papeletas, así que deja de tocarme las narices —le digo molesta.

—Pero... Si yo solo he querido aclarártelo.

—Pues mejor no aclares nada. ¿Te han dicho alguna vez que calladito estás más guapo?... Pues, eso mismo.

—Dejadlo ya, chicos, y escuchadme un momento los dos.

Ambos dejamos por el momento de ser hostiles al oír el tono serio de Lucas y le prestamos atención un poco extrañados.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Tenéis planes para esta tarde?

Chris y yo nos miramos confusos.

—Pues no —decimos a la vez.

—¡Genial! —Su cara cambia de forma automática—. Pues os doy media hora para que os preparéis y os pongáis cómodos. Y cuando digo cómodos... es *cómodos*.

Lo miro extrañada.

—¿Dónde pretendes llevarnos?

—Ya lo veras.

—Ya empezamos. ¿Alguna vez me vas a contestar cuando te pregunto?

—Es una sorpresa... Y que yo sepa, mis sorpresas no te han disgustado, de momento.

Suspiro y aprieto los labios intentando no reírme.

He de reconocer, que siempre me han gustado las sorpresas, aunque si terminan igual que la de ayer, aún me gustan más.

No nos ha hecho falta más de veinte minutos para prepararnos. Christian lo tenía fácil, tiene diez conjuntos deportivos diferentes, uno para cada día de la semana, y los otros tres, por si acaso... así que ha cogido uno y se lo ha plantado sin más preguntas. Yo no voy al gimnasio, así que de chándales voy nula. Lo más práctico y cómodo que tengo en el armario para salir a la calle, son pantalones vaqueros, pero Lucas lo ha revisado de arriba abajo, —sin mi permiso—, y ha encontrado unos *leggings* negros escondidos en lo más profundo —los cuales, no me suelo poner, porque me hacen más gorda de lo que ya estoy—, y al final me ha obligado a ponérmelos. Para disimular un poquito, me he puesto una camiseta superlarga, que aparenta más ser un vestido que otra cosa, pero paso de que se me vean esos jamones de jabugo mal curados que tengo por muslos, y el pedazo de culo embutido a lo longaniza en tela de lycra.

Llevamos poco más de cinco minutos en el coche de Lucas, bueno, en otro coche diferente al suyo y, por más que le pregunto a Lucas a donde nos quiere llevar, no hay manera de sacarle información... ya he optado por dejarlo, es imposible, y de nada sirve gastar más saliva cuando sé que la respuesta será... «Es una sorpresa». A saber lo que se le ha ocurrido ahora. Antes de venir al apartamento, fue a pedirle a su hermana que le prestara su BMW X5. Según él, pensó que así iríamos más cómodos los tres, porque el asiento trasero del RCZ, es un poco estrecho para una persona tan alta como Christian y, además, no es tan comfortable como los delanteros. Según yo... aquí hay algo que no me cuadra. El trabajo de Lucas no es que sea de los mejor remunerados y en cambio tiene un pedazo de coche, qué más quisiera yo tener metido en el banco, al menos un cuarto de su valor, para comprarme uno normalito... Vale, no es un BMW i8, pero tampoco se queda corto en las listas de coches caros. Y a su hermana... no la conozco, pero ya tiene que ser una eminencia en el mundo de la decoración de interiores, como para poderse permitir este cochazo. No, no me cuadra... aquí hay algo más y no sé lo que es, aunque espero averiguarlo. Solo espero que Lucas no sea uno de esos policías corruptos como los que salen en las películas.

Pocos minutos después, distingo un cartel en el que pone «Cementerio Municipal de Aguadulce» y justo en la puerta, Lucas va y para el coche. Christian y yo nos miramos sin saber qué está pasando y Lucas se vuelve hacia nosotros con su sonrisa ladina que sabe que me vuelve loca.

—Ya hemos llegado.

—¿Cómo que ya hemos llegado? ¿Se puede saber qué hacemos en un cementerio?

—Ya lo verás. Por más que preguntes, no te voy a contar nada. Ya te he dicho que es una sorpresa.

Resoplo. «¿Lo ves? No sé ni para qué te molestas en intentarlo de nuevo».

—Oye, que a mí no me van los paseos por campo santo, por muy tranquilo que sea el sitio y esté todo lleno de flores. No me gusta verme rodeada de muertos.

—Ni a mí tampoco —Contesta Chris—. Si yo creo que no he llegado a entrar en mi vida en uno. Solo de pensarlo me dan escalofríos.

—¿Pero se puede ser más cagueta? Ni que fueran a salir de sus tumbas y os fueran a comer.

—Quién sabe.

—Cariño, los zombis no existen.

—¿Cómo qué no? Pues que se lo digan a los protagonistas de *The walking dead*.

Lucas se ríe a carcajada limpia mientras se desabrocha el cinturón de seguridad.

—Me estoy dando cuenta que la televisión hace mucho daño.

—Puede ser, pero yo por si acaso, mejor me quedo en el coche —le contesto.

—Y yo también —dice Christian acurrucándose en el asiento trasero y mirando a todas partes.

—Desde luego, vaya par de cobardes estáis hechos.

Sí, sí... tú ríete, pero... ¿a ver por qué suelen estar los cementerios aislados de las ciudades y cerrados a cal y canto con rejas?.

—Vale, no voy a ser tan cruel con vosotros. Podéis quedaros en el coche mientras.

—¿Y tú, dónde vas? —le pregunto expectante al ver que abre la puerta del coche y se dispone a salir de él.

—¿Yo? Pues voy a llamar por teléfono.

—Puedes hacerlo aquí.

Lucas me sonríe y me niega.

—Si lo hago aquí, descubriréis la sorpresa. Además, creo que con las ondas electromagnéticas los zombis y los fantasmas se asustan, así que estaré a salvo por el momento —me suelta guiñándome un ojo antes de salir—. Aunque, si veis que pasa algo raro, no salgáis del coche, por favor. Ya me ocuparé yo en cuerpo y alma de protegeros.

Cierra la puerta y se da la vuelta. Ja... ja... y ja... Qué gracioso.

Lucas se aleja unos cinco metros del coche, saca el móvil y se lo coloca en la oreja. Desde el interior del vehículo no puedo escuchar lo que dice y, encima, está dándonos la espalda, así que tampoco tengo opción de leerle los labios.

—¿Cuáles crees que son sus planes? —me pregunta Christian.

—No tengo ni idea. Me puedo esperar cualquier cosa —digo mientras sigo observando a Lucas.

—¿No confías en él?

Cambio el ángulo de visión y dirijo mi mirada hacia Christian.

—Me ha demostrado mucho como para no hacerlo, pero... una cosa es confiar y otra muy diferente es fiarme. Me fio de él, tanto como de ti.

—¡Oye!

—Ni oye, ni nada —le digo en tono molesto—. Que sepas que Lucas te ha salvado de que te tirara por la ventana. ¿Cómo se te ocurre soltar todos esos pildorazos en tu casa? Eres un borde.

—Era una broma, nena.

—Pues gracia ha tenido más bien poca. Te lo he contado confidencialmente.

—Lo sé, pero es que quería romper un poco el hielo con Lucas. No hemos tenido tiempo de conocernos.

—Hay muchas formas de romper el hielo, Christian... y hacer saber que te he contado mis intimidades no es una de ellas. No es una anécdota, ni un problema de los que te suelo contar normalmente para que me des opinión o apoyo. Estamos hablando, de que le he contado a una persona ajena a la relación, que es lo que hacemos dentro de ella y, vas tú, y lo sueltas a los cuatro vientos.

—Pues no parece que se lo haya tomado tan mal.

—Él quizá no, pero yo sí. ¿Pretendes que pierda la poca confianza que tiene en mí?

—Entonces, ¿es él, el que no confía en ti?

—No me líes, que sabes que no he querido decir eso. Digo, que nos estamos conociendo. Las mujeres necesitamos hablar con las amigas... en mi caso, contigo, y contamos nuestras cosas, desahogarnos, darnos consejos... Es como una terapia para nosotras, pero si desde un principio, sabe que te estoy contando hasta el más mínimo detalle de nuestras intimidades, ¿cómo crees que acabará esto?

—Te pido disculpas. No te enfades... Sabes que jamás haría algo que te perjudicara. No quiero fastidiar tu nueva relación, Silvania; al contrario, estoy muy feliz por ti.

—Lo sé, Chris. Yo tampoco quiero que esto se vaya al garete tan pronto. Quiero conocerlo más, quiero pasar más tiempo con él y ver hasta dónde podemos llegar. Creo que ha calado muy hondo en mí y, aunque me da un poco de miedo reconocerlo, creo que me he enamorado de él.

—Yo pienso lo mismo que tú. Estás tan cambiada —me dice con una sonrisa cariñosa que yo le devuelvo.

—Es que, me desarma con solo tenerlo cerca. Y ya no te digo cuando me toca... Jamás había sentido esto, Chris... y tengo mucho miedo.

—Es lógico, pero el que no arriesga, no gana.

—Yo ya arriesgué mucho con Adolfo, y al final, mira... lo perdí todo.

—Son excepciones. Adolfo es un capullo sin escrúpulos que jugó contigo, y cuando te sacó todo el néctar, se buscó a otra con la que jugar. Tú no tuviste la culpa de nada.

—Lo sé, lo sé. Pero... ¿Y si pasa de nuevo, Chris? ¿Y si me vuelvo a equivocar? No sé si en esta ocasión conseguiría levantarme.

—No pienses en eso.

—¿Cómo quieres que no piense? Es muy chocante que me sienta tan eufórica, cuando solo hace una semana que nos conocemos. Empezamos con mal pie, lo reconozco, pero ahora parece que esos días... esos momentos, hubiesen desaparecido por completo. Como si fuesen cosa de un pasado muy lejano. Solo está él; y él, consigue que me sienta bien. Que me sienta a salvo. Que me sienta yo misma. Me está dando todo lo que Adolfo me quitó, pero temo que sea otra de mis quimeras.

—Tienes que vivir el momento, Silvania. Si te empiezas a comer la cabeza, con situaciones que quizá nunca pasen, te vas a terminar agobiando y no disfrutarás con la relación. Cada persona es un mundo, ninguna es igual. No puedes acusar a Lucas de algo que aún no ha hecho, ni tampoco puedes castigarlo con el peso de las acciones del gilipollas de Adolfo... no se lo merece. Está genial que quieras conocerlo, es lo que tenéis que hacer ambos, el uno del otro, pero hazte un favor a ti misma y haz borrón y cuenta nueva. Un nuevo hombre, una nueva relación y una nueva vida. Comienza de cero y disfruta.

Bajo la mirada y medito cada palabra.

—Llevas razón. No es justo para ninguno de los dos. Tendré que aprender a dejar los miedos a un lado. Lucas solo desea cuidarme, quiere estar conmigo... aunque sigo sin saber porqué.

—Qué tonta eres. ¿Por qué va a ser? Eres una tía estupenda... hablando mal y pronto, eres del carajo. Si yo no fuera gay, te aseguro que me habría fijado en ti, hace muchísimo tiempo. Lo tienes todo.

Me río y le niego.

—Estás chalado.

—Te lo digo en serio. Eres guapa, inteligente, divertida, comprensiva, encantadora... Contigo se puede charlar de cualquier cosa, y sobre todo, eres una gran amiga.

Siento un nudo en la garganta y los ojos se me empiezan a nublar. ¡Ay, por Dios! No me digas eso.

—Oh, Chris... Me vas a hacer llorar.

—No llores, mejor ríete. Estás mucho más guapa cuando sonríes.

Y yo le hago caso y me limpio rápidamente una lágrima traviesa que se ha escapado del lagrimal sin permiso.

—Lo único que no tengo es un cuerpo diez.

—Eso es lo de menos. ¿De qué sirve tener un cuerpo perfecto, si después, lo que hay dentro no tiene ningún valor? Tú eres más que un cuerpo, Silvania... para mí eres perfecta, tengas el cuerpo que tengas. Pero si lo que te preocupa es tu cuerpo, ya sabes que con gusto te elaboro una tabla de ejercicios.

—No gracias. Prefiero tener el cuerpo atocinado, a tener el cuerpo quebrantado. Paso de morir de agujetas... Los dos sabemos cómo son tus tablas de entrenamiento.

Christian se echa a reír.

—Cria cuervos y te sacarán los ojos.

—¡Oye, guapo, que yo no soy un cuervo!

—No, no lo eres. Tú eres un cisne, aunque no lo quieras ver.

—Eres un sol. Gracias por ser mi amigo, Chris.

—No tienes por qué dárme las. Yo estoy muy a gusto a tu lado.

—Y yo al tuyo. Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida.

—Bueno, creo que tengo que discrepar sobre eso.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Por qué lo dices?

—Porque creo que alguien va a sustituirme en ese puesto muy pronto.

Me río cómplice y le saco la lengua.

—Puede ser, pero nunca te quitarán el puesto de mejor amigo.

—¡Ah, no! Ese es todo mío, que para algo me lo he ganado a pulso —dice sacando musculitos y yo, vuelvo a reír—. Bueno, y después de estas confesiones... ¿A qué conclusión has llegado?

Suspiro. Que llevas toda la razón, como siempre.

—Pues que voy a intentar bloquear el miedo al dolor y voy a romper el muro que construí hace ocho meses. No creo que me haga daño. Tengo que darle ese voto de confianza.

—Exacto.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Puedes pedirme todos los que quieras.

—Ten un poco más de tacto la próxima vez, ¿quieres?

—Te lo prometo. Mis labios a partir de ahora estarán sellados.

—Eso espero.

Me suelto el cinturón y me acerco a él. Entre asiento y asiento, nos damos un abrazo cómo podemos y luego me da un mimado beso en la frente.

No puedo estar enfadada con él. Ni con él ni con nadie. Es superior a mí. Tengo carácter, sí, pero mis cabreos duran diez minutos a lo mucho, los minutos que le siguen es como una tortura que me deja mal cuerpo, así que suelo ser yo la que siempre cede y entabla una conversación para arreglar las cosas.

—Te quiero, gordita.

—Y yo a ti, ricitos de oro.

—No me digas eso —dice separándose de mí, con cara de ofendido.

—¿Por qué? A mí me gusta.

—Pues a mí, no. No soy una niña con cara angelical.

—Bueno, la condición sexual ya la tienes, solo te falta el cuerpo.

—Ja... ja... ja...

Christian me saca la lengua y yo solo puedo reírme a carcajadas. Que me gusta sacarte de quicio.

En ese momento, aparecen dos todoterreno por detrás de nosotros y aparcan justo al lado de Lucas. Un par de hombres, uno de aproximadamente nuestra edad o un poco más mayor, otro de no más de veinticinco años, y una mujer joven, morena y atractiva, ataviados con lo que parece un uniforme, se apean de los coches y saludan a Lucas estrechándole la mano. Frunzo el ceño extrañada. ¿Quiénes son?

—No sabía que tendríamos compañía.

—Yo tampoco —contesto.

—¿Los conoces?

—No.

Lucas se acerca hacia donde estamos nosotros, bordea el BMV y abre mi puerta.

—Venid conmigo. Me gustaría presentaros a unos amigos.

Salimos del coche y nos acercamos al grupo recién llegado.

—David, ella es Silvania, mi novia, y Christian, un amigo... Chicos, él es David, un amigo de la infancia.

Su novia... ¡Ha dicho que soy su novia! Qué bien suena cuando sale por la boca de Lucas.

—Encantado de conoceros —nos dice mientras nos estrecha la mano a ambos.

—Igualmente, aunque éste no sea el sitio más apropiado para conocer a gente —le contesto y él sonríe.

—Ellos son mis ayudantes, Óscar y Lind.

Los saludamos a los dos con la misma cortesía, pero cuando saludo a la chica, algo en ella me llama la atención. Tengo la sensación de que la conozco, algo en ella me resulta familiar y no sé exactamente de qué me suena.

—Bueno, chicos... ¿Estáis preparados? —nos dice David.

—¿Preparados para qué? —le pregunto preocupada.

—David, ellos no saben nada. Les he dicho que era una sorpresa, y la verdad es que prefiero que se lo cuenten cuando lleguemos.

—¿Cuando lleguemos a dónde? ¿Qué es lo que vamos a hacer que no nos lo quieres contar ahora?

Lucas me mira, ladea la cabeza y sonríe de forma artera.

—Vale, vale. Ya lo pilló... Es una sorpresa —me contesto yo sola, levantando las manos en señal de rendición.

—Ya lo vas pillando. Te ha costado, ¿a que sí? —se burla Lucas.

Gruño con cara de mala leche, mientras le doy un pequeño puñetazo en el hombro,

En ese momento, todos se echan a reír y yo, contagiada, me apunto a la sesión de risoterapia casual.

Capítulo 29

Hemos dejado el coche de la hermana de Lucas, y uno de los todoterrenos que traía David junto al cementerio, y nos hemos metido todos en el Nissan Pathfinder de siete plazas. Como Lucas es amigo de David, se ha sentado junto a él en la parte delantera y van conversando alegremente de banalidades. Christian y yo vamos en la fila de en medio, distraídos con el paisaje almeriense que se contempla a medida que vamos subiendo una de las colinas que hay junto al campo santo, por un camino complicado, lleno de gravilla y repleto de curvas en zigzag. Y en los asientos traseros, van Óscar y Lind, al parecer, tonteando como quinceañeros con las hormonas disparatadas y haciendo manitas, aunque intentando que no se note mucho.

Pues, suerte que Lucas no está sentado a mi lado, que si no, les hacemos sombra, seguro... porque estamos más calientes que el palo de un churrero. Miro a mi novio, tan despreocupado y radiante, que me río al recordar la presentación de antes, mientras un escalofrío me recorre la columna desde el atlas hasta el coxis. ¡Soy su novia! Lo ha formalizado verbalmente, así que ya no puedo tener dudas al respecto. No digo que me quiera, no digo que esté enamorado de mí, pero ya eso dice mucho de él.

Luego miro a Chris y solo puedo pensar en la suerte que he tenido al cruzármelo en la vida y de la suerte que tengo de tenerlo a mi lado. No sé qué habría pasado si no hubiese estado junto a mí el año pasado. Posiblemente, nada de esto estaría pasando. Posiblemente yo estaría hundida; acabada para los restos... Pero él, ha sido mi apoyo todo este tiempo y, aunque a veces lo colgaría bocabajo desde el balcón de casa, para que aprendiera que en ocasiones tiene la boca más grande que un pelicano, lo quiero a rabiar. No lo cambio por nada.

Por último, miro hacia atrás, y me encuentro a Óscar mirando el móvil y a Lind observándome mientras me dedica una sonrisa cómplice, que, sin saber porqué, le devuelvo. Cada vez que la miro, el presentimiento de que la conozco se hace más fuerte. Tiene algo; no sé si es su pelo negro azabache, o su mirada penetrante de ojos oscuros, o su pequeña nariz chata... pero tiene algo que me resulta muy familiar, como si viese sus rasgos a diario, pero es imposible... me acordaría. Tiene una cara muy llamativa, difícil de olvidar. Es preciosa, y que eso lo diga una mujer, tiene mucho más mérito que si lo dice un hombre. Una mujer que no sea lesbiana, claro está. Yo soy de lo más sincera en este tema, cuando una mujer es guapa lo reconozco, y cuando está buena... me jode, pero lo reconozco también.

Cuando llegamos a la cima de la colina, salimos todos del coche. Christian y yo nos quedamos flipados, deleitándonos con las vistas y acongojándonos por momentos, al ver los vehículos aparcados donde los hemos dejado, —ahora del tamaño de coches de Micromachines o incluso más pequeños—, y todo lo que dejamos abajo. Las casas diminutas, los edificios tan grandes como los hoteles del Monopoly, y el puerto deportivo, repleto de minibarcos y veleros flotando en las aguas del golfo de Almería, y todo rodeado por el inmenso mar de Alborán. Porque eso sí, mires desde donde mires, el mar Mediterráneo se ve colosal.

—Es impresionante...

—Y acojonante también, Chris... Muy acojonante.

Tanto David, como Oscar y Lucas, han estado sacando las cosas del coche y, cargado de unas enormes mochilas, se acercan a nosotros y nos convocan.

—¿Chicos, podéis venir un momento?

Christian y yo, dejamos el barranco a nuestras espaldas y nos acercamos a ellos un poco nerviosos.

—Supongo que ya hemos llegado —les digo, con un escalofrío constante y patente en el cuerpo.

No me gustan las alturas. ¿Qué coño hacemos aquí? Ahora, preferiría mil veces estar encerrada en el cementerio.

—Sí, ya hemos llegado, cariño —me dice Lucas mientras suelta el mochilón en el suelo.

—¿Y es ahora el momento de contarme para qué hemos subido, cuanto... cinco mil metros?

—En realidad, solo hemos subido trescientos metros.

—Solo... ¿Y lo dices tan tranquilo?

Lucas se echa a reír a carcajadas.

Pues no sé dónde le ve la gracia. ¿He dicho un chiste?

—Cariño... —me coge de la cintura y me besa suavemente en los labios y yo me derrito—. Para lo que tengo pensado, nos hacía falta venir aquí —me dice con su voz ronca, sin separarse apenas de mis labios.

—Bueno, mientras que no tengas pensado tirarme por el barranco para que llegue abajo a lo croqueta desmenuzada...

Lucas sonríe con un punto irónico, que ahora mismo, no me gusta nada.

—Lucas... dime que no —le digo separándome de su cara.

—No exactamente.

¿Qué?!

—¿Cómo que no exactamente?

Entonces se me enciende la bombillita. Empujo con mis manos su pecho marmóreo, intentando soltarme de su abrazo, pero él me agarra con más fuerza. Me estoy empezando a agobiar y el pánico está comenzando a ganar terreno.

—Nena...

—Suéltame —le advierto.

—No. Quiero que me escuches.

—No te pienso escuchar, Lucas. No pienso hacer ninguna locura. Si pretendes que baje por la ladera, lo llevas claro. Peso mucho. No tengo tanta fuerza como para sujetarme a donde sea que tenga que hacerlo. Seguro que las cuerdas no aguantan y saltan, o se sueltan, o yo que sé. Y eso sin contar que odio las alturas. Seguro que ya el palmo antes de llegar al suelo de un patatús.

—No vamos a hacer rappel, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Ah, no?

—No, te lo prometo.

Suspiro, me relajo y un pequeño peso desaparece de dentro de mí.

—¿Entonces, qué hacemos aquí?

—Otra cosa —me vuelve a poner la sonrisita.

—¡Lucas, no me jodas! Porque si me dices que hemos venido a hacer un picnic, no me lo creo.

Él se echa a reír y yo me vuelvo a irritar. Nada, que la cosa va de chistes, de los cuales, ni me entero que cuento.

—Cuando te dé la gana, me dices de qué coño te ríes.

—Pues de tus comentarios. Son geniales.

Aprieto los labios y entrecierro los ojos, para que note que estoy realmente molesta. Y lo nota, porque deja de reír.

—Vale, perdona —carraspea—. Quiero que pruebes algo. Ésta es mi pasión y quiero compartirlo contigo.

—¿Pero tú cuántas pasiones tienes, chaval?

—Bueno, creía que esta era la única, aunque desde hace una semana, creo que tengo dos.

¡Hala...! Me acaba de desarmar. ¡Madre!... ¿ahora soy una de sus pasiones? Trago saliva y sonrío ocultando mi cara como puedo, porque sé que se me han subido los colores.

—¿Y lo de la pintura y el piano...? Ah, y el vino, que no se me olvide, señor experto en enología.

—Los otros son simples hobbies.

Pues cualquiera lo diría.

—Bueno, pues explicame cuál es tu gran pasión, antes de que me desespere y me arrepienta de preguntarlo.

—Verás... es que... quiero que...

—¡Lucas! Que se nos va a hacer de noche a este paso. ¡Quieres soltarlo ya!

—¡Silvania! —me grita Christian que se encuentra a unos veinte metros de nosotros, junto a Lind, que está sacando unas enormes telas de colores de las mochilas mientras me mira de reojo y sonrío—. ¡Vamos a volar! ¿No es fantástico?

Pongo los ojos como platos y noto como se me retuerce y encoge el estómago. El pánico se ha apoderado de mí por completo, me sudan las manos y mi corazón ha empezado a rebotar por todo el hueco de mi caja torácica. ¿Cómo? No, no, no, no, no, no, no... ni de coña. ¿No lo estará diciendo en serio? ¿O sí? Veo a Christian que aplaude muy animado y a Lind descojonada de la risa.

—Silvania —me dice Lucas con voz melosa.

Lo miro sin dar crédito a lo que acabo de escuchar de boca de mi amigo.

—No.

—Por favor.

—¡He dicho que no! —le digo forcejeando, y no sé ni cómo, consigo soltarme de sus brazos.

Bueno, sí lo sé. Porque él me ha dejado escapar.

—Confía en mí, por favor.

¡Vete al cuerno!

—¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Cuándo estuviese en el aire y estuvieras seguro de que no podría arrancarte la cabeza?

—Te lo estoy diciendo ahora.

—A buenas horas...

—¿Hubieras aceptado?

—Obvio que no.

—Pues, por eso.

—¡Me has mentido! —le digo mientras me alejo de él.

Frunce el ceño, perplejo.

—Yo no te he mentido. Vale que te lo haya ocultado, pero... ¿en qué te he mentido?

—«¡Es una sorpresa... Y que yo sepa, mis sorpresas no te han disgustado, de momento!» —le cito poniendo voz repelente—. ¿Pues sabes qué? El momento ha llegado, ésta no me gusta. Es más, me disgusta al máximo. Tengo vértigo, Lucas. Me da miedo caerme.

—No te vas a caer.

Anda, mira... ¿Además de todas sus cualidades, también es vidente?

—Eso no me lo puedes garantizar.

—Cariño, irás bien sujeta.

—No, Lucas. ¿A esto lo llamas tú protegerme? No me equivocaba cuando decía que eras un ángel sin alas... porque volar, vuelas, pero conmigo no cuentas. Prefiero replantearme lo de la croqueta, la verdad.

Me cruzo de brazos y desvío la vista hacia el horizonte. Me vuelve a agarrar por los brazos y esa sensación de furor y miedo va desapareciendo por segundos.

—Nena, mírame.

¿Cómo lo consigues? ¡Y no me llames nena!

—No.

Hay una guerra en mi interior ahora mismo, porque sé que me niego en rotundo a ponerme ningún arnés y saltar al vacío. Me aterra solo pensarlo. Pero también sé que si lo miro, terminará convenciéndome. Siempre lo hace, y nunca sé decirle que no.

No. No te quiero mirar. No voy a hacerlo y punto. Lucas me coge del mentón y me gira la cabeza, intentando que lo mire, pero lo siento, no lo voy a hacer y cierro los ojos con todas mis fuerzas.

—Nena, no seas cría —me suelta con tono de desesperación.

Frunzo el ceño. ¿Cómo que cría? Si será verdad que el muy cretino me ha llamado niña pequeña en toda mi cara. Abro los ojos y lo miro molesta. Entonces me lo encuentro observándome con una sonrisa triunfal en la cara. Resoplo, indignada conmigo misma. Soy una idiota integral. Lo ha hecho para que lo mire, y voy yo, y lo hago. Lo ha conseguido, he picado como un lenguado a la gusana de un anzuelo. ¡Mierda, qué listo es! Pues ahora solo queda concentrarse. Decir que no y no dejarme convencer... Decir que no y no dejarme convencer... Decir que no, aunque al final sé que me va a convencer.

—Silvania, confía en mí, por favor —me dice con voz grave.

Vaya... ¿Ahora soy Silvania? Se acabaron los «nenas» y los «cariños»... La cosa se ha puesto seria, por lo que parece.

—Me da miedo, Lucas. Y parece que no quieres entenderlo ni respetar mi decisión —le expongo, notando que mis fuerzas para resistir mi negativa y mi arrebato, van desapareciendo, cuanto más lo miro a los ojos.

—Sí que lo respeto, pero quiero que te des cuenta que no tienes nada que temer estando a mi lado. Estaré pendiente de ti a cada momento. No vas a estar sola, yo estaré contigo todo el tiempo. Quiero que vivas la experiencia conmigo y que lo disfrutes tanto como yo lo hago. Te aseguro que es algo sin igual; algo inexplicable.

Consigo apartar por un momento la mirada y cerrar los ojos, intentando pensar, intentando aclarar mis ideas. Pero mi mente sigue en guerra. Tengo que negarme, esto es de locos. Cualquiera en su sano juicio diría que no... pero es cierto que aún no me ha fallado, siempre me ha protegido. Sé que tengo que hacerle caso a Christian. Dejar atrás mis miedos, pero esto es mucho más que eso. Me está pidiendo que confíe en él ciegamente, y no sé si puedo hacerlo.

—Corazón...

¿Corazón? ¿Palabrita nueva? Pues ya tiene que estar desesperado por intentar convencerme. Suspiro y bajo la mirada. Me está pidiendo demasiado.

—Lo siento, Lucas. Sé que estás deseando hacer cosas nuevas conmigo y enseñarme lo que más te gusta, pero no puedo. Esto me supera.

Distingo como su pecho se vacía de aire y al mirarle de nuevo, puedo notar una mirada apesadumbrada. Me parte el alma verle así, pero es que si ya de por sí estoy aterrada al estar a tantos metros por encima de lo normal, y eso que estoy pisando tierra, no me quiero ni imaginar lo que me puede entrar si tengo los pies colgando. Si me mareaba hasta en el columpio cuando era pequeña.

—No pasa nada. Lo entiendo. No es justo para ti, aunque tengo la esperanza de que algún día te lo replantees y me acompañes.

—No lo sé. Quizá algún día —le respondo poco convencida.

—Bueno, bajarás en el coche con los demás y espero que al menos esperes a que llegue.

Le sonrío y me acerco para darle un beso.

—Yo lo que espero es que llegues entero.

—Sí, mujer. No te preocupes por eso.

—¿Y de que se supone que me tengo que preocupar si no?

—De nada, está todo controlado —me responde dándome otro beso—. Anda, vamos; tengo que prepararme.

Me coge de la mano, recoge la mochila del suelo y tira de mí para acercarnos al grupo.

—¿Estáis listos chicos? —nos pregunta David.

—Yo sí. Silvania no va a saltar —responde Lucas.

—¿Cómo que no vas a saltar? —me suelta Christian malcarado.

—Pues porque no lo voy a hacer.

—Silvania, no seas tonta. Esta experiencia no se vive todos los días.

—Te recuerdo que tengo vértigo.

—Eso son excusas baratas.

Christian, que ya tiene el arnés colocado, me coge del brazo y me aparta del grupo para hablar conmigo en privado.

—Gordi, ¿qué te pasa? —me pregunta.

—Que tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Ay, Chris; que preguntas más tontas me haces. ¿Pues de que va a ser? De caerme.

—No digas chorradas. ¿A caso no me ves? Tengo más cuerdas alrededor de mi cuerpo, que un pollo relleno a punto de ser cocinado —señala, mirándose por entero a sí mismo—. ¿Tú te crees, que esto no está estudiado al milímetro para que esas cosas no sucedan?

—Los accidentes ocurren.

—Claro que ocurren. Hasta en tu propia casa te pueden pasar. Pero tienes que vivir, Silvania. Tienes que experimentar. ¿Quién te dice a ti que no te va a gustar?

—¿Y quién me asegura que sí?

—Nena, a veces te cogería y te estampaba contra un árbol.

Quizá no sea tan mala idea.

—¿Pero tú de qué parte estás? Entre los intentos de convención de Lucas y los tuyos me vais a volver loca.

—Está bien, si no lo haces por ti, hazlo por mí. O mejor, por Lucas. Me has dicho abajo que confías en él. Que no te ha dado motivo alguno para no hacerlo, ¿y ahora te pones a dudar?

Bajo la cabeza, confusa. La verdad es que lleva toda la razón. Lo he dicho.

—Pero...

—Nada de «peros», pequeña. —me increpa mi amigo—. Lucas nos ha invitado a los dos y «los dos», vamos a tomar su invitación. ¿Qué es lo peor que puede ocurrir, que te marees un poco y eches la pota?

Lo miro con la cara desenchajada al imaginarme la escena en mi mente. ¡Ay, madre!; vaya espectáculo más vergonzoso. Y para colmo Lucas lo vería todo en primera fila. ¿Quién querría darle un beso a una boca llena de vómito? Buuaaagh. El estómago se me comienza a revolver y puedo notar como el color ha desaparecido de mi cara. Todo me da vueltas.

—Silvania, ¿estás bien? Te has puesto pálida.

—Sí, solo me he mareado un poco al pensar en lo que me has dicho.

—Eres de lo más aprensiva —afirma Christian—. No lo pienses; solo disfruta. Te conozco y sé que si no lo haces, te vas a arrepentir. Ya verás cómo lo pasas bien.

—Lo dudo.

Christian me mira con mirada interrogante, mezclada con ojitos de cordero degollado. Y no puedo con esa cara. Menudo complot.

—Está bien, me rindo.

Christian me sonríe y me abraza.

—Esta es mi chica.

—Pues que sepas que a tu chica le debes una y bien gorda.

—Las que quieras, aunque seguro que cuando llegues abajo, este pequeño contrato se anula.

—Ni lo sueñes —le contesto condescendiente al cien por cien de ello.

—¡Lucas! —vocifera Christian—. ¿Puedes venir?

Lucas nos mira a ambos y se acerca confuso.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Nada, que entre los dos me vais a matar —espeto nerviosa.

Lucas me mira ceñudo sin comprender ni una sola palabra.

—Silvania quiere decirte algo importante —dice Chris con una sonrisa triunfal.

Miro a Christian con cara de «o te callas, o te coso la boca con una de las cuerdas del parapente». Mi amigo al percatarse de mi mirada, borra la sonrisa y recula por protección. Ya me conoce y sabe a qué se atiene.

—Bueno, yo mejor me voy, que creo que me están llamando... por allí —señala en dirección al grupo con una mano puesta en la oreja—. ¡Ya voy!

Contemplo como se aleja de nuestro lado a paso ligero.

—Silvania, ¿qué está pasando?

Lo miro, suspiro y me dejo caer en su hombro.

—Que os odio. A los dos.

—Pero si yo no he hecho nada —me dice abrazándome—. ¿Estás bien?

—No... Sí... No —Está bien, de perdidos al río—. ¿Cómo lo hacéis, Lucas?

—¿Cómo hacemos el qué? ¿Saltar? —pregunta extrañado, mientras me acaricia el pelo.

—No. Lograr convencerme.

Me coge por los hombros y me separa de mi escondite.

—¿Vas a volar? —pregunta sorprendido, quizás incluso encantado.

Lo miro no muy convencida y afirmo con la cabeza.

—Lo voy a intentar... pero no te prometo nada, que lo sepas.

Me envuelve con sus fuertes y musculosos brazos por la cintura, me coge en volandas y comienza a dar vueltas como una peonza. ¿Cómo tiene tanta fuerza?

—Suéltame, me vas a marear.

—¡Eres estupenda!

—Yo no diría tanto... Más bien soy masoquista.

Me suelta en el suelo y me agarra la cara con las manos, acariciándome las mejillas con los pulgares.

—No. Eres maravillosa. Eres lo más.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—No me seas pelota, que todavía estoy a tiempo de arrepentirme.

—No lo harás, te lo prometo.

—Ya te dije una vez que no debes prometer lo que no puedes cumplir.

—Sí, lo recuerdo, y aunque intuyo porqué me lo dijiste ese día, esta vez, te aseguro que mi promesa tiene suficiente peso.

Me sonrío y me besa con tanta pasión que consigue que mis piernas se resientan y me olvide de todo. Rodeo su cuello con mis brazos y le devuelvo el beso con la misma pasión. Cuando se separa de mí, me siento flotar. Abro los ojos y noto como los suyos me penetran y consiguen encenderme como siempre. ¿Y si dejamos lo del vuelo y nos escapamos los dos?

—Anda, vamos a prepararte.

Pues va a ser que no voy a conseguir librarme tan fácil.

—David, prepáralo todo, Silvania está preparada.

Mentira. Yo sigo replanteándome lo de la croqueta y tengo la esperanza de terminar el recorrido con mis amigos los zombis, por lo menos de esa manera sé que estoy tocando suelo.

—Estupendo, los parapentes ya están colocados y listos para el enganche. Lind... ¿preparas tú a Silvania?

—¡Claro, David! Sin problema.

Esa voz...

—Perdona... ¿Nos conocemos?

Lind me sonrío mientras coge una de las mochilas.

—Sé que llevas dándole vueltas desde que me has visto, y sigues sin saber quién soy. ¿De verdad no me reconoces?

¿Esta mujer es bruja y me lee la mente, o qué?

—Pues discúlpame, pero es que no caigo.

—No me lo creo, Silvi... —dice Christian impresionado—. ¿No reconoces ni siquiera su voz? Pero si la escuchas a diario.

Frunzo el ceño y yo me quedo igual que antes.

—No te preocupes, suelo causar ese efecto cuando no me ven vestida de negro.

¿Cómo? A ver, recapitulemos información... Hay algo de ella que me dice que la conozco, es obvio, y ella me conoce también. Su voz me suena, y según Christian, la escucho todos los días... pero si es porque la escucho por el teléfono, no me debería de sonar su cara, así que descartado. Y Lind dice que si no va de negro no la conocen... Lind, Lind...

—Joder, ¿Lindsay?

Ella se echa a reír.

—Te ha costado, ¿eh?

—Pero... ¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Dónde...?

—Cuándo y por qué... sí, ya veo que te sabes todas las formas interrogativas. Pues ya ves.

—Perdona, es que no te esperaba aquí y, sobre todo, no te esperaba así.

—Es un trabajo extra. Me gusta el riesgo.

—Sí, me lo imagino... no seré yo la que lo ponga en duda. Las arañas ya me dieron una pista.

—Bah... Esas son inofensivas.

—Pues yo no quiero ni verlas, gracias.

Lindsay me sonrío, porque sabe perfectamente que las odio a morir.

—¿Y tu ropa? ¿Y tu cara?

—Lo que pasa es que aquí tengo que llevar uniforme y mantener las apariencias. Política de empresa... —me dice casi en un susurro.

—Te he oído, chocolate —dice David, que está ayudando a Lucas a colocarse el arnés.

—¡No me llames chocolate!

—Pero... ¿por qué? Si te llamas igual.

—Mi nombre es Lindsay, no «Lindor».

—Pero no me negarás que eres igual. Siempre con un envoltorio, aunque en tu caso, de los menos atractivos que se pueden encontrar en el mercado; pero después, cuando te deshaces de él, te encuentras con la mayor exquisitez que jamás hayas podido imaginar.

—La verdad... No sé si sentirme halagada o insultada.

—Tómalo como quieras. Yo solo digo que estás genial sin esa ropa tan rara.

—David... ¿Puedes recordarme por qué sigo aguantándote?

—Porque eres mi amiga, porque te encanta hacer parapente y porque te pago.

—¿Por todo eso? Voy a tener que replantearme muy seriamente el cambiar de hobbies y de amigos.

Christian y yo nos miramos y los dos nos echamos a reír.

—No es gracioso. No os hacéis una idea de lo que tengo que aguantar cuando tengo a este cabeza de chorlito cerca.

—No te enfades Lindsay, es que no esperábamos este cambio en ti, lo tenías muy calladito, preciosa —le dice Christian, que ya tiene toda la parafernalia colocada.

—No me gusta hablar de lo que hago fuera de la oficina. Tengo vida privada y quiero seguir teniéndola. Además, si Roberto se entera de que aquí me obligan a ir así, es capaz de hacer lo mismo allí, y a mí me gusta mi look.

—Pues déjame decirte, que estoy de acuerdo con David. El look gótico, no te hace justicia en absoluto. No te lo tomes a mal, Lindsay, pero al natural estás mucho más guapa.

—Gracias, Silvania... Pero prefiero pasar desapercibida.

—Estás de coña, ¿no?

—Sí, tonta —me dice sonriendo—. Anda, vamos a prepararte, no quiero que mi querido amigo, me deje de pagar por no hacer mi trabajo y cotillear con los clientes.

—¿Es necesario? Yo me apunto mejor a lo del cotilleo... si quieres te pago un plus.

—Ni lo sueñes, preciosa, ahora no vale rajarse —me dice Lucas con tono burlón.

—Yo pienso lo mismo —se une Christian.

Los miro a los dos de mala gana y cruzo los brazos irritada. —Traidores.

—Te gustará, Silvania, te lo prometo. Han venido muchas personas con miedo a las alturas, y al final terminan repitiendo —me dice Lindsay—. Venga, mete los brazos por los tirantes, que te voy a empezar a amarrar.

Lo hago, con toda mi desgana y falta de convicción hacia mí misma, y lloriqueando como una niña pequeña, mientras los demás se ríen a carcajadas.

Capítulo 30

Después de ponerme una gran mochila en la espalda, y atarme con una infinidad de correas por todo el cuerpo, Lucas me llama para cerciorarse de que estaba todo correcto. Me coge por unos mosquetones que cuelgan de los laterales de mi cuerpo y me pide que simule que me siento en el aire, mientras el tira de mí hacia arriba. Las manos me sudan, el corazón late descontrolado, envuelto en un ataque de pánico. Todavía estoy a tiempo de decir que no; todavía estoy pisando tierra firme y a salvo. Aquí no hay peligro... Mientras que no me acerque al borde del acantilado, claro.

—Nena... Eh, Sylvania —Lucas me sujeta por el mentón, y me eleva la cabeza para que lo mire directamente—. Sylvania.

—¿Qué? Perdona, estaba...

—¿Buscando las palabras más idóneas para echarme atrás y renunciar al vuelo, sin que me enfadase por ello?

—No exactamente —me mira extrañado—. El que te enfades me la refanfinfla, la verdad.

Lucas se ríe, sin dejar ni por un segundo de mirarme a los ojos.

—Sylvania, y o no quiero que lo hagas a la fuerza —me sujeta por los hombros, en parte para tranquilizarme y en parte, seguramente, para cerciorarse de que estaré atenta a lo que va a decirme—. Quiero que lo disfrutes, y para eso, necesito que estés segura de lo que vas a hacer, y sobre todo, que te sientas segura, y esa es mi responsabilidad.

—Pero, es que no entiendo por qué quieres que lo haga.

—Porque esto es como un ejercicio de confianza. Tanto para ti, como para mí.

Lo miro confusa.

—Me he perdido. ¿Por qué para ti?

—Porque necesito que comprendas, que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para protegerte. Si no confías en mí, si no dejas que te guíe, a mí me costará de igual manera hacerlo, porque no sabré nunca que es lo que piensas, lo que sientes, lo que puede llegar a suceder si no cuentas conmigo. No quiero perderte, Sylvania.

Esas palabras han conseguido que una pequeña punzada se refleje en el interior de mi pecho.

—Es que... —bajo la mirada hacia mis pies—. Tengo miedo, Lucas —le confieso.

Y así es. Ya no solo por el salto a un vacío tan impresionante, que hace que me tiemblen las piernas cada vez que asomo la cabeza, sino también, de que todo lo que empiezo a vivir con él, de que todo lo que siento cuando estoy a su lado, sea una perturbadora ilusión que, finalmente no tenga sentido y termine desvaneciéndose, dejándome sola y hundida, tal y como Adolfo lo hizo.

—Lo sé.

Vuelvo a buscar su mirada, y puedo leer en sus preciosos ojos ambarinos, mirándome con cautela y retrospección, que ha entendido todo lo que expresaban mis escuetas palabras.

—Si no quieres, no lo hagas. Lo entenderé. Buscaremos otra forma de conseguir que lo comprendas —me explica con su preciosa sonrisa en la boca—. Lo único que deseo, es que no desconfíes de mí. Que seas feliz siendo tu misma. Que hagas lo que te gusta y que lo compartas conmigo, al igual que yo quiero compartirlo contigo.

—¿Tan importante es para ti?

—A mí me encanta volar, Sylvania, pero no te voy a obligar a hacerlo, si no estás convencida al cien por cien.

Cierro los ojos y suspiro hondo, sopesando cada una de sus palabras. Si él ha sido capaz de hacer tanto por mí, si me ha demostrado que le importaba tanto...

¿Por qué yo no puedo hacer lo mismo? ¿Por qué me cuesta tanto decidirme a dar el paso?

—Está bien. Te lo he prometido. Si tú saltas, yo salto —le digo casi en un hilo de voz.

Sus manos enmarcan mi cara y acaricia mis mejillas con sus pulgares, mientras deja caer la parte delantera de su casco en el mío. Cierro los ojos y me dejo llevar por sus mimos.

—No, nena, no vamos a saltar, vamos a volar... y será una experiencia que jamás podrás olvidar en la vida.

Al terminar de hablar, descansa sus labios en los míos con delicadeza, regalándome un beso suave y consolador, consiguiendo dispersar mis temores en ese preciso momento, pero a cambio, ha logrado despertar a las múltiples mariposas, que comienzan a revolotear en mi estómago, haciendo que sienta ese cosquilleo, que anticipa algo que deseo mucho más que volar como ellas.

—¿Preparada?

—No. Aunque supongo que nunca lo estaré, pero quiero hacerlo.

—Esta es mi chica. No te vas a arrepentir.

—Si me arrepiento, no podré escapar de ninguna forma una vez arriba, así que... —le contesto subiendo los hombros.

Sonríe de nuevo y me coge de la mano.

—Anda, vamos.

Nos ubicamos delante de la vela de color rojo y blanco que ya está desplegada en el suelo, con un par de docenas de cuerdas, si no más, unidas a ella. Lucas se coloca el parapente en sus anclajes del arnés y a continuación toca sujetarme a mí. Me pide que le dé la espalda y mire al frente; hacia aquel horizonte, donde todo se visualiza tan minúsculo y lejano, donde el mar baña cada trozo de tierra varios metros bajo nuestros pies. Trago saliva intentando bajar el nudo que amenaza con dejarme sin respiración, mientras las manos expertas de Lucas, terminan de amarrarme junto a su cuerpo.

—Todo saldrá bien. No te preocupes.

—Si me dices eso, entonces me voy a preocupar de verdad.

Me da un beso en la mejilla y avisa a David, para que nos ayude.

—Estamos listos.

—Genial. El viento está a favor y perfecto para un largo vuelo.

—¿Cómo que un largo vuelo? ¿Cuánto va a durar esto?

—No te preocupes, Sylvania. Estás en buenas manos. Lucas es un excelente piloto. Al final, seguro que se te hace más corto de lo que te imaginas.

—Si tú lo dices...

—Gracias por la parte que me toca, princesa.

No puedo ocultar una risita nerviosa y al girar la cabeza en la dirección de su voz, consigo ver de reojo, como Lucas sonríe al verme así.

—Bien. Lucas, prepárate. Sylvania, escucha muy atenta lo que te voy a decir. Tienes que mantener las manos pegadas a tu pecho en el momento del despegue. Cuando ya estéis arriba, Lucas te irá dando las instrucciones precisas. Ahora, vas a notar un tirón hacia atrás, pero no te asustes, es porque la vela se levanta y la fuerza del viento tirará de vosotros, pero os voy a sujetar. En cuanto esté todo listo, deberéis correr hacia delante y listo. Solo debes dejarte llevar.

—¿Y si esto no soporta el peso de los dos? ¿Y si llegamos al borde y no hemos conseguido elevarnos?

—Te aseguro que no vas a llegar al borde. En menos de cinco pasos estaréis por encima de mi cabeza, los dos, y sin que pase nada. Relájate.

—Qué fácil es decirlo.

David sujeta las cinchas de mi arnés y le hace una señal a Lucas indicándole que levante la vela. Al hacerlo, tal y como ha dicho David, una sacudida me obliga a dar varios pasos hacia atrás, pero la fuerza de sus brazos, consigue mantenernos a los dos casi anclados en el sitio. Luego me suelta y se aleja de nosotros.

—Vamos allá, cariño. ¡Corre!

Lucas echa su cuerpo hacia delante y tras el empujón, sin saber cómo, mis piernas comienzan a moverse y corren sin pensar en lo que está a punto de ocurrir. La adrenalina recorre mis venas y arterias, fluyendo sin descanso como si de corrientes eléctricas se tratase, saltando de neurona en neurona, poniendo mi corazón a mil por hora y aumentando la fuerza de los latidos. Pocos pasos después ya no siento el suelo bajo las plantas de los pies y noto cómo las correas del arnés se clavan en mis muslos. Lo único que se me ocurre hacer es cerrar los ojos con fuerza y taparme la cara con las manos, mientras que doy un grito de pánico.

Dicen que... Ojos que no ven, corazón que no siente. Pues sí, en esta ocasión también me sirve, prefiero quedarme ciega durante un rato, antes de que me dé un ataque al verme suspendida a tantos metros sobre el suelo. Ahora entiendo porqué pusieron el cementerio tan cerca de la ladera.

—Nena... ¿lo estás viendo?

—No.

—¿Tienes los ojos cerrados?

—Sí.

—¿Estás bien?

—No, bueno sí... Estoy atacada, Lucas. No quiero matarme, y mucho menos marearme.

—No nos vamos a matar, ni tampoco te vas a marear. No vas a mirar hacia abajo, solo hacia delante. Vamos, cariño, ábrelos, te estás perdiendo unas vistas magníficas.

Lentamente abro los ojos y separo los dedos de mis manos dejando un hueco por donde poder mirar. Lucas lleva razón, es precioso. Al final, consigo desproteger mi cara y noto la brisa cálida en mi piel.

—¿Qué te parece?

—Es... es... Impresionante.

No estoy viendo su cara, pero estoy segura que está realmente encantado con la contestación que le acabo de dar, y yo lo estoy, por haberme dejado convencer. Realmente es impresionante.

—Cariño, debes agarrarte aquí e intentar sentarte.

Me señala unas correas que tiene a los laterales, junto a mi cabeza, las cojo con fuerza y dejo caer mi cuerpo hacia detrás. Con un poco de dificultad, consigo sentarme en la parte baja de la mochila, que hace el efecto de silla en este momento. Cuando termino de acomodarme, me quedo embobada contemplando el hermoso paisaje que nos rodea a ambos.

Los minutos van pasando y yo solo puedo disfrutar de las vistas y del azote de la brisa con olor a mar en mi piel. Del camino en zigzag por donde hemos subido, y que ahora, desde tan alto, parece una enorme serpiente en medio de un pequeño terreno de campo, rodeado de cientos de arbustos. De los pliegues rocosos de las montañas adyacentes, tupidas por un radiante manto verde oscuro. De los minúsculos coches que recorren la autovía del Mediterráneo, sin que los conductores de estos se percaten de nuestra presencia y mucho menos, de que piensen, que unos ojos intrusos los vigilan desde el cielo. De las decenas de invernaderos que simulaban un mosaico abstracto en el llano. De todas las casas y bloques que tenemos delante, como piezas de construcción en un diorama a perfecta escala. Y sobre todo, de esa impresionante capa azul de agua, que se pierde en el horizonte hasta unirse con el inmenso cielo.

—¿Cómo vas, nena?

—Esto es fabuloso, Lucas. Jamás pensé que esto sería tan... tan...

—¿Indescriptible?

—Sí, supongo que es la mejor palabra. Si te soy sincera, me siento muy tranquila, despreocupada, libre y plenamente emocionada. Esto es fabuloso. Pero sobre todo... me siento protegida. Gracias.

—¿Por qué?

—Por esto. Por todo. Es como estar flotando en una nube.

—No, cariño... Gracias a ti por estar aquí... conmigo. Eres estupenda.

Sin poderlo remediar, sé que se me han subido los colores, pero es que Lucas, consigue azorarme cuando menos me lo espero.

—¿Ves como no era tan malo?

—No, no lo era. En absoluto.

Unas enormes sonrisas se han dibujado en nuestras caras. Todo está bien, demasiado bien. Todo es perfecto.

Comienzo a darme cuenta de un pitido que no sé de dónde viene.

—¿Qué es ese ruido?

—Es el vario-altímetro. Pita para indicar que estamos subiendo. No te asustes, es lo normal.

—¿Estamos subiendo?

—Cariño, llevamos subiendo desde que despegamos.

—¿En serio?

—Sí, es más, ya llevamos más de quince minutos volando y hemos subido doscientos cincuenta metros desde el despegue.

—¡¿Qué dices?! Ni siquiera me he dado cuenta. ¿Y llevamos tanto tiempo? Pero si parece que solo han pasado cinco minutos.

—Veo que lo estás disfrutando.

—Como una renacuaja. No tanto como cuando me daban los juguetes nuevos el día de Reyes, pero sí te puedo decir, que siento ahora mismo un instante de bienestar que hacía mucho tiempo que no sentía. Ahora puedo decir, que sé lo que siente un pájaro cuando vuela.

—No sabes lo que me alegra escucharte decir eso. Ahora dame las manos.

—¿Para qué?

—Quiero que lo dirijas tú.

¡¿Se le ha ido la cabeza?!

—No, Lucas, ni lo pienses. Date con un canto en los dientes, por haber conseguido convencerme para que me monte. No creo que sea buena idea. Además, yo no sé cómo funciona esto.

—*Esto*, como tú lo llamas, es muy fácil de manejar. Solo tienes que coger las anillas y mover las manos hacia abajo, según el sentido a donde quieras llevarlo. Si quieres ir a la derecha, bajas la mano derecha y, si quieres ir a la izquierda, bajas la mano izquierda. No tiene más ciencia. Las cuerdas se deslizan en el movimiento y ellas harán todo el trabajo. Venga, yo te ayudaré.

—No sé yo...

—Venga, no tengas miedo. No va a pasar nada. Es lo más fácil de todo.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Vale, pero no me sueltes las manos, no sea que las baje más de la cuenta y terminemos estampados en el suelo, como sellos en una carta.

Escucho tras de mí una inmensa carcajada.

—No te preocupes, no las soltaré... —percibo que se acerca a mí más de lo que ya estamos, y me tenso—. Aunque no dudo ni por un momento, que lo harás estupendamente —me susurra en el oído, y un escalofrío me recorre la columna, al notar el roce de su nariz por mi mejilla.

Acerco mis manos, algo temblorosas, a las anillas de dirección y las agarro con fuerza. Sus manos se posan encima de las mías un segundo después, y comienza a

acariciármelas cuidadosamente. Vuelve a colocar su cara junto a mi oreja, e inicia las preguntas en susurros, con una voz ronca y seductora.

—¿Quieres ir a la derecha?

Mi cuerpo responde de forma automática a cada ronroneo de su voz con un escalofrío.

—Sí —consigo contestar después de tragar saliva.

Noto la presión de su mano empujando la mía y la anilla bajar escasos cinco centímetros, haciendo que viremos lentamente hacia la derecha. A continuación, deja de tirar y comenzamos a ir de nuevo en línea recta.

—¿Y ahora?

Su sugerente voz me está volviendo loca, y cada roce de su piel en la mía, consigue encenderme más y más por momentos.

—¿A la izquierda? —digo casi en un jadeo.

—Bien.

Su mano izquierda empuja hacia abajo, y cambiamos de dirección de forma muy pausada, casi imperceptible. O quizás soy yo, que he desconectado, no sé en qué momento, de todo lo que nos rodea y solo noto sus caricias.

—Lo estás haciendo genial. ¿Repetimos?

—Como quieras. —Mi voz, ya casi ni se oye oculta entre el silbido del viento.

Volvemos a reproducir los movimientos un par de veces más, mientras me acaricia las manos y entrelaza sus dedos con los míos. El ronroneo de su ronca voz se ha introducido por mi tímpano izquierdo y ha recorrido todo el camino interno de mi cuerpo, hasta llegar a mi mágico escondite, en el que solo Lucas, ha conseguido hallar el tesoro más recóndito de toda mujer.

—Lucas...

—Dime.

—Para ya, por favor.

—¿El qué?

—De hablar —mis jadeos, ya son de lo más significativos—. Si no me he lanzado ya a tu cuello, es porque me tienes atada y dándote la espalda, pero me estás poniendo muy, pero que muy excitada.

—Eso me gusta.

—Pues a mí no. Porque si no fuese, porque estamos a unos cientos de metros del suelo, y no quiero morir tan joven, me soltaba ahora mismo del anclaje y lo hacíamos aquí y ahora.

Noto su sonrisa pegada a mi mejilla. Parece que ha comprendido que estoy al borde de la desesperación. Me da un beso y se echa hacia atrás.

—Está bien. Suelta las anillas y vuelve a agarrarte como antes, vamos a bajar.

Haciéndole caso, agradezco en parte que esos momentos de sensualidad traviesa se terminen por el momento, aunque el calentón no ha disminuido ni un solo grado.

—A gárrate fuerte, nena... Vamos a hacer un par de piruetas.

—¿Qué? ¡Nooooo!

Lucas comienza a dar vueltas con el parapente de un lado a otro a toda velocidad, antes de que me dé tiempo a decir nada más. Solo puedo llegar a cerrar los ojos con fuerza, intentando concentrarme para no echar la pota, mientras que mi pequeña mini yo, se abraza como loca a la suprema sexual, sin parar de gritar que nos vamos a matar. Un cosquilleo masivo se apodera de mi vientre, al notar esa sensación de caída en picado, pero pocos segundos después se detiene y volvemos al ritmo habitual.

—¡Ni se te ocurra volver a hacer eso! —le reprendo realmente irritada.

—¿Por qué? Es divertido.

—¿Me ves con ganas de reír?

—No te enfades. Solo querías liberar tensión

—Pues como lo hagas de nuevo, te aseguro que borro de mi mente todo lo que te he dicho antes y te liberas de la tensión esta noche tu solito con tu amiga la mano.

Escucho de nuevo la carcajada de Lucas a mi espalda.

¡Serás idiota!

—Está bien. No lo volveré a hacer. ¿Me perdonas?

—Si tengo que hacerlo ahora mismo, lo llevas crudo. Así que ve pensando cómo lo arreglas.

—Mmm, déjame ver... ¿Helado de vainilla y chocolate fundido?

¿Me lo está diciendo en serio? Tal como dice eso, me toca el turno a mí de soltar una risotada. Las lágrimas se me escapan y me doy cuenta que ya me ha vuelto a ganar.

—¿Esta vez de verdad?

—De verdad, de la buena.

Vuelvo a reírme. No puedo con él. No hay manera. Soy una perdedora nata a su lado.

—Eres único. Vale, te perdono. Pero que no sirva de precedente.

—Lo tendré en cuenta.

Me da un cariñoso beso, que para no variar, me despierta de nuevo las ganas de tenerlo entero a mi disposición, y luego, nos concentramos en el descenso y el aterrizaje que nos espera.

La noche del domingo, fue una auténtica pasada. Una mezcla de exquisitas sensaciones, dignas de repetirse. Aún recuerdo el cosquilleo suave y delicado de cada uno de sus besos sobre mi piel, acompañados de su naciente barba; cada roce perceptivo de sus dedos recorriendo mi desnudo cuerpo; cada escalofrío al notar su lengua lamiendo los chorreones de helado cayendo por mis senos, mi vientre, mi ombligo, mis muslos... mi ser. Solo de pensarlo, mis hormonas se alteran, mi respiración se acelera y mi corazón late con rapidez. De repente hace mucho más calor que antes y no hay un dios que lo soporte. Me faltan manos para abanicarme. ¡Por favor, que pongan el aire acondicionado a tope!

Hace tres días que no veo a Lucas... Lo echo mucho de menos y esta falta de sus caricias, está empezando a hacer estragos en mí. Por lo que me ha contado, tienen un caso complicado y no ha podido apenas salir de la comisaría, ni siquiera para ir a comer. Limitadas veces hablamos por teléfono, aunque siempre que tiene ocasión, me manda algún mensaje al móvil para hacerme ver que, por más obligaciones que tenga, siempre encuentra un momento para mí, y eso es algo que me encanta. Sé que vuelve al apartamento para dormir, porque el sonido de la ducha me despierta cada noche a eso de las tres de la mañana y, aunque me replanteo más de una vez, bajar a su piso y pasar la noche con él, por no decir, echarle un par de polvos, de esos que te dejan exhausto, luego reflexiono un poco y pienso que quizás llegue demasiado cansado para querer hacer nada más, que abrazar la almohada y planchar la oreja unas pocas horas. Entonces vuelvo a cerrar los ojos y me quedo nuevamente dormida, con un calentón extremo, pero mucho más tranquila, pensando en él y sabiendo que está bien y a salvo.

He pensado en acercarme hoy a la hora del almuerzo por allí y llevarle algo de comer. Por lo menos, así podremos pasar un ratito juntos. Se lo he comentado a Chris y le ha faltado tiempo para burlarse de mí por no haberme decidido antes. Diciéndome que ya tengo yo bastante fuerza de voluntad, que, si llega a estar aquí Erick, pide excedencia y lo saca a rastras de donde sea para luego dejarlo seco. En fin, ya se sabe cómo es. Al final, me ha dicho que con gusto me deja el coche, así que podré amortizar el tiempo, mientras él se va a comer con Nico y Andrea, y hacen terapia de pareja, aunque en este caso, sin una de las parejas... ya que el pobre de Jordi —por llamarlo de alguna manera—, está de bajón, porque Jade después de la nochecita del viernes, lo tiene a pan y agua y durmiendo en el sofá. Si es que solo se le ocurre a él, poner a su mujer de escudo humano, para librarse de la pelea defensiva. ¡Hay que ser gilipollas... y cobarde! Y ojo que no la defiendo; Jade me sigue cayendo como una patada en el estómago, pero me parece de lo más acertada la decisión que ha tomado. A veces hay que darles un escarmiento a los tíos... Yo directamente le hubiese puesto las maletas en la puerta... O quizás se las hubiese tirado por la ventana, no sé. Supongo que tendría que verme en la situación.

¿Y si le digo lo de las tarántulas? Jordi estaría realmente acompañado dentro de la urna. No... paso. Esa, me la guardo para mí, para cuando Lucas se pase de la raya. O podría aconsejarle lo del parapente, para que ella relajara tensiones. O para acojonar un poco más a Jordi. Seguro que después de eso, se le quitarían las ganas de cachondearse del género femenino... Porque claro, Lind se encargaría de apretarle fuerte los amarres de la entrepierna, para tenerlo bien cogido por los huevos. Una sonrisa se dibuja en mi cara de puro regocijo.

Lindsay, para variar, desaparecida en combate y de vuelta a su look diario. Ella no sale por donde nosotros nos solemos mover, o si lo hace, se esconde divinamente —aunque sería difícil no verla—, pero después de una charla bastante explicativa durante la vuelta de mi bautizo como posible futura parapentista, nos explicó que Óscar, la recoge a diario para ir a comer y que es el único ratito que se ven durante la semana, a excepción de los días que hay vuelos.

Solo queda media hora para salir a comer, así que he aprovechado para ir al baño y llamar al restaurante chino que tengo cerca del trabajo, pensando que, de esa manera, les dé tiempo a preparar el pedido y lo tengan listo para las dos de la tarde. Como no sé lo que le gusta, he optado por pedir un poco de cada. Un par de rollitos de primavera, una ensalada china, arroz tres delicias, tallarines, cerdo agridulce y pollo al limón. Espero que no me diga que prefiere la ternera con almendras, porque se va a ir a buscar la vaca al campo.

Cuando llego de nuevo a la oficina, me noto vibrar el culo de forma inesperada y doy un pequeño respingo. Me saco el móvil del bolsillo de los vaqueros y veo el indicador luminoso parpadear. Me siento en mi mesa, desbloqueo la pantalla y me encuentro un mensaje de Lucas. Una sonrisa radiante se dibuja en mi cara al instante.

—¿Otro mensaje? De verdad que sois de lo más empalagoso.

—¡Celoso!

—¿Celoso, yo? ¿Qué dices?

—Admítelo, Chris

—Bueno, vale. Sí, un poco. A veces pienso que Erick no se acuerda de mí.

—Quizás tiene mucho trabajo en el taller.

—Igual que el tuyo, pero no para de sonarte el móvil.

—Anda, no te enfades. Podrías mandarle tú uno, quizás él piense lo mismo.

—¿Tú crees?

—No lo sé, Chris, pero por mandárselo no pierdes nada y seguro que le alegras el día. No se puede ser tan quisquilloso. Alguno de los dos tiene que ceder.

—Yo no soy quisquilloso.

—¡Anda que no! Menuda le ha caído a Erick contigo.

Antes de darle tiempo a Chris a quejarse y llevarme la contraria, suena el teléfono de la oficina, y mirándome con desdén, se coloca los cascos y descuelga, no sin avisarme antes de que la conversación, no termina ahí. Aprovechando el «Kit-Kat», ojeo rápidamente el mensaje que he dejado pendiente.

Hola nena, no te asustes, pero tenemos que hablar. Tengo que contarte una cosa importante. Un beso preciosa. Siempre tuyo, Lucas.

Tal como lo leo, no sé por qué, presiento que algo no va bien. Siempre que alguien dice «tenemos que hablar», no presagian nada bueno. Y más aún, si me dice que no me asuste. Pues ahora sí que me asusto. ¿Qué ha podido pasar? ¿De qué quiere hablar? ¿He hecho algo que haya ocasionado que cambie de opinión y ya no quiere estar conmigo? ¡Mierda, lo sabía! Si es que se veía venir. No pegamos ni con cola. Es como intentar mezclar el agua y el aceite; al principio parece que se pueden mezclar, pero al final no hay manera de que se mantengan unidos. Somos muy diferentes. Él es guapo, interesante y está más bueno que un queso acompañado de miel de caña, y yo... Yo soy un tonel con patas.

—¿Qué pasa?

—¿Qué? —le respondo a Christian que me ha pillado en mi mundo de catastróficas desdichas.

—¿Que qué sucede? Te has puesto blanca. ¿Va todo bien?

—Ehmm... —doy un suspiro desasosegado—. No lo sé.

Christian frunce el ceño y me mira con ojos inquietos.

—Lucas dice que quiere hablar conmigo.

—¿Y? Eso no es nuevo.

—Lo que sí es nuevo es que me lo ponga así en un mensaje, acompañado con un «no te asustes». Va a dejarme Chris.

—No digas chorradas, Silvania. Eso es imposible, se os ve de lujo.

—No sé, Chris.

—Yo sí —Christian me coge las manos y me las acaricia con cariño—. No te comas la cabeza. Espera a escuchar lo que tiene que decirte antes de sacar falsas

especulaciones. Dudo mucho que Lucas quiera hacerte daño. Os he visto, está pendiente de ti a cada instante, intentando dibujar una sonrisa en tu cara en todo momento y disfrutando durante todo el tiempo que está contigo. Hazme caso, no es sano darle vueltas a una conversación que aún no habéis tenido, y que ni siquiera sabes lo que tiene que decirte.

—Llevas razón —le sonrío y él me la devuelve—. Si es que soy una tonta. Esperaré a hablar con él. Quizás no sea eso.

—Seguro que no. Y si lo es, te aseguro que se las verá conmigo personalmente. Sé dónde vive —me dice guiñando un ojo.

No puedo frenar una sonrisa nerviosa, cuando oigo el último comentario.

—Eres de lo que no hay.

—Soy tu mejor amigo, Silvi, y haré lo que esté en mi mano para no volver a verte como hace unos meses. Te quiero, nena.

—Y yo a ti.

Después de salir pitando de la oficina, recoger la comida y conducir como una energúmena por las calles, a la expectativa de que me pusieran una multa, la cual, seguramente Lucas se encargaría de hacerla desaparecer, he llegado a la comisaría y aún me quedan treinta minutos para poder comer con mi querido novio. Entro por las puertas acristaladas y hago el mismo recorrido por el pasillo hasta llegar a la enorme sala principal. Aun habiéndola visto antes, me impresiona de nuevo ese enorme espacio iluminado, envuelto por tanta madera. Paso junto a los sillones negros de piel y llego, casi en silencio, hasta el mostrador de cristal y acero.

—Buenas tardes —saludo con una sonrisa de oreja a oreja—. Venía a ver al inspector Serra.

La misma chica que estaba en la recepción el día que Lucas me trajo aquí por primera vez, me mira ahora y con ojos achinados me devuelve la sonrisa.

—Buenas tardes. ¿De parte de quién le digo que pregunta por él? —me dice descolgando el teléfono.

—Pues...

¿Le digo que soy su novia? Quizás él no haya dicho nada todavía, o no quiera decirlo. ¿Y si se lo suelto y él no lo ha contado, para que no se burlen de él? Quizás se moleste y se mosquee. Entre que quiere hablar conmigo y esto, puede estallar una bomba. No, mejor que no.

—Soy Sylvania William. Una amiga. Quería darle una sorpresa e invitarlo a comer.

¿Y yo por qué le doy a esta tantas explicaciones? La rubia que está sentada justo delante de mí, cuelga de nuevo el teléfono, se levanta y me ofrece su mano.

—Señorita William, es un placer conocerla. Soy Sonia, he oído hablar mucho de usted.

¿Ah, sí? Vaya, pues va a ser que sí que saben lo mío con Lucas. ¿Qué les habrá contado? La miro un tanto pasmada, y decido devolverle el saludo y estrecharle la mano. Ante todo, educación. Pero es rubia... No sé si fiarme mucho, quizás le interese Lucas y quiera ser amable, para tantear el terreno y ver con quién se está enfrentando. Buscarme los puntos débiles. «Déjalo, Sylvania. Relájate». Tengo que dejar de pensar así, por el bien de todos, y sobre todo por el mío propio. Sacudo la cabeza, intentando borrar mis cavilaciones y le contesto:

—El placer es mío.

—El inspector está en su despacho. Si lo desea, puedo acompañarla.

—No es necesario —le contesto con mi mejor sonrisa—. Conozco el camino, pero gracias.

Me despido de ella y subo las escaleras que llevan a la planta superior, sigo el pasillo y me paro en seco, justo antes de alcanzar la puerta del despacho de Lucas.

—Lucas, tienes que ir.

La voz de una mujer se escucha en tono de súplica.

—Te lo vuelvo a repetir. No pienso irme a ninguna parte.

El tono grave y molesto de Lucas, parece salir de lo más profundo de una caverna.

—Nos han mandado a los dos y tenemos que hacerlo. Eres uno de los pocos a los que aún no le han visto la cara. Esto no es un juego.

—Precisamente porque no lo es, no me la pienso jugar. Que vaya Romero, o Pérez... Ellos ya saben cómo va esto.

—Si te lo han dicho a ti, será por algo. Eres un policía excelente. Vale, entiendo que no estés del todo familiarizado con el caso, pero solo tendrías que estudiártelo.

Eres capaz de ganarte su confianza, no te costará infiltrarte.

—¡He dicho que no, y es mi última palabra!

—Es por ella, ¿verdad? —le pregunta en tono acusatorio.

¿Por ella? ¿Quién es ella?

—Eso no te importa.

—Sí que me importa. O una de dos... O es ella, o soy yo.

Me estoy empezando a poner muy nerviosa, ni siquiera debo estar aquí. No sé ni porqué sigo escuchando una conversación que no va conmigo.

—Pues mira, ahora no sé qué decirte.

—Lucas, ¿por qué me tratas así? Sabes perfectamente lo que siento. ¿Tan difícil es que lo veas?

—No tengo porque ver lo que tú quieres que mire con insistencia. Lo que necesito ahora, lo tengo desde hace poco más de una semana y no pienso cambiarlo, por más ofertas que me hagas. De mí, no vas a sacar nada.

—Pues te las seguiré haciendo, hasta que te des cuenta que lo que yo te ofrezco es mucho mejor.

Dios mío... ¿Quién narices es esta tipa? ¿Y qué coño le pasa? Mejor dicho, ¿por qué le está tirando los tejos a Lucas, sabiendo, por lo que puedo entender, que está saliendo conmigo?

—Me estás empezando a tocar las narices, Karen.

La que me faltaba.

—Pero, es que no lo entiendo.

—Es que no tienes que comprender nada.

—Lo de ayer...

—Lo de ayer, pasó porque no nos quedó más remedio. Fue una circunstancia extraordinaria y sucedió en pleno acto de servicio, pero te aseguro que no fue un plato de buen gusto para mí.

¿¿Qué?! ¿Qué coño pasó ayer?

—Pues yo lo disfruté.

¿Qué disfruté? No, por favor. Dime que no, Lucas. Aunque sigo estando de pie junto a la puerta, noto por un segundo, como si mi cuerpo cayese a plomo en el suelo. Aun sin saber lo que ha pasado entre estos dos, puedo intuir, que es algo que no me va a gustar.

—¡Por Dios, Karen! ¿Cuántas veces tengo que decirte, que entre tú y yo no hay nada, y nunca lo habrá?

—Eso lo dices ahora, pero te voy a demostrar que yo valgo mucho más que esa, a la que tú llamas novia.

Esa... ¿Yo soy, esa? ¿Por qué diablos habla así de mí, si ni siquiera me conoce? ¿Qué le he hecho yo? ¿Y por qué dice la estúpida de Karen, que yo no valgo más que ella? Paso automáticamente de sentir que estoy desparramada por los suelos, a levantarme con ímpetu, armada con un bazuca, cargado y listo para dispararlo en dirección a su preciosa carita. Me está empezando a hervir la sangre por su culpa.

—No te consiento que hables así de ella, ¿me estás escuchando?

Al parecer Lucas, también se estaba alterando más de lo que quizás debería.

—Sí te escucho, pero no doy crédito a lo que veo. Y aún no comprendo por qué coño la defiendes. ¿Qué le ves, eh? ¿Qué tiene ella que no tenga yo? Aparte de unos veinte o treinta kilos más.

Y ahí lo tenemos. Esa es la razón. ¡La madre que la parió!

—Se acabó. Quiero que salgas de mi despacho ahora mismo. No pienso aguantar ni un segundo más tu trato vejatorio hacia una persona que me importa y que, además, ni siquiera está aquí para defenderse.

Si quieres entro. Yo encantada de arrancarle la melena que tiene encima de lo que ella llama cabeza. Le tengo ganas... no sabes cuántas.

—No hace falta que esté aquí, tu solito te vales para ello.

La puerta se abre de sopetón y Karen sale con un humor de perros. Al toparse conmigo en el pasillo, la cara se le desencaja, pero solo tarda una fracción de segundo en cambiarla por una sonrisa realmente pernicioso. Solo tengo ganas de estranglarla, asfixiarla, decapitarla y, quizás, descuartizarla... Pero el problema de salir con un policía, es que me pillaría al momento.

—Hasta dentro de un rato, cariño. Luego te veo, y si quieres, seguimos lo que dejamos ayer pendiente. Habrá que perfeccionar esos besos para la próxima vez, ¿no crees?

¿Besos? ¿La ha besado? ¿Ayer? No puede ser verdad. Otra vez, no.

—Karen, déjalo ya, si no quieres que...

Lucas sale tras ella, elevando la voz, pero cuando me ve, automáticamente se queda a cuadros. Nuestros ojos se encuentran y nos miramos de forma muy intensa, pero también dolorosa, quedándonos completamente petrificados uno delante del otro, mientras que la desgraciada que lo ha provocado para que saliese, se marcha con una enorme sonrisa triunfal tras mi espalda.

Ahora sí. Ahora noto cómo mi cuerpo se desmorona. Cómo mi pecho, es atravesado por cuchillos, dagas, espadas, flechas, arpones y todo lo habido y por haber que sea puntiagudo y afilado. Su mirada lo dice todo. Tiene la palabra «culpable» tatuada en la frente. ¿Cómo puede haberme traicionado de esta manera? ¿Por qué me hace esto? Él sabía que esto era lo peor que me podía hacer; que no puedo admitir una mentira más... lo sabía. Conoce la historia con Adolfo y lo mal que lo pasé por su culpa, y aun así, me traiciona haciéndome lo mismo.

—Silvania.

—¡No!

—Déjame explicártelo —dice dando unas zancadas tan enormes, que en cuestión de un segundo, lo posicionan frente a mí, a escasos treinta centímetros.

—No... te acerques... a mí. Y ni se te ocurra tocarme. —Mi voz sale con rabia mientras levanto la mano, intentando hacer una barrera y poner distancia entre nosotros—. No quiero escucharte, Lucas. Ni ahora, ni nunca.

No puedo dejar de mirarlo. Tengo que aguantar, plantarle cara. La única ventaja de haber pasado ya por esto, es que sé que de nada sirve llorar en plena batalla. Antes tengo que ganarla para poder desahogarme tranquila y liberar tensiones, o morir en el intento. Esta vez, al contrario que la anterior, no me comerán viva. Esta vez podré con esto. Soy fuerte. Si pude salir del pozo... Por mis santos ovarios que no vuelvo a caer. Una lágrima traicionera, comienza a deslizarse por mi mejilla y, con toda la determinación del mundo, me la limpio con el dorso de la mano.

—Esto es lo que menos me esperaba de ti, Lucas. Y menos aún sabiendo todo lo que sabes. Quiero que te alejes de mí. No quiero volver a verte en mi vida. Jamás.

—Silvania, por favor.

Su voz lastimera está intentando ganarme terreno y, lo peor de todo, es que lo está consiguiendo. Trago saliva tratando de bajar, sin éxito, la inmensa bola de emociones que se ha quedado incrustada en mi garganta, aguantando como puedo las lágrimas, para no darle el gusto de verme llorar por él. Con todo el acopio de fuerza que me queda, le planto la bolsa de comida en el pecho, me doy la vuelta y me voy lo más deprisa que mis piernas me permiten.

El teléfono no deja de sonar, y seguirá sonando como lo ha estado haciendo durante toda la semana, pero sé que es Lucas y no quiero hablar con él. Estoy muy dolida, mucho más de lo que pensaba que podría estar. Con el capullo de mi ex, lo pasé de pena, pero ahora... Ahora me siento bien jodida.

No debí creerle, no debí escuchar sus palabras y dejarme llevar. No defiendo a Adolfo, en absoluto, pero al menos él no lo hizo, sabiendo de antemano, que anteriormente me había llegado a sentir como un trasto viejo. Como un auténtico desperdicio humano, de los que te deshaces cuando ya no te interesa, de los que cambias por un modelo mejor, cuando no encuentras en él lo que necesitas o se ha quedado obsoleto. Pero Lucas estaba informado. Se lo conté a duras penas, pero lo hice. Él lo sabía. Sabía que me costó sudor y lágrimas salir de ese pozo oscuro, donde me hundí sin remedio tras la infidelidad, tras el abandono, y aun así... me la ha jugado. ¿Por qué se cruzó en mi vida? ¿Por qué tuve que conocerlo? ¿De qué me ha servido?

Por fin estaba levantando cabeza. De nuevo comenzaba a ver el mundo de forma diferente, sin sentir ese odio hacia mí misma por dejarme vencer. Por fin estaba saliendo a flote... Y llega él, y me ahoga otra vez. ¿Es que la vida desea verme hundida en la miseria y revolcándome en el barro... o peor, entre arenas movedizas por el resto de mis días? ¡Esto es una mierda!

—Son diez euros en total.

—¿Perdón? ¿Por un par de tarrinas de helado, una caja de galletas y unas cuantas chokolatinas?

Mi humor ha cambiado considerablemente en estos últimos días y hasta yo misma me he dado cuenta.

—Señora, es lo que marca la caja.

—¡Como si lo dice el Papa! Lo encuentro un auténtico abuso. ¿Sabe qué?, déjelo. Tome. —Saco de la cartera un billete de diez y se lo doy a la cajera—. Cóbrese.

Ella me pasa el tique de compra con cara de estupefacción, cojo mi bolsa y dando media vuelta, me encamino hacia la puerta.

—Muchas gracias, señora. Que tenga un buen día —se despide a lo lejos.

¿Señora? Lo que me faltaba por oír. Buenos serán para ti. Yo ya no sé lo que significa esa palabra.

Sin decir ni adiós, salgo del supermercado y me encamino hacia mi casa por el camino de siempre. ¡Estoy harta! Harta de ver cómo el mundo sigue, mientras yo me siento estancada. Harta de ver las buenas caras de la gente. Harta de encontrarme a parejas de enamorados, dándose besos empalagosos y regalándose arrumacos por las esquinas. Harta de respirar este aire que, más que llenarme los pulmones, me asfixia. Harta de todo... Incluso de escuchar a Christian intentando animarme. Solo quiero llegar a casa, meterme en la cama y darme un atracón de comida basura. Por lo menos ahí, sé que nadie podrá hacerme más daño, ni me mirarán con cara de pena.

A medio camino, comienzo a escuchar el motor de un coche. Levanto la mirada y lo veo. Desvió mi marcha hacia la pared para dejarle paso, pero cuando apenas quedan cinco metros para llegar a mi posición, el coche se para en seco. Miro al conductor tras el cristal de la luna delantera y, todo mi cuerpo se altera de repente, subiéndome la presión arterial y la sensación de opresión, al ver a Lucas sentado en el interior del vehículo. De forma inconsciente mi cuerpo da unos cuantos pasos hacia atrás. Me he quedado bloqueada, sin saber qué hacer, pero sé que no puedo quedarme aquí. No quiero verlo, no puedo. El simple hecho de mirarlo, duele. No. No puedo. Tengo que salir de aquí. Me doy la vuelta y comienzo a caminar con premura.

—¿Por qué has vuelto a venir por aquí? ¿Pretendes que te atraquen otra vez? —le escucho decir tras salir del coche.

Su voz es cortante y seca. Llena de ira. Me paro por un momento, sopesando si contestar o no a sus preguntas o, incluso, si será mejor mandarlo al cuerno y quedarme de lo más a gusto, pero el nudo de mi garganta me está anunciando que las lágrimas andan cerca y sé, que no me va a dejar hablar, sin que al final se resbalen por mi cara. Decido que es mejor seguir mi camino y así lo hago, un paso tras otro.

—¡Silvania!

Vuelvo a pararme y respiro hondo. ¿Qué hago? No me apetece lo más mínimo hablar con él, pero si no lo hago, va a seguir insistiendo, y voy perdiendo las fuerzas a medida que van pasando los días. O le planto cara ahora, o no sé si seré capaz de hacerlo en otro momento. Está bien. Él lo ha querido. Cierro los ojos y aprieto los dientes, intentando sacar fuerzas de lo más profundo de mi ser. Me doy la vuelta, lo miro, y sé que no aguantaré mucho... pero aun así debo intentarlo. Su mirada es penetrante, pero temerosa. Un hervidero de sensaciones difícil de comprender. ¿Tiene miedo? ¿De mí?

Vuelvo a respirar profundamente y comienzo a andar en dirección a él. Sorprendida, percibo que se pone nervioso y comienza a moverse inquieto, algo que no es muy lógico en él. Me paro justo enfrente, y me quedo mirándolo con determinación y mi mejor cara de póker, queriendo demostrarle, que esta vez, soy yo la que no tiene miedo; que esta vez, voy a ser fuerte y no voy a caer en sus redes, aunque ni yo misma sé cuánto tiempo aguantaré esta farsa, porque las piernas no dejan de temblarme. Esto tiene que funcionar. Ánimo, Silvania... Vamos allá.

Lucas suspira y se mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—Necesito hablar contigo, un... un momentito.

Su voz, se tuerce temblorosa de repente. Ya no hay señal alguna de esa intransigencia con la que se ha presentado.

—Pues yo ni tengo un momentito ni quiero hablar contigo —le digo con cara de indiferencia total.

Hala, ahí lo llevas, majo. Que te vaya bonito. Intento pasar por su lado, para proseguir mi camino, pero él me corta el paso, poniéndose delante.

—Silvania... Necesito hablar contigo, cariño.

Me está empezando a estresar y me están dando ganas de mandarlo a Pekín de un puntapié.

—Pues yo no tengo nada de qué hablar. Ahora ya no.

Intento escabullirme, pero Lucas me sujeta del brazo con fuerza.

—Vale, si no quieres hablar conmigo, lo entiendo... Pero... yo tengo algo que decirte.

Su voz es cada vez más suplicante, y su estado de nerviosismo mucho más evidente. Y yo estoy al borde de un ataque de histeria.

—No me toques —advierto a la vez que me zafó de su agarre.

—Silvania.

—Que no me toques —comienzo a pegarle con desazón en el brazo, mientras que él intenta cubrirse—. ¡Que no me toques, que no quiero que me toques, ni que me agarres, ni que me roces!

—¡Silvania!

—¡No quiero hablar contigo! ¡No quiero escuchar ninguna de tus excusas, ni mentiras! ¿Vale? No quiero.

Me giro y comienzo a caminar, convencida de que he ganado la partida, sin embarco, lo que menos me espero es que Lucas, de forma repentina me agarre por detrás, y me lleve en volandas hasta el coche.

—¡¿Pero qué haces?! ¡Que me sueltes!

—Vas a hablar conmigo.

—¡Me quieres dejar tranquila!

—No, hasta que no hables conmigo.

¿Pero es que este tío está sordo? Me deja en el suelo, me doy la vuelta y comienzo de nuevo a pegarle como si fuese una niña pequeña.

—¿Es que tú no te enteras? ¡Que no quiero!

—¡Silvania!

—¿Qué?!

—Entra en el coche.

—¡No quiero entrar!

Mis gritos están sobrepasando unas cuantas décimas los decibelios normales, mientras que Lucas intenta mantener la calma.

—Muy bien, tú lo has querido.

Me vuelve a coger en volandas y me mete en la parte trasera del coche.

—¿Qué coño haces? Suéltame. ¡Socorro!

—Shhhhh. Cállate, te van a oír.

—Es lo que pretendo. ¡Socorro!

Lucas se echa encima de mí, me tapa la boca con la mano para amortiguar los gritos y yo comienzo a forcejear.

—¡Silvania, cálmate, por Dios!

No me da la gana. En mi intento de quitármelo de encima le pego un mordisco en la mano, a lo perro rabioso. ¿Quieres guerra? Pues la vas a tener. Sé que el mordisco le ha dolido, por la mueca de su cara, pero se lo ha ganado.

—¡Silvania, coño, escúchame!

Claudico en mis intentos de lucha, porque sé que no me va a servir de nada continuar y, porque, además, son fuerzas perdidas, que me están dejando sin aliento.

—Nena, yo no te podría hacer daño. Nunca, ¿lo entiendes? Así que, por favor, tranquilízate. Te voy a soltar, muy lentamente. Lo siento, pero necesito que me escuches. No grites.

Lo miro con rabia y desesperación. Solo quiero que me deje tranquila y no me perturbe más, pero algo en su mirada, me dice, que me está diciendo la verdad. Le permito que me quite la mano de la boca y me quedo en silencio, mirándolo intensamente.

—¿Estás bien? —pregunta en un susurro.

—Sí.

Su mano acaricia mi cara, suavemente, y todo mi cuerpo, como era de esperar, se tensa. Me entran unas ganas locas de besarlo, viendo su cara tan cerca de la mía, teniendo sus labios a escasos centímetros de los míos... pero no es lo correcto. Cierro los ojos y me dejo llevar por sus continuos agasajos, perdiéndome en las profundidades de su olor durante unos segundos. No, esto no está bien. Es un mentiroso. El daño ya me lo ha hecho y lo que pretende es redimirse de la culpa. Son todos iguales, despierta Silvania. Abro de nuevo los ojos y comienzo a gritar como una energúmena. Alguien se enterará, seguro.

Lucas me vuelve a tapar la boca, y se pone a buscar algo bajo los asientos. Finalmente levanta un rollo de cinta americana, despega un trozo con la ayuda de los dientes, y me la coloca en la boca, sustituyendo la presión de su mano y quedándose libre para, a continuación, amarrarme las muñecas y los tobillos. ¡Serás hijo de puta! Esto es un secuestro en toda regla. ¿Y tú te haces llamar policía? Suerte que me tienes maniatada, porque si no, menudo marrón te iba a caer. Cuando consiga escaparme de aquí... lo vas a flipar.

—¡Cabrón! —digo balbuceando a consecuencia de mi mordaza pegajosa, pero eso, no me contiene de levantar el dedo corazón y enseñarle un gesto de lo más obsceno, así que estoy segura, que me entiende a la perfección.

Me incorpora en el asiento y me coloca otro trozo de cinta por las muñecas, y luego la pasa por el tirador de la puerta.

—Lo siento —se excusa, mientras me acaricia de nuevo la mejilla, y yo le obsequio con mi mirada asesina.

Se monta de nuevo en el coche, arranca y nos ponemos en marcha. Permanece en silencio todo el camino, sin dejar de mirarme por el espejo retrovisor. Que digo yo... Que ya que me tiene en esta tesitura, podría aprovechar para hablar. Total, más calladita no puedo estar... pero no... es mejor raptarme, llevarme a quién sabe dónde, y terminar lo que, a saber, se le ha pasado por la cabeza. ¿Y si me tortura? ¿O me mata? Es policía, mejor que él, no me va a ocultar nadie. ¿Pero qué estoy diciendo? Esto es de locos. Lo que me faltaba ya, es que mi mente perturbadora, me provoque pánico también.

Unos quince minutos después, finalmente aparca junto a la playa en una zona medianamente iluminada. Se apea del coche y abre con cuidado la puerta más cercana a mí. Desata el enganche y me despoja del amarre de las piernas.

Eres un hijo de la grandísima... Aaaggggh, no puedo con él. ¿Por qué coño me he tenido que fijar en un cretino como este?

Me saca del coche y tira de mi brazo hasta llegar a la desértica playa. Yo sigo retorciéndome a medida que avanzamos y protestando sin sentido, porque ni siquiera se entiende nada de lo que quiero decirle. Nos paramos en mitad de la playa, me sienta en la arena y se coloca en cuclillas frente a mí.

—Tranquilízate, te voy a soltar ahora mismo, pero necesito que te tranquilices.

Como si fuese fácil, teniendo en cuenta que me has traído a la fuerza. Menudo cabreo llevo encima por tu culpa. Resoplo por la nariz en señal de afirmación. Lucas saca una pequeña navaja de su bolsillo y corta la cinta que mantenía mis muñecas atadas. Luego me despega con sumo cuidado la que me había colocado en la cara... y duele.

—¡Joder!

—Lo siento.

—Tienes unas formas muy raras de pedir disculpas.

—Silvania, no me lo pongas más difícil.

Que te lo crees tú. Cuando una mujer dice que no quiere hablar, es que no quiere hablar. Cojo un puñado de arena y se lo tiro a la cara. Aprovecho su incertidumbre para salir corriendo, y pocos segundos después, tengo a Lucas detrás pisándome los talones, llamándome sin cesar. La persecución continúa varios metros y siento que el cansancio está haciendo estragos en mí, no estoy acostumbrada a correr, pero tengo tan mala suerte, que tropiezo con una oquedad y caigo de bruces contra la arena.

—Joder, Silvania. ¿Estás bien? —me pregunta jadeante, mientras va frenando su sprint.

—No te acerques —le digo mientras me doy la vuelta.

—Silvania, esto es ridículo.

—He dicho que no.

Empiezo a recoger pequeñas piedrecitas que voy encontrando a mi alrededor y a tirárselas con rabia.

—¿Pero qué haces?

—¡Fuera! No quiero verte ni hablarte, ni estar contigo ni un segundo más.

La sangre me hierve y la presión arterial me está subiendo por momentos.

—Para, nena, que me vas a saltar un ojo.

—No me llares nena. Me tienes harta, ¿lo entiendes? ¡Harta!

Cojo una piedra un poco más grande que las anteriores y se la tiro con toda la fuerza que me queda, con tan mala suerte, que le doy en toda la cabeza. Lucas cae a plomo y deja de moverse. ¡Oh, mierda!

—¿Lucas?

¿Lo he matado? No, no, no, por favor.

—Lucas, ¿estás bien?

Me acerco a él y me arrodillo a su lado. No sé qué hacer. Estoy realmente sobrecogida y preocupada.

—Lucas, respóndeme. Lo siento, de verdad que lo siento. Por favor, dime algo.

Cuando decido acariciarle la cara, para ver si vuelve en sí, Lucas me coge de la muñeca, y en un movimiento de lo más hábil, me tumba en la arena y se coloca a horcajadas encima de mis caderas. El susto que me llevo es, cuanto más, ingente. Me coge la otra muñeca y me las sostiene por encima de la cabeza.

—Eres un... eres un... ¡Suéltame!

Me revuelvo bajo su peso como puedo, pero no sirve de nada. Tiene mucha más fuerza que yo.

—Silvania, tranquilízate, por favor. Para. Déjame que te diga algo y ya está.

Los pulmones me demandan oxígeno y el corazón un descanso. Estoy agotada. Los dos lo estamos. Examinando la situación con la cabeza fría —o al menos lo más fría que mi irritación me permite—, no me quedan más opciones que resignarme y escucharlo, por más que me pese.

Me quedo mirándolo entre jadeos, esperando su discurso.

—Escúchame. Llevo mucho tiempo solo, más de lo que un hombre podría soportar. Y te aseguro que no me pesaba en absoluto... ya lo tenía completamente asumido. Después de lo de Iris, no he vuelto a estar con ninguna otra mujer. Hasta que apareciste tú.

Noto cómo sus ojos me traspasan de forma significativa y me van quemando por dentro.

—Yo no buscaba a nadie. No me apetecía estar con nadie, y mucho menos quería volver a enamorarme de alguien y sentir que no podría protegerla. Pero tú, saliste de la nada... Apareciste en una puñetera cornisa, inundando mi mundo con tus locuras, con tu testarudez, con tus desplantes... con tu sonrisa.

¿Por qué me estás diciendo esto, Lucas? Tienes a Karen esperándote con los brazos abiertos, y en vez de irte con ella, quieres torturarme aún más.

—Al principio, me negaba a ver lo que estaba pasando, y me enfurecía darme cuenta, que no conseguía borrar de mi mente. Pero más me enfurecía que hicieses cosas tan temerarias y estúpidas... Comprendí entonces, que necesitaba protegerte, porque pensaba que tú eras incapaz de hacerlo. Pero me equivocaba. Me has demostrado lo contrario. Eres fuerte, inteligente y una mujer excepcional en todos los sentidos.

Para ya, Lucas. Déjalo estar.

—Llevo más de una semana volviéndome loco. Sabiendo que estás en el piso de arriba... teniéndote tan cerca y, a la vez, tan lejos de mí. Noto el hueco frío de mi cama cuando no estás en ella, y me perturba pensar que jamás pueda volver a tocarte... que jamás pueda volver a besarte.

Esto es un martirio. No quiero seguir escuchando.

—Silvania, lo que oíste el otro día... es cierto. Me mandaron a una misión de rastreo con Karen, y estuvieron a punto de descubrirnos, así que no me quedaron más alternativas que actuar de esa manera. Pero no significó nada... Nada. Al menos para mí. Luego, me propusieron que me adentrara más en la investigación, teniendo que infiltrarme, pero tenía que irme de la ciudad, con ella.

El pecho me duele, la cabeza me va a estallar. ¡Para, por favor! No sigas.

—No quiero irme, nena. No quiero separarme de ti. Y la razón de todo esto es... Que te quiero.

Un par de lágrimas, salen de mis ojos, como si fuesen dos gotas de ácido recorriéndome la piel. No puedo aguantar más. Se me está declarando, con toda la sinceridad del mundo, y yo... yo solo tengo miedo. No. No puedes decirme esto ahora y pretender que olvide todo lo que ha pasado. No quiero pasar otra vez por lo mismo. No quiero pensar, que en cualquier momento, puedes liarte con otra y verme hundida de nuevo. Ya sé lo que se siente y no lo quiero.

—Estoy enamorado de ti. Y por más que he intentado dejarlo pasar, por más espacio que te haya podido dejar, no sirve para nada. No... no puedo dejar de quererte. Porque cuando estoy contigo, me siento distinto... me siento mejor persona.

Las lágrimas de Lucas, comienzan a surcar sus mejillas, y su voz, aún más apagada que antes, se le va quebrando a medida que habla.

—Por eso no puedo dejar de quererte, no puedo, aunque... aunque lo intente con todas mis ganas. No voy a ser capaz de conseguirlo, y mucho menos de olvidarte. Te has adueñado de mi ser, Silvania... y, lo quieras o no, soy todo tuyo.

No puede ser cierto lo que mis oídos están escuchando. Tiene que ser una pesadilla. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no se lo pensó antes de actuar? ¿Por qué no ha mandado a la mierda a Karen, en vez de intentar convencerla de que tiene que despojarse de unos sentimientos que, probablemente, tenga igual de arraigados que los míos? ¡Esto no es justo! Hubiese dado millones, por haberte encontrado antes. Por haberte conocido antes que a Adolfo. Quizás, las cosas hubiesen sido muy distintas... pero las experiencias, pesan... y los recuerdos, amargos como la hiel, no desaparecen, haciendo que en cualquier nueva relación, tenga miedo de una traición.

—Silvania, vuelve conmigo. No me dejes.

Tras esas palabras, Lucas se ha quedado en silencio, buscando una respuesta en mi mirada, pero a veces las miradas pueden ser engañosas. Aunque mi corazón está implorando por volver con él, emocionado y cautivado por sus palabras, muchas veces la razón, tiene mucho más poder. Y esta, es una de esas ocasiones. Suspiro y, sin apenas parpadear, busco las últimas gotas de valor que quedan en mi alma.

—Lo siento, pero no puedo.

—No me digas eso —el dolor tras mis palabras se apodera de su rostro.

—¿Y qué te digo, Lucas? ¿Que nada importa? ¿Que me da igual que te hayas besado con Karen? ¿Que no me afecta que, aun sabiendo que ella está enamorada de ti, trabajéis codo con codo? —las lágrimas siguen fluyendo sin descanso—. Lucas, ¿has pensado en cuántas veces me puedo ver envuelta en un malentendido como este? ¿Aún sabiendo lo que yo llevo arrastrando?

—Nena, no son malentendidos; es trabajo... no hay sentimientos.

—Pero, ¿y los míos? ¿En dónde quedan los míos?

—Entiéndelo, son situaciones a las que he de enfrentarme, no puedes juzgarme solo por eso.

No, no puedo. Y no lo hago, pero duele. ¿Y si algún día te encuentro besando a otra en la calle? ¿O en un rincón oscuro de un bar? ¿Cómo sabré si estás trabajando o te la estás beneficiando? ¿Cómo puedo llegar a confiar en unas palabras que, más tarde o más temprano, se las puede llevar el viento, como pasó con Adolfo?

—No te juzgo, Lucas... —intento serenarme un poco—. No lo entiendes, ¿verdad? Mi cajita de la confianza está deteriorada, no cierra bien y no distingo si es trabajo o placer. Me corroe saber que besas a otras, con o sin sentimiento... —me tomo un momento para tragar saliva y pensar en mis próximas palabras—. Estos días me han servido para entender, que no puedo dar lo que no tengo, porque sé que puedo amarte, amarte con locura y pasión como lo he hecho y lo sigo haciendo, pero las dudas me asfixian.

Me ahogan y sé, que jamás estaré tranquila pensando que mi mayor temor pueda volver a suceder.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque te quiero, y quiero que seas feliz al lado de una mujer, que pueda comprenderte a ti y todas las circunstancias profesionales que te rodean.

—No estás siendo justa, no es algo que puedas decidir por mí.

Cierro los ojos, intentando que el dolor que me constriñe el pecho, me permita continuar. Esto se está convirtiendo en un tormento. Quiero, no; en realidad, deseo con toda mi alma estar con él, aunque el mundo se acabe ahora mismo, pero no puedo. No es justo para ninguno de los dos. Respiro hondo, todo lo hondo que mis pulmones me lo permiten y vuelvo a mirar hacia los ojos ambarinos de ese dios Apolo que una vez fue mío.

—Decido por mí, y decido vivir sin la aureola del engaño sobre mi cabeza.

—Decides por los dos, y estás dando por sentado que te fallaré.

Te equivocas.

—No, estoy dando por hecho, que te fallaré yo... porque no puedo confiar en nadie.

—¿Lo estás dando todo por perdido?

—Lucas, por favor, no nos hagamos más daño.

—Tú nunca me has dañado.

—Pero lo haré. Y me lo haré a mí misma, desconfiando una y otra vez, aunque no quiera.

Puedo ver en la cara de Lucas, tras exponer mi alegato, cómo todo su mundo se ha resquebrajado por completo. He de reconocer, que me hace daño ver esa imagen, me lastima verle sufrir, pero con el tiempo, se dará cuenta que es lo mejor para ambos... porque conmigo, jamás podrá ser feliz.

—Lo siento, Lucas.

Se desmonta de mis caderas, y se sienta abatido en la arena, entendiendo que todo ha sido en vano y sin saber qué más hacer. Comprendiendo entonces, que la partida ha terminado y que ya no tiene más movimientos en el tablero.

Me levanto, una vez liberada de mi prisión, más hundida si cabe que antes y comienzo a alejarme de él. Con todo el peso de mi alma, y arrastrando un amor, que jamás se verá compensado por nadie.

—Lucas... —me paro en seco, pero no me giro. No quiero ver más su dolor—. Si tienes que irte, vete. Ya nada te retiene aquí. Y... —el nudo de las lágrimas vuelve a apoderarse de mi garganta—. Dale una oportunidad a Karen, quizás ella te dé la felicidad que yo no puedo darte.

Las lágrimas comienzan a zozobrar y mis mejillas se empapan sin remedio.

—Buena suerte, Lucas. Te deseo lo mejor.

Continúo mi camino, con la esperanza de que, en algún momento, se dé cuenta del sacrificio que estoy haciendo por él, aun sabiendo, que mi vida está condenada.

Unos meses después...

El cielo plomizo, advierte de la tremenda tormenta que está a punto de caer. El frío está haciendo estragos en mi cuerpo, por la falta de abrigo que llevo. Estoy helada y deseando llegar a casa.

A los pocos minutos comienzan a caer las primeras gotas y, no tarda mucho en empezar a diluviar. Me estoy empapando sin remedio. No tengo paraguas ni nada con lo que poder guarecerme de la incesante lluvia, pero no me apetece pararme. Solo quiero llegar. Llegar a un apartamento vacío, donde nadie me espera. Por una parte, me entristece, pero por otra, lo prefiero. No estoy preparada para volver a sufrir.

Un coche pasa a toda velocidad junto a mí y, pareciendo un castigo de Dios, vete tú a saber por qué, pasa por encima del único puñetero charco que hay en toda la calzada, levantando una ola de agua sucia que me pone como una sopa enlodada. Me paro en seco y tomo una bocanada de aire, que mi pecho recibe como agujas punzantes, por aspirar tan rápido a cuenta del baño inesperado. Doy un grito de rabia.

—¡Me cago en tu puta madre, cabrón!

El cabreo se ha apoderado de mí. Estoy calada hasta los huesos, mojada de arriba abajo y me cuesta trabajo moverme con la ropa empapada y adherida al cuerpo.

—Será mal nacido. Ojalá te pasara lo mismo, a ver si te hace gracia. Qué asco de gente; ni siquiera aminoran para pedir perdón.

Sigo parada en el mismo sitio, cuando escucho que otro coche se acerca. Atino a moverme con un poco de dificultad hacia un lado, dejando el espacio del maremoto libre. He tenido suficiente con uno. La lluvia sigue cayendo fuerte y yo, decido proseguir mi camino. Al pasar el coche por el charco, vuelve a levantar una ola que choca contra la pared. Esta vez me he librado por los pelos, pienso mientras sonrío y continúo andando. Pero tras varios metros recorridos, el coche se para con un frenazo brusco —y al oírlo, yo también lo hago—, se abre la puerta del conductor, y una silueta oscura sale de él. Rodea el vehículo y se aproxima hacia mí a pasos agigantados. Algo en mi interior me dice que debo salir corriendo, pero no me puedo mover. El robo de hace unos meses, ha dejado tan tremenda huella en mí, que me bloqueo cuando creo estar en peligro.

«¡Sylvania, reacciona!», me espeta mi pequeña mini yo. Pero no puedo. Sé que tengo que correr, mi instinto de supervivencia me lo reclama, pero hay otra parte de mí que no deja que lo haga. Es el miedo. El miedo a que pase algo malo. El miedo a no tener, esta vez, a nadie cerca que pueda ayudarme. Es el miedo el que me atrofia las articulaciones y no me deja escapar.

Lo veo todo turbio por culpa de la perpetua lluvia que cae sobre mi cara, pero puedo distinguir, como la sombra cada vez está más cerca de mí. Solo quedan un par de metros antes de que me alcance. Estoy más que aterrada y sigo sin conseguir mover ni un solo músculo. Pero entonces lo reconozco y no me creo lo que ven mis ojos. No puede ser cierto. Es imposible. Él no está aquí, no tengo ni idea de dónde puede estar, pero sé que no está aquí. Da un par de pasos más en mi dirección, expectante de mi reacción. Está mojado, al igual que yo. Su cabello está mucho más corto de cómo lo recordaba, pero aun así, se le pega a su frente a causa de la lluvia. Me mira con ojos arrepentidos, con una mirada intensa. Esa mirada que me ha perseguido tanto tiempo y que soy incapaz de olvidar. Esa mirada cárabe que me deja sin aliento, y que recorre mi rostro como una dulce caricia.

—Confía en mí, Sylvania y perdóname. Vuelve conmigo.

Su voz ronca tampoco ha cambiado y al escucharla todo mi cuerpo se estremece. Da otro paso más hacia delante y ahora lo tengo justo enfrente, a pocos centímetros de mí. Su olor a perfume sigue embriagándome como siempre; como una droga que se cuela en mi organismo tras varios meses sin probarla. Cierro los ojos y tras caer por mis mejillas dos lágrimas latentes, noto como sus dedos se introducen por mi mojada melena, acerca con sumo cuidado sus labios a los míos y me besa con suavidad, y yo, solo puedo dejarme llevar.

Abro los ojos y me encuentro en mi habitación, iluminada por la claridad apagada que entra por la ventana y por la sutil luz, que desprende la bombilla de la pequeña lamparita que tengo en la mesita de noche. Escucho el tenue tintineo de las gotas de lluvia al chocar contra el cristal de la ventana. Miro de un lado a otro y es, entonces, cuando me percató de que solo era un sueño; uno más de los cientos que tengo con Lucas de protagonista; uno más para llenar el saco de todos los que he tenido desde que se fue. ¡No es justo! Odio lo que siento cada vez que abro los párpados y me encuentro con que la ilusión y la fantasía de encontrármelo de nuevo ante mí, no es real. Nunca lo es. Y duele cada día más. ¿Por qué no lo consigo olvidar?

Limpio las húmedas lágrimas de mi cara, restregándome la manga del pijama con rabia. Estoy cansada, y no solo de agotamiento por no dormir, sino cansada por no poder arrancar a Lucas de mi cabeza.

Cierro el libro de *50 Bolsitas de té Earl Grey* de Abril Ethen, que aún mantengo en mi regazo tras haberme quedado dormida y lo coloco a un lado de la cama, me despojo de la sábana y la colcha, y me levanto con intención de ir al baño para darme una ducha que me espabile de mis pesadillas.

Tras adecentarme un poco, me encamino en dirección a la cocina para prepararme una tila doble. Mientras espero a que termine de calentarse el agua en el microondas, busco la caja de infusiones y, cuando la abro, descubro que solo me quedan dos bolsitas.

¡Genial! Mañana sin falta tendré que ir a comprar.

La tila, se ha convertido en el principal alimento en mi nueva dieta. Por lo menos, esta vez, la nevera ha dejado de temblar al verme. Es el único alimento —si es que puede definirse como tal— que mi cuerpo admite, tanto para desayunar, como para almorzar y cenar. Y, aunque Christian, siempre que tiene ocasión, me obliga —la mayoría de las veces, por las malas—, a comer algo más sólido que una simple taza llena de agua manchada por la sustancia que desprende la infusión, me noto extremadamente pesada y embotada cuando lo hago. Reconozco que mi cuerpo lo *ha agradecido bastante*, pero no estoy del todo segura, si el cambio de alimentación, le ha beneficiado en algo a mi mente.

Ya no sé ni por qué comencé a tomarlas. Quizá sea, porque me he dado cuenta de que no está tan asquerosa como me parecía al principio. Quizá sea, porque es la primera vez que mi cuerpo no reclama una tonelada de comida para saciar mi vacío interno y, es la única manera que he encontrado, para que las paredes de mi estómago no se terminen por unir por la falta de apetito. O quizá... sea un método de acoso y derribo a mis pensamientos, a mis recuerdos, a mi dolor. Porque siento que es algo que me vincula a él en cierta forma, pero también pienso, o más bien espero, que en ésta, llamémosla, terapia de choque, consiga olvidarme de él definitivamente... aunque por el momento no me ha servido de mucho.

Cinco meses han pasado. Cinco insufribles meses, en los que no he sabido nada de Lucas. ¿Cómo puede ser que en un par de semanas, mi vida diese un giro de ciento ochenta grados, y en cinco puñeteros meses, no haya conseguido olvidarle?

Con Adolfo, todo tenía sentido. Bueno, era lo normal en estos casos, supongo. Estuvimos poco más de un año casados, pero anteriormente, estuvimos juntos tres años más. Así que, en comparación, ocho meses de abatimiento y dejadez, son más que justificados. Pero... ¿qué pasa con Lucas? ¿Por qué no consigo olvidarlo? ¿Por qué me está costando tanto borrar de mi mente esos ojos ambarinos que me observan cada noche en mis ensoñaciones? ¿Por qué no puedo arrancar de mi piel cada una de sus caricias y de sus besos? ¿Por qué sigo percibiendo su perfume en cada lugar donde me encuentre, aun sabiendo que él no está?

Suspiro, intentando abrir mis pulmones, que comienzan a ahogarme, como siempre pasa al recordarlo.

¡Esto es una tortura! ¿Es que esta desazón no va a desaparecer nunca?

Cuando el timbrado de la campanita, me saca de mis arduos pensamientos, avisándome de que las ondas electromagnéticas han estado dos minutos bailando alrededor de la jarra, hasta conseguir que el agua llegue al punto de ebullición, la rescato con cuidado, echo el contenido en mi nueva taza térmica y le introduzco las últimas

provisiones de tila, con un terrón de azúcar. Dejo reposar el bebedizo y me acerco a la pequeña minicadena que me regaló Christian, posiblemente para celebrar mi aniversario de separación con Adolfo, aunque él me asegurara que era un simple regalo para su mejor amiga, solo porque sí; pero a mí no me puede engañar. Sé que lo hizo para subirme un poco el ánimo, aunque no ha llegado a conseguir muy buenos resultados. Estoy hecha añicos por dentro. De todas formas, se lo agradecí como solo yo sé hacerlo: preparándole unos exquisitos tallarines a la carbonara, que tanto le gustan.

Conecto la minicadena y, tras terminar la retahíla de anuncios radiofónicos, comienzo a escuchar al locutor hablando con una voz demasiado activa para ser tan temprano y sobre todo, teniendo en cuenta, que el día ha amanecido demasiado gris y está lloviendo a cántaros.

Comenta el increíble hallazgo de un cantante español, que desde hace relativamente poco, está posicionándose en los primeros puestos de la lista de los videos más vistos en Youtube.

»Navegando por la red, hemos descubierto a un joven de veinticuatro años, natural de Sabadell, que estamos seguros va a dar el salto a la fama en muy poco tiempo. Frank Diago, es capaz de fusionar grandes éxitos del pop inglés con el sonido flamenco. Actualmente está dando mucho de qué hablar en las redes sociales, porque las versiones que hasta ahora tiene publicadas, brillan por su originalidad. El resultado, sin ninguna duda, es digno de mención, así como el sentimiento que Frank imprime en sus trabajos«.

Recojo mi infusión y me siento en el sofá, derrotada. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, mientras escucho el monólogo del locutor.

»En la entrevista que le hicimos ayer, nos decía que, a la gente le sorprende mucho ver a un gitano cantando en inglés. Algo bastante lógico, puesto que no estamos acostumbrados a escuchar ese estilo de música tan prodigioso, relacionado con el lenguaje anglosajón, pero nos aclaraba que, él estaba encantado de derribar mitos.

En su canal de Youtube y en su página de Facebook, podréis encontrar la versión de *Halo* de Beyoncé, que recomendamos escuchar sin lugar a dudas y, por supuesto, su última e impresionante versión de *Diamonds* de Rihanna.

Si os gusta la fusión, no os podéis perder esta delicada mezcla de pop, soul y flamenco. Pero ahora, os dejamos con una canción preciosa titulada *All of me* de John Legend que sin duda os va a poner el pelo de punta cantada por la voz de este pedazo de artista«.

Mis manos, se van templando al tacto del cálido acero, mientras que mi corazón y mi mente van recogiendo cada palabra de la canción. Imágenes de Adolfo, se entrelazan con las de Lucas; momentos buenos, sensaciones increíbles vividas con cada uno de ellos y que ahora, no volveré a tener.

Están fuera de mi vida. Suspiro al recalcar me por enésima vez la realidad. Lo malo de todo es, que no sé si fui yo la responsable de sacarlos de ella. ¡Qué tontería digo! Claro que lo sé. Estoy segura al cien por cien, al menos con uno de ellos. Adolfo me abandonó, de eso no cabe ninguna duda, pero, sigo sin comprender los motivos. ¿Qué fue lo que pasó entre nosotros? ¿En qué momento se aburrió de mí y necesitó buscarse a otra para satisfacer sus necesidades? Quizá ese fue el problema... que lo aburrí. Tanto tiempo juntos, sin tener apenas nada en común, y cuando consiguió moldearme a su gusto, descubrió que no era lo que buscaba. Y encima el muy cabrón, no se buscó a otra cualquiera, sino a una modelito juvenil que llamaba la atención fuera por donde fuese, para restregármelo más si cabe por la cara. Pero no la puedo culpar a ella, porque estoy más que convencida de que la encandiló con su palabrería y agasajos. Como hizo conmigo. Es difícil resistirse a algo así y más, cuando apenas tienes experiencia en relaciones. Todo al principio es fantástico y te sientes especial. Tal y como yo me sentía con Lucas.

¡Ay, Dios, Lucas! La culpa de perderlo a él sí fue mía. Tal vez sea por eso por lo que aún no he conseguido sacarlo de mis pensamientos. ¿Realmente tomé la decisión acertada? La verdad es, que no estoy del todo segura. Todo fue tan rápido y tan intenso, que me dio miedo no estar a la altura. Me dio miedo hacerle daño con mis inseguridades y... me dio miedo hacerme daño a mí misma con mis desconfianzas. No era justo para ninguno de los dos. Pero sé que le fallé al decirle que no podía continuar con lo nuestro. ¡Siempre tan indecisa! ¡Siempre tan cobarde! ¿Por qué me cuesta tanto confiar? Él no me hizo nada y aún así, pagué todos los platos rotos con el hombre de mi vida. Y sé que lo es, porque jamás sentí por nadie lo que había sentido por él. Pero ya no hay solución alguna. Lo fastidié todo y ahora me toca recoger el sembrado y abstenerme a las consecuencias: Quedarme sola por el resto de mis días, mientras que él, rehace su vida con Karen. Respiro hondo. ¡Karen!... La odiaré por los restos, aunque yo sea la única responsable de haberla hecho ganadora.

En fin, de nada sirve lamentarse ahora. La culpa es mía y solo mía. Quizá ahora pueda replantearme, de forma más seria, eso de comprarme un gato. Al menos me hará un poco de compañía. Aunque no me atrae demasiado estar repleta de pelos todo el día. Bueno, pues descartemos el gato. Quizá sea mejor un hámster; no hacen ruido, no ensucian y me vendrá bien para alejar las incómodas visitas de mi madre... Qué suerte que odie a los ratones.

Sonrí, regodeándome en la idea de perseguir a mi madre, ratón en mano, mientras ella corre despavorida por las escaleras, cuando un fuerte golpe en la puerta me sobresalta de tal manera, que termino derramando el humeante líquido en mi regazo.

—¡Coño, que me quemó!

Me levanto lo más rápido que puedo de mi asiento, para no terminar empapándolo. Comienzo a saltar para enfriar los húmedos pantalones del chándal, mientras soplo a la nada, como si con eso quemara menos, pero al hacerlo, vuelve a rebosar más agua y cae en el dorso de mi mano.

—¡Ay, joder, que me quemó otra vez! Mira que soy torpe.

Suelto la taza en la mesita que tengo enfrente, y me limpio la mano con la parte seca de los pantalones, que termino por quitarme.

—Lo he puesto todo perdido. Y encima, me he quedado sin tila. A ver qué hago yo ahora. ¡Maldita sea!

Miro hacia la puerta, malhumorada, creyendo saber el origen y la razón de todo. Vuelvo a mi habitación, echo la ropa sucia al cesto y me cambio antes de ir a cerciorarme de lo que ha ocasionado el estrepitoso golpe.

—Seguro que se ha caído algunos de los maceteros. Si es que no me extraña. Le tengo dicho a Chris, que no ande por el vestíbulo sin encender las luces; que está tan oscuro que no se ve un pimiento, pero no. «¿Para qué? Si me sé el camino de memoria» —lo imito con voz guasona—. Sí, claro; ya lo veo, ya.

Pues menuda gracia me va a hacer, tener que recoger ahora la tierra del vestíbulo, y menos mal que las flores son de mentira, si no, encima tocaría trasplantarlas... No. Me niego. Es más, lo voy a dejar tal cual, y va a limpiar él todo el estropicio. Para que aprenda la próxima vez.

Me acerco a la puerta con toda la intención de echarle una buena bronca, agarro el pomo, abro y ¡sorpresa!... Encuentro ante mi puerta un inmenso ramo de rosas rojas colocado en un pedestal.

—¿Pero qué...?

Saco la cabeza para ver si veo a alguien entre las sombras del oscuro recibidor, pero no hay ni un alma, aunque un olor demasiado familiar, se apodera de mis fosas nasales. Déjalo ya, Silvania; es absurdo, me digo negando con la cabeza. Como siga así, voy a perder el norte. Busco entre las flores una tarjeta, esperando averiguar quién las ha dejado allí, posiblemente por equivocación. Bueno, posiblemente no; seguro, seguro. ¿Quién me va a regalar a mí flores? Tomo el sobre, lo abro y saco la pequeña cartulina, escrita a mano.

Ante todo quiero pedirte perdón. Baja y lee.

—¿Que baje y lea? A ver, la tarjeta no da para mucho más espacio, no sé por dónde quiere que siga leyendo. A la gente se le va la olla. ¿Y por qué pide perdón?

Como suponía, no es para mí. Quitando al engendro baboso de mi ex, nadie me ha hecho nada para tener que pedirme perdón, y Adolfo no me ha regalado ni una misera margarita en su vida. Oda las flores... y es alérgico, a más inri. Así que descartado.

Giro la cartulina buscando alguna palabra más, o algún nombre que me facilite saber quién es el verdadero destinatario, o quién lo ha podido enviar, y nada. Vuelvo a mirar el ramo y busco por los alrededores a ver si hay alguna otra nota oculta, pero cuando miro tras el pie del pedestal, me percató que hay un reguero de pétalos de rosas que van en dirección a la escalera. Salgo de casa y enciendo la luz automática que hay junto a mi puerta y, de repente, todo está teñido de rojo. Cada centímetro del hall, está cubierto por docenas y docenas de rosas enormes y preciosas que desprenden un aroma exquisito y fresco.

«¡Madre del amor hermoso!»; consigue decir mi pequeña mini yo, que se ha quedado boquiabierta, al igual que yo. Esto es increíble. No puede ser cierto. ¿Pero quién...? Vuelvo a mirar al suelo y sigo con la mirada el camino de pétalos que continúa escalones abajo.

Decido bajar, intuyendo quién puede ser el autor de tremendo regalo, pero dudo por un segundo al notar mis piernas temblar y mi corazón palpar acelerado. Por una parte estoy deseando que la cara que mi mente proyecta se encuentre al final de la escalera, esperándome con los brazos abiertos, pero por otra parte sé que no puede ser posible. No está aquí. Lleva cinco meses sin aparecer por su casa, sin aparecer en mi vida, así que no puede ser él. Seguro que esto se lo ha preparado Erick a Christian. Esto no puede ser por mí.

«¡Me parece que Christian aún no ha llegado de Granada!»; canturrea mi pequeña canalla interna que se frota las manos mientras me sonrío encantada y, con unos ojos que desprenden corazones a diestro y siniestro. La luz se apaga de sopetón, dejándonos a ambas a oscuras. Busco el interruptor que hay junto a la escalera a tientas, pero al darle para prender de nuevo las luces, noto un papel pegado a él. Lo cojo y leo:

Busca en cada escalón uno como yo.

Me asomo al vértice de la escalera y veo pegado en la pared, un puñado de papelitos cuadrados, que bajan escalonados con palabras escritas. Pienso por un momento, si será correcto bajar, o será una locura. No sé —aunque deseo con todas mis fuerzas que sea él—, quién ha preparado todo esto. «Pues solo hay una forma de averiguarlo», me anima mi pequeña mini yo. Suspiro profundamente, entro de nuevo en casa, tomo las llaves del cestillo y cierro de un portazo, para encaminarme decidida de nuevo hacia la escalera. Vuelvo a darle al interruptor de la luz, para cerciorarme de que no se apagará y comienzo a leer cada una de las frases, mientras bajo cuidadosamente los escalones.

Tras todo este tiempo, no he podido alejarte de mi mente.

Las piernas comienzan de nuevo a temblarme. ¡Ay, madre!

Sé que me pediste que me fuese y lo he hecho, pero no ha donde piensas ni con quién crees.

El corazón me va a mil por hora. Está aquí. ¡Lucas está aquí!

He hecho algo que, quizá, no debería haber hecho, pero tomé una decisión y creo haber conseguido el mejor resultado.

¿Regalarme flores? Madre mía, como para no conseguirlo. Es la primera vez que veo tantas rosas juntas en mi vida.

Solo espero que no te enfades conmigo de nuevo, porque todo esto lo he hecho por ti.

¿Por qué me debería enfadar? No lo entiendo.

Las manos me tiemblan a medida que voy bajando, porque poco a poco, voy percibiendo su olor en el ambiente. Voy notando su perfume cada vez más cerca y me embriaga el alma.

*Coge el último sobre que encontrarás en el felpudo y léelo con detenimiento. La puerta está abierta. Te espero dentro.
Te quiero. Lucas.*

Me quiere. Me ha dicho que me quiere. Aún sigue queriéndome.

Estoy demasiado inquieta, tensa, nerviosa, impaciente, agitada y excitada. No sé ni cómo estoy ni lo que tengo que hacer exactamente. Solo sé que quiero verlo. Quiero volver a verlo de nuevo y abrazarlo con tanta fuerza, que note que me arrepiento de haberle dejado. Besarle con tanta pasión, que decida no dejarme nunca a pesar de mis locuras y mi testarudez. Volver a empezar. Volver estar juntos, como antes; como si no nos hubiésemos separado nunca. Volver a estar tal y como hace cinco meses.

«Pues coge el puñetero sobre que está en el felpudo, léelo y, ¡deja ya de pensar chorradas!»; me grita mi pequeña mini yo, que se tira de los pelos desesperada. Sí, el sobre. Vamos a ver que hay en el sobre.

Sigo el reguero de pétalos que me conducen al punto final: la puerta del piso de Lucas. Miro hacia abajo, y ahí está; un sobre grande de color amarillo con mi nombre completo escrito en la parte frontal. Suspiro hondo y me agacho para recogerlo. El sobre no es muy grueso, pero su tamaño es un poco más grande que un folio. Lo abro con manos temblorosas y saco de él un montoncito de papeles escritos con letra de imprenta donde viene reflejado en el título: «Demanda de Divorcio».

No puede ser. Me he quedado completamente en shock. No puedo creer lo que mis ojos están viendo. ¿Esto está pasando de verdad? Comienzo a leer y distingo el nombre de Adolfo entre las líneas. A continuación, encuentro el mío. Examinó con detenimiento cada punto concretado en el acuerdo y descubro impresionada, que me lo ha dejado todo, incluido el Mini Roadster. ¿Me ha dejado el Mini? Pero si era su joya. Quería más al Mini que a mí. Bueno, quería cualquier cosa más que a mí. No lo entiendo. Estoy completamente descolocada. Sigo ojeando y justo al final, encuentro su rúbrica plasmada encima de la línea de puntos y, otra línea de puntos en blanco, justo al lado, con mi nombre impreso en la parte superior.

Me he quedado boquiabierta. Esto es surrealista. Tengo en mis manos las llaves de mi libertad, con la firma real de Adolfo. Me lo ha concedido; por fin. Pero, ¿cómo ha llegado esto a las manos de Lucas? No consigo comprender cómo ha conseguido lo que llevo tanto tiempo esperando obtener. Más de un año sin noticias de mi exmarido, sin saber dónde se mete, sin poder localizarlo ni por teléfono y va él, y lo consigue. ¿Cómo puede ser? «Es policía, chata».

No sé si estoy más contenta porque Lucas ha vuelto a casa y me ha dicho que me quiere, o por el enorme regalo que me ha traído. No sé si estoy nerviosa o lo estoy flipando. No sé si entrar o quedarme fuera. ¡No sé qué hacer! «Yo entraría». Sí, y yo también.

Abro lentamente la puerta, en parte temerosa por no saber lo que me voy a encontrar al otro lado, pero necesito saber qué ha pasado. Necesito saber qué está pasando ahora mismo y lo que va a pasar a partir de ahora. Cuando entro, encuentro a Lucas frente a la ventana, dándome la espalda y con las manos en los bolsillos del pantalón. Sé que me ha visto, porque he percibido el reflejo de sus ojos al mirarme por el cristal, pero no se vuelve. Quizá está esperando a que yo hable primero, o quizá no sabe cómo explicarse él.

—Hola, Lucas.

Un hondo suspiro sale de sus pulmones y cierra los ojos al escuchar mi voz. Se vuelve y me mira cauteloso con esos impresionantes ojos de color miel que vuelven a hipnotizarme como lo hicieron la primera vez. Un inmenso nudo se me está empezando a crear en la garganta y comienza a asfixiarme. Está igual de guapo que siempre. No, miento, está mucho más guapo, si cabe. Con su nuevo corte de pelo, tal y como aparecía en mis sueños. Mi corazón late rápido, muy rápido y mi glándula salivar, ha dejado de funcionar de repente, haciendo que la boca se me seque por completo, al verle plantado frente a mí, vestido con una camisa blanca y el pantalón de un traje de ejecutivo. Paso la lengua por mis labios sedientos, arrastro mis dientes por el labio de abajo y lo dejo agarrado en un pequeño mordisco, intentando de alguna manera, frenar las lágrimas que amenazan con desbordarse. Su rostro se tensa sin remedio y tras unas cuantas zancadas, se coloca justo delante de mí, pasa sus manos por detrás de mi nuca y me besa como nunca jamás lo había hecho. Mi corazón ha explotado y ha comenzado a esparcir descargas eléctricas que me recorren el cuerpo de arriba abajo. La presión arterial de ambos está que echa humo. Esto es un todo o nada.

Los papeles, junto con el sobre y las llaves de mi apartamento se me escurren de las manos y lo agarro con fuerza por el cuello. Lucas me sujeta por la cintura y me aípa, obligándome a pasar las piernas por sus caderas. La chispa se ha prendido de nuevo y no tiene intención de apagarse. El fuego se ha encontrado con la gasolina de

nuestros cuerpos y los dos estamos ardiendo. Nos estamos quemando vivos. Es una sensación pletórica. La intensidad y el frenesí del amor y el deseo se palpan en el ambiente. Apenas puedo respirar y puedo notar, como a él le cuesta también. Cuando menos me lo espero, estoy tumbada en la cama esperando que Lucas se desprenda de la camisa, mientras que yo me quito la camiseta. De nuevo se abalanza sobre mis labios, deslizando su lengua por cada rincón de mi boca, inspeccionándola como si jamás hubiese estado en ella, dominándola de forma violenta, haciéndola de nuevo suya y yo, hago exactamente lo mismo con la suya.

¡Por favor, qué no sea un sueño!

Sus manos recorren cada centímetro de mi cuerpo, pero no siento donde las tiene realmente, porque todo mi ser se estremece a su paso, multiplicando por mil las sensaciones de cada caricia, perturbándome con cada roce de sus dedos. Cuando separa sus delirantes labios de mi boca, para apoderarse después de mi cuello y la clavícula, abro de nuevo los ojos, tomo aire como puedo y, caigo en la cuenta que nos estamos precipitando. Esto no está bien. Estamos volviendo a jugar con fuego y nos estamos achicharrando. Vamos demasiado rápido y debemos parar. Necesito información.

«Y un polvo, también», me recrimina la pérdida suprema sexual, que se había largado de mi vida junto con Lucas.

—Lucas... —le llamo entre jadeos.

Él no me responde. Simplemente continúa con su hacer y a mí me está volviendo loca.

—Lucas... —vuelvo a decir.

Pero él sigue sin hacerme caso alguno. Comienza a bajar por mi pecho y consigue llegar a mis senos desnudos y los aborda con diligencia, impaciencia y rigor. Un latigazo me activa crecidamente la parte más perceptiva de mi entrepierna y un cosquilleo se apodera de mi vientre tensándolo por completo y haciendo que mi boca suelte un jadeo descomunal.

Esto no es justo. Debo parar o mi mente dejará de responder. Por más que me pese, debo parar.

—Lucas, por favor.

—¿Qué? —me responde con su ronca voz.

—Lucas, para; por favor —le suplico a duras penas y no muy convencida de que realmente lo desee.

Sin necesidad de decir nada más, se detiene en seco y me mira aturdido. Su mirada lujuriosa me atraviesa inquietante, sin comprender muy bien qué pasa. Ambos respiramos de forma entrecortada, desacomasados y con dificultad.

—¿Qué ocurre?

No sé qué decir. Las palabras no me salen. Me he quedado tan vacía de repente. Tan abandonada sin sus besos y sin sus caricias, que me arrepiento de haberle pedido que se detuviese. Lo necesito. Necesito sentirlo de nuevo, pero es que hay tanto de qué hablar y tan poco qué decirnos. Todo se refleja en su mirada. Él me quiere, al igual que yo a él. Él me desea, al igual que yo a él. Él me perturba, al igual que yo a él. Estamos hechos el uno para el otro, lo sé; pero antes...

—Tenemos que hablar —consigo decir al fin entre jadeos.

Lucas sigue observándome serio, pero su mirada ha cambiado. Se ha tornado amable y dulce, tras percatarse finalmente de la situación. Con un movimiento leve de cabeza, confirma mis palabras, se incorpora, separándose de mí y yo, aún me siento más desierta que antes. Me noto desnuda, no porque me falte ropa, sino porque no lo tengo a él, vistiéndome con sus caricias. Cierro los ojos con fuerza y aprisiono mis labios con ímpetu, furiosa conmigo misma por suspender lo que los dos anhelábamos con tanta ansia.

—Vamos.

Lucas aguarda de pie junto a la cama, con la mano extendida, esperando que se la tome, y yo lo hago. Me ayuda a ponerme en pie, y me acerca la camiseta, que me vuelvo a colocar antes de salir del dormitorio en dirección al salón. Lucas cierra la puerta del apartamento que se había quedado abierta, y mientras me acomodo en el sofá, él recoge los papeles y las llaves del suelo, y se acerca a la cocina para traer dos vasos de agua.

—Gracias —le digo al tomar uno de ellos.

Doy un sorbo, que me refresca y apaga los rescoldos del fervor que aún quedan en mi interior, suplicando más. Le compenso con una sonrisa, que él me devuelve mientras se sienta junto a mí. Me examina minuciosamente, recorriendo cada centímetro de mi cara, de mi cuerpo y de mi alma. Me siento como si hubiese hecho algo indebido durante el tiempo en el que no nos hemos visto. Noto la desaprobación en su rostro, pero no dice nada. El silencio se apodera de nosotros. Ninguno de los dos nos atrevemos a romper el hielo, pero alguno debe dar el primer paso, y creo que lo mejor que puedo hacer es preguntar.

—¿Cómo estás?

«Es un buen comienzo».

Su sorpresa ante mi pregunta, no me deja indiferente.

—Pues... ahora mismo, bien —me sonrío.

—Supongo que eso es bueno —Le sonrío agradecida por el halago.

—No lo dudes. Y tú, ¿qué tal estas?

Bajo la mirada, suspiro y lo vuelvo a mirar.

—Bastante confusa —respondo con sinceridad.

—Lo puedo imaginar.

Comienzo a reirme, nerviosa. Las manos no dejan de temblarme y no sé qué hacer con ellas. Paso un mechón de pelo tras mi oreja y Lucas atina a quitarme el vaso, lo suelta en la mesa y luego me toma de ambas manos intentando que me relaje, y como siempre, gracias a su apaciguador tacto, lo consigue.

—Tranquilízate.

No puedo. Estas aquí, delante de mis narices y aún no me lo creo. Tengo tantas ganas de ti y tengo tantas ganas de saber. Es imposible estar tranquila.

—Lo intento. Tengo... tengo tantas preguntas y no sé por dónde empezar.

Él me sonrío y luego me da un dulce beso en el dorso de la mano.

—Lo entiendo, pero contestaré todas y cada una de tus dudas, así que... venga, dispara. Pregunta lo primero que se te venga a la cabeza.

¿Y qué es lo primero?... ¿Qué haces aquí? ¿Dónde has estado? ¿Por qué has vuelto? ¿Cómo has conseguido que Adolfo te firmase los papeles del divorcio? ¿Cómo coño has encontrado a Adolfo? No sé cuál es la más acertada para empezar.

—No sé... ¿Qué tal has estado durante este tiempo?

—Sylvania —suspira—, creo que los dos conocemos esa respuesta, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

Me miro los nudillos, avergonzada. Claro que sé, o por lo menos me lo puedo imaginar, cómo ha estado estos últimos meses. Ha estado igual que yo. En teoría, el dejado suele sufrir mucho más que el que deja, aunque en esta ocasión, no estoy completamente segura de que esa regla se cumpla con nosotros.

—Está bien, déjame a mí. Quizá resulte más fácil para ti hacer las preguntas correctas a medida que vas escuchando la historia, ¿De acuerdo?

—Sí —respondo aliviada.

—La noche de la playa, después de que te fueras, mi cabeza no dejaba de darle vueltas a todo lo que habíamos vivido y me culpaba por haberte hecho daño.

—Lucas, yo... lo siento mucho. Sé que no tuviste intención de hacerme daño, pero...

—Lo sé —me interrumpe—. No te toca a ti pedir disculpas, sino a mí. Estabas muy dolida por lo de tu exmarido y yo lo jodí aún más. No lo pensé. Simplemente actué sin pararme a analizar que pudiese afectarte y hacerte daño por mis actos. Pero luego sentí que te había traicionado. Por eso te mandé el mensaje. Te lo quería contar antes de que te enteraras por boca de cualquier otro y que pensaras lo que finalmente pensaste cuando me oíste hablar con Karen. ¡Maldita sea! No te haces una idea de lo que daría por echar el tiempo atrás y haber actuado de otra manera.

En su rostro se refleja la frustración y el tono de sus palabras me lo confirma.

—Ya no importa —me mira confuso—. Lucas, aunque no lo creas, mi corazón te perdonó, sin yo saberlo, en el momento en que te oí discutir con ella. Pero, el temor de sentir de nuevo lo que había conseguido enterrar gracias a ti, fue lo que me llevó a enfadarme tanto y a tomar una decisión... equivocada —mi voz sale temblorosa y

una lágrima resbala por mi mejilla, pero debo continuar—. Lucas... te quiero. Y me he estado arrepintiendo día tras día de lo que te dije en la playa y, no haber tenido las agallas suficientes, para pelear contra mis miedos y enfrentarme a lo que realmente siento por ti. Pero ahora estás aquí; has vuelto. Y... y... y has conseguido algo que yo ya daba por imposible. ¿Cómo has conseguido que firmara la demanda de divorcio?

Lucas acerca su mano y me limpia con ternura la marca húmeda que ha señalado mi cara.

—Sylvania; sé que quizá me he metido donde no me llamaban, y aunque me acabas de confirmar lo contrario a lo que pensaba que podrías llegar a decirme, esta era mi última posibilidad de demostrarte que aunque no me lo pidas, haré lo que sea por ti. No importa cómo lo haya conseguido, da igual cuantas vueltas haya podido dar, da igual con cuantas personas haya tenido que hablar, ni cuantos hilos haya tenido que mover para conseguir encontrarlo. Lo único que importa, es que ya tienes lo que deseabas.

—Pero... ¿y la pesadilla que tuve la última vez? —pregunto intranquila.

—Bueno, no todos los sueños se cumplen —dice con una sonrisa en la cara y guiñándome un ojo—. Te aseguro que jamás volverá a molestarte.

—No lo habrás amenazado, ¿no?

Lucas comienza a reírse—. No, tranquila. Digamos que hemos llegado a un acuerdo.

—No me lo vas a contar, ¿verdad?

—No hace falta que sepas nada más. Lo he hecho por ti, y es con lo único que me gustaría que te quedaras. Los detalles son insignificantes, si con eso he conseguido que seas feliz. Tan solo falta que lo firmes y todo se habrá acabado. Este es mi regalo y de alguna manera, es mi forma de pedirte perdón.

De alguna forma, él es consciente, y puedo distinguirlo en su mirada ambarina, que toda esa información que me oculta, no iba a ser bien recibida y prefiere callar para protegerme una vez más; o para protegerse a sí mismo de mí. Pero le perdono el secreto. En el fondo quiero olvidar a Adolfo y prefiero no saber nada más, aunque me da la sensación, de que la firma le ha salido muy cara y es algo que me preocupa. Aun así, una sonrisa estúpida se dibuja en mi cara. Me acerco a él y le doy un cariñoso beso en la mejilla que, tras ver su expresión, no se esperaba en absoluto.

—Pues me encanta el regalo; y no tengo nada que perdonarte. Gracias.

Lucas me observa con ojos cariñosos, protectores y enamorados, y para variar, no puedo resistirme a perderme en mi mirada favorita. Recoge un mechón de mi melena y lo pasa por detrás de la oreja con cuidado.

—Estás tan cambiada.

Sí, es lo que tiene alimentarse a diario de infusiones. Ya estaba tardando en reprochármelo. Bajo la mirada y humedezco los labios, preparándome para defenderme.

—Solo he perdido un poco de peso, eso es todo.

—Por mi culpa.

En parte sí. Pero no todo el merito es tuyo, guapo.

—No —le contesto de forma rotunda—. Tú no tienes la culpa de nada, pero tampoco el mérito es tuyo, así que ni se te ocurra coronarte con laureles y llevarte la gloria del pedazo de cuerpo que se me está quedando.

Lucas se echa a reír a carcajadas. ¡Cómo echaba de menos ese sonido!

—Habrás cambiado por fuera, pero por dentro sigue siendo la misma de siempre.

—Te queda Sylvania para rato, pimpollo. Aún tengo mucha guerra que dar.

—Y yo estoy deseando que me la des —me dice con su media sonrisa.

—No me mires así.

—¿Por qué?

—Porque me vuelves loca.

Me enmarca la cara con sus manos y cierro los ojos al sentir ese cosquilleo placentero que solo su roce me proporciona. Se acerca y apoya su frente en la mía, y me susurra con ese ronroneo que tanto me gusta:

—Eres tú el que me vuelves loco a mí. Te quiero, nena.

Me acaba de derretir. Suena tan bien cuando esas palabras salen de su boca. Esto no es solo un jaque mate; me acaba de rematar del todo.

—Yo también te quiero, mi querido ángel de la guarda —le digo burlándome de él.

Y de refilón, percibo como sus labios se curvan, antes de unirse a los míos, regalándome un dulce y apasionado beso que sella definitivamente nuestro amor.

Y la vida continúa...

Confío en ti

—¡Date prisa, Christian! Vamos a llegar tarde.

—Pero, ¿por qué te preocupas tanto? Eso es lo normal —me suelta tan tranquilo.

—Normal o no, son casi las doce y aún estamos aquí. Como pillemos tráfico, vamos a llegar directamente para los entrantes.

—¡Ah, no! La fiesta no empieza hasta que la novia no aparece... O hasta que no aparezca el novio —Christian sale del dormitorio, vestido con un precioso chaqué blanco combinado con un chaleco, un corbatón y un pañuelo en gris plata.

—¡Estas guapísimo! —le digo aguantando las lágrimas de emoción.

—No vale llorar, o terminaremos los dos llorando a mares y ya no hay tiempo de retocar el maquillaje.

—Lo intento, lo intento —respondo abanicándome los ojos con las manos—. Pero es que... mírate... estás sensacional.

—Lo sé —dice Chris poniendo pose de pasarela.

—Desde luego, cómo se nota que no tienes abuela.

—No me hace falta, entre tú y mi madre ya me subís el ego lo suficiente.

—Sí, claro; y si no, ya te lo subes tú solito.

Se acerca a mí, me toma de las manos y me mira de arriba abajo, después de darme una vuelta completa.

—Dices que yo, ¿pero tú te has visto? Estás preciosa, Sylvania. Lucas se va a quedar con la boca abierta cuando vea aparecer a su chica tan radiante. Se va a sentir orgulloso de tener a tremenda mujerona colgada del brazo.

—Anda, calla. Al final me vas a subir los colores, tonto —le digo al notar que me estoy empezando a sofocar.

—Ay, mi pequeñaja —me abraza con inmensa ternura—. Parece mentira que haya llegado el gran día. Y pensar que hace un par de años éramos los solteros de oro. Lo miro con cara de circunstancia.

—*Soltero de oro* serías tú, yo, más bien, era una amargada separada, hundida en la miseria.

—Pero no te podrás quejar. El socorrista que te rescató, está de toma pan y moja.

Los dos nos echamos a reír a carcajadas.

—El tuyo tampoco se queda atrás.

—Hemos tenido suerte, amiga mía.

—La verdad es que sí —afirmo sonriendo—. Anda, vámonos antes de que los novios se aburran de esperar y salgan corriendo.

—No se atreverán. Antes los capo.

—¡Ni se te ocurra!

Aparcamos junto a la puerta del complejo, Christian sale del coche y me ayuda a salir después. Me coloco bien el traje y nos miramos con una amplia sonrisa en nuestras caras.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida —me responde con un hilo de nerviosismo en su voz—. ¿Y tú, estás lista?

Suspiro hondo y vuelvo a sonreír con más intensidad. Cuanto más lo pienso, más sonrío y más segura estoy de lo que voy a hacer.

—Estoy más que lista. Llevo lista desde el momento en que lo vi por primera vez y él me miró a mí.

—Me alegro tanto por ti, mi niña —me dice abrazándome con fuerza.

—Y yo por ti, Chris. Ya iba siendo hora de que nos saliera algo a derechas.

—Ya verás como todo irá bien a partir de ahora. Eso sí... eres la única que puede tener niños, así que no tardes mucho en hacerme tito.

—¡Ay, por Dios! —pongo los ojos en blanco—. Tira para dentro, que me parece a mí que el calor y los nervios te están afectando a las neuronas.

La canción *Gabriel's oboe* de Ennio Marricone comienza a sonar por los altavoces. Christian coloca su brazo, yo lo tomo y comenzamos a andar, avanzando lentamente por la alfombra rosa que han colocado encima del césped del jardín nupcial. Todos los invitados, incluidos mi hermano y mi padre, que han venido expresamente para la ocasión, nos miran emocionados, pero yo solo puedo mirar hacia el frente, donde Erick, vestido con un llamativo chaqué dorado, y Lucas, un poco más sobrio, con un chaqué azul tinta, nos esperan junto al pequeño estanque artificial de piedra que se encuentra al fondo de la sala. Rodeados de plantas tropicales y luces verdes que salen de las macetas, da la mágica sensación, de que vamos a celebrar nuestras bodas en el mismísimo Caribe.

Al llegar, junto a nuestras respectivas parejas, Christian le cede mi mano a Lucas.

—Te la confío, Lucas. Solo espero que la cuides igual de bien, o mejor, de lo que lo has hecho hasta ahora.

—No lo dudes, amigo —contesta Lucas, tan seguro de sí mismo como siempre.

Le sonrío y le doy un beso. Luego miro a Erick y le indico en pocas palabras, más o menos lo mismo que Chris le ha dicho a Lucas.

—Erick... No te digo nada —digo bromeando.

—No hace falta —me responde con una enorme sonrisa—. A partir de hoy, sois mi nueva familia.

Le hago una reverencia de afirmación y a continuación, sigo a Lucas por el puente de madera que cruza el estanque, para colocarnos en el altar.

—Estás preciosa, cariño.

—¡Anda ya! Eres tú, que me miras con buenos ojos. Solo llevo un viejo trapo.

Y es cierto. Mi madre me cedió su traje de novia, y al llevárselo a una modista, sus mágicas manos han conseguido hacerme un original y precioso vestido corto, al más estilo años cincuenta.

—Pues ese trapo te queda espectacular.

—Tú sí que estás espectacular.

Demasiado diría yo. Si pensaba que no podía impresionarme más, me equivocaba por completo. Está guapo a rabiar. Y me están dando ganas de largarme ahora mismo a cualquier rincón, escondido de ojos curiosos y pegarme un buen revolcón con mi futuro marido.

—¿Te vas a estar quietecita, o pretendes que te arranque el vestido aquí mismo? —me increpa Lucas en un susurro, con ojos voraces.

—¿Qué?

Me ha dejado pasmada con lo que me acaba de soltar. Para mí que me ha estado mintiendo todo este tiempo, y realmente puede leerme la mente.

—Que te dejes el labio quieto. A saber lo que estás pensando.

Noto como me ruborizo sin pretenderlo y me echo a reír.

—Si tú supieras.

Tras posicionarnos, el juez se coloca delante de nosotros y comienza la ceremonia. Mientras él se enrolla con el sermón típico de: «estamos aquí reunidos, para unir en matrimonio, bla, bla, bla...», yo comienzo a hacer balance de todo lo que ha pasado en este último año y medio. ¡Cómo ha pasado el tiempo! Pero aún recuerdo

la mañana de nuestro reencuentro como si hubiese sido ayer. Lucas y yo, hicimos el amor como jamás lo habíamos hecho nunca: lento, muy lento. Volviendo a estar piel con piel, sintiendo cada caricia como si fuesen únicas, tatuando cada beso a fuego, rebosando amor y pasión por cada poro... Aunque después echamos uno tan salvaje, que llegamos a separar la cama de la pared, y la verdad, no sé cuál me gustó más, todo hay que reconocerlo.

«Si el juez supiera que estás pasando de él, mientras que tu mente se recrea entre nubes de recuerdos eróticos, te echaba a patadas, chata. Estás salida perdida», testifica mi pequeña mini yo, que se ha vestido para la ocasión y, se encuentra sentada en primera fila junto a mi suprema sexual, que se está relamiendo por las ganas de que llegue la noche de bodas. Sonríe por las cosas que puedo llegar a pensar: pura perversión. Aunque nadie se entera de nada, porque todos creen que estoy feliz. Y la verdad es que no se equivocan, porque lo estoy y mucho, pero si ellos supieran...

Miro hacia Lucas y le guiño un ojo de complicidad. Jamás me llegó a contar, y creo que nunca lo hará, a qué acuerdo llegó con Adolfo para que firmase los papeles del divorcio, pero estoy segura de que la suma de dinero fue bastante cuantiosa. Y supongo que sería dinero, porque poco después de volver con Lucas, me confesó algo, que disipó todas las dudas que tenía, con respecto a la supuesta corrupción laboral que yo creía que existía. Ya decía yo, que no me cuadraban los lujos que le rodeaban, con tan solo un sueldo base de inspector de policía. Tras descubrir que su familia es bastante adinerada —no de las que están podridas de pasta, pero sí de los que viven demasiados desahogados—, me señaló que, no le importaba gastarse todo el dinero que hiciera falta en mí, siempre que me viese feliz. Pero lo que él no sabe es que, solo con tenerlo a él a mi lado, ya soy la mujer más feliz del mundo.

El día catorce de febrero del año pasado, me pidió que me casara con él. Sí, parece un topicazo, lo sé; pero me encantó. Justo en San Valentín, el día más romántico de todo el año, me invitó a cenar en un lujoso y romántico restaurante, y cuando terminamos de comer, el camarero, en vez de traerme el postre, me trajo un plato cubierto por una campana metálica. Al descubrirlo, encontré en su interior, una cajita de terciopelo rojo, donde se hallaba un anillo de oro blanco, engalanado por un espectacular zafiro, y rodeado por una corona de catorce pequeños diamantes. Entonces, se levantó de su asiento, se arrodilló ante mí, y me lo pidió sin más, recordándose, por supuesto, que aún le debía el premio por salir airosa de la primera velada que pasamos en casa de mi madre y que ya era hora de cobrarlo. La verdad, es que ya ni me acordaba de ese detalle, pero aunque no le hubiese debido nada... No hace falta decir, que, obviamente, dije que «sí» y que además, de la emoción no dejé de llorar por lo menos hasta el día siguiente. Cada vez que miraba el añillo —que era casi todo el tiempo—, me ponía a saltar como una loca rebosante de alegría. Y cuando me juntaba con Christian, saltábamos los dos al compás, como canguros en un manto de brasas incandescentes, gritando a pleno pulmón. Yo por mi parte, en compensación, le regalé la batidora amasadora que tanto le gustó el día que vino a la tienda. ¡Qué no! Es broma, eso no fue el regalo real, pero sí que terminó ocupando un sitio en nuestra cocina... y menudos atracones de merengue y nata montada nos damos de vez en cuando. Realmente, yo le regalé una esclava de oro, con nuestros nombres y el dibujo de un doble infinito, grabados a mano, el día que anunciamos el compromiso a nuestras familias y, aunque Christian lo supo desde el principio, como hermano postizo que es, también nos acompañó. Y aprovechando que Erick también le había pedido que se casara con él, finalmente decidimos que sería una gran idea celebrar una boda doble. Y aquí estamos. Yo haciendo de madrina de Christian, y él ejerciendo de padrino para mí. No podía ser de otra manera.

—Erick, ¿aceptas a Christian por esposo y prometes serle fiel y cuidar de él, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así amarle y respetarle todos los días de tu vida?

—Sí, acepto —contesta Erick con una amplia sonrisa mientras le pone el anillo a Chris.

Ay, qué me da. ¡Qué emoción!... No vale llorar, no vale llorar.

—Y tú, Christian, ¿aceptas a Erick por esposo y prometes serle...

—Sí, sí... sí quiero. Digo, acepto. Vamos, que sí que quiero pasar contigo el resto de mi vida —suelta sin pensar mirando a Erick.

Todos los presentes nos echamos a reír a carcajadas, al ver que los impulsos de mi amigo, le han jugado una mala pasada.

—Está bien. Ya veo que tienes ganas de que me calle —dice el juez con una sonrisita pícara.

El pobre Chris, se ha puesto colorado como un tomate, y se le ha escapado una risita nerviosa. Yo, por solidarizarme con él, para que no le dé más importancia de la que ha tenido, le doy un apretón cariñoso en el brazo para que se relaje un poco, y le doy un beso en la mejilla.

—Felicidades cariño, lo has hecho muy bien.

Ahora nos toca a nosotros. Cuando el juez se acerca, las piernas me empiezan a temblar como gelatina. ¿Y si me equivoco? ¿Y si digo que no, en vez de decir «Sí quiero»? No es la primera vez que mi boca dice lo contrario de lo que debe. Bueno, concentrémonos en lo importante: decir que sí, decir que sí, decir que sí...

—Lucas, ¿aceptas a Sylvania por esposa y prometes serle fiel y cuidar de ella, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, acepto.

La contestación de Lucas no se hace esperar. Sus labios han dibujado a la perfección, las palabras más importantes de nuestras vidas, y yo... yo ya no aguanto más, en cuanto veo como coloca el anillo en mi dedo anular.

—¡Porras, ya me has hecho llorar!

Acerco la mano al bolsillo de la levita de Lucas, le saco el pañuelo y me seco las lágrimas, antes de que se corra todo el rímel y me deje la cara como la de un payaso lleno de churretes. Puedo ver como Lucas me sonríe, pero sé que se está aguantando las ganas de soltar una carcajada.

—Vamos, Silvi, que nos propusimos no llorar, ¿recuerdas? —me dice Christian, casi con el moquillo colgando.

«Tú puedes hacerlo, preciosa. Aguanta, que ya estamos en la recta final», me anima mi pequeña mini yo. Tomo aire, lo suelto y tras una mirada desaprobadora de Lucas, por haberme mordido el labio, le hago una señal al juez para que continúe.

—Ya no sé si volver a decir la frase, o preguntarte directamente, querida.

—Diga lo que quiera, mi respuesta va a seguir siendo la misma en cualquiera de los casos —le contesto decidida entre hipos de emoción.

—Está bien, pues... Sylvania, ¿aceptas a Lucas por esposo y prometes todo lo que le he dicho a él anteriormente?

Miro a Lucas atentamente, y tal como veo sus preciosos ojos color miel, tan brillantes y expectantes, tan enamorados y sinceros, solo puedo decir una cosa—: Sí, acepto.

Tras el almuerzo y la entrega de regalos, es la hora de bailar. Christian y yo, hemos elegido para la ocasión, la canción *Thinking out loud* de Ed Sheeran. Lucas me tiende la mano, que yo tomo sin dudar, me coge de la cintura y comenzamos a danzar al ritmo de la música.

—¿Sabes qué? —le pregunto a Lucas con cara de vacilación.

—¿Qué? —responde intrigado.

—Sigo sin estar segura de una cosa.

—¿Y qué es esa cosa? —me pregunta curioso.

—¿De verdad me quieres?

Lucas me mira con malicia exponiendo su media sonrisa.

—No. Nada de nada.

—¿No? —intento seguirle la broma—. Y entonces, ¿para qué te has casado conmigo?

—Pues... no lo sé. Supongo que ya me he acostumbrado a ti y a tus innumerables locuras, y me da mucha pereza tener que buscarme a otra.

Puedo notar en su cara que está intentando buscarme las cosquillas, pero no lo va a conseguir. Yo también se jugar señor Serra.

—Claro, es que lo tienes tan complicado para encontrar pareja. Es lo que pasa cuando se es tan feo como tú, que ninguna chica se fijaría cuando pasases por su lado.

—Exacto, y ya que te tengo a ti, pues para qué seguir insistiendo en buscar. Yo me conformo con cualquier cosa.

¿Cómo que con cualquier cosa? No, si en verdad me lo merezco por lista.

—¡Qué idiota eres!

—Sí, lo soy. Pero este idiota te ama con locura, nunca lo dudes.

¡Madre mía!, me lo voy a comer a besos y con guarnición de patatas fritas y mayonesa.

—Y yo a ti, cariño. Más de lo que te imaginas.

He conseguido escaparme de la multitud y he salido al exterior para tomar un poco el aire. Lo necesitaba. ¡Qué jaleo de boda! Todo el día saludando, y hablando con todos y cada uno de los invitados, incluso con los que no conozco de nada. Lucas ha invitado al Cuerpo Nacional de Policía al completo. Erick, por su parte, a gran cantidad de amigos y a toda la plantilla del taller donde trabajaba. Y Christian y yo, básicamente a la tienda entera, electrodomésticos incluidos. Por menudo pastón nos va a salir la broma. «Qué más te da... lo paga tu suegra», me suelta mi pequeña mini yo, que lleva unas cuantas copas de más.

En fin, lo bueno de todo esto, es que lo estoy disfrutando de verdad. Al menos me llevo para el recuerdo, unos cuantos brindis con mis amigos, aunque Andrea solo ha podido brindar con zumo. Su historia con Nico, va viento en popa. No tienen mucha intención de casarse de momento, pero hoy nos ha dado la gran noticia, de que dentro de unos meses van a ser papás. Me alegro muchísimo por ellos. Se lo merecen después de estar tanto tiempo enamorados en secreto. Evidentemente, lo hemos celebrado, aunque como no querían eclipsar nuestro día, hemos quedado en salir un día las tres parejas juntas. Jade y Jordi, tras su gran bronca, consiguieron arreglarse, y ahora, el muy calzonazos, come de la palma de la mano de su impertinente mujer. ¡Vaya dos! No cambiaran nunca. Lindsay, haciéndonos un tremendo favor y, en contra de todos sus principios, ha hecho el gran esfuerzo de vestirse hoy con un traje de fiesta normal y ha dejado el exceso de maquillaje guardado en las urnas de las tarántulas. Le va bastante bien con Oscar, y creo que dentro de poco tendremos otra boda a la vista, aunque me la imagino al más estilo de la Familia Addams. Christian superfeliz junto a Erick, que se viene a vivir aquí, y montará un taller por su cuenta. Y yo, inmensamente enamorada de Lucas. No puedo pedir más.

—Y ahora que lo pienso...

Busco en mi traje de novia, el bolsillo oculto que tengo en el canchán, saco el móvil, lo desbloqueo y abro la aplicación de búsqueda que Lucas me instaló. Mis ojos saltan de un círculo a otro, intentando recordar cuál era el color que él se asignó. ¿Era el rojo, o era el azul? Bueno, el azul es el color de la policía, y el rojo el color del amor... aunque también es el que se utiliza para todo lo que sea peligroso. ¡Mierda, no me acuerdo!

«¿Tú estás segura que quieres utilizar el localizador? Te dije que solo lo utilizaras en caso de emergencia», me recuerda mi pequeña mini yo. Bueno, esto es una emergencia, estoy agobiada de estar metida en todo el follón que hay dentro y quiero tener a mi marido un ratito para mí sola. Mi marido... Ay, qué bien suena eso. «Pues tú verás. Le puede dar un patatús cuando le suene el móvil». Aunque me jorobe, mi Pepito Grillo interna lleva razón, así que decido guardarlo de nuevo. Pero al intentar cerrar la aplicación, rozo sin querer uno de los botones y el móvil empieza a parpadear incesantemente.

—Mierda, mierda, mierda. ¿Qué he hecho?

El calor me ha subido de repente, y los nervios no me dejan pensar qué hacer para suspender el puñetero aviso antes de que Lucas se dé cuenta. Le doy una y otra vez a la pantalla, pero no tengo narices de pararlo. Las manos me tiemblan y las piernas también. En menos de diez segundos, me encuentro rodeada de un batallón de policías uniformados con chaqué y vestidos de fiesta de diferentes colores, apuntando a todas partes con más pistolas de las que he visto en mi vida. Por el susto, suelto el móvil, que cae al suelo de forma irremediable y levanto las manos en señal de rendición. Entonces Chris aparece entre la multitud, seguido por Lucas, que llega con la cara descajada, y se abre paso para llegar a mi posición.

—¿Qué ha pasado? —me dice alterado.

Me pone su mano en la cara y me revisa de arriba abajo, para cerciorarse de que estoy bien.

—Eh... —no sé qué decir. He metido la pata hasta el fondo y no tengo excusa—. Lucas, lo siento. No ha pasado nada. Estaba jugueteando con el móvil y le he dado sin querer al botón.

Noto como el cuerpo de Lucas se relaja y suelta el aire que retenía en sus pulmones.

—Baja los brazos, anda. Que pareces una criminal a punto de ser arrestada.

Me mira con reproche y luego se gira hacia el grupo de compañeros.

—Falsa alarma, chicos. Podéis volver a la fiesta.

Lucas recoge el móvil del suelo y me lo entrega, mientras que todos vuelven a meter las pistolas en sus fundas ocultas; los hombres bajo las perneras de los pantalones y las mujeres en sus bolsos, y se van marchando uno tras otro, como si no hubiese pasado nada, hasta dejarnos solos.

—Me has dado un susto de muerte —me reprende duramente—. No vuelvas a hacerme esto jamás.

—Lo siento —contesto arrepentida mirando hacia el suelo.

Hacia mucho que no veía esa cara en Lucas. Una cara de desaprobación y angustia. Y la culpa la he tenido yo. Para variar.

—Ven aquí.

Me coge de la cintura, me abraza y me da un beso en la frente.

—No estoy enfadado. Pero me he asustado mucho. Pensé que te había pasado algo. Y precisamente hoy.

—Lo sé. Lo siento.

Me toma de la cara y me da un suave y dulce beso en los labios, que consigue, de repente, espabilar a las inquietas mariposas de mi estómago, que empiezan a revolotear como locas, alterándome por completo.

—¿Y se puede saber qué era lo que pretendías hacer?

—Bueno... realmente tenía ganas de desaparecer un rato con mi recién estrenado marido.

Lucas se ríe—. Pues lo que menos has conseguido, ha sido desaparecer.

—Ya —contesto en una carcajada nerviosa—. Definitivamente, no sirvo para pasar desapercibida.

—La verdad es que no.

Levanto los brazos y los dejo caer en sus hombros, rodeándole el cuello y acariciando lentamente su sedoso cabello.

—Pero, aunque sé que las formas no han sido las más acertadas, sí que he conseguido que vinieras hasta donde yo estaba —le digo tontorrón, buscando alterarlo un poco.

—Creo que va a ser más seguro que te quite el localizador del móvil. En tus manos es un peligro.

—Mejor, dejémoslo por si acaso. Pero te prometo que la próxima vez, te mando un mensaje.

Me niega con la cabeza, divertido.

—Desde luego, tu vida debería ser escrita en una novela. Lo que no consigues que te pase... —me suelta bromeando.

—O hacer una película, ya puestos.

—Sería otra opción.

—¿Y qué banda sonora crees que le vendría mejor?

—En esa ocasión, creo que la banda sonora, la escribiremos nosotros mismos. Aún no se ha escrito la canción que consiga describir todo lo que sentimos.

Le sonrío y le doy un cariñoso beso. Estoy feliz. Muy, muy feliz; excesivamente feliz. Creo que he encontrado la horma de mi zapato. Lucas es lo mejor que me ha pasado en la vida y lucharé hasta el final, cueste lo que cueste, por intentar mantener el fuego de nuestro amor encendido. Es todo lo que yo le puedo ofrecer, y es todo lo que yo necesito de él. No quiero perderlo jamás.

—Te quiero, señora Serra. Y quiero que sepas, que estoy orgulloso de tenerte como esposa. Te prometo que cuidaré de ti en todo momento, tanto en esta vida, como en todas las que nos toque vivir. Siempre estaré ahí para ti.

Señora Serra. Señora de Lucas Serra. Me hace gracia, porque aún sigo sin creérmelo.

—Lo sé. Confío en ti, Lucas; y sé que no me fallarás nunca. Te quiero y te querré siempre.

Y sin más que decir, enmarca mi cara con sus manos y me da un apasionado y enamorado beso, mientras el sol se despide de nosotros, ocultándose tras el

horizonte.

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a todos mis lectores, amigos y familiares que me habéis apoyado y ayudado para llegar hasta aquí.

A mi marido Raúl, que fue el primero que se dio cuenta que se me había ido la cabeza y, a pesar de todo, comenzó a apoyarme de forma incondicional, porque era lo que me hacía feliz. Aun sabiendo que quizá este proyecto no pasaría de los primeros capítulos.

A mi amiga Natasha, por leer y escuchar mis primeras ideas, por darme infinitas opiniones y no dejar de insistir hasta que terminé el libro.

A mi madrina Abril Ethen, una escritora como pocas. Por qué me apoyó desde el principio, confió en mí y en mi trabajo, y se ha convertido en una gran amiga y compañera literaria.

A mis chicas de los tacones; A. D. O. T. que siempre están ahí cuando las necesito. Porque gracias a ellas, voy aprendiendo día a día cosas nuevas. Porque un día tan bueno como otro, tuve la suerte de conocerlas y me han dado miles de consejos, se han involucrado como nadie en este proyecto y no dejan de acompañarme en este nuevo y arduo camino que se abre ante mis ojos. Ya las considero como de la familia. Sois lo más, chicas.

A mi amiga Ariadna, una persona increíble, que sin conocerla en persona, me ha demostrado que es una mujer hecha y derecha, que va de frente y, que la hipocresía «le toca un pie». Gracias por dedicarme un ratito de tu afanado tiempo y sobre todo, gracias por esas charlas tan divertidas. Algún día nos tomaremos un café.

A mi amiga/hermana Vanesa, que gracias a esas largas charlas y a sus incontables anécdotas, las ideas fluían en mi cabeza. Gracias por esos ratitos de risas.

A mi amiga Inmaculada, que aunque no es su género de lectura preferido, hizo un gran esfuerzo. Gracias por tu ayuda y tu apoyo.

A mi amiga Miriam, por encontrar en ella una crítica objetiva e indicarme, como lectora, mis múltiples fallos y ayudarme en cierta manera a solucionarlos. Y sobre todo, por darme ideas de proyectos nuevos e interesantes.

A mi profesor de Lengua, Literatura e Historia don Eugenio J. Vega Geán, por dar el último vistazo a mi primer trabajo y expresar su opinión personal.

Y por último, pero no menos importante, a mi sobrina Laura. *De favo a favo*, por lo *hartible* que fue, al repetirme hasta la saciedad que se lo agradeciera aun sin leerlo... Espero que algún día saques tiempo para ello.

Muchísimas gracias por haber dedicado un ratito de vuestro preciado tiempo a leer esta historia, que, aunque quizás no sea perfecta, es mi gran tesoro, del cual me siento orgullosa, puesto que siempre quise escribir un libro. El primero de muchos. Un saludo y un beso inmenso para todos.

*Títulos publicados en
Chick Book Ediciones*

Corazones a Medida
Desireé Cordero Gómez

Un Vaquero Leal
Tess Curtis

Sin Alas
Andi Cor

[1] Golpes.

[2] Coscarse: Darse cuenta de algo.

[3] Tonta, idiota.

[4] Organización Nacional de Ciegos Españoles.